

ALMANAQUE

DE

B
11329

LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1881

ESCRITO POR LOS SEÑORES

AGÜEROS (D. Victoriano), ALARCON (D. P. Antonio), CAMPILLO (D. Narciso),
CASTELAR (D. Emilio), FERNANDEZ DURO (D. Cesáreo),
FERNANDEZ Y GONZALEZ (D. Manuel), FLAMMARION (Camillo), GINER (D. F.), HARTZENBUSCH (D. Juan Eugenio),
LANDERER (D. José J.), MAÑÉ Y FLAQUER (D. J.), MESONERO ROMANOS (D. Ramon),
MONTES DE OCA (D. Ignacio), PICON (D. Jacinto Octavio),
ROA BÁRCENA (D. J. M.), ROSELL (D. Cayetano), SUAREZ (D. Pedro de A.), TRUEBA (D. Antonio),
VALERA ZEQUEIRA (D. José), y VELARDE (D. José).

AÑO VIII.



MADRID,

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^ª

(SUCESESORES DE RIVADENEYRA),

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

Duque de Osuna, número 3.

1880.

ALMANAQUE

LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1881

Es propiedad de los editores.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



INDICE DE LAS ILUSTRACIONES

CONTENIDAS EN EL

ALMANAQUE PARA 1881.



<u>Páginas.</u>	<u>6</u>	<u>Páginas.</u>	
RETRATOS.			
S. M. el Rey Don Alfonso XII.	6	Flores de Mayo (dibujo de Pohle).	51
S. M. la Reina Doña María Cristina.	7	Urna de marfil, labrada en Madrid.. . . .	78
Don Antonio Barceló, teniente general.	15	El Baño. } Dibujos de Bregenzer.	90
Don Juan José Navarro, marqués de la Victoria.	18	La Caza. }	91
Don Jorge Juan, jefe de escuadra.. . . .	21	En la enramada (cuadro de Moreau).	95
Don Blas de Lezo, teniente general.	24	Un tapiz de la colección del Real Palacio de Madrid..	103
Don García de Toledo, cuarto Marqués de Villafranca.	27	El vendedor de boquerones en Málaga (cuadro de	
Don Antonio de Oquendo, almirante general.	30	Leoncio Talavera)..	109
Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz.	33	<i>Hebe</i> (estátua en mármol, por Canova)..	114
Don Antonio de Gaztañeta, teniente general.	36	Exterior del Claustro de la Catedral de Oviedo (di-	
Don Juan Sebastian del Cano, primer circunnave-		bujo de Cuevas).	116
gante.	39	Alto en una alquería (cuadro de Moreno Carbonero)..	123
Don Juan de Austria, capitán general.	42	Salas de Escultura en el Real Museo Británico. 76 y	125
Don José de Mazarredo, teniente general.	45	El Cuerpo de guardia (cuadro de Meissonnier). . . .	131
Don Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva de		VARIEDADES.	
Valdeza.. . . .	48	Madrid.—Salon de Conferencias en el Congreso de	
El Dr. Nordenskiöld, descubridor del paso del Nor-		Diputados.	4
oeste.	55	El barco-puerta del Dique de la Campana, en el Ar-	
Mr. F. de Lesseps, é individuos que componen la co-		senal del Ferrol.	59
mision de estudios para la apertura del Canal in-		Londres.—Torre <i>Victoria</i> y Palacio del Parlamento..	63
teroceánico.	65	Manila.—Exterior de la nueva Iglesia Catedral. . . .	72
D. Miguel Grau, Almirante que fué de la Escuadra		Lima.—Antiguo puente sobre el Rimac.	86
peruana; † el 8 de Octubre de 1879.	70	Camino de hierro fu icular que conduce al cráter del	
D. Antonio Cánovas del Castillo.	83	Vesubio, inaugurado en Junio de 1880.	119
Mr. C. Darwin, filósofo inglés.	94	Costumbres de Chile: el baile popular <i>La Cueca</i>	139
Luis de Camoens, insigne épico portugués.	99	La Noche Buena, (composicion y dibujo de Riuda-	
Pedro Pablo Rubens, pintor y diplomático.	135	vets).	146
D. Angel Fernandez de los Rios, antiguo publicista		Aparato «Sutherland» para descuajar las tierras, mo-	
y colaborador de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AME-		vido por el vapor.	152
RICANA; † en Paris el 18 de Junio de 1880.	144		

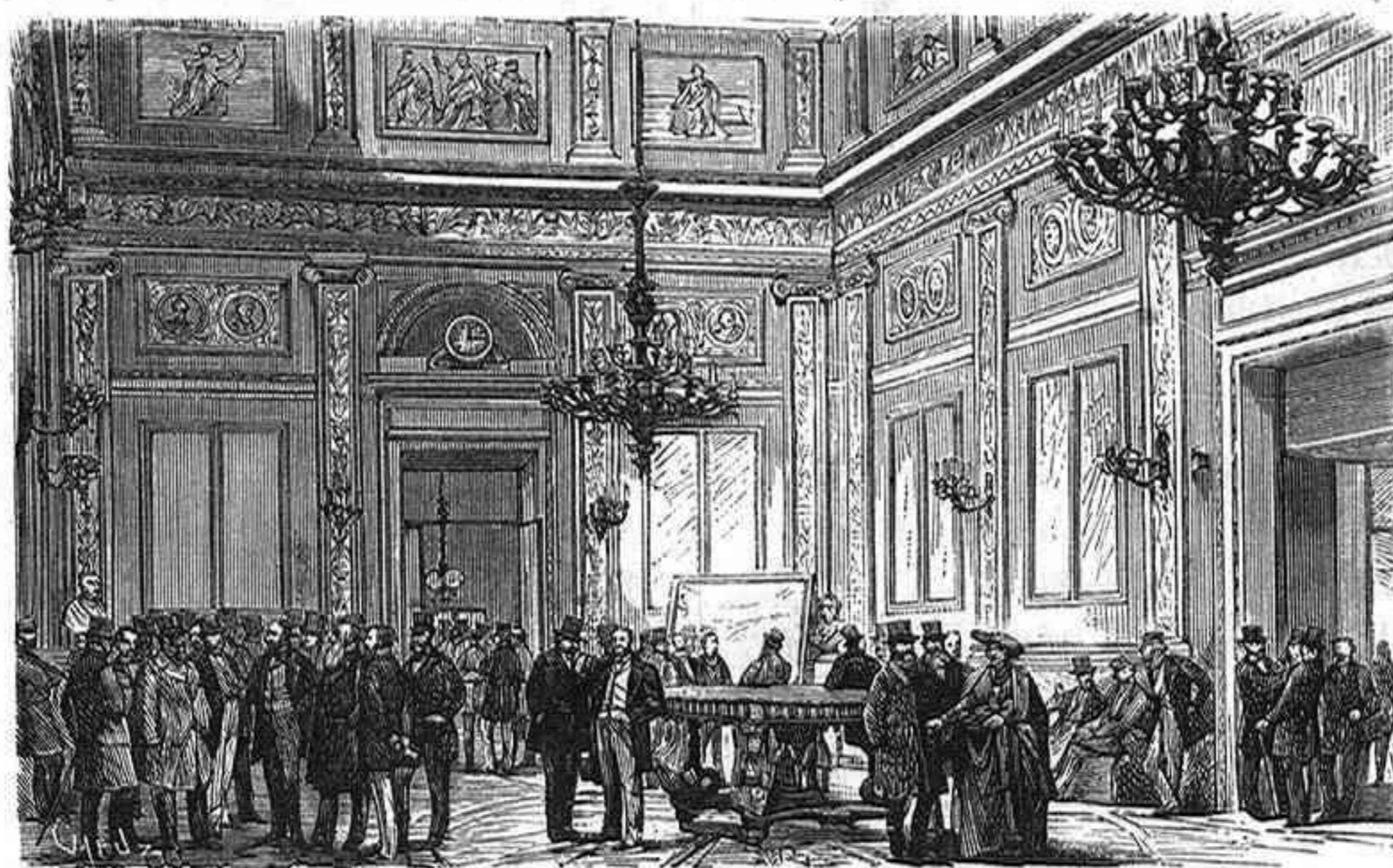
ÍNDICE DEL TEXTO.

	<i>Páginas.</i>		<i>Páginas.</i>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. Pedro de A. Suarez.	9	El Garrote más mal dado, por el Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell, de la R. A. de la Historia.	73
Año astronómico, por N. N.	9	El modo de descasarse (cuento popular), por D. Antonio de Trueba.	79
Santoral, por D. Pedro de A. Suarez.	10	Enseñanza y educacion, por D. F. Giner.	87
ALMANAQUE MARÍTIMO.—Prólogo.	14	Un sueño de primavera, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.	97
Don Antonio Barceló.	15	La Cruz de la montaña (páginas de un libro inédito), por D. Victoriano Agüeros.	100
» Juan José Navarro.	18	A Gabriel Tassara; soneto, por el Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, académico que fué de la Española de la Lengua.	107
» Jorge Juan.	21	Los tres Perros, por D. Narciso Campillo.	108
» Blas de Lezo.	24	La Prevision del tiempo, por D. José J. Landerer.	117
» García de Toledo.	27	Oda Nemea VIII (muestra de una version de Píndaro), por <i>Ipandro Acaico</i> (Ilmo. Sr. D. I. Montes de Oca, obispo de Puebla de los Angeles).	126
» Antonio de Oquendo.	30	Historia del Almanaque, por el Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcon, Académico de la Española de la Lengua.	128
» Álvaro de Bazan.	33	Retratos históricos, por D. Emilio Castelar, académico de la Española de la Lengua.	133
» Antonio de Gaztañeta.	36	El Cementerio del diablo, por D. Jacinto Octavio Picon.	141
Juan Sebastian del Cano.	39	La Venganza (leyenda), por D. José Velarde.	147
Don Juan de Austria.	42		
» José de Mazarredo.	45		
» Fadrique de Toledo.	48		
El Sol, por Camilo Flammarion.	53		
Los dos sietes, poesía, por el Excmo. Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos, académico de la Española de la Lengua.	56		
El Cuadro de Murillo (fragmento), por D. J. M. Roa Bárcena.	58		
Jep dels Estanys, por D. F. Mañé y Flaquer.	64		
Anhelo infinito, poesía, por D. José Varela Zequeira.	70		

Páginas.

Páginas.

POR D. CESÁREO FERNANDEZ DURO.



MADRID.—SALON DE CONFERENCIAS EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.





S. M. EL REY DON ALFONSO XII.



S. M. LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA.



PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número.	1	Indiccion romana.	IX
Epacta.	*	Letra dominical.	B
Ciclo solar.	XXIX	Letra del martirologio romano.	P

FIESTAS MOVIBLES.

Dominica de Septuagésima.	13 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	2 de Marzo.
Pascua de Resurreccion.	17 de Abril.
Letanias.	23, 24 y 25 de Mayo.
Ascension del Señor.	26 de Mayo.
Pascua de Pentecostes.	5 de Junio.
Santísima Trinidad.	12 de Junio.
Santísimo Corpus Christi.	16 de Junio.
Domínicas entre Pentecostes y Adviento.	24

DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
Los Viérnes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora caiga en Viérnes ó Sábado, el ayuno se anticipa al Juéves precedente.

La Vigilia de Pentecostes.	4 de Junio.
Miércoles, Viérnes y Sábado de cada una de las cuatro Témperas.	
Vigilia de San Pedro y San Pablo, Apóstoles.	28 de Junio.
De Santiago, Apóstol.	24 de Julio.
De la Asuncion de Nuestra Señora.	14 de Agosto.
De Todos los Santos.	31 de Octubre.
De Navidad.	24 de Diciembre. ♀

ADVERTENCIA—Ningun dia de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.
Se debe renovar la bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los dias de ayuno, los Domingos de Cuaresma y los Viérnes del año.

DIAS DE AYUNO CON ABSTINENCIA DE CARNE.

El Miércoles de Ceniza.	2 de Marzo.
Todos los Viérnes de Cuaresma.	
Miércoles, Juéves, Viérnes y Sábado de la semana Santa.	13, 14, 15 y 16 de Abril.
Vigilia de Pentecostes.	4 de Junio.
De San Pedro y San Pablo.	28 de Junio.
De la Asuncion de Nuestra Señora.	14 de Agosto.
De Navidad.	24 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I.—El 9, 11 y 12 de Marzo.	III.—El 21, 23 y 24 de Setiembre.
II.—El 8, 10 y 11 de Junio.	IV.—El 14, 16 y 17 de Diciembre.

DIAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 13 de Febrero; el 8, 19, 20 y 27 de Marzo; el 8, 9 y 20 de Abril; el 9 y 11 de Mayo.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 25 de Abril, y se cierran respectivamente el 1.º de Marzo y el 26 de Noviembre.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud.	40° 24' 30" N.
Longitud.	0 ^h 10 ^m 4 ^s ,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Acuario, el 19 de Enero.	En Leo, el 22 de Julio.-Cenicula.
En Piscis, el 18 de Febrero.	En Virgo, el 22 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo.-Primavera.	En Libra, el 22 de Setiembre.-Otoño.
En Tauro, el 19 de Abril.	En Escorpio, el 22 de Octubre.
En Géminis, el 20 de Mayo.	En Sagitario, el 22 de Noviembre.
En Cáncer, el 21 de Junio.-Estío.	En Capricornio, el 21 Dic.-Invierno.

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 20 de Marzo, á las 10 h. y 59 m. de la mañana.
ESTÍO.—Entra el 21 de Junio, á las 7 h. y 13 m. de la mañana.
OTOÑO.—Entra el 22 de Setiembre, á las 9 h. y 35 m. de la noche.
INVIERNO.—Entra el 21 de Diciembre, á las 3 h. y 45 m. de la tarde.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.

MAYO 27.—Eclipse parcial de Sol, invisible en Madrid.
El eclipse principia en la Tierra á 9^h 30^m 5^s tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 108° 3' al E. de Madrid, y latitud 39° 13' N.
El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 11^h 33^m 8^s, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 16° 55' y latitud 68° 19' N.
El eclipse termina en la Tierra á 13^h 37^m 1^s, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 90° 52' al O., y latitud 46° 21' N.
Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general 0,740, tomando como unidad el diámetro del Sol.
Este eclipse será visible en parte de Asia y de la América del Norte, en el estrecho de Behering y en el mar Polar Ártico.
JUNIO 12.—Eclipse total de Luna, invisible en Madrid.
Principio del eclipse, á las 4 y 56 minutos de la mañana.
Principio del eclipse total, á las 5 y 59 minutos de la mañana.
Medio del eclipse, á las 6 y 39 minutos de la mañana.
Fin del eclipse total, á las 7 y 19 minutos de la mañana.

Fin del eclipse, á las 8 y 21 minutos de la mañana.
El principio de este eclipse será visible en casi toda la América Septentrional, en la Meridional, en parte de África, en la Nueva Zelanda, en gran parte del Océano Pacífico, en el Atlántico y en el mar Polar Antártico.
El fin de este eclipse será visible en casi toda la América, en gran parte de la Australia, en casi todo el grande Océano Pacífico, en parte del Atlántico y en el mar Polar Antártico.
El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 75° de su vértice austral hacia Oriente (vision directa).
El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 72° de su vértice austral hacia Occidente (vision directa).
NOVIEMBRE 21.—Eclipse anular de Sol, invisible en Madrid.
El eclipse principia en la Tierra á 1^h 59^m tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 133° 30' al O. de Madrid y latitud 26° 41' S.
El eclipse central principia en la Tierra á 3^h 27^m 5^s, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 172° 54' al O. y latitud 51° 54' S.
El eclipse central á mediodia sucede á 4^h 27^m 6^s en la longitud de 70° 20' al O. y latitud 84° 24' S.
El eclipse central termina en la Tierra á 5^h 4^m 5^s, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 54° 7' al E. y latitud 39° 5' S.
El eclipse termina en la Tierra á 6^h 33^m 9^s, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 5° 13' al E. y latitud 39° 5' S.
Este eclipse será visible en una pequeña parte de la América del Sur, en parte del Océano Atlántico y Pacífico, y en el Mar Polar Antártico.
DICIEMBRE 5.—Eclipse parcial de Luna, en parte visible en Madrid.
Principio del eclipse, á las 3 y 13 minutos de la tarde.
Medio del eclipse, á las 4 y 54 minutos de la tarde.
Fin del eclipse á las 6 y 34 minutos de la noche.
El principio de este eclipse será visible en gran parte de Europa, en el Asia, en parte de Africa, en la Australia, en parte de la América Septentrional, en el estrecho de Behering, en el Océano Índico, en gran parte del Pacífico, en el mar Polar Ártico y en una pequeña parte del Antártico.
Valor de la máxima fase, ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,973: tomando como unidad el diámetro de la Luna.
El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 61° de su vértice boreal hacia Oriente (vision directa).
El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 63° de su vértice boreal hacia Occidente (vision directa).
♀ En Madrid la Luna sale eclipsada á las 4 y 38 minutos de la tarde.



ALMANAQUE PARA EL AÑO 1881.

Ortos del Sol.	ENERO.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	FEBRERO.	Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
7.23	1 Sáb. <i>Fiesta.</i> LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45	7.10	1 Márt. San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.23	2 Dom. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario abad.	4.45	7.09	2 Miérc. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurion, obispo.	5.20
7.24	3 Lún. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46	7.08	3 Juév. San Blas, obispo y mr., y el beato Nicolas de Longobardo.	5.21
7.24	4 Márt. San Tito, obispo, y san Aquilino y comps., mrs.	4.47	7.07	4 Viér. San Andres Corsino, obispo, y san José de Leonisa.	5.22
7.24	5 Miérc. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Stilita.	4.48	7.06	5 Sáb. Santa Águeda, virgen y mártir, san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5.23
7.24	6 Juév. <i>Fiesta.</i> LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.	4.49			
7.24	7 Viér. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.	4.50		☾ <i>Cuarto creciente, á las 12 h. y 39 m. de la m., en Tauro.</i>	
	☽ <i>Cuarto creciente, á las 7 h. y 54 m. de la m., en Aries.</i>				
7.23	8 Sáb. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51	7.05	6 Dom. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25
7.23	9 Dom. San Julian, mártir, y santa Basilia, virgen.	4.52	7.04	7 Lún. San Romualdo, abad, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
7.23	10 Lún. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53	7.03	8 Márt. San Juan de Mata, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	5.27
7.23	11 Márt. San Higinio, papa y mártir.	4.54	7.01	9 Miérc. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.22	12 Miérc. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin, canónigo de Leon.	4.55	7.00	10 Juév. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
7.22	13 Juév. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	6.59	11 Viér. San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los beatos siete Siervos de María, fundadores.	5.31
7.22	14 Viér. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix, presbítero de Nola, mártir.	4.57	6.58	12 Sáb. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
7.22	15 Sáb. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	6.57	13 Dom. (<i>Septuagésima.</i>) San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33
	☉ <i>Luna llena, á las 11 h. y 33 m. de la m., en Cáncer.</i>		6.55	14 Lún. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.— <i>Anima.</i>	5.34
7.21	16 Dom. El Santísimo Nombre de Jesus, san Marcelo, papa y mártir, y san Fulgencio, obispo.	5.00			
7.21	17 Lún. San Antonio, abad.	5.01		☉ <i>Luna llena, á la 6 h. y 9 m. de la m., en Leo.</i>	
7.20	18 Márt. La Catedral de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02			
7.20	19 Miérc. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta, san Audifas y san Abacú, mártires.	5.03	6.54	15 Márt. San Faustino y san Jovita, hermanos, mártires.	5.35
7.19	20 Juév. San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	5.04	6.53	16 Miérc. San Julian y 5.000 compañeros, mártires.	5.37
7.19	21 Viér. Santa Ines, virgen y mártir, san Fructuoso, obispo, san Eulogio y san Angurio, mártires.	5.05	6.51	17 Juév. San Julian de Capadocia, mártir.	5.38
7.18	22 Sáb. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	6.50	18 Viér. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.	5.39
7.17	23 Dom. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mártir, patrona de Teruel.— <i>Fiesta en el arzobispado de Toledo.</i>	5.08	6.49	19 Sáb. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.	5.40
	☾ <i>Cuarto menguante, á las 8 h. y 33 m. de la m., en Escorpio.</i>		6.47	20 Dom. (<i>Sexagésima.</i>) San Leon y san Eleuterio, obispos.	5.41
7.17	24 Lún. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	6.46	21 Lún. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
7.16	25 Márt. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10			
7.15	26 Miérc. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana.	5.11		☾ <i>Cuarto menguante, á las 7 h. y 15 m. de la n., en Sagitario.</i>	
7.14	27 Juév. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor, y san Julian y compañeros, mártires.	5.12	6.45	22 Márt. La Catedral de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.	5.44
7.13	28 Viér. San Julian, obispo y patron de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, la Aparición de santa Ines, virgen y mártir, san Tirso y compañeros, mártires.	5.14	6.43	23 Miérc. San Pedro Damiano, obispo y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona.	5.45
7.13	29 Sáb. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5.15	6.42	24 Juév. San Matias, apóstol, y san Modesto, obispo y confesor.	5.46
	☉ <i>Luna nueva, á las 12 h. y 33 m. de la n., en Acuario.</i>		6.41	25 Viér. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio.	5.47
7.12	30 Dom. Santa Martina, virgen y mártir, y san Lésmes, patron de Burgos.	5.16	6.39	26 Sáb. San Alejandro, obispo.	5.48
7.11	31 Lún. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17	6.37	27 Dom. (<i>Quincuagésima.</i>) San Baldomero, confesor.	5.49
			6.36	28 Lún. San Roman, abad, y san Macario y compañeros, mártires.	5.50
				☉ <i>Luna nueva, á las 11 h. y 18 m. de la m., en Piscis.</i>	

MARZO.

6.34	1 Márt. El santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52	6.11	16 Miérc. San Julian de Anazarbo, mártir.	6.08
6.33	2 Miérc. (<i>Ceniza.</i>) San Lucio, obispo.— <i>Principia el ayuno de Cuaresma.</i>	5.53	6.09	17 Juév. San Patricio, obispo y confesor.	6.09
6.31	3 Juév. San Emeterio y san Celedonio, mártires.	5.54	6.07	18 Viér. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.30	4 Viér. San Casimiro, principe de Polonia, y san Lucio, papa y mr.	5.55	6.06	19 Sáb. San José, esposo de Nuestra Señora, patron de la Iglesia universal, y el bto. Juan de Sto. Domingo.— <i>Anima.</i>	6.11
6.28	5 Sáb. San Eusebio y compañeros, mártires.	5.56	6.04	20 Dom. <i>III de Cuaresma.</i> San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.— <i>Anima.</i> —(PRIMAVERA.)	6.12
6.27	6 Dom. <i>I de Cuaresma.</i> San Victor y san Victoriano, mártires, san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.	5.57	6.02	21 Lún. San Benito, abad y fundador.	6.13
6.25	7 Lún. Santo Tomas de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58	6.01	22 Márt. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14
	☽ <i>Cuarto creciente, á las 7 h. y 47 m. de la n., en Géminis.</i>		5.59	23 Miérc. San Victoriano y compañeros, mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6.15
6.23	8 Márt. San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.— <i>Anima.</i>	5.59	5.57	☾ <i>Cuarto menguante, á las 8 h. y 15 m. de la m., en Capricornio.</i>	
6.22	9 Miérc. Santa Francisca, viuda, romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.— <i>Témpora.</i>	6.00	5.56	24 Juév. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José Maria Tomasi, cardenal.	6.16
6.20	10 Juév. Santos Meliton y 39 compañeros, mártires de Sebaste.	6.01			
6.19	11 Viér. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.— <i>Témpora.</i>	6.03	5.54	25 Viér. <i>Fiesta.</i> LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas, el Buen Ladrón.	6.17
6.17	12 Sáb. San Gregorio Magno, papa y doctor.— <i>Témpora.</i> — <i>Órdenes.</i>	6.04	5.52	26 Sáb. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18
6.15	13 Dom. <i>II de Cuaresma.</i> San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	6.05	5.51	27 Dom. <i>IV de Cuaresma.</i> San Ruperto, obispo y conf.— <i>Anima.</i>	6.19
6.14	14 Lún. Santa Matilde, reina, y la Traslacion de santa Florentina, vg.	6.06	5.49	28 Lún. San Sixto III, papa, san Cástor y san Doroteo, mártires.	6.20
6.12	15 Márt. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longino y compañeros, mártires.	6.07		29 Márt. San Eustasio, abad.	6.21
	☉ <i>Luna llena, á las 10 h. y 22 m. de la n., en Virgo.</i>		5.47	30 Miérc. San Juan Climaco, abad.	6.22
			5.46	31 Juév. Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23

ABRIL.		Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	MAYO.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.	H. M.		H. M.
5.44	1 Viér. San Venancio, obispo y mártir.	6.24	4.59	1 Dom. Santos Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, san Orencio y santa Paciencia, padres de san Lorenzo, mártir.		6.55
5.43	2 Sáb. San Francisco de Paula, fundador, y santa María Egipciaca, penitente.	6.26	4.58	2 Lún. San Atanasio, ob. y dr., y la bta. Mafalda, reina de Castilla.		6.56
5.41	3 Dom. <i>de Pasión</i> . San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	6.27	4.57	3 Márt. La Invenzion de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio, Teodulo y Juvenal, mártires.		6.57
5.39	4 Lún. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.	6.28	4.56	4 Miérc. Santa Mónica, viuda, madre de san Agustín, ob. y dr.		6.58
5.38	5 Márt. San Vicente Ferrer, patron de Valencia, santa Emilia, y la beata Juliana, virgen.	6.29	4.54	5 Juév. San Pío V, papa, san Sacerdote, obispo, y La Conversion de san Agustín.		6.59
5.36	6 Miérc. San Celestino, papa y confesor.	6.30	4.53	6 Viér. San Juan Ante-Portam-Latinam, y san Juan Damasceno, confesor.		7.00
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 3 h. y 40 m. de la t., en <i>Cáncer</i> .			☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 h. y 29 m. de la m., en <i>Leo</i> .		
5.34	7 Juév. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.	6.31	4.52	7 Sáb. San Estanislao, obispo y mártir.		7.01
5.33	8 Viér. Los Dolores de Nuestra Señora, san Dionisio, obispo, y el beato Julian de San Agustín.— <i>Anima</i> .	6.32	4.51	8 Dom. El Patrocinio de san José, y La Aparicion de san Miguel, arcángel.		7.02
5.31	9 Sáb. Santa María Cleofé, y santa Casilda, princesa de Toledo.— <i>Anima</i> .	6.33	4.50	9 Lún. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.		7.03
5.30	10 Dom. <i>de Ramos</i> . Santos Daniel y Ezequiel, profetas.	6.34	4.49	10 Márt. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mártires.		7.04
5.28	11 Lún. <i>Santo</i> . San Leon Magno, papa y doctor.	6.35	4.48	11 Miérc. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr., patron de Lérida.		7.05
5.27	12 Márt. <i>Santo</i> . San Victor, mártir, y san Zenon, obispo.	6.36	4.48	12 Juév. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires.		7.06
5.25	13 Miérc. <i>Santo</i> . San Hermenegildo, rey de Sevilla y mártir.	6.37	4.47	13 Viér. San Pedro Regalado, patron de Valladolid.		7.07
5.23	14 Juév. <i>Santo</i> . San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro Gonzalez Telmo, confesor.	6.38	4.46	☾ <i>Luna llena</i> , á las 10 h. y 9 m. de la n., en <i>Escorpio</i> .		
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 11 h. y 35 m. de la m., en <i>Libra</i> .			14 Sáb. San Bonifacio, mártir.		7.08
5.22	15 Viér. <i>Santo</i> . Santa Basilisa y santa Anastasia, mártires.	6.39	4.45	15 Dom. SAN ISIDRO LABRADOR, patron de Madrid, san Torcuato y seis compañeros, obispos y mártires.		7.09
5.20	16 Sáb. <i>Santo</i> . Santa Engracia y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	6.40	4.44	16 Lún. San Juan Nepomuceno, presbítero, y san Vitesindo, mártires, san Ubaldo, obispo, y san Simon Stock, confesor.		7.10
5.19	17 Dom. PASCUA DE RESURRECCION. San Aniceto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesus, y los santos mártires de Córdoba, Elias, Pablo é Isidoro.	6.41	4.43	17 Márt. San Pascual Bailon, confesor.		7.11
5.18	18 Lún. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernon.	6.42	4.42	18 Miérc. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio, conf.		7.12
5.16	19 Márt. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires.	6.43	4.41	19 Juév. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Pudenciana, virgen.		7.13
5.15	20 Miérc. Santa Ines de Monte-Policiano, virgen.	6.44	4.40	20 Viér. San Bernardino de Sena, confesor.		7.14
5.13	21 Juév. San Anselmo, obispo y doctor.— <i>Anima</i> .	6.46	4.39	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 52 m. de la t., en <i>Acuario</i> .		
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 9 h. y 23 m. de la m., en <i>Acuario</i> .			21 Sáb. Santa Maria de Cervellon ó de Socors, y san Secundino, mr.		7.15
5.12	22 Viér. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.46	4.38	22 Dom. Santa Quiteria y santa Julia, virgenes y mártires, santa Rita de Casia, viuda, san Aton, obispo, y el beato Pedro de la Asuncion.		7.16
5.10	23 Sáb. San Jorge, mártir.	6.47	4.38	23 Lún. La Aparicion del apóstol Santiago, san Basileo y san Epitacio, obispos y mártires.— <i>Letanias</i> .		7.17
5.09	24 Dom. <i>de Cuasimodo</i> . San Fidel de Singmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48	4.37	24 Márt. Nuestra Señora del Auxilio, san Robustiano y el beato Juan de Prado, mártires, y la Traslacion de santo Domingo de Guzman.— <i>Letanias</i> .		7.17
5.07	25 Lún. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo.— <i>Letanias mayores</i> .	6.49	4.36	25 Miérc. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa Maria Magdalena de Pacis, virgen.— <i>Letanias</i> .		7.18
5.06	26 Márt. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Traslacion de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50	4.35	26 Juév. <i>Fiesta</i> . LA ASCENSION DEL SEÑOR, san Felipe Neri, y san Eleuterio, papa y mártir.		7.19
5.05	27 Miérc. San Anastasio, papa y mártir, Santo Toribio de Mogrobojo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	6.51	4.35	27 Viér. San Juan, papa y mártir.		7.20
5.03	28 Juév. San Pablo de la Cruz, san Prudencio, obispo, y san Vidal, mártir.	6.52	4.34	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 11 h. y 21 m. de la n., en <i>Géminis</i> .		
	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 10 h. y 10 m. de la m., en <i>Tauro</i> .			28 Sáb. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, confesor.		7.21
5.02	29 Viér. San Pedro de Verona, mártir.	6.53	4.33	29 Dom. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.		7.21
5.01	30 Sáb. Santa Catalina de Sena, virgen, y los santos Amador, presbítero, Pedro y Luis, mártires de Córdoba.	6.54	4.33	30 Lún. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.		7.22
				31 Márt. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos German, Paulino, Justo y Sicio, mártires, y sta. Petronila y sta. Angela Merisi, vgs.		7.23

JUNIO.

4.32	1 Miérc. San Segundo, obispo y mártir, san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	7.24	4.29	17 Viér. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de Leon, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.		7.33
4.31	2 Juév. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25	4.29	18 Sáb. San Marco, san Marcelliano, san Ciriaco y santa Paula, mrs.		7.33
4.31	3 Viér. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25	4.29	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 9 h. y 4 m. de la n., en <i>Piscis</i> .		
4.30	4 Sáb. San Francisco Caracciolo, fundador.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .	7.26	4.29	19 Dom. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.		7.33
4.30	5 Dom. PASCUA DE PENTECOSTES. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27	4.29	20 Lún. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.		7.33
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 3 h. y 5 m. de la m., en <i>Virgo</i> .			21 Márt. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro.— (Estrío.)		7.34
4.30	6 Lún. San Norberto, obispo y fundador.	7.27	4.29	22 Miérc. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mrs.		7.34
4.29	7 Márt. San Pedro y compañeros, mártires de Córdoba.	7.28	4.30	23 Juév. San Juan, presbítero y mártir.		7.34
4.29	8 Miérc. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, ob.— <i>Témpora</i> .	7.28	4.30	24 Viér. El Santísimo Corazon de Jesus y La Natividad de san Juan Bautista.		7.34
4.29	9 Juév. San Primo y san Feliciano, mártires.— <i>Anima</i> .	7.29	4.30	25 Sáb. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.		7.34
4.29	10 Viér. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.— <i>Témpora</i> .	7.29	4.30	26 Dom. El Purísimo Corazon de Maria, san Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.		7.34
4.29	11 Sáb. San Bernabé, apóstol.— <i>Témpora</i> .— <i>Ordenes</i> .— <i>Anima</i> .	7.30	4.30	☽ <i>Luna nueva</i> , á la 1 h. y 49 m. de la t., en <i>Cáncer</i> .		
4.29	12 Dom. La Santísima Trinidad, san Juan de Sahagun, san Onofre, anacoreta, y los santos Basilides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30	4.31	27 Lún. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey.		7.34
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 6 h. y 42 m. de la m., en <i>Sagitario</i> .			28 Márt. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .		7.34
4.29	13 Lún. San Antonio de Pádua, conf., y san Fandila, presb. y mr.	7.31	4.31	29 Miérc. <i>Fiesta</i> . SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.		7.34
4.29	14 Márt. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31	4.31	30 Juév. La Conmemoracion de san Pablo, apóstol, y san Marcial, obispo.		7.34
4.29	15 Miérc. San Vito, san Modesto, sta. Crescencia y sta. Benilde, mrs.	7.32	4.32			
4.29	16 Juév. <i>Fiesta</i> . SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI. San Juan Francisco Régis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32	4.32			

JULIO.		AGOSTO.	
Ociosos del Sol.	Ociosos del Sol.	Ociosos del Sol.	Ociosos del Sol.
H. M. 4.33	1 Viér. San Casto y san Secundino, mártires.	H. M. 4.57	1 Lún. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Félix, mártir.
4.33	2 Sáb. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mártires.	7.34	2 Márt. Ntra. Sra. de los Angeles, san Alfonso de Ligorio, obispo y dr., san Pedro, ob. de O-ma, y la beata Juana de Aza.
4.34	3 Dom. La Preciosa Sangre de Ntro. S. Jesucristo, san Trifon y compañeros, mártires, y el beato Raimundo Lulio, mr.	4.57	3 Miérc. La Invención del cuerpo de san Estéban, proto-mártir.
4.34	4 Lún. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono. ☽ Cuarto creciente, á las 5 h. y 1 m. de la t., en <i>Libra</i> .	4.58	☽ Cuarto creciente, á las 4 h. y 28 m. de la m., en <i>Escorpio</i> .
4.35	5 Márt. San Miguel de los Santos, confesor.	4.59	4 Juév. Santo Domingo de Guzman, fundador de la Orden de predicadores, confesor.
4.35	6 Miérc. Santa Lucía, mártir.	5.00	5 Viér. La Dedicación de la Basílica de santa María la Mayor ó de las Nieves, en Roma.
4.36	7 Juév. San Fermin, obispo y mártir, san Odon, obispo, santa Pulqueria, emperatriz, y el beato Lorenzo de Brindis.	5.01	6 Sáb. La Transfiguración del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, san Sixto II, papa, san Felicitísimo y san Agapito, diáconos, todos mártires.
4.37	8 Viér. Santa Isabel, reina de Portugal.	5.02	7 Dom. San Cayetano, fundador, san Alberto de Sicilia, san Estéban, abad, y comps., mrs., y san Donato, ob. y mr.
4.37	9 Sáb. San Cirilo, obispo y mártir.	5.03	8 Lún. San Ciriaco, san Largo y san Esmaragdo, mártires.
4.38	10 Dom. Los santos doce Hermanos, santa Amalia, virgen, santa Rufina y santa Segunda, vírgenes y mártires.	5.04	9 Márt. San Roman, mártir.
4.39	11 Lún. San Pío I, papa, san Abundio, mártires, y santa Verónica de Julianis, virgen. ☉ Luna llena, á la 1 h. y 59 m. de la t., en <i>Capricornio</i> .	5.05	☉ Luna llena, á las 8 h. y 52 m. de la n., en <i>Acuario</i> .
4.39	12 Márt. San Juan Gualberto, abad, san Nabor y san Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mártir.	5.06	10 Miérc. San Lorenzo, diác., mr., y santa Filomena, vg. y mr.
4.40	13 Miérc. San Anacleto, papa y mártir.	5.07	11 Juév. San Tiburcio y santa Susana, mártires.
4.41	14 Juév. San Buenaventura, obispo y doctor.	5.08	12 Viér. Santa Clara de Asís, virgen y fundadora.
4.42	15 Viér. San Enrique, emperador, san Camilo de Lélis, fundador, y los beatos cuarenta mártires del Brasil.	5.09	13 Sáb. San Hipólito, San Casiano, sta. Centola y sta. Elena, mrs.
4.42	16 Sáb. El Triunfo de la santa Cruz, Nuestra Señora del Carmen, y san Sisenando, diácono, mártir de Córdoba.	5.10	14 Dom. San Ensebio, presbítero, y san Pablo, diácono, mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>
4.43	17 Dom. San Alejo, confesor.	5.11	15 Lún. <i>Fiesta. LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA</i> , y san Alipio, ob.
4.44	18 Lún. Santa Sinforsosa y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires. ☾ Cuarto menguante, á las 5 h. y 19 m. de la m., en <i>Aries</i> .	5.11	16 Márt. Santos Roque y Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mártir del Japon.
4.45	19 Márt. San Vicente de Paul, fundador, santa Justa, santa Rufina y santa Aurea, vírgenes y mártires.	5.12	☾ Cuarto menguante, á las 4 h. y 43 m. de la t., en <i>Tauro</i> .
4.46	20 Miérc. San Elías, profeta, san Jerónimo Emiliano, santa Librada y santa Margarita, vírgenes y mártires.	5.13	17 Miérc. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.
4.47	21 Juév. Santa Práxedes, virgen.	5.14	18 Juév. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, virgen.
4.47	22 Viér. Santa María Magdalena, penitente.—(CANÍCULA.)	5.15	19 Viér. San Luis, obispo de Tolosa, san Magin, ermitaño, y el beato Pedro de Zúñiga, mártires.
4.48	23 Sáb. San Apolinar, obispo y mártir, san Liborio, obispo, y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires.	5.16	20 Sáb. San Bernardo, abad y doctor.
4.49	24 Dom. Sta. Cristina, vg. y mr., y san Francisco Solano.— <i>Ayuno.</i>	5.17	21 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora, santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, san Fabriciano y san Filiberto, mártires.
4.50	25 Lún. <i>Fiesta. SANTIAGO, APÓSTOL</i> , patron de España, y san Cristóbal, mártir.	5.18	22 Lún. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinfiriano, mrs.
4.51	26 Márt. Santa Ana, madre de Nuestra Señora. ☽ Luna nueva, á las 5 h. y 4 m. de la m., en <i>Leo</i> .	5.19	23 Márt. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.
4.52	27 Miérc. San Pantaleon, san Cucufate, santa Juliana, santa Semproniana, san Jorge, diácono, san Félix, san Aurelio, santa Natalia y santa Lilibosa, todos mártires.	5.20	24 Miérc. San Bartolomé, apóstol.
4.53	28 Juév. Santos Nazario, Celso, y Victor, papa, mártires, san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomas, virgen.	5.21	☽ Luna nueva, á las 8 h. y 31 m. de la n., en <i>Virgo</i> .
4.54	29 Viér. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mártires, y el beato Luis Beltran, mártir del Japon.	5.22	25 Juév. San Luis, rey de Francia, san Ginés de Arlés, san Gerencio, ob., y los bto. Pedro Vazquez y Luis Sotelo, mrs.
4.55	30 Sáb. San Abdón, san Senen y san Teodomira, mártires, y el beato Manés de Guzman, confesor.	5.23	26 Viér. San Ceferino, papa, y san Victor, presbítero, mártires.
4.56	31 Dom. San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, confesor.	5.24	27 Sáb. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pias, san Rufo, obispo, y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesus.
		5.25	28 Dom. San Agustín, obispo y doctor, y san Hermos, mártir.
		5.26	29 Lún. La Degollación de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.
			30 Márt. Santa Rosa de Lima, virgen, san Félix y san Adauto, mrs.
			31 Miérc. San Ramon Nonato, cardenal, y santo Domingo de Val, niño, mártir de Zaragoza.

SETIEMBRE.

5.27	1 Juév. San Vicente y san Leto, mrs. de Toledo, los stos. doce Hermanos, mártires, san Gil, abad, y santa Ana, profetisa. ☽ Cuarto creciente, á la 1 h. y 47 m. de la t., en <i>Sagitario</i> .	6.33	5.41	16 Viér. San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires.	6.08
5.28	2 Viér. San Estéban, rey de Hungría, y san Antolin, mártir.	6.31	5.42	17 Sáb. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, san Pedro Arbués, mártir, y santa Columba, virgen y mr.	6.06
5.28	3 Sáb. San Sandalio, mr., san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesus y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japon.	6.29	5.43	18 Dom. Los Dolores gloriosos de Ntra. Sra., santo Tomas de Villanueva, arz. de Valencia, y san José Cupertino, conf.	6.05
5.29	4 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa, y las santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, vgs.	6.28	5.44	19 Lún. San Genaro, obispo, y compañeros, mártires.	6.03
5.30	5 Lún. San Lorenzo Justiniano, obispo, la Conmemoración de san Julian, obispo de Cuenca, y santa Obdulia, vg. y mr.	6.26	5.45	20 Márt. San Eustaquio y comps., mrs., san Rogelio y san Siervo de Dios, mrs. de Córdoba, y el beato Francisco de Posadas.	6.01
5.31	6 Márt. San Eugenio y compañeros, mártires.	6.25	5.46	21 Miérc. San Mateo, apóstol y evangelista.— <i>Témpora.</i>	6.00
5.32	7 Miérc. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23	5.47	22 Juév. San Mauricio y compañeros, mártires, y santa Pomposa, virgen y mártir de Córdoba.—(OTOÑO.)	5.58
5.33	8 Juév. <i>Fiesta. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA.</i> , y san Adrian, mr. ☉ Luna llena, á las 4 h. y 25 m. de la m., en <i>Piscis</i> .	6.21	5.48	23 Viér. San Lino, papa, santa Tecla, virgen, santa Xantipa y santa Polixena, todos mártires.— <i>Témpora.</i>	5.56
5.34	9 Viér. Santa María de la Cabeza, san Gorgonio, mártir, y el beato Pedro Claver, confesor.	6.20	5.49	☽ Luna nueva, á las 11 h. y 40 m. de la m., en <i>Libra</i> .	
5.35	10 Sáb. San Nicolas de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, el bto. Francisco de Morales y comps., mrs. del Japon.	6.18	5.50	24 Sáb. Nuestra Señora de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, confesor.— <i>Témpora. —Órdenes.</i>	5.55
5.36	11 Dom. El SSmo. Nombre de María, san Proto y san Jacinto, mrs.	6.16	5.51	25 Dom. San Lope, obispo, san Formerio, mártir, y el santo niño Cristóbal, mártir de La Guardia.	5.53
5.37	12 Lún. San Leoncio y comps., mrs., san Vicente, abad, mr., y los beatos Tomas Zumárraga y Apolinar Franco, mártires.	6.15	5.52	26 Lún. San Cipriano y santa Justina, mártires, y san García, abad.	5.51
5.38	13 Márt. San Felipe, mártir.	6.13	5.53	27 Márt. San Cosme y san Damian, hermanos, mártires.	5.50
5.39	14 Miérc. La Exaltación de la santa Cruz.	6.11	5.54	28 Miérc. San Wenceslao, rey, san Adolfo y san Juan, mártires, santa Eustaquio, virgen, y el beato Simon de Rojas, conf.	5.48
5.40	15 Juév. San Nicomedes, presbítero, mártir, san Emila y san Jeremias, mártires de Córdoba. ☾ Cuarto menguante, á las 7 h. y 47 m. de la m., en <i>Géminis</i> .	6.10	5.55	29 Juév. La Dedicación de san Miguel, arcángel.	5.46
				30 Viér. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofia, viuda.	5.45
				☽ Cuarto creciente, á las 9 h. y 33 m. de la n., en <i>Capricornio</i> .	

OCTUBRE.		Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	NOVIEMBRE.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.	H. M.		H. M.
5.56	1 Sáb. El santo Angel Custodio, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	5.43	6.29	1 Márt. <i>Fiesta.</i> LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.		4.57
5.57	2 Dom. Nuestra Señora del Rosario, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, ermitaño, patron de Soria.	5.41	6.31	2 Miérc. La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquio, virgen y mártir.		4.56
5.58	3 Lún. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macias.	5.40	6.32	3 Juév. Los Innumerales Mártires de Zaragoza, y san Ermenegol, obispo.		4.55
5.59	4 Márt. San Francisco de Asis, fundador.	5.38	6.33	4 Viér. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agri-colao, mártires.		4.54
6.00	5 Miérc. San Plácido y compañeros, mártires, san Froilan y san Atilano, obispos.	5.36	6.34	5 Sáb. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.		4.53
6.01	6 Juév. San Bruno, fundador de la Orden de la Cartuja.	5.35	6.35	6 Dom. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.		4.52
6.02	7 Viér. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martin Cid, abad.	5.33		☉ <i>Luna llena</i> , á la 1 h. y 48 m. de la madrugada, en <i>Tauro</i> .		
	☉ <i>Luna llena</i> , á la 1 h. y 44 m. de la t., en <i>Aries</i> .		6.36	7 Lún. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.		4.51
6.03	8 Sáb. Santa Brigida, viuda y fundadora, y san Pedro, mártir de Sevilla.	5.32	6.38	8 Márt. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.		4.50
6.04	9 Dom. San Dionisio Areopagita, obispo; san Rustico y san Eleuterio, mártires.	5.30	6.39	9 Miérc. La Dedicacion de la Basílica del Salvador (San Juan de Letran), en Roma, y san Teodoro, mártir.		4.49
6.05	10 Lún. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	5.29	6.40	10 Juév. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifon, Respicio, y Nifá, virgen.		4.48
6.06	11 Márt. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5.27	6.41	11 Viér. San Martin, obispo, y san Mena, mártir.		4.47
6.07	12 Miérc. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obispos y mártires, y san Seratin de Montegrano, confesor.	5.25	6.42	12 Sáb. San Martin, papa y mártir, san Diego de Alcalá, confesor, y san Millan, prebitero.		4.46
6.08	13 Juév. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Genaro y san Marcial, mártires.	5.24	6.43	13 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Koska, y san Homobono, confesor.		4.45
6.09	14 Viér. San Calixto, papa y mártir.	5.22		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 10 h. y 46 m. de la n., en <i>Leo</i> .		
6.10	15 Sáb. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora, compatrona de las Españas.	5.21	6.45	14 Lún. San Serapio, mártir, san Lorenzo y san Rufo, obispos.		4.44
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 11 m. de la madrugada, en <i>Cáncer</i> .		6.46	15 Márt. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leopoldo, confesor.		4.43
6.12	16 Dom. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	5.19	6.47	16 Miérc. San Rufino y compañeros, mártires.		4.43
6.13	17 Lún. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Margarita María de Alacoque, virgen.	5.18	6.48	17 Juév. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertúdis la Magna, vg.		4.42
6.14	18 Márt. San Lucas, evangelista.	5.16	6.49	18 Viér. La Dedicacion de las Basílicas de San Pedro y San Pablo, en Roma, san Máximo y san Roman.		4.41
6.15	19 Miérc. San Pedro de Alcántara, patron de la diócesis de Coria.	5.15	6.50	19 Sáb. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa y m.r.		4.40
6.16	20 Juév. San Juan Cancio, presbitero, y santa Irene, virgen y m.r.	5.13	6.52	20 Dom. San Félix de Valois, fundador.		4.40
6.17	21 Viér. San Hilarion, abad, santa Ursula y compañeras, vírgenes y mártires.	5.12	6.53	21 Lún. La Presentacion de Nuestra Señora, san Rufo y san Estéban, mártires.		4.39
6.18	22 Sáb. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mártires.	5.11		☉ <i>Luna nueva</i> , á las 4 h. y 7 m. de la t., en <i>Escorpio</i> .		
6.19	23 Dom. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, san Servando y san German, patronos de Cádiz.	5.09	6.54	22 Márt. Santa Cecilia, virgen y mártir.		4.38
	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 2 h. y 16 m. de la madrugada, en <i>Libra</i> .		6.55	23 Miérc. San Clemente, papa, y santa Felicitas, mártires.		4.38
6.20	24 Lún. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	5.08	6.56	24 Juév. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa Maria, vírgenes y mártires de Córdoba.		4.37
6.21	25 Márt. San Crisanto, santa Daria, san Gabano, san Proto, san Genaro, san Crispin y san Crispiniano, mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	5.06	6.57	25 Viér. Santa Catalina, virgen y mártir.		4.37
6.23	26 Miérc. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentin y santa Engracia, mártires.	5.05	6.58	26 Sáb. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandro, obispo y mártir.		4.36
6.24	27 Juév. Santos Vicente, Sabina y Cristeta, mártires, patronos de las ciudades de Avila y Talavera de la Reina.	5.04	6.59	27 Dom. <i>I de Adviento.</i> San Facundo y san Primitivo, hermanos mártires.		4.36
6.25	28 Viér. San Simon y san Judas Tadeo, apóstoles.	5.03	7.01	28 Lún. San Gregorio III, papa.		4.36
6.26	29 Sáb. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurion, mártires.	5.01		☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 7 h. y 47 m. de la m., en <i>Piscis</i> .		
6.27	30 Dom. Santos Claudio, Lupercio y Victorico, mártires, y el beato Alonso Rodriguez.	5.00	7.02	29 Márt. San Saturnino, obispo y mártir.		4.35
	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 4 h. y 32 m. de la m., en <i>Acuario</i> .		7.03	30 Miérc. San Andrés, apóstol.		4.35
6.28	31 Lún. San Quintin, mártir.— <i>Ajuno</i> .	4.59				

DICIEMBRE.

7.04	1 Juév. Santa Natalia, viuda.	4.35	7.16	15 Juév. San Eusebio de Vercelli, obispo y mártir.	4.35
7.05	2 Viér. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, virgen y mártir.— <i>Ajuno</i> .	4.34	7.17	16 Viér. San Valentin y compañeros, mártires.— <i>Ajuno</i> .— <i>Témpora</i> .	4.35
7.06	3 Sáb. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.— <i>Ajuno</i> .	4.34	7.17	17 Sáb. San Lázaro, obispo, y san Franco de Sena, confesor.— <i>Ajuno</i> .— <i>Témpora</i> .— <i>Órdenes</i> .	4.35
7.07	4 Dom. <i>II de Adviento.</i> Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Galvez, mártir del Japon.	4.34	7.18	18 Dom. Nuestra Señora de la O.	4.36
7.08	5 Lún. San Sábás, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	19 Lún. San Nemesio, mártir.	4.36
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 4 h. y 59 m. de la t., en <i>Géminis</i> .		7.19	20 Márt. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.09	6 Márt. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.	4.34	7.20	21 Miérc. Santo Tomas, apóstol.—(INVIERNO.)	4.37
7.09	7 Miérc. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34		☉ <i>Luna nueva</i> , á las 4 h. y 52 m. de la m., en <i>Sagitario</i> .	
7.10	8 Juév. <i>Fiesta.</i> LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.20	22 Juév. San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38
7.11	9 Viér. Santa Leocadia, vg. y m.r., patrona de Toledo.— <i>Ajuno</i> .	4.34	7.21	23 Viér. Santa Victoria, virgen y mártir, y el beato Nicolas Factor, confesor.— <i>Ajuno</i> .	4.38
7.12	10 Sáb. Nuestra Señora de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Eulalia de Mérida y santa Julia, vírgenes y mártires.— <i>Ajuno</i> .	4.34	7.21	24 Sáb. San Gregorio, presbitero y mártir.— <i>Ajuno con abstinencia de carne</i> .	4.39
7.13	11 Dom. <i>III de Adviento.</i> San Dámaso, papa.	4.34	7.21	25 Dom. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.14	12 Lún. Nuestra Señora de Guadalupe, de Méjico, san Hermógenes, san Donato y 22 compañeros, mártires.	4.34	7.22	26 Lún. San Estéban, proto-mártir.	4.40
7.14	13 Márt. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Marinonio, confesor.	4.34	7.22	27 Márt. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 7 h. y 50 m. de la n., en <i>Virgo</i> .			☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 8 h. y 27 m. de la n., en <i>Aries</i> .	
7.15	14 Miérc. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridion y san Pompeyo, obispos.— <i>Témpora</i> .— <i>Ajuno</i> .	4.35	7.23	28 Miérc. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
			7.23	29 Juév. Santo Tomas Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
			7.23	30 Viér. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mrs.	4.43
			7.23	31 Sáb. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melana.	4.44

ALMANAQUE MARÍTIMO.

PRÓLOGO.

EXCMO. SR. D. ABELARDO DE CÁRLOS.

Madrid, 10 de Abril de 1880.

SEÑOR MIO Y DE TODA MI ESTIMACION : Cuando la prensa alemana, tan diligente en el exámen del movimiento intelectual del mundo, aplaude sin reserva la excelente idea que ha concebido V. de vulgarizar en bosquejo la vida de los varones ilustres de España, sería ocioso que por mi parte juzgara el pensamiento; pero es indispensable que consigne que arriesga V. el éxito alcanzado encomendando á mi pobre pluma la prosecucion de una obra con tanto lucimiento comenzada por los Sres. D. Cayetano Rosell y D. Pedro de Madrazo, cuyos respectivos almanaques *literario* y *pictórico*, no sólo han recreado á los amantes de las buenas letras, sino que han de traspasar el límite breve de su período anual, para ser en todo tiempo releidos y consultados.

El almanaque *marítimo*, que V. quiere enlazar con los anteriores, reúne á las dificultades de los otros la de la eleccion entre tan gran número como es el de los que han conseguido fijar sus nombres en la Historia, ya rasgando el tupido velo que ocultaba más de la mitad del planeta que habitamos, ya asentando los fundamentos de la ciencia que enseña á surcar el Océano, ó ya disputando á otras naciones el dominio de su superficie codiciada. Cualquiera de las ramas en que el método y la historia misma clasifican la profesion náutica, ofrece sobrado campo para elegir una docena de figuras

sobresalientes con que conmemorar los meses del año. Más de una docena de descubridores forman en primera línea con los Pinzones, Solís, La Cosa y Ojeda; los conquistadores á seguida de Cortés y Pizarro son legion segunda para llenar volúmenes, y ménos estudiados, aunque merecedores de consideracion en la esfera científica, Medina, Cortés, Santa Cruz y la pléyade que con ellos dió á luz los regimientos de Cosmografía y de Navegacion, la fábrica de los instrumentos y la proyeccion y sistema de las Cartas de marear, ofrecen al biógrafo campo de investigacion satisfactorio al orgullo nacional. Si prescindiendo de clasificaciones, se desea designar especialidades várias, tambien se recuerdan de momento un Baltasar de Alcázar, poeta; Azara, naturalista; Navarrete, compilador; Gonzalez, higienista; Sañez Reguart, industrial; Vargas Ponce, historiador; Landa, mecánico; Ferrer, astrónomo, y tantos, tantos otros, que fatigan el deseo de no posponer ninguno.

En los esbozos adjuntos, el azar jugando con el propósito de complacer á V., ha vencido mi natural indecision : al primero han de achacar los lectores la ausencia de los nombres que prefieran, y á cargo de V. queda en todo caso satisfacerlos, diciendo por qué ha distinguido con este honroso cargo á su reconocido amigo y seguro servidor,

CESÁREO FERNANDEZ DURO.



DON ANTONIO BARCELÓ,

TENIENTE GENERAL.

MURIÓ EN 30 DE ENERO DE 1797.

Los grandes en títulos, en jerarquía ó en posición proceden indefectiblemente de un origen pequeño, más ó menos remoto; del origen común, en cuyo bajo nivel viven y se consumen los más, sirviendo de instrumento para la progresión de los ménos. Alzarse y subir más y más sobre ese nivel es aspiración universal, que realizan la inteligencia ó el corazón de los privilegiados por la Naturaleza, enemiga de la igualdad en absoluto, aunque otra cosa digan ciertas escuelas filosóficas; pero el ascenso, dadas las mejores condiciones, es de todos modos lento y trabajoso, como en el orden físico sucede; pasan una tras otra las generaciones laborando en beneficio de las que las suceden, hasta alcanzar la meta, y tales son los obstáculos de los primeros pasos,

que al genio únicamente está reservado saltarlos y tocar en una sola carrera la cima.

De aquí dimana en primer término la celebridad de don Antonio Barceló, ídolo popular, objeto de la inspiración de los poetas sus contemporáneos, de la curiosidad de la corte, de la admiración de cuantos podían apreciar el verdadero valor de sus empresas, y de la envidia de los émulos que siempre encuentra el mérito en su camino.

La partida de bautismo del hijo de un mareante de Palma de Mallorca reza que nació en 1.º de Octubre de 1717 Antonio Barceló, y sábase despues que, endurecido por la brisa y el sol en la playa, fueron su escuela los barcos de cabotaje, corriendo en ellos el aprendizaje de la práctica y haciéndose, en el sentido literal de la palabra, un buen marinero. Como esto era lo que principalmente se exigía en aquella época para patronear las embarcaciones de la navegación costera mercantil, obtuvo nombramiento de tercer piloto, y con él y su crédito personal, consiguió el mando de un jabeque que servía de correo entre las islas Baleares y la costa de Cataluña.

Hallábase por entónces en gran pujanza la Regencia de Argel, persuadida, desde el fracaso de las expediciones del emperador Carlos V, de que las naciones de Europa eran impotentes para contrarrestar el curso de que sacaba sus ingresos: ponía á contribución á todas aquellas que no querían exponerse á ver aniquilado su comercio marítimo, y sostenía perpétua alarma en las costas de España é Italia, correspondiendo á la guerra que sin tregua le hacía nuestra bandera desde tiempo inmemorial, como revancha de la dominación que habían logrado los árabes en la Península.

La inmediación de las Baleares al nido de los piratas obligaba á los habitantes de aquéllas á estar siempre sobre aviso y con las armas en la mano, estando doblemente preparados los buques, como los de comercio y pesca, para resistir la probable acometida de tan peligrosos vecinos. Dicho está con esto que el jabeque correo de Barceló llevaba artillería, y que el confiárselo cuando apenas contaba diez y ocho años acredita condiciones personales que los propietarios ó armadores debieron tener en cuenta.

Ocurrió, según era de esperar, que en sus continuas travesías tuviera encuentros con los corsarios, y como en todos sacára la mejor parte, empezó á sonar su nombre en los muelles, y á pronunciarse despues con estimación por las autoridades militares, cuyos despachos conducía con toda seguridad y confianza el jóven patron. Creció la reputación por el combate con dos galeotas que salieron á su encuentro y quedaron rendidas; acción tan meritoria, que hubo de ponerse en noticia del Gobierno, que la recompensó concediendo á Barceló graduación de alférez de fragata en 6 de Noviembre de 1738.

Esto era sólo un principio en el camino que le preparaba la fortuna: uno y otro día se sucedían las noticias y participaciones oficiales de refriegas, cazas, abordajes, que nunca detenían su camino ni embarazaban el cumplimiento de las comisiones que estaban á su cargo, y que, por el contrario, descubrían cada vez más una intrepidez, una sangre fría y una pericia poco comunes, bastantes para despertar la atención de las autoridades de marina y para recabar sin otros antecedentes, sin más recomendación, los grados de teniente de fragata y de teniente de navío, hasta la efectividad de este empleo en 30 de Junio de 1756, y el ingreso en el Cuerpo general de la Armada á consecuencia de otro abordaje notabilísimo, en que recibió dos heridas.

No es difícil concebir lo sobresaliente del mérito del marinero, cuando por él se subrogaban los preceptos reglamentarios de un cuerpo de escala para cuyo ingreso se exigía un largo curso de estudios seguido de no pocos años de práctica, y empezado por un expediente de pruebas de nobleza igual al que se sujetaban los pretendientes á los hábitos de las órdenes militares. Verdad es que las circunstancias vinieron en su ayuda. La experiencia había demostrado que las fragatas, que eran los buques de crucero de nuestra

armada, ni en velocidad de marcha ó de movimientos giratorios, ni cifiendo el viento, ni aproximándose á bajos fondos, podian competir con los jabeques que empleaban para sus piraterías los argelinos, y que burlándose de aquéllas, atracaban de noche á las costas, saqueaban los pueblos y cautivaban las gentes. Aunque tardió el desengaño, prevaleció el axioma militar de oponer al enemigo elementos superiores en calidad, pero iguales en condiciones, y como nunca se hubieran empleado en la marina semejantes embarcaciones, cuyas velas enormes exigen manejo especial, se encargó la construccion de algunas en la isla de Mallorca, donde estaban en uso, y se buscó al propio tiempo persona hábil para dirigirlos, en lo que Barceló no tenía superior. Despues se construyeron jabeques en los arsenales, y hubo muchos oficiales tan diestros en maniobrarlos, que uno se ofreció, en caso de urgencia, á llevar despachos á Lima, y montando con toda felicidad el Cabo de Hornos, se vió en el mar Pacífico por primera y única vez esta especie de bajel levantisco.

Entre los oficiales de la Armada hubo susceptibilidades lastimadas con el ingreso de Barceló, y algunos lo miraron toda su vida con malos ojos, dejándose dominar por mezquinas pasiones, aunque la justicia obligára á todos á reconocer que los hechos justificaban el privilegio, no alcanzado por otros medios que el sobresaliente mérito personal. Activo, incansable, astuto, confiado en la gente del jabeque, ciegamente adicta á su palabra, estaba constantemente en la mar y espiaba las guaridas de los piratas, arrancándoles las presas que llevaban y batiéndolos á cada paso. Fué ascendido á capitán de fragata en 1769, pasando del mando de un buque al de una division compuesta de tres jabeques, en vista del buen éxito de sus operaciones, y no hay que decir que éstas se multiplicaron, acudiendo con los tres buques, juntos ó separados, á donde era preciso. En el primer caso apresó siete jabeques enemigos sobre las costas de Cataluña; en el segundo, es decir, navegando con sólo el que montaba, fué á su vez acometido por tres argelinos, que presumian llevarlo, como presente, al Dey, y que uno tras otro fueron rendidos al abordaje, quedando prisionero el famoso Selim, capitán de aquellos foragidos, no sin que Barceló recibiera á quema-ropa un tiro de fusil, que le atravesó la mejilla izquierda, dejándole para siempre marcado. De otros muchos combates, en que siempre fué victorioso, se señalaron: uno sobre el Cabo de Gata el año de 1766, en que apresó dos fragatas argelinas, y otro en el Peñón de la Gomera, con un jabeque de 24 cañones, tan empeñado y refido, que no acabó sin costarle diez muertos y veinte y tres heridos.

Su sistema invariable era acudir al abordaje, diciendo á los marineros que era necesario economizar la pólvora del Rey. Saltaba de los primeros al bajel contrario, esgrimiendo el chafarote como maza que nada resistia, y comunicando su ardor á todos los que estaban á sus órdenes. Hubo en este último choque incidentes tan notables, que se hizo proverbial y fué muy celebrado en la córte. El Gobierno le otorgó ascenso á capitán de navío, y aumentó hasta seis el número de jabeques que formaban su division, con la que no tardó en apresar cuatro berberiscos que se habian reunido en la ensenada de Melilla.

Tan cambiadas andaban las cosas desde que se inició, bajo la direccion de Barceló, el servicio de jabeques, que gozaban de tranquilidad los pueblos del litoral, navegaban seguras sus embarcaciones, y las argelinas no se atrevian á alejarse de sus propios puertos. El nombre del capitán mallorquin, que les infundia temor, era bendecido por los nuestros desde el golfo de Rosas al Estrecho de Gibraltar, y gozaba de una popularidad y de una fama tanto más legítima, cuanto procedia de la gratitud de los cautivos rescatados y de los armadores y comerciantes que habian recobrado sus intereses perdidos. Mil seiscientos moros prisioneros, que trabajaban en el arsenal de Cartagena, y los cascos argelinos, que á remolque habian entrado en la dársena, eran

ó trofeos bastantes para que el Gobierno compartiera el aplauso y la estimacion general conquistada por D. Antonio, que no por ello amenguaba la actividad de sus cruceros.

Se quiso acabar de una vez con el nido de piratas, cuya existencia avergonzaba á las naciones europeas, y se preparó en el mismo puerto de Cartagena, el año de 1775, una expedicion respetable. La escuadra, al mando del teniente general D. Pedro Castejon, se componia de seis navios, diez y siete fragatas y urcas, diez jabeques, cuatro bombardas, diez embarcaciones menores y 361 trasportes para conducir 20.000 hombres de desembarco y 1.700 caballos, á las órdenes del general Conde de O'Relly. Salió este armamento á la mar el 28 de Junio, llegando á Argel el 1.º de Julio siguiente, sin conseguir el objeto principal, que era sorprender á la plaza con la repentina aparicion, sin darle tiempo para prepararse á la defensa. Las circunstancias de la mar impidieron, por otro lado, el desembarco hasta el dia 6, en que saltó la division de vanguardia, compuesta de 8.000 hombres, entre el rio Arraz y la ciudad; en cambio, ninguna resistencia encontraron en la playa para este primer paso, de tanto interes en la empresa; pero de aquí precisamente se originó su mal resultado, pues el jefe que mandaba esta division, desobedeciendo la orden que habia recibido de esperar el desembarco del resto del ejército, viendo abandonado el camino de la plaza, creyó coronarse de gloria tomándola por sí solo, y avanzó inconsideradamente, llenando los deseos del enemigo, que para este objeto estaba preparado en emboscada. No bien llegadas las tropas al terreno quebrado, donde los berberiscos tenian líneas de trincheras, fueron acometidas de improviso por una multitud, que las desordenó y puso en retirada. La segunda division, que se formaba en la playa, fué arrollada por los fugitivos y mezclada en el peloton del desorden que aquellos traian. El Conde de O'Relly mandó hacer precipitadamente un atrincheramiento, donde las tropas frescas pudieran contener el avance de la caballería enemiga; pero nada bastó á contrarrestar el pánico introducido en las filas; hubo que buscar con la orden de reembarco el único medio de prevenir un completo desastre, y verificándolo bajo el fuego de las baterías de campaña de los moros y de las repetidas cargas de su caballería, si no se repitió el tremendo fracaso del Emperador Carlos V, fué por la intervencion de dos jefes de la marina, que aplicaron á la salvacion del ejército recursos supremos de inteligencia y de osadía. Mazarredo, que con los botes de la escuadra dirigió la arriesgada tarea de recoger á la desmoralizada tropa, y Barceló, que poniendo en línea sus jabeques lo más cerca que pudo de la playa, la barrió con la metralla y mantuvo dentro de un límite, que no se determinaron á pasar, á los perseguidores. Murieron de los nuestros 460 y se perdieron algunas piezas y pertrechos, pero se salvó el tren de artillería y se llevaron á bordo los heridos, que se aproximaban á 3.000, entre ellos 218 jefes y oficiales, lo cual indica la calma y serenidad con que la marina cumplió su deber. El honor de esta desdichada empresa recayó principalmente en Barceló, sin cuya eficaz defensa hubieran sido más graves las consecuencias; así se dijo en el poema que escribió en frances el Marqués de Campo-Franco, pintando el estrago que en los escuadrones argelinos hicieron los cañones de los jabeques, y así tambien debió estimarlo el Gobierno, toda vez que ascendió al empleo de brigadier al jefe de las fuerzas sutiles, tan beneficiosas en aquella azarosa ocasion.

Continuando con el cargo de la guarda de las costas, recibió en Agosto de 1779 la promocion á Jefe de escuadra y la orden para tomar el mando de todas las fuerzas navales destinadas al bloqueo de la plaza de Gibraltar, y al año siguiente, decidido el sitio, que por tierra se encomendaba al Duque de Crillon, vencedor de Menorca, acudieron por mar las escuadras de España y Francia. Muchos planes, invenciones y proyectos se presentaron al Conde de Floridablanca, entre ellos el de las *flotantes*, más famoso por su fracaso que por la novedad de su construccion, y al

examinarlos en el Consejo de guerra, tocando dar su opinion á Barceló, propuso con la mayor naturalidad bombardear la plaza unos dias, y tomarla despues *al abordaje*. No hay para qué referir las operaciones del sitio; basta aquí consignar que Barceló siguió mandando las fuerzas sutiles, y que inventó unas cañoneras con coraza de hierro, cuyo modelo se conserva en el Museo Naval, y en las cuales quedaban á cubierto la pieza, los remeros y el timonel. Manteniéndose siempre en primera linea durante el ataque, estuvo á la altura de su reputacion y recibió dos heridas.

En este tiempo se habian aprovechado los argelinos del campo que se les dejaba libre, volviendo á sus antiguas correrías, y su constante azote, D. Antonio, fué elegido para propinarles nuevo escarmiento, saliendo de Cartagena el 2 de Julio de 1783 con una escuadra de cuatro navios, cuatro fragatas, doce jabeques, diez y seis brulotes y cincuenta lanchas cañoneras y bombarderas. La insistencia de los vientos contrarios y la gruesa mar, que molestaba mucho á las embarcaciones menores, le impidieron llegar con tan crecido convoy ante los muros de Argel hasta el 29, y empezar el ataque hasta el 1.º de Agosto. Protegidas por los navios, situó en primera linea diez y ocho bombarderas, con las cañoneras en las alas y los jabeques en disposicion de batir la boca del puerto y de impedir la salida de las embarcaciones enemigas, si la intentaban. El General en su falúa, y en botes su Mayor general y Ayudantes, atendian á la ejecucion de las órdenes. Desde las dos de la tarde, que se rompió el fuego, hasta el anochecer, se enviaron á la plaza 380 bombas, sin que por nuestra parte hubiera más desgracias que dos muertos y dos heridos, con haber disparado la plaza 1.075 balas y 30 bombas. Al repetir el ataque el siguiente dia, salieron del muelle de Argel nueve galeotas y trece cañoneras, con propósito de embestir la linea de bombardas; mas los jabeques las obligaron á retirarse y continuaron los fuegos curvos, observándose su efecto por las llamas que en dos partes de la ciudad ascendian, una al E., cerca del muelle, y otra en el centro, extendiéndose esta última de manera que por la noche iluminaba el incendio toda la escuadra con resplandor parecido al de los rayos solares.

Tercero y último ataque se hizo el dia 3, empezándolo más temprano y activando el fuego de forma que se mantuvieran ocho ó nueve bombas en el aire. La plaza contestó con la misma viveza, pero con tan mala direccion, que no hubo en la escuadra más que dos heridos, al paso que el humo del incendio acusaba destrozos en el muelle, el arsenal y los edificios más señalados de la ciudad. Con esto regresó la escuadra á Cartagena, habiendo solicitado el Dey, por mediacion de Francia, una tregua de hostilidades, que á nada condujo más que á su propósito de ganar tiempo para reparar los descalabros.

Al volver al año siguiente D. Antonio, ascendido á teniente general, salió con mayor escuadra, por haberse puesto bajo sus órdenes algunas fragatas de la orden de Malta y de la Corona de Portugal, que querian cooperar al castigo de los piratas: éstos, no solamente habian reforzado las baterías de mar, sino que tenian dispuesta una escuadrilla de sesenta galeras y galeotas para impedir la situacion de las bombarderas, que tanto les habian molestado; hubo, por consiguiente, choque entre aquéllas y nuestras lanchas, desde el 12 de Julio, y habiendo echado á fondo de un balazo la falúa del General, se hubiera ahogado á no sacarle del agua prontamente el Mayor general D. José Lorenzo de Goicoechea, que se hallaba próximo. Con esta fuerza de los argelinos cesó la uniformidad que habian tenido los ataques de la jornada anterior, porque la situacion de las bombarderas costaba cada dia un combate obstinado, que al fin no evitaba la formacion de la linea. Esta vez fueron siete los dias de accion, arrojando sobre la plaza 4.379 bombas, 3.591 granadas, 12.120 balas sólidas y 401 saquillos de metralla, mientras los argelinos dispararon 1.212 bombas y 15.344 balas. Cuatro de las lanchas enemigas se volaron, y

tambien una de las nuestras, sin que se salvaran más que seis hombres de la tripulacion; pero fué bien pequeña pérdida si se considera la magnitud de la operacion.

Premió el Rey este reciente servicio de Barceló con la cruz de Carlos III y con ventajas de sueldo vitalicio, á más de la Comandancia general de las fuerzas navales del Mediterráneo; pero firmada la paz con Argel, la mision del que no tuvo otro objeto que perseguir á los corsarios quedaba concluida. Si bien siguió al frente del bloqueo de Gibraltar, repitiendo con frecuencia las demostraciones de su arrojo, huyendo de disgustos y competencias, solicitó autorizacion para retirarse á Mallorca, adonde murió, á los ochenta años de edad, el dia 30 de Enero de 1797, empleando estos últimos dias de su vida en ejercicios piadosos.

Fué D. Antonio tosco en el hablar, brusco en los modales, reservado en el trato, y como su figura nada tenía de simpática, particularmente despues de la cicatriz que le desfiguró la cara, y de la expresion suspicaz que adquirió por consecuencia de haber quedado sordo con el estruendo de los cañones, tenía pocos amigos entre los jefes de la Armada y contaba numerosos émulos. En cambio, era ídolo de los marineros, con los que se mostraba familiar y cariñoso, sin perjuicio de exigirles imposibles cuando llegaba la ocasion. En todo el litoral gozaba de un aprecio y de una popularidad que pocos alcanzan, y en el extranjero se hacia justicia al incontestable mérito de sus triunfos. Su instruccion literaria se limitaba á escribir su nombre bastante mal, como se advierte por el facsimile aquí puesto; pero su clarísimo despejo y la percepcion natural de que estaba dotado suplian á los cimientos que proporciona una educacion esmerada para las relaciones sociales. En el ejercicio de su carrera, una bravura sin paralelo, la vigilancia, la actividad, la reserva, el ojo mariner, la serenidad y la completa pericia en la maniobra hacian de él un tipo ejemplar, uniéndose á estas condiciones, como de ordinario sucede, un corazon bondadoso y noble.

Uno de los entusiastas que tuvo Barceló fué el rey don Carlos III, que mostró decidido empeño en conocerlo personalmente y en que viniera, por consiguiente, á la córte. Al serle presentado por el Ministro de Marina, le saludó diciendo: «Barceló, ¿cómo están los berberiscos? — Temiendo, señor, el nombre de V. M. — No, replicó el Rey, sorprendido de respuesta tan discreta, el tuyo es el que temen y el que basta para hacerles huir.» Tuvo tambien admiradores entre los poetas, que cantaron su epopeya, y la musa popular, que halló censuras para los más de los generales de su tiempo, lo ensalzó sobre todos en coplas y cantares, que se repetian en toda España. Sirva de muestra esta décima, que condensa las condiciones del héroe mallorquin:

Barceló no es escritor,
Ni finge ser santulario;
Ni traza de perdulario,
Ni lleva pompa exterior;
Persuade, y no es orador;
Su aseo no es presumido;
Va como debe ir vestido;
Fia poco en el hablar;
Mas si llega á pelear,
Siempre será lo que ha sido.

Facsimile de la firma.



DON JUAN JOSÉ NAVARRO

(MARQUÉS DE LA VICTORIA),

CAPITAN GENERAL.

COMBATE DE JOLÓN. — 22 DE FEBRERO DE 1744.

Acabada en España la guerra de sucesión, funesto legado que coronaba la época, más funesta, de Carlos II; cuando llegó el tiempo de reparar tantos males, asegurado en el trono el rey D. Felipe *el Animoso*, para cimentar de nuevo la Marina nacional bajo un plan militar que nunca tuvo antes, logró la dicha de encontrar hombres como Patiño y Ensenada, que de la nada sacaron arsenales, bajeles, fábricas, todo ese inmenso material que constituye la Armada; y para instruir oficiales capaces de dirigirlo, llevándolo por los mares del globo terrestre en prolongación del territorio y manifestación imponente de la bandera nacional, la buena estrella del Monarca le deparó otros hombres dotados de las raras condiciones necesarias para tan difícil empeño.

Uno de los más señalados fué D. Juan José Navarro, en quien se reunían, con las dotes de una privilegiada inteligencia, las más aventajadas condiciones personales, el conocimiento científico y el de las Bellas Artes, el dominio de la disciplina con los refinados modales de una educación cortesana, el manejo de las armas al igual en destreza de la equitación y la danza, la integración de los números alternando con el ejercicio de las lenguas extrañas, y la muestra gráfica de la Geografía con la exposición de su compañera la Historia. En su escuela se formaron Jorge Juan, Ulloa, Mazarredo, con otras principales lumbreras de nuestra Marina; servicio bastante por sí solo para darle nombre, si otros no tuviera, que llenan 520 páginas del libro de la Vida que trazó la pluma elegante de Vargas Ponce.

Hallándose de guarnición en Mesina D. Ignacio Navarro, capitán del Tercio Viejo del Mar de Nápoles, casado con una noble señora siciliana, nació D. Juan José, el 30 de Noviembre de 1687. A los once años, y sin perjuicio de los estudios matemáticos y de humanidades, tenía plaza de soldado aventajado en el mismo Tercio, cuyo servicio hubo de hacer efectivo por rompimiento de la guerra, así en Italia como en España. En 1708 pasó desde Cartagena al socorro de Orán; campaña desventurada para su familia, porque en el asalto que dió la morisma al castillo de San Andrés murió su hermano Ramon, joven de veinte y tres años, y herido su padre, fué llevado al cautiverio de Argel, donde también sucumbió. Don Juan José, que ya se distinguía por sus conocimientos, tuvo empleo como ingeniero, y fué después encargado, en el sitio de Alicante, de la mina que voló el castillo y ocasionó la rendición de la plaza. No siendo estas campañas de principal interés para la vida del marino, bastará decir que en ellas asistió á cuatro batallas campales, cuarenta acciones de guerra, siete sitios de plaza, cayendo tres veces prisionero por suerte de las armas.

Tenía treinta años de edad y empleo de capitán cuando, reformados los Tercios Viejos de la Armada y fundada la compañía de Guardias Marinas, se le eligió para alférez de ella, encargándole la enseñanza de Matemáticas, sin perjuicio de la cual se dedicó á redactar los libros precisos de que se carecía, escribiendo uno de *Táctica naval*, que reformaba el francés del P. Hoste; otro, de *Teórica y práctica de la maniobra*, y un tercero, que tituló *El Capitán de navío instruido en las ciencias y obligaciones de su empleo*. Cuando los Reyes visitaron el naciente Departamento de Cádiz, y, como una de sus dependencias, la Academia de Guardias Marinas, prendados del recibimiento que les hizo el Alférez, entónces ya Capitán de fragata, le invitaron á la mesa real y á que por las noches dibujase en su presencia, luciendo una habilidad en que sobresalía entre los de su época. Doña Isabel Farnesio le hizo presente de unos *efumines* (difuminos), hechos de su mano é inventados por el rey don Felipe para sombrear con el negro del pábilo de la vela, y con otras distinciones demostraban el agrado de la amena conversacion de Navarro, en términos de despertar los celos del ministro Patiño, que en el ascenso á Capitán de navío, concedido por el mismo Rey, encontró motivo para alejarlo de la Corte, dándole el mando del *San Fernando*. Al despedirse le encargó D. Felipe que le enviara dibujos para adornar su gabinete, y aún existen (yo los he visto) en el palacio del Real Sitio de San Ildefonso, juzgando por ellos á su autor el Sr. Cean como el mejor dibujante de España en su tiempo.

El implacable Ministro, que desconfiaba todavía de la correspondencia en que la Reina hizo varios encargos á Navarro, le dió comision para América, y al regreso le envió á la expedición de Orán, compuesta de quinientos buques, en cuyo éxito le tocó buena parte, por haber dirigido el desembarco de las tropas. Asegurada la ocupación de la plaza, quedó en el puerto de estación con su navío, y hubiera seguido alejado siempre de las costas de la Península á no haber muerto Patiño, que en la debilidad de su ojeriza interceptó los diarios, las memorias y algunos trabajos técnicos



que recibió para presentarlos á S. M. Sustituido el Ministro, y creado el Almirantazgo en 1737, ascendió Navarro á Jefe de Escuadra, dedicándose con nuevo ardor á la redaccion de las obras con que iba enriqueciendo la literatura náutica: Maniobra, Ordenanzas, Geografía, fueron objeto de otros tratados suyos, y casi lo eran de generalidad sus diarios de navegacion, porque en ellos anotaba toda especie de observaciones y comentarios, y dibujaba ademas dia por dia las vistas de tierra, de embarcaciones, peces, pájaros, cuanto se ofrecia á la vista. Empezó ademas la formacion de un Diccionario marítimo, interrumpida por la declaracion de guerra que se publicó en Lóndres el 23 de Octubre de 1739, y que fué motivo para que se pusiera á sus órdenes en Cádiz una escuadra de nueve navíos, con la que fué á Ferrol y Vigo, apresando en el viaje la fragata inglesa *Non Pareil*, y enriqueciendo su coleccion de vistas con muchas de las pintorescas costas de Galicia. En este crucero, habiendo ántes sido admitido en la Real Academia Española, ideó el sistema de señales, que consistia en numerar las banderas por pares y formar con ellas una tabla pitagórica, que producía muchas combinaciones; sistema que más adelante perfeccionó Mazarredo, y que por espacio de un siglo ha regido en la Marina. En otros sucesivos por el Mediterráneo consiguió hacer algunas presas, sin encuentro formal con el enemigo, hasta que, inclinándose los franceses á nuestra alianza, se unieron las escuadras de ambas naciones en el puerto de Tolon. La de D. Juan José se componia de doce navíos; uno de 114 cañones, *El Real Felipe*; otro de 80; otro de 70 y los demas de 60. La francesa, al mando de Mr. de Court, constaba de diez y seis navíos, tres fragatas, dos brulotes y un buque hospital, y fuera del puerto las bloqueaba una inglesa, muy superior en fuerza, dirigida por el almirante Mathews. Diez y ocho meses permanecieron los aliados en esta situacion pasiva, que terminó con una orden terminante del Rey para presentar la batalla. Mr. de Court, que tenía el mando en Jefe, sentó entónces un precedente que años adelante habia de seguir al pié de la letra en Trafalgar su compatriota Mr. de Villeneuve. Convocó á Consejo, pronunciando un elocuente discurso, en que manifestaba estar dispuesto á atacar á los ingleses al abordaje, y como el General español respondiera modestamente que los navíos de su escuadra cumplirían con su obligacion, á las dos de la tarde del 19 de Febrero de 1744 dió la vela la Armada, bordeando todo el dia siguiente con poco viento á vista de las islas Hieres, donde se hallaba la enemiga. El 22 avanzó ésta, contándose treinta y dos navíos, trece de ellos de tres puentes y de 80 cañones para arriba, y nueve entre fragatas y brulotes, teniendo la ventaja del barlovento. La española, segun lo convenido, debia ocupar y ocupaba la vanguardia, pero por señal del Almirante de Court se verificó virada á un tiempo, y quedó á retaguardia. Entónces la inglesa se dirigió á cortar la línea entre ambas aliadas, y continuando los franceses su camino, disparando por fórmula algun cañonazo, permitieron que todo el peso del enemigo cayera sobre los doce navíos españoles. Con esta libertad, el navío Capitana de Mathews, con otros cuatro, se colocaron á tiro de fusil del *Real Felipe*, y á cuatro, á tres y á dos, se repartieron los demas, rompiendo el fuego sobre las victimas expiatorias de la alianza, que no por ello perdieron ánimo, ántes se defendieron como quien lo hace de la honra delante de testigos, siendo admirable el bizarro esfuerzo de la Capitana para contender con fuerzas tan desiguales, obligándolas á retirarse, aunque quedaba desmantelado, hecho una boya, sin movimiento alguno. Con igual heroismo se batieron los demas navíos desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, sin que ninguno de ellos cediera. A esta misma hora empezó el Almirante Mathews un segundo ataque, enviando sobre el Real dos navíos de refresco y un brulote, que debia abrasarlo, toda vez que, como está dicho, no podia maniobrar para evitarlo. Su recurso fué embarcar una falúa con gente escogida, que abordando al brulote, cambiaron su direccion; y, cuando ya

estaba incendiado por la popa, á medio tiro de pistola, un cañonazo lo echó á pique, apagándose facilmente los artificios de fuego que penetraron á bordo. A la defensa de su Jefe vinieron tambien, como era natural, todos los navíos que podian ejecutarlo, y convencido el enemigo de no alcanzar otro resultado con la noche, que se venia encima, á las seis y media de la tarde cesó el fuego é hizo señal de retirada, dejando dueños del campo á los navíos que quizá juzgó en su poder para aquella hora. En esto, los franceses, que se habian mantenido á barlovento á respetable distancia, viraron sobre nuestra escuadra, y comunicando Mr. de Court con Navarro, le manifestó su propósito de atacar al dia siguiente al enemigo. Dijole éste el deplorable estado en que se hallaba, no obstante el cual, á facilitarle auxilio para remediar durante la noche el aparejo, estaba pronto á otro combate, pero con la condicion de que habian de interpolarse los navíos españoles con los franceses. Durante la noche, faltos de vela como estaban los primeros, cayeron á sotavento. El *Hércules* amaneció muy cerca de los ingleses, y fué batido más de una hora por uno de tres puentes, no teniendo velas para esquivarlo; sin embargo, resistió valientemente, dando tiempo á que se le acercase la escuadra aliada, que ademas rescató al navío *Poder*, si bien en estado tal de inutilidad por los balazos, que hubo que incendiarlo. Pasaron el dia unidas ambas escuadras á vista de la enemiga, sin buscarla, y al siguiente, 24, desapareció la inglesa; con lo cual, arribando sobre la costa de España, tomaron puerto los navíos segun el viento fuerte se lo permitia, unos en Rosas, otros en Barcelona, algunos en Cartagena, adonde llegó D. Juan José Navarro el 9 de Marzo, habiendo apresado de camino una fragata enemiga.

El resultado inmediato de este glorioso combate fué, por parte de la escuadra española, 150 muertos, entre ellos tres de los doce comandantes de navío, y 167 heridos, contándose entre ellos el General, un comandante y diez y siete oficiales. El navío *Poder*, desarbolado y haciendo mucha agua, se rindió y fué represado é incendiado al dia siguiente.

La escuadra inglesa tuvo 300 bajas; murieron dos comandantes: el navío de tres puentes *Malborough*, que batió al *Real Felipe*, tuvo 53 muertos y 90 heridos, quedando tan destrozado, que á duras penas llegó á puerto, remolcado por una fragata. El navío *Princesa*, tambien de tres puentes, arrió dos veces su bandera y se salió de la línea; los demas sufrieron, aunque ménos, averías que obligaron á la escuadra á entrar en Mahon, abandonando su crucero y dejando libre el mar, con lo cual se pudieron enviar á Italia al infante D. Felipe las provisiones que tanto necesitaba.

En toda Europa se habló mucho tiempo de la batalla por los incidentes que la siguieron. Los franceses, singularmente su jefe Mr. de Court, procuraron sincerar su conducta enviando relaciones á los periódicos y escribiendo á las personas de suposicion cartas en que la verdad se vestia con tupidas ropas, lo cual obligó á D. Juan José Navarro á restablecer la exactitud de los hechos, presentando los diarios de navegacion de los navíos. El Gobierno inglés, por otra parte, sometió á consejo de guerra al almirante Mathews y sus jefes de escuadra ó division, por no haber rendido con la fuerza de que disponian tan pocos navíos: el fallo declaró al dicho almirante inhábil para cualquier otro mando, y á doce jefes despedidos del servicio. Como todos ellos publicaron sus defensas, por testimonio del enemigo, se hizo completa luz en el asunto, y autoridades de tanto peso é imparcialidad como Federico II de Prusia, el rey de Suecia y el historiador italiano Muratori encauzaron la opinion pública en honra mayor del general español, elevado con aplauso general á la categoría de teniente general, y distinguido con merced de título de Castilla con denominacion significativa de *Marqués de la Victoria*.

Rehabilitada su escuadra en Cartagena, con diez navíos y una fragata estuvo cruzando aquel año en hostilidad del enemigo y detencion de los convoyes, hasta que en el mes de Octubre se apareció el almirante inglés Rowley con vein-

te y un navíos y le bloqueó el puerto. Se ocupó entonces en estudiar el mejor modo de formar el arsenal que estaba en obra, redactando proyectos y trazando planos, que, aprobados por el Marqués de la Ensenada, dieron sér á aquel hermoso establecimiento de la Marina, para cuyo progreso se le invistió con el mando general del Departamento poco antes de firmarse la paz de 1748, que consentia aplicar mayores consignaciones para los trabajos. En 1750, por muerte del Conde Bena de Maserano, pasó al Departamento de Cádiz, á cuyo mando era aneja la Direccion general de la Armada, tan propia para entretener beneficiosamente su ilustrada actividad. Parecia realmente que se rejuvenecia al poner en estudio los planes de repuestos y organizacion de material necesario en todos conceptos para una armada de 56 navíos, dividida en tres escuadras; estudio que puede servir de modelo y que resume el conocimiento de la marina de aquel tiempo por la claridad de los estados en que se especifica la composicion en número y clase de las tripulaciones, el armamento, pertrechos, víveres, etc., etc.; y como si esto fuera poco, acabó la obra monumental y sin precedente, que tituló *Diccionario demostrativo, con la configuración y anatomía de toda la arquitectura naval moderna*, habiendo empleado treinta y siete años en pintar á la acuarela todas las piezas que componen un navío de guerra desde que se pone su quilla; las herramientas de todos los oficios que se emplean en la fábrica; la arboladura y jarcia con que se apareja; la artillería, armas y pertrechos con que se completa hasta el momento de dar la vela, pieza por pieza, desde el ancla, en herraje, hasta el estoperol ó tachuela diminuta; desde el cable, con dibujo de toda especie de nudos, costuras y operaciones de recorrida, hasta el peine y la bolsa de tabaco de uso del marinero; desde el chafarote á la casulla del capellan; advirtiéndole que algunas de las láminas tienen dos metros de longitud por medio de anchura. Consérvase este trabajo portentoso en el Museo Naval, y se admira no ménos en él la gallarda letra y seguro pulso que tenía en edad tan avanzada, porque así éste como todos los otros libros suyos están escritos de propia mano con gallardía, y por lo general en la introduccion imita perfectamente el tipo de imprenta.

Muerto el rey D. Fernando VI, salió de Cádiz el 29 de Agosto de 1759 para organizar en Cartagena la escuadra de veinte y un navíos y seis jabeques que habia de traer de Nápoles á España á D. Carlos III, hermano y sucesor del Monarca. Terminado felicisimamente el viaje en Barcelona, recibió D. Juan José como agasajo personal un baston con puño de oro, que tenía el mérito de haber sido cincelado y gra-

bado por manos del nuevo rey, y para que le usára con el grado supremo de la milicia le nombró Capitan general de la Armada, con otras señaladas muestras del afecto que se habia granjeado.

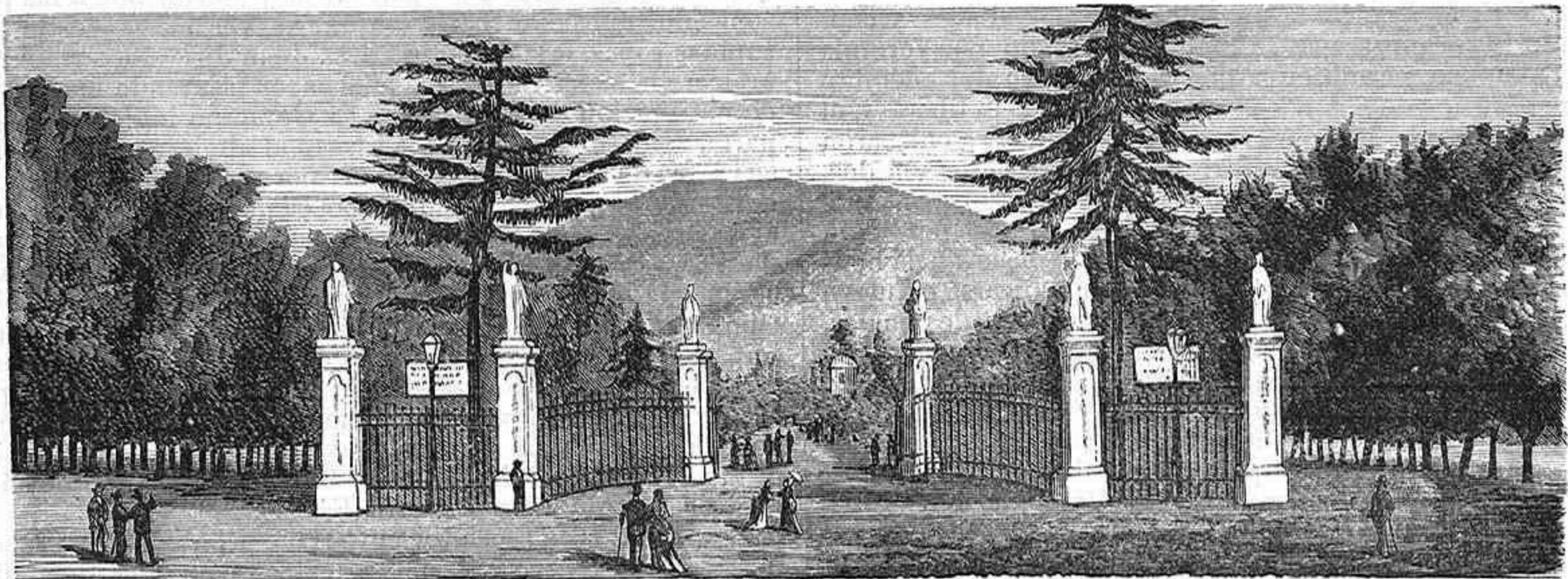
La última campaña de mar que hizo fué en 1765, para conducir á Italia en la escuadra á la infanta María Luisa, que iba á ser emperatriz de romanos, y traer á la princesa del mismo nombre que fué reina de España: no creyó que su edad le dispensaba de estas comisiones, ni ménos de continuar la serie de trabajos de bufete, cuya larga relacion ocupa algunas páginas en la *Biblioteca Marítima* de don Martin Fernandez de Navarrete, aunque nunca dispuso de los fondos necesarios para la impresion, ni consiguió que se hiciera por cuenta del Estado. Únicamente vieron la luz pública el *Tratado de señales* y un opúsculo jocoso que, con título de *Carta que escribe el Padre Juan del Olvido, minimo piloto y matemático, al Reverendisimo Padre Fray José Arias de Miravete*, enderezó á este autor, juzgando los trabajos en que se habia ingeniado en esta redondilla:

Padre, la Cosmografía
Que aborta su Reverencia,
Como la explica, es demencia;
Como la piensa, manía.

De lo único que se vanagloriaba era del invento de un aparato compuesto de dos odres y unos palos cruzados, que llamó *salva-nos*, y que perfeccionado con el tiempo, es la guindola ó salva-vida que usan todos los buques para el caso de caer un hombre al agua. A los ochenta y cuatro años de una vida fructuosa para la Armada, siendo escuela y ejemplo de la oficialidad, murió en la isla de Leon ó ciudad de San Fernando, el 5 de Febrero de 1772. No se encontró en su gaveta cantidad suficiente para costear el entierro, que por orden del Rey, y de su cuenta, se hizo con esplendor. El Cuerpo de la Armada quiso dar testimonio de su afecto erigiéndole por suscripcion un mausoleo, que hoy ocupa debido lugar en el Panteon de Marineros Ilustres.

Facsimile de la firma.

El Marqués de la Victoria



LIMA (PERÚ). — ALAMEDA DE LOS DESCALZOS.



DON JORGE JUAN,
JEFE DE ESCUADRA.

MEDICION DEL MERIDIANO. — MARZO DE 1744.

No habiendo conformidad entre los geógrafos acerca de la verdadera figura y magnitud de la tierra, decidió la Academia Real de Ciencias de París, á mediados del siglo pasado, poner fin á las discusiones, midiendo cierta extension de un meridiano en las inmediaciones del Ecuador y en el círculo polar, y comparando despues la correspondencia ó desigualdad de estas medidas entre sí, inferir la de las varias partes de la circunferencia generatriz del globo terrestre. Interesado el progreso de las ciencias y de la navegacion en este importante problema, lo patrocinó el rey Cristianísimo, y solicitó del de España, D. Felipe V, su licencia para que los académicos franceses fuesen admitidos en Quito, que era el primer punto elegido para la medicion.

Convino en ello muy gustoso aquel monarca, que fué siempre decidido protector de los estudios, y quiso además que no dejasen de tener participacion en la empresa científica algunos de sus súbditos, que, por la ilustracion, estuvieran en aptitud de cooperar á los trabajos de los franceses y de dar por sí mismos razon de lo practicado, sin necesidad de obtener la noticia por mano ajena. La eleccion del Gobierno, tan honrosa como delicada, recayó en dos guardias-marinas que por entónces habian concluido los estudios de la Academia y se hallaban practicando en los buques; eleccion que dice el distinguido concepto que merecian ambos jóvenes, y cuyo acierto justificó el éxito de la empresa.

Unidos por esta comision, y por otras muchas posteriores, las vicisitudes de la vida comun, que, por rara coincidencia, se extendieron hasta la muerte, hacen inseparables los nombres de D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, que éstos fueron los designados para la mision gloriosa.

El primero, á quien este epítome se refiere, nació en la villa de Novelda, provincia de Valencia, el 5 de Enero de 1713, y quedó huérfano á los tres años, bajo la tutela de dos tios, que le procuraron esmerada educacion. Uno de éstos, que era Bailío de Caspe, lo tuvo en Zaragoza estudiando Humanidades, y lo envió, á los doce años de edad, á la isla de Malta para recibir el hábito en la Orden de San Juan y correr las caravanas del noviciado. En 1729 regresó á España, habiendo aprovechado el tiempo en los estudios preparatorios para la carrera que se proponia seguir, y al siguiente año ingresó en la Compañía de guardias-marinas de Cádiz, pasando de ella á navegar en el Mediterráneo y haciendo varias campañas á las órdenes de D. Blas de Lezo contra los moros, entre ellas la de Orán y las que la escuadra tuvo en Nápoles hasta sentarse en el trono el infante D. Carlos, que algun dia habia de llamarse III de España.

Aquí, despues de haber sufrido las consecuencias de la epidemia que se desarrolló en la escuadra, se interrumpieron sus servicios de armas, por la eleccion enunciada, que lo llevó á la preparacion de instrumentos, libros y otras cosas que habian de componer el bagaje científico necesario, trasportado á Cartagena de Indias el año de 1735, de acuerdo con la Comision francesa, que llegó al mismo puerto en Noviembre.

Porque no pareciera extraña la alternativa de dos jóvenes que ocupaban puesto en la última escala de la oficialidad de la Armada española, con los académicos MM. Godin, Bouguer y La Condamine, de reputacion europea; para que á los ojos de estos mismos se presentáran con un carácter de dignidad bastante á conciliar el respeto y estimacion con el buen nombre del Gobierno que los habia nombrado, se concedió de golpe á los dos guardias-marinas la graduacion de tenientes de navio, muy inferior todavía á la representacion que se les daba. Unidas las Comisiones en Cartagena, marcharon por la vía de Panamá hasta Guayaquil, cuyo rio remontaron en balsas hasta el pueblo de Caracol, continuando por tierra la ascension por la falda del Chimborazo hasta la ciudad de Quito, que por de pronto distrajo las fatigas de tan penoso trayecto con la visita de los monumentos que acreditan la civilizacion de los Incas.

En el mes de Junio de 1736 dieron principio á los trabajos por la medicion, con escrupulosa exactitud, de una extension elegida para que sirviera de base; tarea en que emplearon más de tres meses. A ésta siguió la de levantar la Carta geográfica de la comarca, y elegidos los vértices para la triangulacion, se dividió la Comision en dos secciones: la una, compuesta de D. Jorge Juan y de Mr. Godin, para operar en el cerro de Pambamarca; y la otra, de MM. Bouguer, La Condamine y D. Antonio Ulloa, para situarse en el de Pichincha. Ambas sufrieron mucho de los frios y las nieves, porque, aunque se hallen aquellos lugares bajo la equinoccial, la considerable elevacion del sistema andino los coloca en un clima extremo, que hubieron de resistir por dos años, alojados en tiendas de campaña y careciendo

de toda clase de comodidades. Concluida la serie de observaciones por la parte del Sur, y medida para comprobacion una segunda base, se reunieron las secciones en Quito por Agosto de 1740 para rectificar los instrumentos y emprender las observaciones astronómicas, contrariadas por el estado cubierto de la atmósfera. Se disponian á emprender, al lado Norte del Ecuador, la segunda y última parte de la campaña, cuando una orden urgentísima del Virey del Perú alcanzó á los comisionados españoles el 24 de Setiembre, previniéndoles que se trasladasen á Lima sin pérdida de momento.

El motivo de esta llamada, que representaba un viaje de 160 leguas por términos en mucha parte despoblados, era la noticia de la declaracion de guerra, con la presuncion de que el Gobierno inglés intentára alguna empresa en el Pacífico. A todo evento queria el Virey poner en estado de defensa las costas, y esta comision dió á los marinos hasta el mes de Agosto de 1741, que corresponde al corazon del invierno en el hemisferio austral, y en que no era de esperar que intentáran los ingleses montar el cabo de Hornos. Volvieron entónces á Quito, montaron los instrumentos, uno de los cuales tuvo necesidad de reparacion; se dispusieron para volver al campo, perdiendo lastimosamente el tiempo. Supieron el 5 de Diciembre que un navío inglés habia saqueado é incendiado el pueblo de Paita, y que se reclamaba su presencia en Guayaquil para encomendarles la defensa. Pasado el peligro, y estando otra vez en Quito, nueva prevencion del Virey los llevó á la capital, cruzando por sexta vez el larguísimo camino sin detenerse más que lo indispensable. En Lima fueron investidos respectivamente con el mando de las fragatas *Belem* y *Rosa* para guardar las costas de Chile hasta el estrecho de Magallanes é isla de Juan Fernandez, en tanto que una escuadra de cuatro navíos pasaba á Panamá y costas de Nueva-España. Otra iba de la Península en seguimiento del Comodoro inglés Auson, y el general D. José Pizarro, que la mandaba, entró en el Pacífico, haciendo innecesario el abandono por más tiempo de las operaciones geodésicas, su principal cometido. Dejaron las fragatas, reuniéndose en Quito otra vez el 27 de Enero de 1744, fecha en que ya se habian retirado los académicos franceses, á excepcion de Mr. Godin, que daba la última mano á los trabajos de la Comision, faltándole enlazar los triángulos desde Pambamarca al observatorio del pueblo viejo de Mina, donde estaba montado el anteojo de paso. Juntos concluyeron estas operaciones, rectificaron otras é hicieron las observaciones astronómicas complementales, regresando á Quito con la satisfaccion de haber dado cima á la empresa.

Algunos individuos de la Comision científico-española que fué al Pacífico el año de 1864 visitaron con emocion el sitio en que se habia medido la base; el cerro de Pichincha, donde se conserva la cruz de madera que D. Jorge Juan estableció por señal, y el pórtico del convento de Quito, donde, con inscripcion conmemoratoria, está la lápida que manifiesta la extension de la diezmillonésima parte del arco de meridiano; extension que, con el nombre de *metro*, ha venido á ser unidad lineal universal.

Dispuesto el viaje de vuelta á España, decidieron hacerlo separados y en barcos neutrales franceses, á fin de no exponer los papeles en que se condensaba el resultado de sus trabajos, y para que, á sufrir cualquier accidente uno de ellos, pudiera el otro dar cuenta al Gobierno de todo lo ejecutado. Facilitaba este prudente acuerdo la presencia en el Callao de las fragatas francesas *Deliberanza* y *Lis*, que se disponian á montar el cabo de Hornos, y juntas salieron á la mar el 22 de Octubre de 1744, separándose el 4 de Febrero siguiente, porque la *Lis*, que era en la que iba don Jorge Juan, empezó á hacer agua y tuvo que arribar á la costa de Chile.

En el trascurso de esta navegacion se habia declarado la guerra entre las Coronas de Francia é Inglaterra, y la fragata *Deliberanza*, ignorándolo, cayó en poder de un cor-

sario, que despojó á D. Antonio Ulloa de todos sus papeles, con excepcion de los de carácter reservado, que con tiempo arrojó al agua. Los demas le fueron devueltos por el Gobierno inglés tan pronto como llegó prisionero á Londres, dándole al mismo tiempo otros testimonios de alta consideracion. Don Jorge, aunque con viaje penosísimo, y habiendo sido tambien perseguida la fragata por los enemigos, llegó sin accidente á Brest el 31 de Octubre de 1745, y de allí á París, para comunicar á la Academia Real de Ciencias ciertas observaciones particulares suyas acerca de la aberracion de la luz.

Cuando los dos expedicionarios se vieron juntos en Madrid en 1746, habian trascurrido once años desde su salida, en cuyo intervalo habian entendido en la fortificacion de plazas y costas, en la organizacion de milicias de infantería y caballería, en la construccion y mando de dos fragatas, y en la mision reservadísima de informar al Gobierno del estado político de aquellos lejanos países, administracion de justicia, costumbres de los habitantes y tratamiento de los indios, sin perjuicio de la empresa científica, que fué una de las más delicadas é importantes que han ocupado la atencion de los sabios de todas las edades del mundo. Satisfecho el Rey de los resultados del viaje, concedió el ascenso á capitanes de fragata á los dos, mandándoles escribir relacion de cuanto habian visto y ejecutado. Esta obra, cuyo trabajo se dividieron, fué presentada al Rey por el Ministro Ensenada, y aquél ordenó que se imprimiera á su costa y con magnificencia, grabando los dibujos, planos y vistas que la acompañaban, el mapa topográfico de la meridiana medida y la Carta del Pacífico del Sur, desde Acapulco hasta el Cabo de Hornos, que corregia los graves errores de que adolecian, lo mismo las españolas que todas las demas anteriores. Salieron á luz las dos partes de que consta la obra en 1748, recibíendose en el extranjero con aplauso, que enviaron muy expresivo los Cuerpos literarios y científicos de Europa, y el Rey concedió á los autores el merecido galardón de ascenso á capitanes de navío.

Don Jorge Juan fué entónces enviado á Inglaterra para estudiar sobre el terreno los elementos que daban preponderancia á su marina, muy especialmente los principios científicos de la construccion naval, organizacion de arsenales, establecimientos de fábricas de pertrechos navales, instrumentos náuticos y cuanto pudiera ser aplicable con utilidad para nuestro servicio. Su penetracion fué tan léjos en ello, que á la vuelta, despues de contratar constructores, maestros y fabricantes que reformáran el aprendizaje de la Maestranza, ideó un plan general de arquitectura naval, que modificaba por completo el del general Gastañeta, seguido hasta entónces en España, y corregia los defectos observados en las reglas inglesas; plan que, por modestia propia é injusticia de los demas, no se conoce con su nombre. Los fundamentos están en el *Exámen marítimo* que dió á luz, obra clásica, traducida á todas las lenguas, que todavía hoy sirve de consulta.

Siguió á estas tareas la de direccion de los proyectos, planos y obras de los arsenales de Cartagena y Ferrol, con resolucion de dificilísimos problemas de Hidrodinámica en la formacion de los diques, las gradas y otras obras hidráulicas de gran novedad en la época. Pasaron de veinte y cuatro los viajes que hizo, con este motivo, de uno á otro extremo de la Península, y como si fuera poco, cargaron sobre sus hombros tantas comisiones, tantos estudios, tantos informes, que no se concibe cómo encontraba tiempo material para atender á todos, siendo muchos completamente ajenos á su instituto, como el beneficio de las minas de Almadén, la liga y afinacion de monedas, y la direccion de canales y riegos.

En 1751 fué nombrado capitán de guardias marinas, para cuya instruccion era ciertamente el más á propósito; entónces fundó el Observatorio astronómico de Cádiz, con instrumentos de lo más perfecto; redactó su *Compendio de navegacion*, y como solaz estableció en su casa una academia, á



que dió el nombre de *Asamblea amistosa literaria*, acudiendo á ella lo más granado de los jefes de la Armada para discutir temas y cuestiones de Matemáticas, Física, Geografía, Higiene, Historia y antigüedades. Esta asamblea sirvió de aliciente y de ensayo para la Academia de Ciencias que se trataba de formar en Madrid, redactando el mismo D. Jorge los estatutos.

Cambiando el teatro de accion, pasó en 1767 por embajador extraordinario de España á Marruecos, con mision que desempeñó satisfactoriamente, recogiendo de paso noticias y observaciones locales, así respecto á lo que convenia á las pesquerías del cabo Nun hácia el Sur, como referentes á Geografía y costumbres. Se consideraba sin duda inagotable el rico venero de aquella inteligencia, á juzgar por los encargos que recibia desde el momento en que volvió á Madrid. Todos los Ministerios y el Consejo Supremo de Castilla le mandaban á consulta las cuestiones arduas; labor improba, que no resiste la constitucion humana. Rara vez dejan de pagarse caros los excesos de la excitacion mental, más que otros contrarios al equilibrio de las funciones generales; los cólicos biliosos dieron primer aviso á D. Jorge, y no atendido, pusieron en grave peligro su vida. Con un régimen opuesto, de mucho ejercicio corporal, luz, calor y aire puro en el campo, salió de la crisis, que dejó, sin embargo, minada su existencia. Acaso por esto fueron los gobernantes más considerados en darle ocupacion, y le buscaron la de dirigir el Real Seminario de Nobles, centro de enseñanza fundado por la régia munificencia de Felipe V, y que dió en su reinado excelentes frutos, formando la juventud de la nobleza española, pero que habia sido despues descuidado, descendiendo su crédito de modo que no tenia más de trece alumnos. El concepto de D. Jorge pudo conocerse, más que por el juicio de los críticos ó examinadores de sus obras, por esta designacion para un puesto en que se fijaba la vista de los padres. Luégo se multiplicó el ingreso de seminaristas y se poblaron las aulas, volviendo el crédito del establecimiento á subir más que nunca en el periodo de tres años en que rigió su plan de estudios. Un accidente apoplético, rápido como el rayo, cortó la vida que habia sido consagrada á la especulacion de las ideas, el 21 de Julio de 1773.

Don Jorge Juan, que á la sazón contaba sesenta años, ocupaba empleo de Jefe de escuadra de la Real Armada; era Comendador de Aliaga en la Orden de San Juan; del Consejo de S. M. en la Junta de Comercio y Moneda; Consiliario de la Academia de Nobles Artes de San Fernando; de la Real Sociedad de Lóndres; de las Academias de Ciencias de Paris y Berlin, y de varias otras corporaciones literarias del extranjero, donde, más que por su nombre, se le conocia con el apelativo de *el sabio español*. Su muerte causó duelo nacional y dió motivo á una manifestacion pública, que pocas veces ha tenido igual, pues asistió á su despedida la grandeza que le habia confiado sus hijos, los altos dignatarios de la córte y del Estado, los diplomáticos, los académicos, cuantos tenian posicion por las armas, las ciencias ó las letras, como si todos á porfia quisieran ofrecer testimonio de que el ilustre marino no tuvo en el trascurso de su carrera rivales ni enemigos.

Un rasgo que omiten los biógrafos, porque no llegó á tener publicidad, pinta al natural las condiciones morales de nuestro sabio. Cuando el famoso Marqués de la Ensenada cayó de la privanza, y desposeido de honores y riquezas fué desterrado á Granada, el Gobernador de esta ciudad tenia estrecha órden de vigilar sus acciones, abrir la correspon-

dencia y dar cuenta semanal de las personas que le visitaban. Era delito la conversacion con el ex-Ministro universal de Felipe V, ó cuando ménos se exponian á participar de su desgracia los que atravesaban los umbrales de la casa fatalmente señalada; ensañamiento que aisló completamente al que habia sido idolo de la córte, por volverle la espalda todos aquellos que se arriman al sol que más calienta. Tan distante de esta esfera vulgar estaba D. Jorge, que en el decreto de estrañamiento encontró el deber de mostrar al Ministro que le habia distinguido en el poder el reconocimiento de su alma, y emprendiendo expresamente el viaje desde Cartagena, estuvo un dia en Granada, se sentó en la mesa del Marqués y le ofreció todas sus economías, arrojando las consecuencias de un paso que, á decir verdad, no pudo motejarse por los más obstinados enemigos del caído. Don Antonio Ulloa, cuyos puntos de analogía he señalado, hizo lo mismo, sin prévio acuerdo ni siquiera conocimiento de la arriesgada determinacion de su compañero, y otros varios jefes y oficiales siguieron el ejemplo, ofreciendo cuanto tenian al regenerador de la marina, como evidencia de que no habia criado ingratos: de todo ello dieron cuenta al ministro Vall los presidentes de la Chancillería de Granada, Marqués de Gama y Arredondo, apareciendo como primer ejemplar é iniciador el capitán de navío D. Jorge Juan. Ninguno, ciertamente, habia sido objeto de mayores consideraciones por parte del Marqués de la Ensenada; él decidió la publicacion de las *Relaciones del viaje al Perú*, de las *Noticias secretas de América*, de la *Disertacion histórico-geográfica sobre el meridiano de demarcacion entre los dominios de España y Portugal*, y de otras obras; él le envió á Inglaterra, encomendándole despues la fábrica de los arsenales de Cartagena y de Ferrol; él, por fin, estimulaba la gran empresa de la carta geográfica de España, en cuyo proyecto se ocuparon los dos hasta el momento de la caida, habiendo encargado ya los principales instrumentos para acometerla, y redactado D. Jorge su *Método de levantar y dirigir el mapa ó plano general de España*.

Un discípulo y grande admirador de éste, Bails, puso por introduccion de sus trabajos matemáticos un elogio en que trazó el retrato de este modo: «Don Jorge Juan era de estatura y corpulencia medianas, de semblante agradable y apacible, aseado sin afectacion en su persona y casa, parco en el comer, y por decirlo en ménos palabras, sus costumbres fueron las de un filósofo cristiano. Cuando se le hacia una pregunta facultativa, parecia en su ademan que él era quien buscaba la instruccion. Si se le pedia informe sobre algun asunto, primero se enteraba, despues meditaba, y últimamente respondia. De la madurez con que daba su parecer provenia su constancia en sostenerlo. No apreciaba á los hombres por la provincia de donde eran naturales; era el valedor, cuasi el agente de todo hombre útil.»

Facsimile de la firma.



DON BLAS DE LEZO,
TENIENTE GENERAL.

SITIO DE CARTAGENA DE INDIAS. — ABRIL DE 1741.

Reducidas casi á la nulidad nuestras fuerzas navales en el desastroso reinado de Carlos II, era poco el auxilio de las de Francia para luchar con Inglaterra y Holanda, las dos potencias marítimas más fuertes del mundo á la sazón, y sostener los derechos que el testamento de aquel monarca daba al nieto de Luis XIV. Muy luégo se sintieron los golpes de los aliados en la bahía de Cádiz, en el puerto de Vigo y en la plaza de Gibraltar, capturada en nombre del archiduque Carlos.

Para el intento de recobrarla se ordenó un armamento extraordinario en el arsenal de Tolon, aumentándolo el Conde de Fuencalada y el Duque de Tursis, jefes de las reliquias de la marina española, para formar la escuadra que se puso

á las órdenes del Conde de Tolosa, hijo natural del Rey de Francia. El 24 de Agosto de 1704, navegando hácia el Estrecho, avistó sobre las aguas de Málaga á la anglo-holandesa, empeñándose el combate con obstinacion. Perdieron los últimos dos navíos y mil cuatrocientos hombres, siendo mil y quinientas las bajas de españoles y franceses, y ambas partes se atribuyeron la victoria.

En este combate inauguró su carrera el guardia marina D. Blas de Lezo, que habiendo nacido en Pasajes el año de 1687, terminó por entónces los estudios y obtuvo plaza en la capitana que arbolaba la insignia del mismo Conde de Tolosa.

Bautizo de sangre suelen llamar los militares á la ocasion primera en que contribuyen á verterla, y fué bautizo de los más solemnes el del guardia marina, que una bala de cañon le llevó la pierna izquierda, viéndola separarse de su cuerpo con una serenidad tan poco comun en su edad y circunstancias, que mereció elogios del Almirante, consignados en carta que dirigió al paciente, acompañando testimonio de su valeroso comportamiento. De él dió cuenta especial tambien al Rey, que atendió la recomendacion y promovió á Lezo al empleo de alférez de navío.

Con ménos aficion á la mar que la de Lezo, heredero del espíritu de aquellos vascos, sus paisanos, que hicieron del Océano patrimonio, hubiera sido el contratiempo motivo honroso para tomar puesto entre los inválidos y para solicitar de la córte empleo más tranquilo y aprovechado que el de los bajeles; pero el novel alférez debió pensar que la falta de una pierna no fué óbice para que el almirante holandés Cornelisz Jolls, por ella denominado *Piè de palo*, acometiera empresas que la fama pregona. Ello es que acudió al mismo recurso y continuó en el servicio activo, concurrendo á otras acciones de guerra en las costas de España, Francia é Italia, como el ataque é incendio del navío inglés *Resolucion*, de setenta cañones, y el apresamiento de otros dos, con uno de los cuales entró en el puerto de su naturaleza. Por ellos y por la distinguida parte que alcanzó en el socorro de las plazas de Peñíscola y de Palermo ascendió á teniente de navío, y fué destinado á Tolon, donde se mantuvo hasta que el Duque de Saboya invadió el puerto y sitió el castillo de Santa Catalina, en cuya defensa fué nuevamente herido, perdiendo el ojo del mismo lado que la pierna.

La bizarría, tan costosamente acreditada, le valió el mando y direccion de varios convoyes con municiones y pertrechos que desde Francia se enviaban á Felipe V, acampado sobre Barcelona miéntras la bloqueaban estrechamente los ingleses. Las más de las veces logró introducirlos por sorpresa ó maña; en otras llamó sobre su buque la atencion y el fuego de los cruceros para librar paso á los del cargamento, y en una se vió obligado á incendiar una parte de los bajeles para salvar los demas, abriéndose camino en medio de las llamas y de la sangre, porque no sin prodigarla logró verse en el lugar deseado.

Hay que decir que con tanta rapidez como los córtes iban los ascensos: á los seis años de servicio y veinte y siete de edad, en 1710, era capitán de fragata y mandaba una de las de la Armada Real, con tanta justificacion, que en poco tiempo hizo once presas, la menor de veinte cañones, y entre ellas el navío inglés *Stanhoppe*, en cuyo combate desigual recibió várias heridas. Capitán de navío en 1712, sostuvo repetidos combates en el segundo sitio de Barcelona, á costa de un brazo que se añadió á las segregaciones de su persona, que quedó de aspecto más propio para seguir al frente de escenas de horror que para adornar el séquito de la reina doña Isabel de Farnesio, que por entónces vino á España desde Génova en la escuadra que mandaba D. Andrés de Pes, y de la que Lezo formaba parte.

Con la misma, y un ejército de desembarco de diez mil hombres, se emprendieron despues las operaciones que dieron por resultado la feliz recuperacion de Mallorca. El navío *Lanfranco*, de Lezo, pasó entónces á convoyar las flo-

tas de galeones en su viaje á Nueva-España, y de allí, con otros dos navíos y una fragata, dirigidos por el general don Bartolomé de Urdiasu, dando vuelta al continente colombiano, montó el Cabo de Hornos y penetró en el Pacífico, teatro de las depredaciones de corsarios y contrabandistas, que tenían aterrados á los vecinos de las costas.

Siete años de continua navegacion, de privaciones y de combates produjeron en la escuadra numerosas bajas, en cuyo número se contaron los dos jefes: en la salud de Lezo no habia novedad; parecia su cuerpo de naturaleza distinta á los demas, tan fuerte contra las variaciones rigurosas del clima y la escasez de alimentos y comodidades, como lo habia sido y seguia siendo contra el hierro y el fuego. El 16 de Febrero de 1723 recayó en él la sucesion del mando de la escuadra y el generalato del mar del Sur, y desde el momento se multiplicaron los cruceros, escarmentando la insolencia de ingleses y holandeses en frecuentes combates, apresando un navío de los primeros en obstinado encuentro, que duró ocho horas, y en que el enemigo contaba con fuerzas superiores, y acabando al fin por extinguir la piratería y los desórdenes en aquel mar.

Cumplida esta mision, volvió á Europa el año de 1730, y hallándose la córte en Sevilla, se presentó al Rey, teniendo la satisfaccion de oír la completa aprobacion de sus actos y de recibir, en premio de sus servicios y como prueba del aprecio que merecia á S. M., el ascenso á jefe de escuadra, con la circunstancia especial de contársele la antigüedad de tal desde el dia en que tomó posesion del mando del mar del Sur, ó sea de siete años ántes, y con la perspectiva de descansar algunos meses sobre la madre tierra, por primera vez desde que comenzaron sus servicios.

En 1731 estaba de nuevo en la mar mandando la escuadra del Mediterráneo, encargada de apoyar la posesion que el infante D. Carlos debia tomar de los Estados de Italia. Concluida esta comision, recibió otra harta más delicada: la de exigir de la República de Génova satisfaccion por algunos procedimientos de que nuestra córte estaba resentida. Sin perder tiempo, entró con seis navíos en aquel puerto, y por primera indicacion exigió que la República hiciese á la bandera de España un saludo extraordinario y que se enviáran á bordo de su escuadra dos millones de pesos duros que estaban depositados en el Banco de San Carlos. Sorprendido el Senado con semejantes demandas, trató de ganar tiempo indicando que de todo se trataria por los acostumbrados procedimientos de notas; pero D. Blas, con diplomacia alquitranada, replicó verbalmente mostrando su reloj y asegurando que si trascurridas ciertas horas no empezaba el saludo y recibia los dichos millones, rompería el fuego contra la ciudad. A los pocos dias, con general asombro, daba cuenta de estar cumplidas las órdenes que habia recibido, y desembarcaba en Alicante el dinero, que en parte se destinó á la reconquista de Orán.

Tambien á esta empresa, más trabajosa por los embarcos y desembarcos de tropa, pertrechos, municiones y víveres, por los convoyes y operaciones diversas, que por resistencia de los moros, concurrió Lezo; pero una vez concluida, alarmadas las potencias berberiscas con la toma de la plaza, se unieron para recobrarla, intentando un ataque simultáneo por mar y por tierra, que empezó en Noviembre de 1732, y el mismo Lezo acudió con siete navíos, ahuyentó á los argelinos é introdujo socorro de caudales y efectos. Con esto hubiera podido regresar al puerto de Cádiz, de donde habia salido, y acaso lo hubiera hecho cualquier otro más escrupuloso en el estricto cumplimiento de los preceptos escritos. Don Blas supo por confidencia reservada los proyectos de los enemigos y el paraje donde se hallaba la escuadra de Argel, cuya capitana era un navío de sesenta cañones; concibió á su vez el de destruirla, y encontrándola, segun el aviso, empezó á batirla sin pérdida de minuto; que es la diligencia en la mar condicion de las que más favorecen el éxito. Los berberiscos huyeron á toda vela, y tomaron la ensenada de Mostagan, defendida por dos castillos que cruza-

ban los fuegos de la entrada, y por cuatro mil moros en ellos reunidos. Don Blas entró sin hacer reparo en lo temerario de su empeño, y bajo el fuego vivísimo que de todas partes caia sobre su navío, rindió y quemó el argelino, batiendo á continuacion y acallando las baterías, con gran pérdida de moros y turcos.

Puesto sobre Túnez al acecho de los refuerzos que Argel habia solicitado de Constantinopla, mantuvo un crucero infructuoso de cerca de dos meses, en cuyo tiempo, por avería de los víveres y falta de refrescos, se desarrolló en la escuadra una epidemia, de que adoleció el mismo General, causa que le obligó á dar la vuelta á Cádiz, si bien con la conciencia de haber excedido el cumplimiento del deber, como, en efecto, se le expresó en nombre del Rey, certificando la satisfaccion de sus servicios con el ascenso á teniente general de la Armada, que se firmó en 6 de Junio de 1734, y el nombramiento de comandante general del departamento de Cádiz, para convalecencia de la grave enfermedad que padeció con la epidemia.

A principios de 1737 atravesó el Océano, encargado de la escolta de los galeones de Indias, de paso para ocupar el cargo de comandante del apostadero de Cartagena, que por su importancia en las relaciones de comercio con la Península, no ménos que por su situacion, exigia estar en manos que supieran dar buena cuenta de su custodia en el caso probable de reanudarse las hostilidades con la Gran Bretaña.

Esta presuncion fué realidad en Noviembre de 1739, y las escuadras inglesas atacaron con preferencia las posesiones hispano-americanas, fijando principalmente su atencion, como se suponía, en las plazas de la Habana y de Cartagena de Indias, aunque simulaban con operaciones en otros puntos encubrir su verdadera intencion. Por entónces enfermó y murió el Gobernador de Cartagena, recayendo el mando de la plaza, juntamente con el de la escuadra, en D. Blas de Lezo. Pudo entónces imponerse del estado de imprevisor abandono en que se hallaban las fortificaciones y su armamento de artillería, escasa y mala, con pocas municiones y una existencia de pólvora que no pasaba de 3.300 libras. Poniendo en juego la febril actividad de su carácter, en pocos dias suplió con los recursos de los navíos á lo que faltaba; éstos fueron situados para defender la *Boca-Chica*, ó entrada del puerto, en ayuda de los castillos, cuya guarnicion reforzó, poniendo exteriormente una cadena que previniera el acceso de brulotes.

Oportunamente acabados estos preparativos, se presentaron el 13 de Marzo de 1740 ocho navíos ingleses, que custodiaban dos bombardas y un paquebot; sondaron y reconocieron las inmediaciones de la plaza, y desde el sitio que creyeron más á propósito arrojaron sobre la ciudad bombas, que incendiaron varios edificios, sin que el alcance de la artillería de la plaza, por toda su elevacion, pudiera alcanzar á los agresores, hasta que, desembarcada alguna de la escuadra y puesta en buena situacion, obligó al enemigo á retirarse.

En 3 de Mayo hicieron segunda tentativa, llegando trece navíos y una bombardas, que se limitaron á reconocimientos y amagos, ya que la vigilancia del Gobernador no les consentia otra cosa, y en Octubre del mismo año condujo los auxilios pedidos la escuadra del general D. Rodrigo de Torres, que tambien los llevaba para la Habana. Aunque siguió este viaje, cambió mucho la situacion de la defensa, sin que por esto llegara á ser del todo satisfactoria; además se alivió el peso de la responsabilidad que pesaba sobre el general de Marina con la presencia de D. Sebastian de Eslava, Virey del nuevo reino de Granada, que naturalmente tomó el mando de las armas.

Pocos dias habian pasado desde el en que dió la vela don Rodrigo de Torres, cuando aparecieron en el horizonte y vinieron á fondear en la ensenada de Cádiz 135 buques ingleses, cuya sola vista bien daba á entender que no era cuestion de escaramuzas, como las anteriores, la que los



traía. Lezo se situó con los navíos en la Boca y puso guarnición de marineros en los castillos, obrando en todo de perfecto acuerdo con el Gobernador, y con resolución común de agotar todos los medios de resistencia en la gravísima crisis que empezaba el 15 de Marzo de 1741.

Hasta el 18 emplearon los enemigos en reconocimientos, y el 20 situaron dos navíos á medio tiro de fusil de las baterías de Santiago y San Felipe, rompiendo un fuego tan repetido, que las deshicieron en pocas horas. Al mismo tiempo, y de la misma manera, batieron los fuertes de San Luis y San José, pero recibiendo de ellos considerable daño los navíos. Las bombardas funcionaron, sin interrupción de día ni de noche, contra los principales cuarteles de la ciudad, y entre tanto fueron desembarcando las tropas y formando baterías en tierra, una de ellas de 12 morteros, con que molestaron mucho al castillo de San Luis, llave de la fortificación del puerto. Se vió claramente que el plan de los ingleses era destruir ó tomar dicho castillo y forzar la entrada; para ello, á más de la dicha batería de morteros, establecieron otra de 16 cañones de batir, y relevándose los navíos cuatro á cuatro, sostenían por mar un diluvio de fuego, que la piedra no resistía.

El día 2 de Abril iban ya escaseando las municiones en la escuadra y en el castillo; la primera había sufrido bastante, principalmente de las bombas; en el segundo estaban por tierra todos los parapetos y defensas; la gente, en una y otro, fatigada por falta de descanso, pues que empleaban la noche en hacer reparos. Aunque la plaza dista más de ocho millas de Boca-Chica, iba el Virey, en estas horas de relativo descanso, á tratar con Lezo de las operaciones del día siguiente, y hallándose conferenciando á bordo el 4 de Abril, convencidos de que no podía prolongarse la defensa del castillo y de que convenía abandonarlo y reconcentrar su guarnición en la plaza, una bala pasó muy cerca de los dos, quedando Eslava herido por los astillazos en una pierna, y Lezo en el muslo y en la mano. Al día siguiente se ejecutó el abandono con algun desorden, y comunicándose el contagio á la gente de los navíos *San Carlos*, *Africa* y *San Felipe*, sin que pudiera contenerla el General, que andaba en una canoa, se produjo el incendio de un barco que tenía 60 barriles de pólvora, y comunicándose á los dos últimos, se volaron. Lezo se retiró á la plaza con las tripulaciones y con cuantas armas y pertrechos pudo recoger, después de sostener veintiun días el puesto de Boca-Chica en un combate continuo.

La segunda línea, dentro del mismo puerto, estaba en el canal que forman el castillo grande y la batería de Manzanillo. Lezo, con acuerdo del Gobernador, puso en estos fuertes la marinería, y situó entre los dos los navíos *Dragon* y *Conquistador*, únicos que le quedaban, con orden de echarlos á pique en el último extremo, para impedir la entrada y aproximación de los ingleses á la ciudad.

Este caso llegó, no sin ganar hasta el día 12 con una resistencia tenaz, que el ánimo de ambos jefes y su presencia en los lugares de mayor peligro hacía pasar por cosa natural y prevista. Desde tal día empezó el bombardeo de la plaza, batiéndola á la vez varios navíos y fragatas que ya podían acercarse, y el 20 dieron el asalto por el cerro y castillo de San Lázaro, que defendían 250 soldados de marina y de los regimientos de Aragón y de España. Ambos generales acudieron con piquetes de marinería, que hizo fuego tan certero, que al aclarar el día abandonó el enemigo las escalas, armas y efectos, dejando la cañada cubierta de muertos y heridos. Eslava aprovechó la ocasión para hacer una salida con la tropa de línea, y dando sobre los fugitivos, hizo considerable destrozo, poniendo fin á tan hermosa jornada.

Dijeron en su disculpa los ingleses que las escalas de asalto resultaron muy cortas, y que por la oscuridad ó el extravío no llegaron á tiempo las faginas, manteletes y otros materiales destinados á facilitar la aproximación. Escritores de la misma nación achacaron el fracaso á imprevision, á desavenencias entre los generales de mar y tierra,

y á enfermedades desarrolladas entre la tropa de desembarco. La eterna historia de todos los malos sucesos: el éxito la obliga á escribir ordinariamente de otra manera, que eclipsa todos estos pormenores.

Resultado de esta función, que es de las más gloriosas de nuestras armas, por los medios de defensa, comparados con la superioridad inmensa de los del ataque, y merecedora, por tanto, de narración más extensa de lo que consienten estos apuntes, fué que el enemigo fingió perseverar en su intento y aumentar las baterías para ir preparando sin desorden el reembarco. El 27 se notaron señales de su verdadero objetivo; en los días siguientes abandonaron los puntos más avanzados, incendiaron por inútil el navío *Galicia*, y volaron los fuertes exteriores de que se habían apoderado, saliendo sucesivamente los buques del puerto, que el 20 de Mayo se vió completamente libre de su presencia.

Segun el diario del general Lezo, dispararon los ingleses durante el sitio 6.068 bombas y más de 18.000 balas rasas de cañon; y segun los partes del virey Eslava, perdieron por los combates y las enfermedades sobre 9.000 hombres. Los historiadores imparciales agregan la pérdida de 20 navíos, habiendo quedado varios otros inútiles, y siendo 36, ocho de ellos de tres puentes, 12 fragatas, dos bombardas, varios brulotes y 130 trasportes, con más de 10.000 hombres de tropa, los componentes de esta expedición poderosa. La guarnición de la plaza constaba de 1.100 hombres de tropas del ejército, 300 de milicia, 600 indios y dos compañías de negros libres, no pasando las bajas de 600 muertos.

Por tan segura se daba en Inglaterra la posesión de Cartagena, juzgando por los informes que envió el almirante Vernon después de los primeros reconocimientos, y por la magnitud de los elementos dispuestos para asediarla, que se acuñó en Londres una serie de medallas, distintas en el módulo y en las leyendas, aunque uniformes en la idea de eternizar un triunfo futuro. En el anverso presentaban al marino español, rodilla en tierra, presentando la espada al vencedor; en el reverso, el puerto de Cartagena forzado por los navíos, con leyenda en uno y otro, que decía: *El orgullo español abatido por el almirante Vernon. — Los héroes británicos tomaron á Cartagena en Abril de 1741.*

En esas medallas se quiso aunar con la exaltación del triunfo la humillación y el ridículo del insigne general español, motejado por las mutilaciones que había sufrido durante su bizarra carrera. Siete ejemplares distintos, que se conservan en nuestros museos, muestran por ambas caras, en el centro, el nombre DON BLASS (así escrito). No sospecharon los inventores de tan inconveniente demostración, hecha en nombre de un pueblo culto y valeroso, que manco y tuerto el almirante Nelson, llegaría á ser una de las figuras radiantes de su historia. A otro manco español echaron en cara su defecto algunos émulos, y respondió que las heridas recibidas por la patria *son como estrellas que guían á los demas al cielo de la honra y al desear la justa alabanza.*

Don Blas de Lezo murió en la misma ciudad de Cartagena, el 7 de Setiembre del mismo año de 1741, á consecuencia de las heridas, penalidades y cuidados del sitio, y honró el Rey su memoria otorgando el título de *Marqués de Ovieco* á los de su familia; pero, por designio de la Providencia, en las referidas medallas tiene un monumento erigido por sus enemigos.

Facsímile de la firma.



DON GARCÍA DE TOLEDO

(CUARTO MARQUÉS DE VILLAFRANCA),

CAPITAN GENERAL DE LA MAR.

MURIÓ EL 31 DE MAYO DE 1578.

Toledo es apellido que, á la par de los de Bazan, Mendoza, Leiva, Oquendo y algunos otros, se ve en todas las páginas de la historia de la Marina durante el período de los siglos XVI y XVII, tan barajado y repetido, que es fácil incurrir en error adjudicando á un individuo hechos que pertenecen á otro de la misma familia, tanto más, cuanto en las que van citadas se repetían también de padres á hijos los nombres de pila, y no había distincion en los títulos nobiliarios heredados.

Este D. García fué segundogénito de D. Pedro de Toledo, segundo Marqués de Villafranca, capitán general del reino de Nápoles y famoso en los fastos de esta ciudad, que lo apellidó *Erectore Iustitiae*, y nieto del Duque de

Alba. Nació en Villafranca del Bierzo el año de 1514; se crió en la falda del Vesubio, acariciado por las brisas de aquel golfo incomparable, que se pinta con rosa y azul, y de las asperezas del lugar de la cuna, combinadas en la imaginación con la suavidad de las playas queridas de los poetas, hubo de adquirir ciertas condiciones de anfibio, que le daban aptitud para todo género de empresas, y que hicieron de él uno de los más señalados capitanes de mar y tierra.

El principio de sus servicios militares fué á las órdenes de Andrea Doria y en las galeras de Nápoles, excelente escuela entonces, por hallarse destinadas á servir de vanguardia á la soberbia de los turcos, presumida de señorear el Mediterráneo. Los encuentros eran frecuentes y la vigilancia mucha, para librar del cautiverio á los pueblos siempre amenazados de la costa, de modo que el aprendizaje no era largo para el deseoso de saber. A los veintinueve años de edad fué distinguido D. García con el título de general de aquellas mismas galeras, firmado á 29 de Marzo de 1535, más por méritos de su padre que por los que hubiera personalmente prestado. No tardó, sin embargo, en presentarse ocasión de acreditarlos, pues que el mismo año decidió el Emperador la empresa de la gran jornada de Túnez, y las galeras de Nápoles con las de Sicilia, que mandaba don Alvaro de Bazan, tuvieron puesto de preferencia á vanguardia en el ataque del fuerte de la Goleta.

Acabada con tanta gloria la jornada, la saña que despertó en los turcos el resultado hizo que sin reposo tuviera que atender D. García á reprimir la audacia de los corsarios en la demarcación de su mando. Creció aquélla de punto con el fracaso de la expedición de Argel, en términos de no haber seguridad en aquel reino, y reforzadas las galeras de D. García con las de Joanetín Doria, salió á buscar remedio en la raíz del mal, dirigiéndose al Archipiélago de Grecia y á la tierra firme, donde hizo tremendo escarmiento, quemando pueblos, apresando embarcaciones y consiguiendo abundante redada de esclavos para manejar el remo de las suyas. A la vuelta, le deparó su buena estrella las naves en que Barbaroja enviaba al Gran Turco una parte del botín de sus victorias, como reconocimiento de vasallaje; iban allí unos 5.000 cautivos cristianos, y como dón personal, doscientas doncellas para el harem del Gran Señor, todo lo cual cayó en poder de nuestro General, y con el júbilo que es de suponer en los que iban destinados á la esclavitud, entró en Mesina, donde se celebró con fiestas el triunfo.

Diez y siete años resistió en el mismo empleo la vida de cruceros, haciendo muchas presas de turcos y berberiscos, dejándolo en 1552 por motivos que apreció el Emperador, escribiendo á D. Pedro: « Por otra se os responde á los negocios, y así ésta no servirá más que para avisaros cómo deseando D. García de Toledo, vuestro hijo, dejar el cargo de las galeras de ese reino, como quiera que nos halláramos bien servidos de él y holgáramos que no lo dejara, nos hemos contentado de ello por el daño que se le recrecia á su salud; pero siendo la persona que es, y lo mucho y bien que nos ha servido, porque no quede sin cargo, le hemos hecho merced de Coronel general de la infantería española de ese reino, confiando que en el gobierno de ella hará lo que de su valor y cordura se debe esperar.»

En nuevo teatro se le ve dar buena cuenta de su persona, entrando en los dominios del Papa, á fines del mismo año, con 8.000 infantes y la correspondiente caballería, y apoderándose de la ciudadela de Siena, operación que le valió el título de General, y otra carta en que el Emperador *se daba por muy servido de la prudencia y buena forma que habia usado.*

Como no es de este lugar la relación de operaciones del ejército, he de pasar por alto la continuación de la campaña y la de los años siguientes, en que hizo un viaje á Flándes para recibir instrucciones verbales del Emperador. En 1554 le mandó éste que volviera á las galeras y se uniese

á las del Príncipe Doria, por estar el reino de Nápoles amenazado de la armada turca; pero pasado el peligro, é importando más hacer frente al ejército frances, se agregó, en 1555, al que mandaba su primo hermano el gran Duque de Alba, que le dispensaba absoluta confianza, enviándole á los lugares de más peligro con nombramiento de su lugarteniente general, prueba cual ninguna de la estimacion en que tenía sus dotes. La sagacidad política con que supo atraerse á Antonio Colona, no ménos que la actividad de las marchas con que cubria todo lugar amagado, hicieron de don García el primer resorte para que los franceses, acosados por todas partes, dejarán libre el reino de Nápoles y los estados del Papa. A él se debió igualmente el fracaso de Soliman, que á principio de 1558 amenazó con poderoso ejército la marina del dicho reino, y eso que por entónces adolecia nuestro General de unas calenturas pertinaces, que le hacian sufrir desde la campaña de Roma. Dispensándole el rey Felipe II aprecio mayor, si cabe, que el Emperador su padre, le nombró capitan general de Cataluña y de los condados de Cerdaña y Rosellon, en 29 de Noviembre; mas recordando luégo su buena fortuna en las acciones navales, lo sacó del Principado, en 1564, dándole patente de Capitan general de la mar, con las mismas facultades y altas atribuciones que habia tenido el Príncipe Doria, su antecesor, y una comision considerada punto ménos que irrealizable.

Era el caso que los berberiscos, con auxilios del Gran Turco, y animados por las predicaciones de un santón de influencia, intentaban recobrar las plazas de Orán y Mazalquivir, para lo que hacian aprestos extraordinarios. En la necesidad de atender á la seguridad de ambas plazas, se habilitaron en Málaga veinte y cuatro galeras, al mando de don Juan de Mendoza, y se hicieron á la mar con 3.500 hombres de tropa y muchos caballeros principales. Durante la travesía sufrieron un temporal que obligó á la escuadra á buscar refugio en el puerto de la Herradura, cerca de Almuñécar, donde veinte de dichas galeras se hicieron pedazos, pereciendo su general con más de 4.000 hombres. Esta horrible catástrofe, ocurrida en 1562, aumentó los bríos de los moros y excitó el deseo del Rey de escarmentarlos con empresa más séria que la que en un principio habia pensado. Ordenó que con secreto se dispusieran otras escuadras de galeras, y que Sancho de Leiva, general de las de Nápoles, las llevara á la conquista del Peñon de la Gomera, que, segun noticias de Pedro de Venegas, alcaide de Melilla, y confidencias de renegados, se daba por poco guarnecido, por haber salido la gente á corsear. Para los marineros no era la jornada tan fácil como se la pintaban, ántes consideraban que desde la mar ofrecia inmensa dificultad la expugnacion del castillo; con todo, pusieron manos á la obra. Don Alvaro y D. Alonso de Bazan unieron sus galeras á las de España y Nápoles con otras de Malta y de Saboya, llevando entre todas 5.000 hombres de desembarco. Puestos en tierra y en órden de batalla, fué desbaratada la vanguardia por haberse adelantado con más ardor que buen órden. El resto del ejército entró en Vélez, que habian abandonado sus habitantes, y hubo de retirarse por encontrar el Peñon inexpugnable.

Con estos precedentes recibia D. García de Toledo el mandato terminante de apoderarse de aquella fortaleza, que una vez sobre aviso, habia, por natural instinto de conservacion, de aumentar los recursos que por naturaleza contaba para su defensa. Formado su plan, no fió á otras personas los preparativos; miéntras con tiempo se hacian los acopios de galleta y otros víveres y se reunia la artilleria de sitio, con las galeras de Cataluña pasó á Italia; incorporó las de Genova; embarcó en Saona 3.500 alemanes reclutados al efecto; siguió agrupando los contingentes de Florencia y Nápoles, desde cuyo puerto regresó á Cataluña para activar la terminacion de las galeras que se construian en las Atarazanas y enviar á Málaga, punto de reunion, los materiales encargados á diversas partes. Portugal, la Orden

de Malta y los Duques de Saboya y Florencia acudieron tambien esta vez con bajeles y tropas, que en conjunto formaron una armada de noventa y tres galeras ó naves y sesenta galeotas y fustas, con jefes tan nombrados como Alvaro de Bazan, Francisco Barreto, Sancho de Leiva, Marco Antonio Colona, Fadrique de Carvajal, el Conde de Sofrasco y muchos caballeros deseosos de gloria.

El 31 de Agosto de 1564 sacudieron el agua todos aquellos remos á la vez, con rumbo al Peñon, llegando sin accidente á la costa los buques unidos. Su número asombró á los moros, que abandonaron como la vez anterior la ciudad de los Vélez, atrincherándose en las asperezas inmediatas, y cometieron la torpeza de dejar sin defensores el castillejo de Alcalá, que domina la playa; cuyo descuido permitió á las galeras fondear en aquel paraje y poner en tierra con órden tropas, artilleria, caballos, víveres, cuanto era menester, sin pérdida de sangre. Don García contuvo el ímpetu de su gente, dispuesta á escaramuzar con los jinetes sueltos que llegaban á disparar sus arcabuces, con un bando que imponia pena de la vida al que se separara de su puesto; dispuso con su larga experiencia la formacion de trincheras que guardaban el campo; guarneció el castillo de Alcalá como base de operaciones; hizo por tierra y por mar prolijos reconocimientos, y sólo cuando estuvo seguro de sus pasos emprendió la marcha á la ciudad, llevando gruesos flaqueos por las cumbres y avanzando á su paso en dos cuerpos. Los moros que ocupaban las alturas se veian obligados á abandonarlas por la disposicion de los flancos; atacaron la retaguardia con la caballeria, pareciéndoles el lado flaco, pero fueron tambien rechazados, posesionándose nuestras fuerzas de la dicha ciudad de los Vélez con muy pocas bajas, á pesar de los disparos del Peñon.

Gobernaba el General más con el freno que con la espuela al ánimo impaciente del soldado, que queria atacar desde luégo á la morisma. Ante todo mandó hacer una trinchera, defendida con piezas de campaña, y en la playa un bastion con doce piezas gruesas á 250 pasos del Peñon, de modo que los sitiados no pudieran ser socorridos por mar ni por tierra; les envió un parlamentario, acabados los preparativos, ofreciendo honrosas condiciones, y siendo desechadas con arrogancia, rompió el fuego la bateria de posicion, haciéndolo al mismo tiempo las galeras. El primer dia quedaron destruidas dos torres del castillo y desmontados varios cañones, sin perjuicio de rechazar con gran pérdida á los berberiscos que vinieron por la parte de tierra sobre la retaguardia del ejército. Al amanecer el segundo, vieron los moros establecida otra bateria en un cerro, á tiro de arcabuz del castillo, que hacia inútil la resistencia; abandonaron entónces á su jefe, que queria continuarla, evadiéndose por la parte de la mar; y como descubrieran la fuga las galeras, su gente subió por el Peñon, y fué primera en entrar en el fuerte. Tomó posesion D. García el dia 6 de Setiembre; hizo reparar las fortificaciones; dejó guarnicion de quinientos hombres, y reembarcando las tropas con el mismo órden, aunque bajo el fuego constante de la infanteria y caballeria de los moros, dió la vuelta á Málaga con asombrosa celeridad. « Señor, escribia al rey D. Felipe, Dios se ha servido darme victoria de la plaza más fuerte del mundo; pido á V. M. que se den gruesas limosnas á la casa de Monserrat, á la de los Angeles, al monasterio de monjas de Girona, al de Perpiñan, á la casa de Guadalupe, al colegio de Nola y al de Nápoles.» Esta fué su propuesta de gracias. Acabada la expedicion, ideó y propuso la de cegar el rio de Tetuan, nido de piratas; pero ésta la llevó á cabo D. Alvaro de Bazan. Don García fué remunerado con el Vireinato de Sicilia, donde la fortuna le preparaba el mayor de los lauros de su brillante carrera.

Deciase que Soliman habia resuelto la conquista de Sicilia y de Malta como revancha de las victorias de los españoles, y que hacia inmensos armamentos en Constantinopla. Estas noticias, que se difundieron por la cristiandad, alarmaron á D. Felipe II, interesado tanto por la conservacion



de la Isla de los Caballeros de San Juan, que era baluarte avanzado, como por la que formaba parte de sus dominios, que se vería amagada de todos modos si llegaban á instalarse en la primera los irreconciliables enemigos de la Cruz. Encargó, pues, á D. García que sin perjuicio de la que tenía á su cargo, visitase la de Malta, y pusiera á disposición del Gran Maestre un cuerpo de tropas españolas, estableciendo comun acuerdo para las eventualidades que ocurrieran. El mes de Mayo de 1565 trajo la confirmación de los rumores con la llegada de la escuadra turca, que pasaba de doscientas galeras, y que puso en tierra de Malta un ejército de treinta mil hombres á las órdenes de Piali, general hábil y valeroso. Comenzó el sitio famoso que había de eternizar el nombre de La Valette, desplegándose por una y otra parte cuantos recursos enseña el arte de la guerra. Para tomar el fuerte avanzado de San Telmo emplearon los turcos cuarenta y cinco días, más de sesenta mil proyectiles de cañon, y la sangre de ocho mil soldados, muertos en los asaltos. Don García de Toledo envió otro socorro de ochocientos hombres que animó á los sitiados, pero aún con esto era la situación muy apurada, estando abiertas varias brechas y menudeando los asaltos, en uno de los cuales murió D. Fadrique de Toledo, hijo del virey de Sicilia. Cuéntase que el cañoneo que cada día derribaba alguna parte nueva de las murallas se oía desde Siracusa y ponía espanto en los sicilianos, que veían aprestarse bajeles y soldados para dejar sus playas y acudir al auxilio de los caballeros sitiados. En efecto, el 25 de Agosto D. García en persona salió de Siracusa con veinte y ocho galeras, once mil hombres, veteranos españoles en su mayor parte, doscientos caballeros de la Orden de San Juan, y muchos otros aventureros; dobló la isla de Malta, y á favor de la noche los puso en tierra en el puerto de Malacca, dando rápidamente la vuelta á Mesina para embarcar otros cuatro mil hombres. Tuvo noticia inmediata del desembarco el general turco, y creyendo mucho más considerable el ejército auxiliar, mandó levantar el cerco y reembarcar el suyo. Ya á bordo, recibió más exactas noticias, y arrepentido de su precipitación, volvió á tierra y marchó contra los españoles, que esperaban en posición escogida. Empeñada la batalla, se pronunció la derrota de los mahometanos, que corrieron hácia sus naves perseguidos hasta dentro del agua, dejando el campo sembrado con sus cadáveres. Cuando el Virey llegó con el segundo cuerpo de tropas no halló enemigos que combatir, y fué recibido en triunfo por los heroicos caballeros, alojados en un monton de ruinas.

Para el conocimiento y aprecio de D. García de Toledo sirven, más que las grandes empresas que llevó á cabo, contando la sumisión de las plazas de Calibia, Susa, Monastir y Montalcino, en Berbería, las Memorias que envió al Consejo de la Guerra y la correspondencia que desde 1548 á 1577 mantuvo con el Duque de Alba, D. Luis de Requesens, D. Juan de Austria, y particularmente con el rey don Felipe II, que no dejaba de consultarle todos sus planes marítimos y de pedirle parecer en todo lo que se rozaba con construcción naval, armamentos, pertrechos, navegación, marinería y maestranza, puertos y expediciones. Esta correspondencia, en parte publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, y en otra mayor inédita en la Biblioteca central de Marina y en el archivo de los Marqueses de Villafranca, equivale á un curso de arte militar y de política. En ella se encuentran los pre-

liminares de la Santa Liga y el cálculo de las operaciones que humillaron el poder de Turquía, descubriéndose la diferencia con que el Rey acogía los maduros consejos del general en asuntos áridos de la guerra. Don Juan de Austria le escribía pocos días ántes de Lepanto: « No solamente me contento de que V. m. me haya advertido en cosas tan importantes como me ha escrito estos días atras en lo tocante al proceder que debe hacer esta Armada, pero en todas las que más me ocurrieren he de pedir su parecer y órden; así estuviese V. m. tan cerca que los pudiese yo tomar como lo deseo. Lo que de presente pido con todo encarecimiento es que me avise V. m. en diligencia cuál le parece que sea más conveniente á una Armada, juntándose con la del enemigo, disparar primero la artillería ó aguardar que la dispare el contrario, porque siendo cosa tan importante como es, veo aquí diversos pareceres y opiniones sobre ella, y deseo yo ver el de V. m., el cual tendré por el más acertado. »

La contestación, digna de ser conocida, decía:

« Digo, Señor, que no pudiéndose tirar dos veces, como realmente no se puede sin grandísima confusión, lo que convendría hacer á mi juicio es quel ruido del romper los espolones y el trueno del artillería había de ser todo uno ó muy poco menos, y que no se debe de tener cuenta con el enemigo, así tirára primero ó postrero, sino sólo cuando deba V. A. mandar dar fuego. Y respondiendo á los que dijese que el disparar primero causa confusión en los enemigos, digo que les causará ánimo si dejase de hacer efecto el disparar de nuestra parte primero; y el que fuese con pensamiento y determinación de tirar primero que ellos, ¿no podría ser que no lo hiciese fuera de tiempo? porque por miedo quel enemigo no lo hiciese ántes, lo vendría á hacer lejos, y demas de ser incierto el tiro que no se hace de muy cerca, las cadenas y linternas que suelen meter dentro la artillería, que son de harta importancia, no harían aquel efecto de lejos que harían de cerca. Tengo por muy provechosos ciertos esmerillones como falconetes puestos en cruz sobre caballetes, que se pueden girar de una parte y á otra, porque esta artillería menuda puede hacer muchos tiros y la gruesa no por el peligro con que saldría á cargar el artillero. »

Por muerte de su hermano mayor D. Fadrique, que no dejó sucesión, reunió D. García los títulos heredados de Marqués de Villafranca, Conde de Peñaramiro, Señor de Cabrera y Rivera, Valle de Losada, Coto de Balboa y Matilla de Arzon, y por sus servicios adquirió personalmente los de Duque de Fernandina y Príncipe de Montalvan; era también Comendador de Azuaga en la Orden de Santiago y Consejero de Guerra y de Estado. Casó con doña Victoria Colona, hija de Ascanio, Condestable de Nápoles, y murió en esta ciudad el 31 de Mayo de 1578, haciéndole suntuosos funerales. La infantería española llevaba las picas arrastrando, así como también las banderas negras con la Cruz de Santiago; los atambores destemplados; los pífanos roncós; doce pajes á caballo, cubiertos de luto, llevaban en medias astas de lanza las presas y victorias que en su tiempo había habido, y á lo último iba otro paje con el guioncillo ó insignia de Capitan general.

Facsimile de la firma.



DON ANTONIO DE OQUENDO,

ALMIRANTE GENERAL.

MURIÓ EL 7 DE JUNIO DE 1640.

Memorias auténticas, que abrazan el largo espacio de cinco centurias, acreditan que la familia vascongada de Oquendo es una de aquellas que se consagraron al servicio y vida de mar, transmitiendo de varon en varon, con los trofeos que los primeros ganaron y la tradicion de su arrojó, una disposicion natural instintiva para dominar las dificiles circunstancias que á cada paso se ofrecen en tan azarosa carrera. Sin ir más léjos, D. Miguel de Oquendo, Capitan general de la Armada de Guipúzcoa, fué el que rindió á la almiranta francesa en el combate de las Terceras, apoderándose de su estandarte, y el que despues dejó nombre en la jornada al Canal de la Mancha de aquella escuadra que se apellidó *In-vencible*.

El año de 1577 habia tenido un hijo, bautizado en la ciudad de San Sebastian con el nombre de Antonio, que pensó dedicar á las letras, aplicándolo á su estudio desde que tuvo aptitud para empezarlo; pero su inclinacion lo llamaba á las armas, y acaso contrariándolo, hubiera hecho lo que su abuelo, que estando á punto de ordenarse de clérigo, colgó el manto y sentó plaza en una nao, si no hubiera muerto D. Miguel el año de 1588, por resultas de la referida jornada, dejándole por herencia once años de edad y algunos empeños en su casa, si bien la memoria de los servicios prestados al Rey, y la amistad de otros generales, partidas que no se anotan en escrituras de testamentaria, le sirvieron para alcanzar una plaza de entretenido, con veinte escudos al mes, en las galeras de Nápoles que mandaba D. Pedro de Toledo.

Debia tener el jóven un atractivo especial, que conservó toda la vida, para granjearse la voluntad de los más dificiles: el general de las galeras lo distinguió mucho, y más todavía D. Luis Fajardo, que mandaba la Armada del Océano, y á cuyas órdenes pasó con aumento de diez escudos en el sueldo. Ello es que llegando á la córte los clamores de los pueblos de la costa de Portugal y Galicia por los insultos y robos de un corsario inglés que los ponía á contribucion con dos fuertes naos que llevaba, se ordenó al General que destacase de sus fuerzas alguna para castigarlo, y que esta comision, solicitada por los capitanes más antiguos y acreditados, se confió á Oquendo, jóven de diez y ocho años, dándole el mando de dos bajeles ligeros, propios para la caza. Saliendo con ellos de Lisboa el 15 de Julio de 1604, y despues de un crucero inútil de muchos dias, bajando hácia la parte de Cádiz vió, por fin, al enemigo, en la amanecida del 7 de Agosto, viniendo á toda vela sobre él con intencion de abordarle, como lo hizo, metiendo cien hombres en su capitana en el acto del choque. Cuerpo á cuerpo la lucha fué obstinada y sangrienta, disputándose palmo á palmo y por más de dos horas la resbaladiza cubierta; pero los ingleses llevaban la peor parte, y trataron de emprender la retirada, momento que aprovecharon los de Oquendo para devolverles la visita y rendirlos en su propio barco, rescatando lo que por fruto de las rapiñas se llevaban. Los otros dos buques se batieron al cañon entre tanto, hasta que vencida la capitana, se dió á la huida el inglés que quedaba, sin poder ser alcanzado. Tuvo Oquendo que arribar á Cascaes con su presa, por el mal estado en que habia salido del combate, y corrian allí noticias de que iba prisionero camino de Inglaterra; así que, al entrar en Lisboa, se le recibió con grande alborozo, felicitándole el comercio por una victoria, á que se dió tal importancia, que no tan sólo el general Fajardo escribió á su protegido diciendo que lo ponía en el lugar del afecto que ocupaba su propio hijo, sino que le escribió también el rey D. Felipe III, expresando lo satisfecho que habia quedado de su bizarro proceder.

Dado el primer paso, que en todas las cosas es el de la dificultad, y desempeñadas con lucimiento algunas otras comisiones, fué designado Oquendo para el mando de la escuadra de Vizcaya, vacante por muerte del general Martin de Bretendona, y para guardar con ella la costa, amenazada por los holandeses, que habian alcanzado preponderancia en la mar é intentaban incendiar los astilleros del Norte. Frustrada la empresa, se extendió el mando de don Antonio en 1607 á las escuadras de Guipúzcoa, Vizcaya y Cuatro Villas, que á sus órdenes componian la llamada de Cantabria, extendiendo la primera comision á proteger también la llegada de las flotas de Indias, amenazadas de continuo por la rapacidad de los corsarios. En este servicio, prolongado sin descanso, hizo várias presas en frecuentes encuentros con el enemigo, y sufrió un naufragio sobre las costas de Francia, en que perecieron 800 hombres, manteniéndose constantemente en la mar, ya sólo con sus fuerzas, ya á las órdenes del príncipe Filiberto, que hizo á la córte calorosa recomendacion de sus méritos, incluso los de haber convoyado á Nueva-España la flota de Indias, y regre-

sado felizmente con la plata. El Rey los premió con el hábito de la Orden de Santiago, concedido por Real cédula de 21 de Noviembre de 1614. en que se mandaba al celebre don Rodrigo Calderon, Marqués de Siete Iglesias, que por su mano y en nombre de S. M. le armase caballero.

Por disgustos que hubo el año de 1619 con D. Juan Fajardo, Almirante general del Océano, encargado de la guarda del Estrecho, se fué á su casa sin licencia, y acordando el Consejo que fuese preso al castillo de San Torcaz, mandó con la misma fecha á Oquendo que interinamente se encargase de sustituirle. Contestó éste que por entonces estaba muy ocupado en la construccion de un navio que habia de servirle de capitana, y hacia de paso reflexiones acerca de la conveniencia y áun de la equidad de sacarle de su cargo efectivo para una eventualidad de corta duracion, lo cual tomó muy á mal el Consejo, y propuso al Rey que, privándole de sueldo, lo enviara en prision al castillo de Fuenterrabia. El príncipe Filiberto salió á su defensa y consiguió que se dulcificase la clausura, que de todos modos fué corta, por juzgarle necesario para el mando de los galeones de Indias, con que siguió haciendo viajes.

Empezando el reinado de Felipe IV recibió testimonios de la estimacion de este monarca y de la simpatía de su favorito el Conde de Olivares, que le escribia privadamente consultándole los asuntos del servicio y del comercio de Tierra Firme y Nueva-España. En 1626 se le dió en propiedad el cargo y título de Almirante general de la Armada del Océano, que le ofreció en breve una ocasion señalada: la de socorrer la plaza de la Mamora, por aviso que tuvo de su Gobernador de hallarse sitiado de multitud de moros y en gravísimo extremo por falta de víveres. Calculando que en el tiempo necesario para enviar correo á Madrid y recibir contestacion estaria rendida aquella importante plaza de Africa, se determinó á favorecerla por sí, arrostrando las consecuencias de su iniciativa, que, segun esperaba, tuvo el mejor éxito. Sitiadores y sitiados se vieron sorprendidos con la rapidez del socorro, que puso en fuga á los primeros con escarmiento y dejó proveida la fortaleza. «Muy bien nos ha sacado V. m. del cuidado en que nos ha tenido el sitio de la Mamora, con la bizarra resolucion que V. m. tomó de ir á socorrerla», le escribia el Conde-Duque por añadidura á la cédula Real en que se le daban las gracias, abajo de la cual puso el Rey de su puño: «Quedo tan agradecido á este servicio que me habeis hecho, como él lo merece y os lo dirá esta demostracion.»

Sería prolijo reseñar al pormenor las operaciones de nuestro marino: se cuenta que tuvo más de cien combates, con la fortuna por aliada y auxiliar, aunque el resorte principal de sus triunfos fuera la organizacion de los bajeles y la severidad con que en ellos mantenía la disciplina. En una ocasion suspendió de empleo por un año á tres capitanes por no haber obedecido una señal que hizo en la mar. Otra vez puso preso al Marqués de Torrecuso, sin que el Rey interviniera más que para recomendarle que despachara brevemente la averiguacion de las causas que habia tenido para ello. Limitaré las noticias á los dos hechos más notables del famoso guipuzcoano, despues de honrado con plaza de Consejero de S. M. en el de la Guerra.

Hallándose la nacion en el plano inclinado de la decadencia, los holandeses, señoreados de la mar, tenían bloqueada la costa del Brasil, y en jaque las plazas de Pernambuco y Todos Santos. Todo lo que en Lisboa pudo reunirse para socorrerlas fué una escuadra de 16 naos apriesa y miserablemente preparadas: cinco de ellas, de la corona de Portugal, no llegaban á 300 toneladas, teniendo 40 hombres de guarnicion; otras cinco de Castilla no llevaban más de la mitad de la infantería que les correspondia, siendo las seis restantes, de Vizcaya, las mejores, aunque tambien faltas de alguna gente. Esta escuadra habia de convoyar á la flota portuguesa del comercio del Brasil, y á doce carabelas en que iban 3.000 hombres al mando del Conde de Bañolo, para las referidas plazas. Salió de Lisboa el 5 de Mayo de 1631,

muy receloso Oquendo del riesgo en que iba á poner la reputacion de la bandera y la suya propia: llegó, sin embargo, á la bahía de Todos-Santos á los sesenta y ocho días, poniendo en tierra el contingente de tropa sin oposicion, aunque descubierto por cruceros enemigos, que dieron noticia del número y clase de sus bajeles. Continuando la navegacion á Pernambuco, con agregacion de veinte naos mercantes que buscaron su proteccion, el 12 de Setiembre avistó á barlovento la armada holandesa que venía de saquear la isla de Santa Marta. El general Adrian Hanspater, afectando desden, no quiso valerse de las treinta y tres naves de que disponia, y eligió diez y seis, para que igualado el número con el de las españolas, no se tuviera por fácil el triunfo que anticipadamente presumia, atendiendo á que su capitana y almiranta eran barcos de 900 á 1.000 toneladas con cincuenta piezas de los calibres de 48 á 12, mientras las de Oquendo no pasaban de 600 toneladas, con artillería de 22 á 8. Ambas escuadras reunieron su Consejo, y en el de la española propuso el Conde de Bañolo que se sacase la tropa de los trasportes y se distribuyera en los buques de guerra; mas como el objeto esencial de la expedicion era llevar un refuerzo á Pernambuco, no quiso D. Antonio exponerlo á las contingencias de la accion; ántes determinó que mientras ésta duraba se pusieran en salvo las carabelas y naos mercantes.

Formada la línea de combate en lugar que situaron por 18° de latitud Sur, 240 millas al E. de los Abrojos, los holandeses, que tenían el barlovento como queda dicho, cayeron sobre ella á las ocho de la mañana. La almiranta holandesa, con otro navio del mismo porte, abordaron á la española por ambos costados, matándola 60 hombres á la primera andanada, é hiriendo al general Vallecilla de dos mosque-tazos. El galeoncete *Buenaventura*, que con mejor intencion que maña se atravesó por la proa de los tres; sufrió un fuego tan horroroso, que quedó sin gente y fué apresado, aunque á poco se hundió. Prendió la Santa Bárbara de uno de los navios holandeses, volándose juntamente con nuestra almiranta, y dejando á la de Holanda muy maltratada y con fuego, que le dió bastante que hacer. El general Vallecilla, con las dos heridas, quemada la cara y las manos por la explosion, se arrojó al agua y fué de los pocos que se salvaron.

En otro grupo abordaron á la capitana de Oquendo la de Hanspater y otro auxiliar, tambien por ambos lados, y como los castillos dominaban su cubierta, con la mosquetería le hicieron muchas bajas; pero en el acto de embestirle les habia enviado descargas de enfilada con tan buena suerte, que llegaron ya diezmados; ademas, acudieron á sostenerle la capitana de Masibradi y el navio *Placeres*, que en peloton jugaron furiosamente todas las armas durante el espacio de ocho horas. Al fin prendió fuego en la capitana de Holanda, que ya habia perdido su estandarte y muerto su general, y se voló, librándose la nuestra por haberle dado remolque su galeon auxiliar; el enemigo que tenía por la otra banda tambien acabó incendiado, y entonces pudo Oquendo recorrer con la vista el horizonte é imponerse del estado en que se hallaba su escuadra, en persecucion de los restos de la holandesa que huía. Fueron nuestras pérdidas dos galeones á fondo, 585 muertos y 201 heridos; y las de los holandeses, los tres mayores galeones quemados, y 1.900 muertos, con su general. El parte que de la accion dirigió el victorioso al Rey es modesto: elogia el valor y las condiciones de su enemigo, indica los capitanes que se distinguieron á sus órdenes, y refiere las ocurrencias del resto del viaje, en que sufrió un fuerte temporal, sin exageraciones ni vanagloria de su persona.

Desde el regreso á España tuvo comisiones de escuadra en las Baleares, en Italia y en Indias hasta 1639, en que ocurrió la última de sus batallas, digna de más espacio que el que le ofrece el presente resumen. Una escuadra francesa habia saqueado á Laredo, despues de la destruccion de los galeones de D. Lope de Hoces en Guetaria, y preparaba

mayores empresas para asolar la costa de Galicia. Por otra parte, los asuntos de Flándes andaban mal ante los combinados ataques de Francia y Holanda, reclamando el envío de tropas que restablecieran el equilibrio, y que sólo podían ser conducidas por mar, forzando el paso que habían de embarazar las armadas de ambas naciones. Cometida la empresa al valor y buena estrella de nuestro General, con oferta del Rey de concederle título de vizconde, se reunieron cuantos bajeles quedaban á la amenguada marina española, para ponerlos á su disposición. Dando la vela en Cádiz en el mes de Agosto, se le agregó en la Coruña la escuadra de D. Lope de Hoces, siguiendo en unión hácia el Norte. El día 16 de este mes, hallándose cerca de las Dunas, apareció la vanguardia holandesa, compuesta de 17 navíos; y como la capitana Real marchase á la cabeza y se retrasaran los demas bajeles, se vió solo Oquendo entre tantos enemigos. Hubiera sido cosa natural que retrocediera hácia el cuerpo de la escuadra; pero al General no le pareció decoroso, ni que otra determinacion le cabia que recibir el fuego de todos los enemigos y dirigirse sobre su capitana, que mejor que aceptar el abordaje, juzgó continuar á distancia competente el fuego de su artillería, observando que el navío más próximo al español fué echado á fondo de una sola carga, sin que se salvaran más que dos hombres. Resultado de esta desigual contienda fué que, cuando se le incorporaron los de retaguardia, se hallaba la capitana con el aparejo acribillado, 43 muertos y muchos más heridos, entre ellos cuatro capitanes. Durante la noche se unieron á los holandeses otros 16 navíos; de modo que al amanecer el día 18 se renovó el combate, sin gran orden en la armada española, que en parte se había sotaventado, llevando el mayor peso de la acción, prolongada hasta las cuatro de la tarde, la capitana, las almirantas y pocos galeones. La de Flándes, que mandaba Mateo Ulajani, viró bizarramente sobre los enemigos, con la desgracia de que una bala de cañon le llevara la cabeza ántes de abordar, como lo intentaba; rodeada esta nave y un patache que la acompañaba por seis navíos, fueron apresados sin auxilio de los demas, incidente que inclinó á Oquendo á entrar en el puerto inglés de las Dunas. De aquí con los buques ligeros envió el socorro á Flándes, que desembarcó felizmente en Mardique, cumpliéndose el objeto de la expedición. Trató en seguida de reparar las averías de los galeones, en cuya operación se hallaba cuando penetró en el mismo puerto la armada holandesa, mandada por el almirante Tromp, y reconociendo el inconveniente de la vecindad, ordenó el inglés que la española cambiase de fondeadero, situándose entre ambas para obligarlas á respetar la neutralidad en que se mantenía la Gran Bretaña. No era ésta, sin embargo, de naturaleza para tranquilizar á Oquendo; las instrucciones que había recibido del Gobierno, y sus propias observaciones, le hacían sentir que de un momento á otro, y por cualquier evento, podia cambiarse en hostil la actitud amistosa del huésped, en cuyo concepto, á una pérdida segura en el puerto era de preferir el azar de una batalla en la mar. Accidentes imprevistos embarazaron la salida de una parte de los galeones, viéndose, con 22, seguido por los holandeses, que contaban 114, y que en el combate de cinco contra uno emplearon los brulotes para destruir más pronto la osada fuerza que retaba á tan enorme superioridad. La capitana de Don Lope de Hoces luchó con ocho navíos y fué abrasada,

que no rendida; la del almirante Feijó sucumbió, quedándole 13 hombres vivos; lograron abrirse paso aisladamente otros, aunque maltratados, quedando la Real de Oquendo sola, como el jabalí acosado por la jauría. La gente, acobardada por el diluvio de hierro que despedazaba la arboladura, se abrigó bajo cubierta, en cuyo momento indicó al General el piloto que todavía podían ganar otra vez el puerto de las Dunas. «No permita Dios, le respondió, que menoscabe mi reputacion con una mancha tan grande»; y bajandó á las baterías, con enérgicas palabras enardeció á la gente y prosiguió todo el día la defensa, destrozando ó echando á pique á los que se acercaron demasiado. Con la noche cesó el admirable espectáculo de aquel combate sin ejemplar, entrando la Real en el puerto de Mardique, donde se le contaron 1.700 balazos de cañon. «Ya no me falta más que morir, dijo entonces el anciano General, pues que he traído á puerto con reputacion la nao y el estandarte.» Estaba, en efecto, muy quebrantada su salud; no se había desnudado en más de cuarenta días, y la fiebre no le dejaba.

Volviendo á España en Marzo de 1640 con los galeones que se le incorporaron, y estando cerca de Pasajes, donde tenía su casa, le aconsejaron la entrada en el puerto para curarse. «La orden que tengo, dijo, es de volver á la Coruña; nunca podré mirar mejor por mí que cuando acredite mi obediencia con la muerte.» Abrasado por la sed de la fiebre, rogó á los médicos que cuando no tuvieran esperanza alguna le consintieran beber un vaso de agua fria. Se lo ofrecieron el día 7 de Junio, y tomándolo con ánsia en las manos, mirándolo un momento, lo derramó, ofreciendo á Dios este sacrificio. A poco sonó la salva de artillería de la Armada, que anunciaba el paso de la procesion (era día del *Córpus*), y oyendo los cañonazos, se incorporó, diciendo: *¡Enemigos, enemigos; á defender la capitana!.....* y dejó de existir.

Don Miguel de Oquendo, también general de Marina, que escribió la vida de su padre, cuenta, entre otras particularidades suyas, que desde jóven fué muy diestro en el manejo de las armas, y aunque criado en la mar, de los mejores hombres de á caballo de su tiempo. Nunca se puso armadura, como era costumbre, al entrar en los muchos combates y abordajes que sostuvo, y no recibió ninguna herida, grande ni pequeña. Por el testamento vinculó en su mayorazgo los dos reales estandartes que había tomado al enemigo, y que tenía depositados en la iglesia de Nuestra Señora de Aranzazu, juntamente con una bala de 52 libras, como testimonio de las que le había disparado la capitana de Hanspater. Al Rey dejó una manda de 4.000 ducados. Abierto el cadáver para embalsamarle, se vieron en la punta del corazón tres cerdas gruesas, que los testigos tuvieron por muestra extraordinaria de cómo un hombre de cuerpo pequeño tuvo ánimo tan grande.

Facsimile de la firma.



DON ALVARO DE BAZAN

(MARQUÉS DE SANTA CRUZ),

CAPITAN GENERAL.

COMBATE DE LAS TERCERAS. — 26 DE JULIO DE 1582.

Quiso D. Gabriel Lasso de la Vega, contino del Rey y contemporáneo de este caudillo, compilar los elogios que habian merecido sus hechos famosos, y formó un libro. Otros pudieran hacerse continuando la coleccion de lo que en prosa y verso han escrito con posterioridad nuestros primeros literatos, inspirados en la vida sin tacha del más insigne de los marineros españoles, prudente en sus empresas, intrépido en las batallas, magnánimo en las victorias, y esto basta para indicar las páginas que habia de llenar la relacion, siquiera fuere sucinta, de las operaciones militares dirigidas por el hombre que, segun el resumen de uno de sus biógrafos, rindió 8 islas, 2 ciudades, 25 villas, 36 castillos fuertes; venció 8 capitanes generales, 2 maestros

de campo generales y 60 señores y caballeros principales; prendió soldados y marineros, franceses, 4.753; ingleses, 780; portugueses, 6.450; turcos y moros, 6.243; apresó 44 galeras reales, 21 galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y naos de alto bordo, 7 caramuzales, 3 cárabos, 1 galeaza, con 1.814 piezas de artillería, y dió libertad á 1.654 cautivos españoles. A sus órdenes y en su escuela se formó un semillero de capitanes que bastaria para llenar los doce huecos que este Almanaque ofrece á los hechos distinguidos de la Marina, aunque en uno de los años anteriores ocupó ya puesto un simple soldado estropeado en Lepanto, que más adelante, regocijo de las Musas, apellidó á su jefe *Rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamas vencido capitán*.

Don Alvaro de Bazan nació en Granada el 12 de Diciembre de 1526, hallándose su padre encargado á la sazón de la guarda de las costas de aquel reino, constantemente amenazadas por los berberiscos. Don Alvaro se llamaba tambien el capitán general de la armada del emperador Cárlos V, gran marinero, inventor de los bajeles que se denominaron *galeones*, reformador del artillado y la maniobra, y tan hábil en manejar estos elementos, que sonaba su nombre entre los enemigos de la corona, así en los mares de Europa como en aquellos cuyo camino mostraron Colon y los Pinzones. Cuando las hazañas del hijo, que algunas relaciones confunden, empezaron, los distinguió la gente de mar por D. Alvaro *el Viejo* y D. Alvaro *el Mozo*, y áun sería precisa otra distincion por ocupar puesto culminante en la historia otro D. Alvaro, abuelo y padre de éstos.

Heredó, pues el tercero, nombre y renombre de más precio que la nobleza y bienes de fortuna que concurrían en sus antecesores, con más la aversion á la ociosidad y el despego á las comodidades. A los nueve años corria por la cubierta de la Capitana de su señor padre haciendo el aprendizaje del marinero; á los diez y seis, vestido el hábito de la orden de Santiago, ocupaba puesto efectivo en la Armada, y poco despues recibia la última leccion y prestaba examen de competencia en combate empeñado y glorioso.

Hallábase la armada en las costas del Norte, cuando *el Viejo* tuvo aviso de haber pasado á la vista de Fuenterrabía treinta naos francesas, con dos presas vizcaínas, dirigiéndose á la costa de Galicia, donde habian empezado sus depredaciones. Corria entonces el verano del año 1542, y fondeados los enemigos sobre Muros, cobraban contribucion de guerra impuesta á la villa, cuando el ilustre Bazan los alcanzó con veinte y cinco naos, el 25 de Julio, dia del apóstol Santiago. Embistió á la capitana francesa con tal furia, que la echó á pique con toda su gente, y arribando sobre otra nao, la rindió en breve tiempo, con lo cual disminuyó la superioridad de los franceses, acometidos con igual bizarría por toda la armada. Trescientos muertos y ahogados tuvo en las dos horas que duró la pelea, al paso que excedieron de 3.000 los enemigos que perdieron la vida, con más sus embarcaciones, que en triunfo llevó á la Coruña el vencedor. Admiróse, más que el desnudo de D. Alvaro, el desinterés con que destinó el cuantioso botin que le correspondia á resarcir á los pueblos de la costa de los daños y exacciones del enemigo, reservando una parte que personalmente llevó como ofrenda á la Basilica del Apóstol, notable ejemplo de generosidad, que coronaba la enseñanza dada á su hijo.

Por separado tuvo este mando de armada desde 1554, con orden de guardar las costas de España y asegurar de corsarios la carrera de las Indias, atendiendo además á la repression de los berberiscos, pujantes en la mar y terror de todas las naciones. Supo que habian llegado al cabo Aguer dos naos inglesas con armas para los moros de Fez, y sin atencion al fuego de artillería que las amparaba desde el castillo y al que ellas menudeaban en su defensa, forzó el puerto, las rindió, y quemó por añadidura siete carabelas que allí estaban al acecho de los pescadores españoles que iban á Cabo Blanco. Acudió seguidamente á la vigilancia

del Estrecho, puerta de paso para los ingleses, franceses, turcos, argelinos y berberiscos, todos enemigos, todos dispuestos á interceptar nuestro comercio y asolar á los pueblos de la costa, escarmentando á cuantos se ponian á su alcance. La conquista del Peñon de la Gomera en 1564 realzó el crédito adquirido ya por el General, y mucho más la empresa original y atrevida de cegar la ría de Tetuan, nido de piratas, dejando encerrados dentro sus bajeles.

Para esto dispuso con todo secreto embarcaciones viejas cargadas de piedra, y estando á punto el año siguiente, simulando su ataque por Ceuta, echó á fondo los pontones y arrojó separadamente piedra y betun, de forma que pudo pasarse á pié enjuto de uno á otro lado de la ría. Tarde lo vieron los moros, y acudieron con las fuerzas reconcentradas en el primer punto para recibir segundo desengaño y descalabro de la gente que desembarcó á recibirlos.

Los considerables armamentos del Gran Turco, el sitio que puso á Malta, y la zozobra de las potencias cristianas amenazadas de cerca, dieron más amplitud á sus operaciones, ya reforzando y abasteciendo las plazas, ya socorriendo á las atacadas, incluso á la misma de Malta, á que acudió con D. García de Toledo, logrando ver las espaldas á los que ya la consideraban suya.

Le valieron estos servicios el título de primer Marqués de Santa Cruz, concedido en 12 de Octubre de 1569, y un aumento de fatigas con el socorro de la Goleta, que estuvo á punto de perderse sin su auxilio, y la atención de los mares de Nápoles y Sicilia, puestos á su cuidado.

Nombrado por entonces Capitan general de la mar don Juan de Austria, fué D. Álvaro uno de los Consejeros que eligió el Rey para la resolución de los negocios arduos, y su gran auxiliar en la memorable jornada de Lepanto; pues designado para mandar la cuarta escuadra, compuesta de 30 galeras y llamada del Socorro, justificó este título, acudiendo primero al ala izquierda, donde los venecianos se veían en apuro, y despues al centro, á tiempo de meter 200 soldados de refuerzo en la galera Real, que estaba aferrada con la capitana de los turcos; de salvar á la capitana de Malta, ya rendida, y á la de D. Juan de Cardona, acosada por 8 enemigas. Allí donde la balanza se inclinaba á favor del estandarte de Mahoma, allí aparecía el Marqués, y con el peso de su espada la hacía bajar hasta el abismo. Atento á los incidentes de la batalla, con una serenidad sin igual y un conocimiento exacto de la fuerza de que disponia, caía de improviso sobre la posición más comprometida, y la Armada cristiana lo estuvo en aquel día, en que se jugaban los destinos de Europa. Todos los caudillos cumplieron como buenos y se hicieron dignos de eterna alabanza: D. Juan de Austria, general de la Liga, conquistó imperecedera fama; ninguno eclipsó la del milagroso defensor de su divino título, segun frase de Lope de Vega.

Otra vez se vieron frente á frente las armadas de los cristianos y los turcos en Setiembre de 1572 sobre Modon y Navarino: los segundos rehusaron la batalla á que eran provocados; pero siendo destacada una nao de la Liga, y creyendo apresarla fácilmente, salió con 40 galeras Mahomet Bey, hijo del rey de Argel y nieto del célebre Barbaroja. Don Juan de Austria dió la vela para defenderla, y logrando ganar el barlovento con su galera D. Alvaro de Bazan, abordó á la argelina, y despues de hora y media de combate la apresó, con muerte del mismo Mahomet y prision de Mustafá, general de los genizaros, á vista de ambas escuadras, y sin que ninguna pudiera tomar parte en la accion singular.

En 1573 dió la fortuna otros lauros al Marqués con motivo de la expedicion de la Goleta, que emprendió D. Juan de Austria con 207 velas y 21.000 hombres de desembarco. Don Alvaro desembarcó de vanguardia con 2.500, y sobrecojido el enemigo, abandonó el fuerte, con lo cual y ántes que acabára de poner el pié en tierra el ejército, estaba apoderado de Túnez y de cuanto encerraba esta ciudad.

Una serie no interrumpida de cruceros, combates parciales, presas, socorros, sigue á esta operacion, que no puede

detallarse: en la isla de los Querquenes, desembarcando con agua á la cintura, cogió 1.200 prisioneros en 1576; en el Peñon, Melilla y Ceuta hizo otros escarmientos para poner á raya á los berberiscos, envalentonados con el fracaso de la expedicion de los portugueses y desgraciada muerte de su rey D. Sebastian, hasta que, por consecuencia de la de su sucesor el cardenal D. Enrique, hizo valer sus derechos á la corona D. Felipe II, y envió á D. Alvaro de Bazan á sostenerlos en la mar, mientras por tierra lo hacía el Duque de Alba.

Con 56 galeras y 48 naos emprendió esta campaña de breve y feliz éxito. Batido y tomado el castillo de Setubal, con las embarcaciones que estaban á su abrigo, en el mes de Julio de 1580; forzada despues la entrada del Tajo bajo el fuego de los castillos, y de las 32 naos, y otras embarcaciones menores que la guardaban, rendidas todas, cooperó á la entrega de Lisboa y á libertarla del saqueo.

No por esto quedó sometido el reino: Don Antonio Prior de Ocrato acaudillaba á los partidarios de la independencia, protegido por Francia é Inglaterra, sin respeto á los tratados existentes, y siendo proclamado rey en las islas Terceiras, reunia en ellas elementos de resistencia, siendo su primer propósito el armamento de numerosos corsarios que interceptáran nuestro comercio con las Indias, mientras llegaba la ocasion de emprender operaciones sobre la costa de la Península. Habia noticia de prepararse en Nántes una fuerte escuadra para favorecer estos intentos que á toda costa debian impedirse.

A D. Alvaro de Bazan se volvió á confiar esta mision interesante, para la cual abandonó las galeras, que no habian de serle de utilidad en mares tormentosas. Organizó una escuadra de naos, á la que debian concurrir con determinado contingente Vizcaya y Andalucía; pero como el de esta última se retardaba y el negocio no admitia dilacion, zarpó de Lisboa el dia 10 de Julio de 1582, con solas veinte y ocho naos y cinco pataches, y habiendo tocado una de las primeras en un bajo de la boca del río y empezado á hacer agua, retrocedió con la tropa que llevaba á su bordo. Llegando el 22 sobre la isla de San Miguel, corrió prestamente la noticia y se reembarcó el Pretendiente, dando la vela la Armada francesa, compuesta de cuarenta navios grandes y veinte menores, y viniendo sobre la nuestra, reducida á veinte y cinco naos y los cinco pataches, por haberse separado tres de las primeras en un temporal que ocurrió durante la travesía. Cuatro dias maniobraron á la vista con ligeras escaramuzas, pero sin empeñar combate, procurando cada cual ganar la posición más ventajosa; en este tiempo comunicó D. Alvaro con el gobernador de la Isla, que le informó de la fuerza exacta con que contaban los franceses, y le aconsejó que ántes de empeñar lance tan arriesgado procurase buscar el amparo de la fortaleza, que estaba por España. El Marqués llamó á consejo de guerra á los generales y capitanes, y quedó decidido que en todo evento se aceptase la batalla que la superioridad del enemigo habia de buscar.

En efecto, conseguida la ventaja del barlovento sobre la del número, arribó la armada francesa sobre la nuestra el 26 de Julio, cayendo la capitana y una de las almirantas sobre el galeon *San Mateo*, que lo era de España y estaba rezagado, y otros dos navios sobre la capitana española, que los recibió de forma que á toda prisa abandonaron el puesto. En esto se generalizaba la accion, y como habia tres franceses para cada bajel español, viendo en grave aprieto al *San Mateo*, incendiado por cinco veces, viró nuestro General, reconcentrando todos los demas en su ayuda. La Almiranta francesa fué destruida por los cañones de Oquendo y Villaviciosa, muriendo éste en la accion, con muchos de su nao; la capitana, con un refuerzo de 300 hombres que recibió de otros buques, se desatraco del *San Mateo*, y aprovechando la ocasion el Marqués para abordarla, la rindió despues de una hora de horrorosa matanza, en que sucumbieron más de 400 franceses. Cinco horas duró la batalla,

en que no tomó parte el pretendiente D. Antonio, escapando prudentemente en un buque ligero. El general francés Felipe Strozzi, mortalmente herido, espiró al ser presentado á D. Alvaro; murió al día siguiente el Conde de Vimioso, principal instigador y consejero del Pretendiente, y durante el combate, el maestro de campo general Beaumont y sobre 1.200 personas de todas clases. Del Conde de Brissac, lugarteniente de Strozzi, decían unos que había huido en una embarcación, y otros que había muerto, quedando en la misma duda respecto á los jefes de ocho regimientos franceses que iban en la Armada con 6.800 hombres. Veinte y cinco señores de estados ó pueblos de Francia, 51 caballeros y 313 de clase inferior quedaron prisioneros, y condenados en juicio como piratas y trasgresores de la paz que existía entre Francia y España, fueron todos ejecutados el 1.º de Agosto. La armada del Marqués tuvo 224 muertos y 553 heridos.

Al dar cuenta, sin jactancia, de esta gran victoria, pedía don Alvaro al Rey que para otra ocasión previniese otra armada de más y mejores navíos, pues yo certifico, decía, «que he habido bien menester la experiencia que tengo, porque me hallé muy solo y con muy inferior Armada de la enemiga, adonde venía mucha gente principal de Francia, y así procedieron y pelearon como muy buenos soldados.»

En 23 de Junio del año siguiente de 1583 tuvo, como deseaba, más lucida fuerza, dando la vela desde Lisboa con noventa y ocho buques y 10.000 hombres. Por su parte los enemigos habían aprovechado también el tiempo, aunque sin pretender hacer oposición en la mar. El 26 de Julio hizo D. Alvaro el desembarco en la Tercera, por el puerto de las Muelas; tomó por asalto las trincheras y fuertes, obligando á los franceses y portugueses á retirarse á la montaña con mucha pérdida. En Angra ocupó treinta y un navíos cuya gente los había abandonado, cogiendo, sin embargo, 1.600 prisioneros, 310 piezas de artillería y los efectos de la plaza, y continuando las operaciones, al fin capitularon y rindieron las banderas y las armas los enemigos, sin más condiciones que conservar la vida y ser conducidos á Francia, cumpliéndose en los navíos de Guipúzcoa.

Las islas de San Jorge y Fayal hicieron también resistencia; las del Pico, Cuervo y Graciosa se entregaron buenamente, con lo que, puestos gobernadores y suficiente guarnición en ellas, se volvió á España D. Alvaro, entrando en Cádiz el 15 de Setiembre, recibido por la entusiasta aclamación que merecían sus triunfos. El Rey le escribió: «Aunque aquí se os dan las gracias por el servicio que me habeis hecho, no he querido dejar de dáoslas Yo aquí de mi mano.» Con esta indicación fué á la corte, y al presentarse á D. Felipe II le mandó cubrir en su presencia como Grande de España, le nombró capitán general del mar Océano, primera dignidad en la marina, y de la gente de guerra de Portugal, otorgándole otras mercedes que acrecentaron su estado, ya grande, toda vez que era señor de las villas del Viso y Santa Cruz, y Comendador mayor de Leon. De esta riqueza usaba con generosidad y esplendor, como demuestra un rasgo no publicado hasta ahora.

Hallándose reparando en astillero la galera capitana que de ordinario montaba, ordenó que se extremaran los adornos de escultura y dorado, así en la popa, proa y fanales, como en la cámara que le estaba reservada. La cuenta montaba á una cantidad de consideración, y viendo el presupuesto, observaron los oficiales reales que, bajo su más estrecha responsabilidad, tenían recibida orden superior de no autorizar ni pagar más gastos que los estrictamente indispensables. «Indispensables son los que yo he encargado, contestó el Marqués; indispensables para el decoro del Rey y del mio», repitió, notando la expresión de los contadores. Hicieronse, en consecuencia, las obras, y una vez terminadas, mandó que se abonaran de su bolsillo. En esta galera verificó el rey Felipe II su entrada en Lisboa, haciendo buenas las palabras del General, que tenía en ella músicos, cantores, criados y esclavos moros con librea,

magnífica vajilla de plata y mesa puesta y servida para cuantos iban á visitar su vivienda flotante, que llamó grandemente la atención de los cortesanos.

Después de la jornada de las Terceras, escribió al Rey una carta que empezaba: «S. C. R. M. Las victorias tan complidas como ha sido Dios Nuestro Señor servido dar á V. M. en estas Islas suelen animar á los Príncipes para otras empresas; y pues Nuestro Señor hizo á V. M. tan gran Rey, justo es que siga agora esta victoria, mandando prevenir lo necesario para que el año que viene se haga la de Inglaterra..... y crea que tengo ánimo para hacerle Rey de aquel reino y aún de otros, y de allí se podrán tener más ciertas esperanzas de allanar lo de Flándes.....» Felipe II, que conocía harto bien á su Capitán general, no juzgó pretenciosas, como á primera vista parecen, estas frases; aparentó no darles importancia por de pronto, y luego le encargó con mucha reserva que presentase el plan de la expedición, lo cual hizo con extensión y copia de datos al pormenor, así de los recursos y fuerzas de Inglaterra y Francia, y de las condiciones de las costas respectivas, como de la composición de la Armada invasora, tropas, pertrechos, municiones y víveres; de la cooperación del ejército de Flándes en la empresa; de la manera de navegar y combatir, en memorias que no se han dado á luz todavía, y que bastarían para acreditar el profundo cálculo que de todo había hecho y la penetración política que lo guiaba. Si alguna duda tenía en vacilación el ánimo del Rey, vino á resolverla la presencia del corsario Drake en los mares de las Antillas, y los estragos que hizo en las islas de Puerto Rico y Santo Domingo. El Marqués procedió entonces con urgencia á los preparativos de ejecución de sus planes, que no debía ver concluidos. Una grave enfermedad le hizo pasar de este mundo, en Lisboa, el 9 de Febrero de 1588, día de luto nacional y de amarga pena en la Armada. Lope de Vega, Ercilla, Cervantes, Lasso, Ochoa de Lasalde, Barahona de Soto, Vargas Manrique, Corte Real, Ramirez, Caldera, Antonio de Herrera, Vicente Espinel, Gaspar de Alarcon, Torres de Aguilar, Alonso Coloma, Gonzalo de Illescas, Laurencio Flores, Mosquera de Figueroa y otros muchos escribieron elegías, cantaron sus proezas ó elogiaron sus condiciones, entre las que señalaron la inteligencia y afición que tuvo á las Bellas Artes, acreditándolas en el suntuoso palacio del Viso, que resplandecía entre todos los edificios de su tiempo, y en cuyos salones, pintados al fresco por hábiles artistas, mandó representar sus expediciones y poner retratos de generales, vistas de ciudades, puertos, galeones y naos, dejando á la posteridad datos históricos que han de aprovechar las publicaciones ilustradas. Descansaron sus huesos en la misma villa del Viso, según disposición testamentaria, pasando el nombre á la fama, que lo eterniza entre los señalados capitanes de mar y tierra. Ha desaparecido el epitafio que pusieron en la tumba, pero siempre quedará el que hizo Lope de Vega:

Rey servido y patria honrada
Diran mejor quien he sido,

Por la cruz de mi apellido
Y por la cruz de mi espada.

Facsimile de la firma.



DON ANTONIO DE GAZTAÑETA,

TENIENTE GENERAL.

COMBATE DE SICILIA. — 11 DE AGOSTO DE 1718.

Hasta que el rey D. Felipe V dió sér á los arsenales, fundó la marina militar y organizó sus servicios de una manera racional y sólida, fué la costa de Cantabria astillero general que proveía á las necesidades del Estado, dándole bajeles, armadas y hombres de mar que las tripulaban y dirigian por toda la superficie del Océano, así para cambiar los frutos de la tierra por la plata de las Indias y los tejidos de Flándes, ó para perseguir la ballena y el bacalao en las aguas boreales, en pacíficas tareas, ó para disputar en guerra el dominio ambicionado del cetro de Neptuno, á que Francia, Holanda y la Gran Bretaña aspiraban. Cada uno de los pueblos de esa costa azotada por los vendavales llena las mejores páginas de su crónica con hazañas de marinos

ó hijos suyos, hijos de España, que han esmaltado por ende su historia general.

Motrico, que es uno de aquéllos, se envanece con justicia de haber sido cuna de ilustres mareantes, entre los que descuellan Gamboa, Vidazabal, los Idiaquez y Churruca, aparte del objeto de estas líneas, D. Antonio de Gaztañeta, bautizado el 11 de Agosto de 1656. Su padre, D. Francisco, que tuvo empleo de capitán, lo embarcó consigo desde que cumplió doce años, esmerándose para que á la par de la enseñanza práctica adquiriese los conocimientos técnicos más extensos de la profesion, singularmente los de Matemáticas, Cosmografía y Pilotaje, en que llegó á sobresalir y que utilizó muy temprano, pues habiendo fallecido en Veracruz su dicho padre, tuvo que encargarse de la derrota del navío que aquél había mandado hasta entónces, saliendo airoso del primer ensayo con un viaje feliz al puerto de Pasages. Continuó haciendo otros muchos á Buenos-Aires, Tierra-Firme y Nueva-España, ya en buques sueltos, ya en flotas y galeones de la plata, extendiendo sus conocimientos y afirmándolos con la experiencia, que es el sello que los hace valer. El nombramiento de piloto en la Armada Real del Océano, que obtuvo el año de 1684, presupone la opinion que había merecido del tribunal de la Casa de Contratacion y de los generales de la Armada de Indias, autoridades celosas en allegar para aquel centro del saber marineró, así noticias, descubrimientos y adelantos, como personas que los aplicáran al progreso de la navegacion. Dos años despues, con el grado de capitán de mar, se le nombró piloto mayor de la misma Armada Real, cargo de gran responsabilidad é importancia, que ponía en sus manos la direccion del núcleo principal de las fuerzas navales del Estado, pero que justificó estaba en buenas manos, dando á luz el *Norte de navegacion hallado por el cuadrante de reduccion*, que se imprimió el año de 1692.

Esta obra no es de las que hacen época, ni por la originalidad sufre paralelo con otras de cosmógrafos españoles: el cuadrante, que llamaban *dorado* algunos marinos por la gran facilidad con que se resuelven por su medio los triángulos rectilíneos rectángulos, se había dado á conocer en Francia. Gaztañeta hizo más extensas y generales las aplicaciones, y reuniendo en su tratado lo que el adelanto de las ciencias en Europa hacía aplicable á la marina, acreditó que seguía con interes el movimiento científico, cosa poco común en aquellos tiempos. Un crítico de gran competencia observa que el *Norte de navegacion* es el primero de los libros españoles que trató de la *corredera* y de las cartas esféricas, aunque hacía más de siglo y medio que las había inventado Alonso de Santa Cruz, corrigiendo en los elementos del pilotaje sistemas anteriores erróneos.

Bien era menester la habilidad de Gaztañeta para librar de enemigos los restos miserables de la armada Real, incapaces de batirse con las numerosas y proveidas escuadras de Francia. Para ir de uno á otro puerto se había de hacer á la manera del ciervo que olfatea por todos lados cazadores, buscando rumbos tortuosos y desusados, y sin otros datos, bastáran los elogios que en cada excursion se hacían del piloto mayor, y más particularmente al venir de Nápoles á España los navíos que sobre Menorca esperaba Tourville con su escuadra, y se le fueron de entre las manos, para juzgar de la época desventurada en que no estaba á disposicion de los marinos mejor recurso. Los de Gaztañeta fueron premiados sucesivamente con los despachos de capitán de mar y guerra de la *Capitana Real*, y honores de almirante, conservando el cargo de piloto mayor, con el cual fué en la escuadra de nueve bajeles que pasó á desalojar á los ingleses del Darien el año de 1699, aún despues de tener empleo de almirante Real, porque de todos los ramos de la carrera era el de las aplicaciones de la Astronomía el de su mayor aficion, el único de que hacía alarde, no confiando nunca á otra persona el cuidado de la derrota en las escuadras que mandó más adelante.

Por de pronto, se dió á su inteligencia científica otra ocu-

pacion de todo punto necesaria al servicio, cual era sustituir los buques consumidos, haciendo con rapidez otros que dieran á las armas del rey Felipe V, cuya exaltacion habia reconocido desde el principio, elementos con que preservar las costas de la acometida de ingleses y holandeses. En vano representó que no habia estudiado para fabricar navios, sino para mandarlos y dirigirlos; tuvo que dedicar la atencion á la teoría y á la práctica de la construccion de una vez, como habia hecho en los primeros años, aunque con la desventajosa circunstancia de que entónces contaba con maestros y tratados, y ahora ni tratados ni maestros podian dilucidar las dificultades de la empresa. Precisamente se hallaba en un período de transicion la fábrica de las naos, como hasta entónces se habia llamado: por do quiera se reconocia que los vasos, cada vez más cargados de artillería, no cumplian ya con las condiciones y exigencias del servicio militar á que exclusivamente habian de aplicarse: se hacian ensayos, se proyectaban innovaciones guiadas por el empirismo á falta de verdaderos fundamentos, que la ciencia no habia fijado aún, y, consecuencia natural, se recogia abundante cosecha de desengaños. Gaztañeta dió principio al nuevo cometido con la carena y habilitacion del escaso material antiguo, poniendo empeño en organizar la administracion y el empleo justificado de materiales, con lo que consiguió considerable economía, que mayor parecia, comparada con el despilfarro de la pasada época. Así en poco tiempo pudo habilitar los navios que trasportaron á Nápoles un contingente de tres mil hombres de tropa, y reconcentrar las ideas sobre el objeto principal de modificacion de los planos. Más avisado que los constructores ingleses de su tiempo, que se fijaban en las obras muertas y en la arboladura, Gaztañeta meditó la reforma de la parte sumergida de los bajeles, que era la raíz del mal que habia que remediar, y tanteó una variacion en la superficie de las amuras, haciéndolas arrancar desde una de las líneas de aguas bajas, para que las resistencias del flúido en la proa fuesen progresivas con un exponente de la razon, si no igual, á lo ménos próxima. Esta medida envolvía un aumento discreto de desplazamiento en el cuerpo de proa, el avance del centro de volúmen hácia aquel punto, dejando más quilla ó brazo de palanca en el cuerpo de popa para acrecer las resistencias laterales de la carena, y con ellas la propension á mantenerse á barlovento y á que se sujetase y obedeciese mejor la accion de la potencia bélica. Sometido el proyecto al Consejo de Guerra y Junta de armadas, con exposicion de los fundamentos, con la aprobacion obtuvo nombramiento de superintendente general de los astilleros de Cantabria, y ámplias facultades para organizacion de la maestranza y de la contabilidad é intervencion de materiales y jornales. Puso en Zornoza la quilla del navío *Salvador*, de setenta y cuatro cañones, que correspondió á las esperanzas del autor, y por sus buenas propiedades fué muy elogiado de nacionales y extranjeros; hizo despues otros seis iguales de á sesenta piezas para la Armada, y varios para la Casa de Contratacion de Sevilla y para la carrera de Buenos-Aires, mejorando mucho todos ellos á los vasos antiguos, y más que todos las fragatas, que alcanzaron una velocidad no conocida hasta entónces. Tanto eran superiores estas naves ligeras, que habiendo apresado una los holandeses, tomaron sus gálivos y ordenó el almirantazgo que por ellos se hicieran fragatas semejantes para los cruceros de la India oriental; determinacion que es el mejor elogio de nuestro marino, procediendo de una nacion que presumia dar en esto lecciones á todas las otras.

Con el buen resultado de los estudios y experiencias escribió un tratado que tituló *Proporciones más esenciales para fábrica de navios y fragatas de guerra, que puedan montar desde ochenta cañones hasta diez, con explicacion de la construccion de la barenga maestra, plano y perfil particular de un navío de setenta cañones, con los largos, gruesos y anchos de los materiales, escrito de orden del Rey*. Se imprimió por cuenta del Estado en 1720, con láminas y pla-

nos, y se mandó observar en los dominios de España y Ultramar por Real cédula de 13 de Mayo de 1721.

Retrocediendo un tanto, es de advertir que rebajada España á la categoría de nacion de segundo orden por el tratado de Utrech, desde que se vió en paz, empuñando las riendas del gobierno el ambicioso Alberoni, quiso éste restaurarla de momento, juzgando que bastaba su capacidad para lograrlo. Los recursos que ante todo habia menester se reunieron con rapidez verdaderamente maravillosa, merced á su ciencia administrativa, y siendo tambien indispensable para sus planes una armada numerosa, aplicó aquéllos, no tan sólo á las construccion que Gaztañeta dirigia, con orden de activarlas al extremo, sino tambien á la compra de bajeles de cualquier clase dentro y fuera del reino, especialmente en Génova, adonde fué en comision al efecto el intendente Patiño. Las condiciones de los buques no eran para consideradas en aquellos momentos; lo que urgía era que el número subiera, y que en conjunto ofrecieran las apariencias de una escuadra, resultado que consiguió el ministro sin tardanza, y que dió pié á la ejecucion de sus planes, dirigidos en primer término á la reconquista de las que habian sido posesiones españolas en Italia. Halagando á Francia, entreteniéndola con ofrecimiento de ventajas comerciales, tratando con Holanda la compra de una escuadra, y consintiendo á Roma con la idea de un armamento contra los turcos, reunió en Barcelona doce navios y cien trasportes, que con celeridad y reserva embarcaron nueve mil hombres, al mando del Marqués de Lede; cayeron de improviso sobre la isla de Cerdeña, que resistió lo que pudo, pero que hubo de ceder al fin, y dejando una guarnicion de tres mil hombres, regresó la expedicion á Barcelona con felicidad en Setiembre de 1717, á tiempo que circulaba el manifiesto oficial expresando los agravios recibidos del Emperador de Alemania, que habian movido al rey Felipe V á continuar la guerra.

Urgia aprovechar el estupor con que la nueva se recibió en Europa, dando lugar á notas y reclamaciones. El Emperador solicitaba el auxilio de las potencias signatarias del tratado de triple alianza; Roma rompió las relaciones diplomáticas; Inglaterra y Francia, poco deseosas de salir de la paz tan breve tiempo disfrutada, enviaron representantes á Madrid, y Alberoni aparentó escuchar sus proposiciones de avenencia, ganando tiempo, que no perdian ciertamente los embajadores, en la tarea de minar la influencia del ministro; mas por de pronto éste ganó la mano, causando nuevo asombro con la escuadra de veinte navios y fragatas, que al mando de Gaztañeta salió otra vez de Barcelona, convoyando más de trescientos trasportes con treinta mil hombres de tropa, que desembarcaron sin tropiezo en Sicilia el 1.º de Julio de 1718.

Cómo y de dónde habia obtenido los medios para semejante alarde una nacion exhausta, nadie se explicaba; con tal sigilo se habian hecho los preparativos de la expedicion inesperada; pero realizada con tanta fortuna, y apoderado el Marqués de Lede de la isla, sin más excepcion que la ciudadela de Mesina y algunas otras plazas de ménos importancia, las potencias neutrales vieron con recelo el intento de los españoles; y sin agotar los trámites de la vía diplomática, entró en el Mediterráneo una escuadra inglesa, que empezó por llevar desde Nápoles á la fortaleza de Mesina un refuerzo de 3.000 alemanes, protestando que con ello no faltaba á la neutralidad. El almirante Byng, que la mandaba, se ofreció como mediador y propuso una suspension de hostilidades, que los españoles no aceptaron, en la persuasion de que la negativa no podia ser causa para que el Almirante mudase de conducta. Las instrucciones de Alberoni no recelaban que hubiera peligro por aquella parte; y aunque algunos jefes de la escuadra se manifestaron desconfiados en el Consejo que se reunió en la capitana de Gaztañeta, se rechazaron las sospechas con las seguridades dadas por Patiño (que, como confidente de Alberoni y plenipotenciario, era director de la expedicion) de que la es-

cuadra inglesa tenía órdenes para mediar, y aún para entorpecer las operaciones, pero de ningún modo para romper las hostilidades. Gaztañeta, más hombre de ciencia que de política, se sometió á este parecer; sin embargo, consideró prudente reunir su armada, de la cual, por desgracia, se había destacado una division, para reclamar, sin éxito, la entrega de las galeras sicilianas que se habían refugiado en Malta, y dió la vela del fondeadero de Mesina en direccion al canal que forma aquella isla con la de Sicilia. El almirante Byng, que se mantenía sobre el cabo Espartivento, fué siguiendo á los navios españoles, que navegaban separados y sin órden, y ántes que lo adoptáran ó se reunieran con la division de Malta, los envolvió con sus 27 navios, varios de ellos de tres puentes, que no sólo representaban por el número fuerza muy superior, sino que tenían la inmensa ventaja de la disciplina y el hábito de evolucionar, que estaban muy léjos de adquirir los nuestros. El resultado no podia ser dudoso: la defensa aislada, el valor personal, aunque raye en el heroísmo, nada valen contra el esfuerzo general, guiado por las reglas del arte de la guerra. Amaneció el 11 de Agosto cuando el grupo de seis navios y cuatro fragatas que formaban el núcleo de la escuadra de Gaztañeta fué separado de la retaguardia, que mandaba el Marques de Mari. Este arribó sobre la costa de Sicilia, bajo el fuego de una division inglesa, y viéndose perdido, sin gran resistencia embarrancó cerca de Edera, é incendió sus bajeles para que no cayeran en manos del enemigo. Las galeras, que hubieran podido facilitar la formacion de los otros navios, no osaron exponerse dentro del alcance de la artillería inglesa; procuraban todos acercarse á la capitana de Gaztañeta, remolcados por sus botes, por ser muy flojo el viento; propósito tardío; cada uno tuvo que hacer frente á dos, tres, hasta cinco de la escuadra de Byng, hábilmente dirigida.

Omitiendo, por difusa, la relacion de la bizarra tanto como inútil resistencia parcial, he de concretarla al navio *San Felipe el Real*, donde Gaztañeta arbolaba su insignia. Cinco de los enemigos le atacaron, dos de los cuales tuvieron que retirarse á reparar las averías que sufrieron, siendo reemplazados por la division completa de Byng, que á toda costa procuraba la rendicion de la cabeza, y que no fiando todavía en el pronto efecto del hierro, envió sobre la arrogante capitana un brulote, que, por fortuna, pudo desviar. A las dos de la tarde estaba desmantelada, subiendo á 200 los muertos; resistía, no obstante, el equipaje, á imitacion de su General, que, ya que no se acreditára de buen jefe de escuadra, demostró ser valeroso soldado. Desde el principio del combate fue herido por bala de fusil, que le atravesó una pierna, conservándose en su puesto con admirable presencia de ánimo. Una fuerte contusion en el pecho, que le hizo caer sin sentido, á tiempo que caía igualmente el comandante, fué razon para que cesára la efusion de sangre, rindiendo el pabellon honorosamente sostenido.

Atraído por la voz del cañon llegaba entonces, desde el puerto de la Vallette, el general D. Baltasar de Guevara, demasiado tarde para auxiliar á su jefe; á su vista dejaron los britanos á la fragata *Perla*, única que no habían rendido todavía; y sin ser molestado, se retiró entonces á Cerdeña con seis navios y dos fragatas, resto de la armada y expedicion en que se ponian las esperanzas de

la restauracion de España, sin considerar que es cosa fácil, habiendo dinero, fabricar naves; pero que la creacion de hombres que las organicen, las dirijan y de todas ellas hagan el conjunto unido y eficaz que se llama escuadra, exige tiempo, práctica continua y atencion especialísima.

El almirante Byng puso en tierra en Augusta á los prisioneros, excusándose de lo ocurrido por haber sido los españoles los que dispararon el primer cañonazo, en lo cual decia verdad, omitiendo que él se dirigia á abordarlos.

Con la noticia del desastre se agriaron las negociaciones con la Gran Bretaña; nuestro embajador en Lóndres recibió órden de abandonar su puesto, afeando la falta de buena fe de aquel Gobierno. Por su parte, el rey Jorge I culpó al de España de la infraccion de la neutralidad en Italia, y le declaró la guerra; sus escuadras asolaron las costas de Cantabria, incendiando los astilleros, en que se proyectaba construir 50 navios en un año; en Pasages destruyeron seis ya casi concluidos; otros tres en Santoña, con los materiales acopiados para siete más; y en alianza con los franceses, que también se pronunciaron enemigos, siguieron los destrozos en Rivadeo, Pontevedra, Vigo y otros puntos de la costa; de modo que la obra de Gaztañeta quedó totalmente destruida, y los planes de Alberoni, como castillo de naipes, vinieron al suelo de un soplo, siendo él mismo sacrificado por el Rey á las necesidades de la paz.

Cuando Gaztañeta se repuso de las heridas del combate de Sicilia ó de cabo Passaro (que de ambos modos se conoce en la historia, por haberse verificado á vista de la extremidad de la isla que así se nombra), regresó á España y fué empleado en otros mandos y comisiones. En 1726 condujo la escuadra á las Indias occidentales, tocó en Santo Domingo, dejó en la Habana 3.000 hombres, que libraron á la plaza del golpe de mano que á poco intentó el almirante inglés Hossier; siguió á Veracruz, donde embarcó la plata, y usando de su experiencia de piloto, burló los cruceros que le esperaban á la recalada, y desembarcó en Galicia el tesoro, con tanta alegría de la Corte, que le acordó una pension de 1.000 ducados y otra de 1.500 para su hijo. Murió en Madrid, de accidente apoplético, el 8 de Febrero de 1728, estando alojado en las casas de Rivas, y se le enterró en la iglesia inmediata de las monjas de la Concepcion Jerónima.

A más de las obras ya citadas, publicó en 1693 el *Cuadrante geométrico universal para la conversion esférica á lo plano, aplicado al arte de navegar*; está indicada en la *Biblioteca Marítima* de D. M. F. de Navarrete; no así el *Reglamento para organizar la recluta de marinería*, que redactó el año de 1617 en su casa de Motrico, y que puede considerarse como base del sistema de las matrículas de mar.

Facsimile de la firma



JUAN SEBASTIAN DEL CANO,

PRIMER CIRCUMNAVEGANTE.

ENTRADA EN SANLÚCAR. — 6 DE SETIEMBRE DE 1522.

Una hermosa tarde de otoño del año de gracia de 1522 se apiñaba en la playa de Bonanza la poblacion marinera, para ver cómo, impulsada por la brisa, embocaba el Guadalquivir una nao engalanada con banderas y gallardetes. El apóstol Santiago, con el perfil blanco de su corcel, que se destacaba del fondo rojo del paño, bien descubriera que era la nao española, si de más léjos no lo hicieran patente las veneras pintadas en las velas con el piadoso mote :

ESTA ES LA VERA FIGURA
DE NUESTRA BUENA VENTURA.

Pero el ser de Castilla el bajel más avivaba la curiosidad de los que desde tierra lo miraban, porque siendo aquél el puer-

to de donde salian las flotas de Indias, dependientes de la Casa de Contratacion, nadie recordaba la figura de aquella embarcacion, cuyo casco maltratado y aparejo deslucido por injuria de temporales, no dejaban duda de ser largo y trabajoso el viaje que terminaba.

Dos dias despues, el 8 de Setiembre, se agolpaba la gente sevillana con mayor interes, haciendo carrera al extraño cortejo que hacian diez y ocho hombres flacos, descoloridos, derrotados, que con sendas velas de cera en las manos, descalzos los piés y en mangas de camisa, se dirigian en devota procesion desde el muelle al santuario de Nuestra Señora de la Victoria, cumpliendo el voto que habian ofrecido en trances apurados. Circulando con rapidez entre los grupos de los espectadores que aquellos míseros mareantes componian el resto de la armada que tres años ántes habian visto salir al mando de Fernando de Magallanes, contenian dificilmente la impaciencia de saber pormenores de la colosal empresa realizada de la vuelta al orbe, por más que algunos afortunados en comunicar de los primeros con cualquiera de los penitentes, anticipára nuevas que volaban de boca en boca más abultadas en cada trasmision. En las *catorce mil leguas* que habia medido la quilla de la nao *Vitoria* habian visto sus tripulantes gigantes y pigmeos, amazonas, antropófagos, árboles y animales fabulosos, constelaciones sin parecido en las que esmaltan el hemisferio boreal, con otras maravillas que no tenian fin ni cuento en la imaginacion andaluza de los disertantes. Cuando acabó la ceremonia religiosa, se disputaban los primeros señores de la ciudad el placer de albergar en su casa á los nuevos argonautas, sabiéndose entonces todo lo ocurrido en la expedicion más famosa de cuantas registra la historia del mundo.

Juan Sebastian del Cano ó Elcano, caudillo de los pocos que volvieron á la patria, nació en la villa de Guetaria, reinando los Católicos D. Fernando y doña Isabel, sin que hasta ahora se haya averiguado la fecha ni los principios de su vida, aunque sí que tuvo un hermano clérigo beneficiado. Joven aparece en la expedicion del Cardenal Cisneros á Orán, mandando una nao de doscientas toneladas, que debia ser de su propiedad, puesto que habiendo tomado dinero sobre ella en Italia, y no pudiendo devolverlo por falta del abono oportuno del flete (lo que no era raro en la administracion de aquellos tiempos), se decidió á venderla á los acreedores, incurriendo en grave delito, toda vez que una pragmática dada por los Reyes Católicos el año de 1501 prohibia vender navío ni otra embarcacion á los extranjeros, aunque tuviesen carta de naturaleza, bajo severas penas. Tratando de eludir las, se mantendria probablemente fuera del reino hasta el año de 1519, en que consta se habia ayecondado en Sevilla, como centro de la Contratacion de las Indias, y refugio de la gente de mar, bien acogida por los armadores, singularmente por los que hacian asientos para descubrir ó poblar tierras en el continente colombiano.

Por este tiempo ofrecieron sus servicios al Emperador los ilustres portugueses Fernando de Magallanes y Rui Falero, brindándose á señalar un camino para la especiería distinto del que frecuentaban sus compatriotas. La honrosa reputacion que precedia al primero, y el deseo del Monarca de proseguir una empresa en que habian fracasado Solís y otros descubridores españoles, facilitaron los términos en gran manera y vencieron la principal de las dificultades, que era la de allegar los fondos necesarios para preparar una armada de cinco buques. En Sevilla se reunieron y pertrecharon para larga navegacion, prestó pleito homenaje Magallanes, y salió de la barra de Sanlúcar el 27 de Setiembre de 1519.

El que conociendo los riesgos naturales de la navegacion y los elementos que las ciencias y las artes han ido acumulando hasta el dia para construir esos magníficos vasos que surcan el Atlántico, se detiene á considerar lo que eran los bajeles con que se han fijado todos los caminos conocidos, no acierta á comprender que fueran hombres como los de-

mas los que en tan mal seguras tablas ponian la proa á la incierta direccion del deseo, ruta casi cierta del abismo. La comprension resiste muchas veces ciertos hechos, obligando á los ojos á repasar la leyenda que más que de la historia real se antoja ser de la que los griegos escribieron en loor de sus divinidades.

La *Trinidad*, nao capitana de Magallanes, media 132 toneladas; ménos de las que tiene cualquiera de los barcos actualmente destinados al cabotaje; las otras eran menores hasta el límite de 90 toneladas, y entre las cinco, del general al grumete, llevaban 239 individuos. Cano ó Elcano, que de ambas maneras se le llama, tuvo plaza de maestre en la nombrada *Concepcion*, cuyo capitán era Gaspar de Quesada, y piloto Juan Lope de Carvallo.

Llegados sin accidente los bajeles á la costa del Brasil, á fines de Noviembre, descendieron lentamente, reconociendo las abras que se veian en el continente, esperando que cada una de ellas fuera el estrecho que buscaban. Así emplearon hasta el 31 de Marzo de 1520, día en que la armada fondeó en el puerto de San Julian, en la costa patagónica, desesperanzados del término en el momento en que lo tocaban con la mano. Los frios, la escasez de la racion, la esterilidad de la tierra que veian, la monotonía de la vida y el cansancio de seis meses de continuo trabajo, influyeron los ánimos, predisponiéndolos á la nostalgia. Sin la reunion de tantas circunstancias adversas, es consecuencia natural y ordinaria de la prolongada estancia en la mar que se exciten en el hombre las pasiones, y que el aburrimiento y la privacion cambien momentáneamente las condiciones del más sufrido y cachazudo; pero en esta expedicion vino á agravar el caso la procedencia del jefe, que por su altivez humillaba doblemente el orgullo de los castellanos. Habia resistido desde el primer momento la intervencion de sus actos, que las instrucciones del Emperador conferian al Veedor de la Armada; respondia con entereza y desconfianza á la poca confianza de sus subordinados, y se rodeaba de los portugueses que consigo llevaba, sin disimular una preferencia que lastimaba á todos los otros. En esta situacion tirante, una chispa bastaba para producir la explosion contenida, que se verificó en la boca misma del Estrecho. A pretexto de que el General prescindia en absoluto de sus capitanes y no cumplia los mandatos Reales, Cartagena, Quesada y Mendoza, los tres principales, se pusieron de acuerdo para deponerle, y el 1.º de Abril (domingo de Ramos), por la noche, fueron con gente armada á la nao *San Antonio*, que no estaba en el complot, se apoderaron de ella, no sin sangre, y pusieron por su capitán á Cano, presumiendo que, dueños de las tres naves, lo estaban virtualmente de toda la fuerza. Requirieron por tanto á Magallanes á que obedeciera las Reales provisiones con tono hartó altanero; pero no era el jefe hombre que se intimidára fácilmente: diciendo que les oiria, envió con carta para Mendoza á un hombre de su confianza, que le clavó un puñal en la garganta; hizo fuego sobre la *San Antonio*, que se entregó por no estar la gente dispuesta á una rebelion decidida, y con esto acabó el motin. Gaspar de Quesada fué ahorcado, pregonándolo por traidor; Cartagena y un clérigo su amigo, sentenciados á quedar en la inhospitalaria costa patagónica; los demas conjurados, que ascendian á 40, entre los más principales Juan Sebastian, fueron perdonados.

En el puerto de San Julian, teatro de los sucesos, pasó cinco meses Magallanes, fortaleciendo la disciplina y reparando las naos, enviando por delante á la *Santiago*, que naufragó en el rio Santa Cruz, salvándose la tripulacion. Sufrió en la navegacion continuada furiosos temporales, penetrando en el Estrecho con tanta pena, que uno de los pilotos portugueses se determinó á representar que estaba cumplida la mision, y sería conveniente regresar á España para que otra armada mejor dispuesta acabára de pasar al mar del Sur; oido lo cual puso el General pena de la vida al que hablase de viaje, y mandó ir por delante á la nao *San Antonio* para descubrir la salida. Iba en ella Estéban Go-

mez, el que habia aconsejado la vuelta, como medida preventiva, que de nada sirvió; pues la idea de ser el primero en traer la noticia puso espuelas al deseo manifestado, y aprovechando la separacion, de acuerdo con los marineros, que no necesitaban argumentos para secundarle, hirió al capitán Alvaro de Mezquita, y retrocediendo, llegó á Sevilla en Mayo de 1521.

Con esta defeccion quedaba la armada reducida á tres naos, y grandemente irritado su jefe, porque en la *San Antonio* iban casi todos los portugueses que habia embarcado; y el piloto Gomez, que le hacia traicion, era una de las personas en que habia depositado su confianza. Se vió en la necesidad de contemporizar con los castellanos y de pedir consejo acerca de la prosecucion de la campaña, lo que no hubiera hecho á contar con su gente; prevaleció, no obstante, su opinion, porque Andres de San Martin, piloto de la *Vitoria*, dijo en su apoyo que, hecho lo más, no debian dejar de hacer lo ménos; y estimulando con la frase el amor propio de los compañeros, quedó decidida la continuacion del viaje, asegurada el día 27 de Noviembre, en que desembarcaron en el mar del Sur ó Pacífico. Surcando los primeros aquellas aguas, descubrieron un grupo de islas que llamaron de *Los Ladrones* (las Marianas), donde repusieron la aguada, y más adelante otro nombrado por ellos *San Lázaro*, que es parte del archipiélago filipino. La isla de Zebú les sirvió de descanso, recibidos por el rey indígena con aparente amistad y agasajo, que Magallanes quiso asegurar auxiliándole en la guerra que sostenia con otro reyezuelo vecino, y la flecha de un indio salvaje vino á cortar la vida del grande hombre, cuya fama pregonará siempre ese estrecho, que él llamó de *Todos los Santos*.

Eligieron los expedicionarios por general á Duarte Barbosa, portugues, que distaba mucho de las condiciones de su antecesor; contra los reparos que á bordo se le hicieron, aceptó el banquete á que invitaba el rey de Zebú á todos los españoles, cayendo en emboscada, en que fué asesinado con otros veinte y ocho; y como en la refriega de Mactan habian sucumbido ocho más con Magallanes, y salido heridos veinte y siete, quedó muy reducida la Armada, no alcanzando su gente para manejar las tres naos.

Juan Carballo, piloto de la nao *Concepcion*, tambien portugues, en quien recayó el mando, decidió quemar su nao, por ser la más vieja y deteriorada, y embarcar los efectos en las dos que quedaban, en que igualmente se repartieron las 74 personas. Juan Sebastian sufría de una enfermedad que le tenía postrado, por cuya causa no asistió al combate ni al festin.

De Zebú pasaron ambas naos á Borneo, donde, recibidas con mala fe, dejaron otros tres hombres cautivos á vuelta de contestaciones y reyertas con los naturales. Carballo no se mostraba á la altura de su cargo; era general el disgusto que producian sus mandatos arbitrarios y desacertados, dando motivo á que por ellos le hicieran proceso los mismos que habian consentido obedecerle, que le sustituyeron con Gonzalo Gomez de Espinosa, y designando para el mando de la *Vitoria* á Juan Sebastian, determinaron que éstos dos jefes y el maestre Juan de Poncevera constituyeran un consejo, en que se tratasen todos los asuntos de la armada. Con esto se decidió hacer rumbo al Maluco, que ninguno de los portugueses queria oír nombrar siquiera; visitaron las islas de Joló, alcanzando á traves de aventuras y combates con embarcaciones que salian á su paso, las famosas islas de la Especiería, codicia de Europa y motivo de los principales adelantos de la navegacion.

El rey de Tidore conocia las ventajas del comercio con los europeos, y enterado de la procedencia de los recién llegados á su país, y del poder de la Monarquía española, que representaban, les hizo excelente acogida, facilitó el cargamento de clavo y otras especias que solicitaban, y quiso enviar presentes magníficos al Emperador en solicitud de su amistad, para lo cual rogaba á los huéspedes que descansáran en sus Estados, dejándole espacio suficiente

para fabricar telas ricas y joyas que habian de llevar en su nombre. Gomez de Espinosa y Juan Sebastian aprovecharon tan buenas disposiciones para firmar con el rey Almanzor un tratado de amistad y comercio, y hubieran prolongado de buena gana una estancia tan benefica para los enfermos de la armada; mas supieron que, irritado el Rey de Portugal por aquella empresa, en que se habian mezclado sus vasallos, habia enviado bajeles para cortarles el camino, y acordaron que, siguiendo viaje la *Vitoria* al Occidente, en tanto que carenaba la *Trinidad*, marchara ésta por Oriente en busca de la Nueva España, lo cual no llegó á realizar.

Hé aquí el momento en que el maestro que fué de la nao *Concepcion* vino á recoger la autoridad heredada del insigne Magallanes y el cargo responsable de las reliquias de la expedicion con tanto entusiasmo preparada. Los mares que tenia que surcar no eran de los velados por el misterio; tiempo hacia que los portugueses habian encontrado su camino; pero éstos lo guardaban como enemigos, y un cascajo viejo y averiado, cuyo velamen orientaban con trabajo brazos enfermos, teniendo que arrostrar los temerosos aproches del *Cabo de las Tormentas* y el crucero de los enconados discípulos de Vasco de Gama, no era instrumento para manos inhábiles. Tanto vislumbraban los mareantes de la *Vitoria* la grandeza de la resolucion á que se entregaban, que hicieron á la Virgen de aquella advocacion y á la de *la Guia* el voto solemne de la peregrinacion á sus santuarios, acordando otro de completa confianza á la inteligencia y corazon del hombre de mar que habia de dirigirlos.

Con lágrimas y cañonazos se separaron los compañeros de penalidades, dando al viento sus velas la *Vitoria* el 21 de Diciembre de 1521. Fuerza es abreviar el relato, omitiendo la homérica resistencia al viento, á la mar, al hambre, de aquellos hombres de hierro; cada semana cesaba de sufrir alguno de ellos, bajando al fondo del mar envuelto en el sudario, y en las islas del Cabo Verde, donde pensaron hallar refrescos, ocultando la procedencia, fueron detenidos doce hombres que bajaron á tierra en el batel, teniendo que escapar á toda vela la nao, para resistir todavía la contrariedad de los tiempos, y para trabajar con las bombas en mantener á flote las tablas, que pugnaban por desahuirse. El 6 de Setiembre de 1522, á los tres años ménos catorce dias de la salida de aquel puerto, entraban, dicho queda, por la barra de Sanlúcar, dando al olvido todas las penalidades, con la compensacion de pisar la tierra patria, cuyo amor sólo saben apreciar los que la han llegado á considerar perdida.

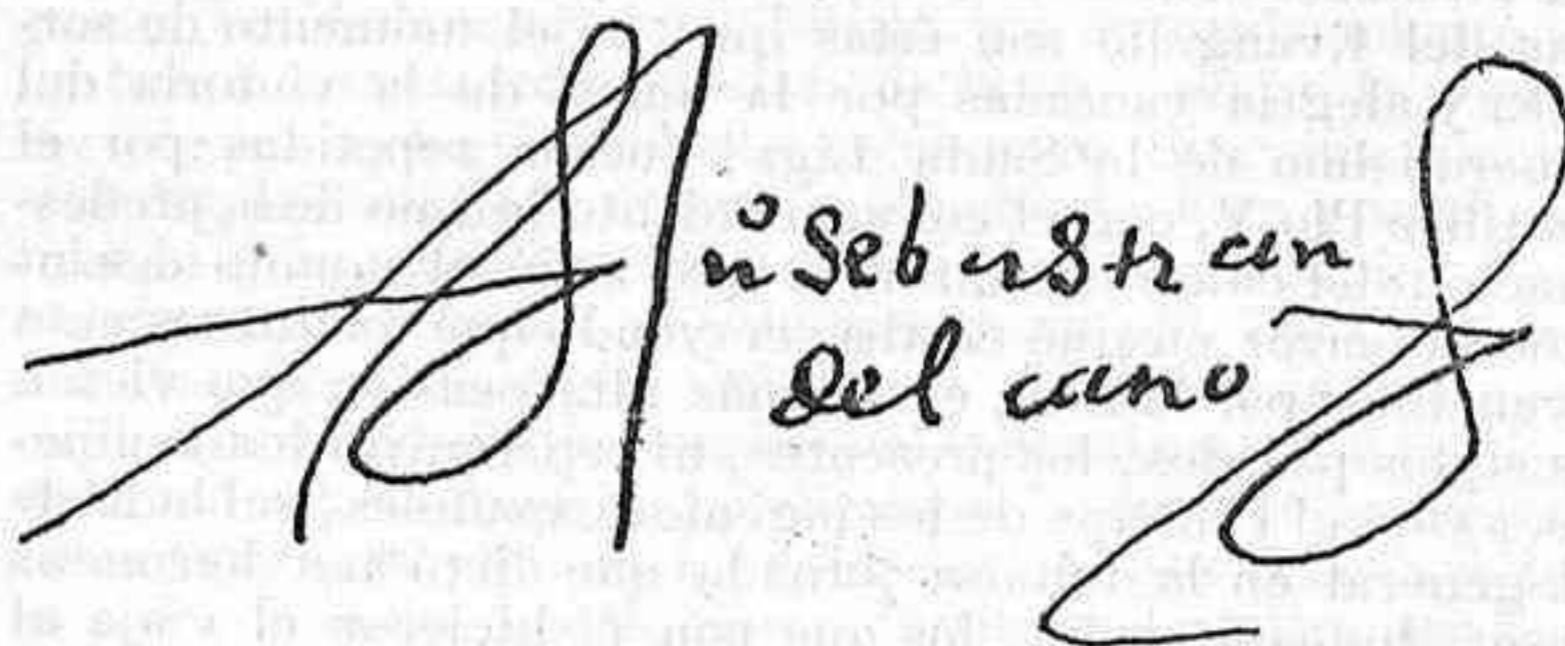
El César, que residia por entónces en Valladolid, mandó que Juan Sebastian, con dos compañeros de su eleccion, pasara á la córte á darle noticia al pormenor del viaje, encargando que de su cuenta se les proveyese de vestidos y cuanto hubieran menester; le felicitó cordialmente por ser el primer hombre que habia rodeado el globo terrestre, y á fin de que nunca se borrara la memoria de suceso tan grande en los fastos geográficos, dióle escudo de armas, cuyo yelmo tenia por cimera el mundo, con el hermoso y oportuno lema: PRIMUS ME CIRCUMDEDISTI, con otras mercedes, no muchas ni tan señaladas, empero, como á juicio de la opinion pública merecia, pues se cuenta que, habiendo pasado á Italia con uno de los tripulantes de la *Vitoria*, salia la gente á su encuentro para mirarle como á cosa fenomenal. Una de las concesiones otorgadas por el Emperador fué la de poder llevar armas ofensivas y defensivas, él y dos hombres que fueran en su compañía, en razon á que habia personas que le querian mal, y recelaba que le heririan, matarian, lisiarian ó harian otro mal, daño ó desaguisado, de donde, con fundamento, se ha supuesto que los celos, la envidia ú otra mala pasion amargaron su vida, siempre amenazada. La suerte me ha deparado la lectura de otras Reales cédulas, una de ellas expedida por el mis-

mo Emperador, el año de 1562, á favor de D. Miguel de Oquendo, general que fué de la Armada, en que se repiten idénticas palabras, y esta circunstancia me inclina á creer que fueran de fórmula de Cancillería, para justificar concesion que constituia privilegio, sin que en realidad existieran asechanzas ni temores por la seguridad de la persona del circunnavegante.

Más adelante, sin cumplir tres años de reposo, se ofreció perspectiva más de su gusto con la preparacion de nuevas Armadas con que el Emperador trataba de tomar asiento en las Molucas, á pesar de las reclamaciones del embajador de Portugal. En la Coruña se disponia una de siete naves, que al mando del Comendador don García Lope de Loaisa habia de ir por el mismo camino que la de Magallanes; ninguno como Juan Sebastian reunia á la aptitud la práctica de derrotero del Estrecho, primera precaucion y aún garantía de la expedicion, y por natural resolucion fué nombrado capitán de la nao *Sancti Spiritus*, con los cargos de piloto mayor y segundo jefe de la Armada. Los bajeles eran mayores y más fuertes que los de la anterior; reunian 450 hombres de tripulacion, entre los cuales iban no pocos hombres de distincion ganosos de honra; los víveres, pertrechos y recursos correspondian á más altos empeños, como las esperanzas puestas en el logro, que hacian risueña la partida el 24 de Julio de 1525; pero los humanos propósitos se estrellan allí donde ménos se presume. Jamas expedicion tan desdichada salió de las costas ibéricas, tan pródiga de hierro y de madera para dar carga al Océano, y de la vida de sus hijos, empleada en rasgar el velo de sus secretos. Antes de hallar la entrada del Estrecho, separó á las naos un terrible temporal que algunas corrieron hácia el Sur, viendo un promontorio que pareció á los marineros *el acabamiento de la tierra*, y era ciertamente la extremidad de la Tierra del Fuego ó Cabo de Hornos; otras vararon en la costa y arrojaron al agua la artillería con otros objetos, tocando peor suerte á la de nuestro piloto mayor, que se estrelló en las piedras, ahogándose nueve hombres. Juan Sebastian se trasladó á la *Anunciada*, esperando dentro del Estrecho, donde nuevos desastres le esperaban. Desertaron dos naos, que perecieron; sufrieron las otras repetidos tiempos, que las diseminaron otra vez en el mal llamado mar Pacífico, y hallándose sola la capitana, con los dos jefes á bordo, inundada de agua, acortada la racion, la gente enferma y trabajada, llegó su hora al Comendador Loaisa, acongojado por tantas desdichas. Su muerte fué muy sentida, porque habia sabido captarse las voluntades de todos, y abriendo los pliegos reservados del Emperador, escritos para este caso, se vió que nombraba por sucesor en el mando á Juan Sebastian del Cano; á un cadáver más bien, que sólo cuatro dias tardó en seguirle á otro mundo, habiéndose dispuesto á ello como permitian las circunstancias, redactando su disposicion testamentaria.

El 4 de Agosto de 1526 se agrupaban los marineros en la borda, la gorra en la mano, húmedos los ojos; se oyó el ruido de un cuerpo arrojado al agua; despues, el murmullo de un *Pater noster*; eran los funerales del primer circunnavegante.

Facsimile de la firma.



Juan Sebastian del Cano



DON JUAN DE AUSTRIA,

CAPITAN GENERAL.

BATALLA DE LEPANTO. — 7 DE OCTUBRE DE 1579.

Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes. Palabras del Evangelio son éstas que, en el momento de sorpresa y alegría causadas por la nueva de la victoria del Generalísimo de la Santa Liga, fueron repetidas por el Pontífice Pío V, con el convencimiento íntimo de la predestinación del caudillo venturoso que «dió al mundo desengaño del error en que estaba, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.» Con el Príncipe de los ingenios españoles, soldado de tal general en la famosa jornada que dictó tan hermosas frases, todos á porfía, los que con él hicieron el viaje al Parnaso, forjaron otras, dignas del objeto y de la persona

simpática y querida, que, sin mancha ni sombra, resplandecerá perpétuamente en nuestra historia. La bibliografía de Don Juan de Austria ocuparía más espacio del que á sus empresas marítimas concede el limitado espacio de esta reseña colectiva; pero tampoco fuera necesario más, si yo supiera aprovecharlo, para traer á la memoria lo que todos saben.

No es tan evidente el origen ó nacimiento del Príncipe, que se ha dicho ocurrió en Ratisbona el año de 1546, siendo su madre una doncella de condición oscura, llamada Bárbara Blomberg. Hay motivos para sospechar que esta dama hizo el sacrificio de su reputación á otra de más alto rango con quien el Emperador, después de viudo, tenía relaciones amorosas. Ello es que, retirado el César en el monasterio de Yuste, fué llevado allí con misterio un niño que apadrinaba su mayordomo D. Luis Quijada, y que en calidad de paje entretenía la vida sosegada de D. Carlos. Eficacisimamente lo recomendó en el testamento al rey Felipe II, que le dispensó un afecto excepcional en su carácter, sin descubrir por entonces su régia estirpe: hasta el año de 1559, en que regresó á España, había continuado el niño bajo la tutela de Quijada, y al presentarlo al Rey en el monasterio de la Espina, como le hiciera el acatamiento de vasallo, le levantó con bondad, ciñóle por su mano la espada, y poniendo en su cuello el Toison de Oro, le dijo: «Buen ánimo, niño mio, que sois hijo de un nobilísimo varon. El emperador Carlos V, que en el cielo está, es mi padre y el vuestro.»

Desde el momento fué instalado en la corte y familia del Rey, con casa y estado propios, y recibió los honores y distinciones con el nombre de D. Juan de Austria, como descendiente de la familia imperial de Hapsburgo. Su padre pensó dedicarlo á la Iglesia, y respetando las indicaciones que sobre el particular hizo al Rey, cuidó éste de completar la educación literaria que se había empezado en Alemania; pero el Príncipe se mostró decididamente inclinado á las armas, sobresaliendo por su destreza en todos los ejercicios que en aquella época se consideraban indispensables para desempeñarla dignamente. Era galán, bizarro, apuesto en su persona, y el primero en las justas y fiestas de la juventud, mostrando el espíritu caballeresco, reflejo del de su padre, al extremo de salir secretamente de la corte, camino de Barcelona en 1565, con la idea de acudir en auxilio de los caballeros de Malta, sitiados por los turcos. Don Felipe II contuvo su ardor, sin contrariar las disposiciones belicosas que se iban manifestando; ántes se propuso abrirles campo y utilizarlas en provecho de la monarquía, depositando en la persona de su hermano una confianza merecida por la cordura de su proceder, hartamente difícil en el trato con el príncipe D. Carlos. La ocasión de empezar sus servicios se presentó con los achaques del veterano D. García de Toledo, que le obligaban á declinar los cargos de Virrey de Sicilia y de Capitán general de la mar, y para este último se extendió título al Príncipe con fecha 1.^o de Enero de 1568, diciendo entre otras cosas: «Siendo este cargo de la calidad, confianza y importancia que es, habemos determinado y acordado de elegir y nombrar á vos el ilustrísimo señor don Juan de Austria, nuestro muy caro y muy amado hermano, por nuestro Capitán general del mar Mediterráneo y Adriático, así de las galeras nuestras que al presente están armadas y se armaren adelante, como de las sesenta que se arman y han de armar con el subsidio eclesiástico, y de otros cualesquier navíos de alto bordo, fustas, galeotas y bergantines que mandásemos hacer y juntar por mar con las dichas galeras ó parte dellas, para cualquier empresa y ocasión que se ofrezca; siendo como somos cierto que, por ser como sois, á Nos tan junto en sangre y amor, por el crédito y satisfacción que tenemos del ánimo, valor, y otras muchas y singulares virtudes que en vuestra persona concurren, correspondiendo á quien vos sois y conforme al gran celo que habeis siempre tenido y mostrado á las cosas de nuestro servicio, nos serviréis en el dicho

cargo con el amor y fidelidad y diligencia que negocio de tanta importancia requiere.»

Por lugarteniente general se nombró á D. Luis de Requesens, Comendador mayor de Castilla, hombre de experiencia y de valor; por jefes y capitanes, los más acreditados de la Armada; y por consejero, al citado D. García de Toledo, cuya mala salud no le consintió embarcarse, pero que sostuvo constante correspondencia con el Príncipe, informándole de todos los asuntos graves de organizacion, armamento y expediciones. En Junio del año mismo del nombramiento salió D. Juan á campaña, y se ejerció por ocho meses en cruceros contra turcos y berberiscos, teniendo varios combates parciales y haciendo presas que estimularon más su aficion, si bien fué distraida de momento por sucesos que le llevaron á otro teatro de operaciones. Los moriscos de Granada habian levantado el estandarte de la rebelion, empeñándose una guerra de espantosa ferocidad, en que se gastó el prestigio de varios caudillos designados por el Rey para dirigir sus tropas. Don Juan de Austria, que á la sazón contaba veinticuatro años de edad, fué puesto á la cabeza del ejército el año de 1569, y tuvo la gloria de extinguir el fuego de aquella lucha, no sin algun contratiempo, y lamentando la muerte del anciano Quijada, á quien amaba como segundo padre; pero adquiriendo con la práctica la seguridad de la decision en el mando y acreditando condiciones de capitán.

En tanto que aseguraba los beneficios de la paz en la Alpujarra, se alzaba sobre el horizonte político una tempestad amenazadora para los príncipes cristianos. Habian llegado los turcos al apogeo de su grandeza con las victorias del famoso Soliman, que sojuzgaron los países más fértiles de Europa y Asia. Egipto acababa de sucumbir tambien, y Selim II, sucesor de Soliman, se proponia ensanchar más sus considerables dominios á favor de la poderosa armada con que señoreaba el Mediterráneo, empezando por la isla de Chipre, que poseian los venecianos. En tan grave apuro para la cristiandad, el Papa Pío V dejó oír su voz, convocando á todos los que podian concurrir á levantar un dique contra los sectarios de Mahoma, formando liga defensiva, sin que su persuasiva palabra, más que la inminencia del peligro, fuera bastante á distraer rivalidades y pretensiones que separaban á los Estados europeos. La república de Venecia, como más inmediatamente amagada, y España, cuyo Rey blasonaba de campeón de la fe, fueron las únicas que acudieron al llamamiento, estimulada la primera con la noticia de la toma de Miosia, capital de la isla de Chipre, por los turcos, con todos los horrores del asalto. A España, que aprontaba el núcleo de las fuerzas navales, tocaba nombrar el jefe, y tan insigne honra cupo á D. Juan de Austria. Mientras los plenipotenciarios estipulaban las condiciones de la Liga, la duracion y objeto del tratado, distribucion de gastos, contingente de bajeles y soldados, convenio que se ultimó en Mayo de 1570, se habia construido en Barcelona la galera Real destinada al Generalísimo, y llevando el casco á Sevilla, las Bellas Artes asociadas se ocupaban en la decoracion y adorno del bajel, que el Rey queria fuese una maravilla naval. Pintores, escultores, arquitectos, doradores, imagineros, daban sér á los planes ideados por los filósofos y poetas de más nombre, á fin de que todo en el hermoso bajel fuera simbólico é instructivo, ofreciendo á la imaginacion, no ménos que á los sentidos, asunto de meditacion y de enseñanza. Juan Bautista Castillo, *El Bergamasco*; Juan Vazquez, Benvenuto Tortello, Fernando de Herrera, contribuyeron, con otros artistas, á embellecer una obra para cuya descripcion escribió un libro Juan de Mallara; el rey Felipe II la visitó en la Pascua del mismo año de 1570, manifestándose satisfecho de lo que iba ordenado, tanto como de la actividad con que se ejecutaban las obras.

El 6 de Junio, recibidas las últimas instrucciones de su hermano, partió de Madrid D. Juan de Austria; y hecha peregrinacion á Monserrat, se embarcó en Barcelona, sa-

liendo del puerto con 30 galeras, y tocando en Génova, Nápoles y Mesina, puntos en que fué recibido con gran fiesta y agasajos. En la segunda capital, por embajada de Su Santidad, recibió una espada, el baston de mando y el estandarte de la Liga, de damasco azul con un crucifijo á cuyo pié estaban las armas pontificias, con las de España á la derecha y las de Venecia á la izquierda ligadas por una cadena, de la que estaban suspendidas las de D. Juan de Austria. En Mesina se fueron agregando á la armada las escuadras de los distintos dominios de España, las de Venecia, que por su organizacion y armamento dejaban bastante que desear, siendo necesario completar la guarnicion con soldados españoles, y las del Papa; sumando más de 300 bajeles, con 80.000 hombres, sobresaliendo seis galeazas, cada una de las cuales montaba 40 cañones, embarcaciones de nueva invencion, que iban á probar sus condiciones para la guerra. En el Consejo de los jefes hubo disparidad de opiniones acerca del plan de operaciones que debiera seguirse: la del caudillo, que prevaleció por deferencia, fué buscar al enemigo donde se hallase y presentarle batalla de poder á poder, con el doble motivo de saberse la capitulacion de Famagusta, segunda ciudad de Chipre, en la que los turcos habian excedido la costumbre de sus crueldades, desollando vivo al veneciano Bragadino, heroico defensor de la plaza.

El domingo 7 de Octubre de 1571, dia famoso en los anales de la humanidad, acercándose la armada de la liga á la boca del golfo de Lepanto, sitio inmediato al que presenció la batalla de *Accium*, se descubrió la de los enemigos, que avanzaba con lentitud. Iba la primera en tres divisiones: la derecha, al mando de Juan Andres Doria; la izquierda al del almirante veneciano Barbarigo, ocupando el centro D. Juan, sostenido por Colonna y Veniero, capitanes generales del Papa y de venecianos, y cerrando la retaguardia el Marqués de Santa Cruz, á cuya sangre fria se habia confiado la division de reserva, con orden de acudir á donde lo creyera necesario. Presentaban las galeras un frente de tres millas, y llevaban á los flancos las potentes galeazas. Los mahometanos se adelantaban en forma de media luna, arbolando la insignia en el centro Ali Bajá: dirigia la derecha Mahomed Siroco, virey de Egipto; la izquierda, el argelino Uluc Ali, y contra lo que se esperaba, reunian fuerzas superiores á las de los aliados, pasando de doscientas cincuenta las galeras grandes, sin las otras embarcaciones, con un contingente de ciento veinte mil hombres. El Príncipe se metió en un esquife y recorrió la línea animando á los soldados y saludando afectuosamente á los jefes: mandó despues tocar las trompetas á batalla, y cuando sonó el primer cañonazo de los turcos, tomando un crucifijo en la mano, se arrodilló con toda su gente, rindiendo las armas en tanto que un sacerdote revestido pronunciaba la absolucion, cuadro solemne é imponente, iluminado por el sol de mediodia. Distinguiéndose la galera Real de Ali por las banderas que traia, á ella dirigió la proa D. Juan, recibiendo la descarga de su artilleria algo léjos, y sin más pérdida que algunos remeros; contestó casi en el momento de embestir con el espolón, y estando cargados los cañones con metralla y trozos de cadenas, hizo un estrago horrible en los turcos. Siete galeras apoyaban la de Ali, que, con las que seguian al Generalísimo, formaron un grupo compacto, batiéndose al arma blanca con encarnizamiento, ya en la cubierta de una, ya en la de la otra, segun la alternativa de las acometidas. Hubo arcabucero, dice una relacion, que disparó cuarenta veces, y al cabo de hora y media estaba la pelea como en un principio, rechazados dos veces los españoles y herido el Príncipe en un pié. Por fin, dando las trompetas la señal del tercer abordaje, en el empuje cayó muerto Ali Bajá, con lo cual desmayaron los suyos, y derribadas las banderas, se enarboló la cruz en la capitana turca, gritando victoria los soldados. El humo de la pólvora no consentia ver lo que ocurría en las alas, donde se combatía con el mismo ardor; mas lo veía muy bien el

Marqués de Santa Cruz, y cayendo con todo el peso de su escuadra de reserva, inclinaba la balanza allí donde los mahometanos se creían vencedores. Puestos en fuga, obedeciendo las órdenes de Uluc Alí, fueron perseguidos y acosados.

Jamas lograron en la mar victoria tan decisiva y brillante las armas de la cristiandad. Los musulmanes perdieron treinta mil hombres entre muertos y prisioneros, y ciento treinta galeras, apresadas y repartidas entre los vencedores, sin las que se fueron á pique, con riquísimo botín de oro y joyas, y la libertad de doce mil cautivos que andaban al remo. Las pérdidas de la liga fueron comparativamente pequeñas, no llegando á ocho mil los muertos, de ellos dos mil españoles, ochocientos romanos y el resto venecianos.

La entrada de la Armada en Mesina llevando á remolque las presas, con la popa por delante por escarnio, y las banderas de la media luna arrastrando por el agua; el estruendo de la artillería, la voz de las trompetas y el clamoreo del pueblo que cubría los muelles, hicieron escena que no se describe. La ciudad decidió erigir una estatua de bronce al Príncipe, y le ofreció un presente de treinta mil coronas, que aceptó con gratitud, destinándolas, lo mismo que la parte que le correspondió del botín, para alivio y socorro de los heridos. No fué menor el entusiasmo en España y en los pueblos coligados al recibir la noticia y los trofeos: celebráronse fiestas brillantes, y el Senado de Venecia decretó que siempre lo fuera nacional el 7 de Octubre. Don Juan recibió felicitaciones de todas partes, siendo la de su hermano el Rey expresiva y cariñosa.

A estar en manos del caudillo de la liga la prosecucion de las hostilidades, las hubiera llevado bajo los muros de Constantinopla y hubiera sido mucho más grande el fruto conseguido; mas los coligados, á quienes lo propuso, hallaron excusa en lo avanzado de la estacion, y con otras nuevas se dejó pasar la del año siguiente sin operacion de importancia. Los turcos respiraron y pudieron rehacer su armada, aunque, más cauta, rehusó la nueva batalla presentada por D. Juan ante Navarino. La muerte del Pontífice, alma de la liga, debilitó los lazos, que no tardaron en romper los venecianos, firmando aisladamente la paz con el Gran Señor.

Dueño de elegir por sí la línea de conducta sucesiva, resolvió el Rey enviar una expedicion á las costas de Berbería, tomando por base de operaciones el fuerte de la Goleta, que se conservaba en nuestro poder. En 1.º de Octubre de 1573 salió de Sicilia D. Juan con ciento cuatro galeras y veinte mil hombres de desembarco, que puso en tierra con felicidad, marchando con gran orden sobre Túnez, que se entregó sin resistencia, alcanzándose en tan breve campaña ciento cincuenta piezas de artillería, municiones y grandes acopios de trigo y mercancías. La plaza inmediata de Biserta, nido ordinario de piratas, sufrió la misma suerte, con lo cual dió el Príncipe la vuelta á Sicilia y se dispuso para emprenderla á España.

Historiadores de peso han dicho que el Rey recomendó á su hermano que arrasara el fuerte de la Goleta y los muros de Túnez, y que, léjos de ello, restauró con gran

costo todas sus defensas, acariciando la idea, que apoyaban el Papa y algunas otras personas, de formarse un reino independiente: lo primero es de todo punto inexacto, constando en la correspondencia del Rey con D. García de Toledo y con su hermano las dudas que se ofrecían acerca de lo más conveniente; respecto á lo segundo, publicó el Sr. D. Adolfo de Castro, precisamente en el ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION del año anterior, comentarios de otros documentos que desacreditan también esa especie, y que en abono de las buenas luces de D. Juan de Austria, dicen que su ambicion se encaminaba á merecer la confianza, tanto como el cariño de su hermano. Hubo ciertamente quien sembró desconfianzas para impedirlo; mas de todos modos, llegado á España le recibió el Rey con todas las demostraciones de fraternidad, con todo el agasajo y distincion que sus grandes servicios merecian, y nada prueba mejor la sinceridad de estos sentimientos que la nueva comision á Italia del Príncipe en 1575, con el título de lugarteniente del Rey y con poderes iguales á los que tuvo el Duque de Alba. Con el mismo cariño le recibió otra vez en el Escorial el año siguiente al enviarlo á los Países-Bajos, escuela de la guerra y de la política, de la diplomacia y de las intrigas.

Don Juan no se separó de sus marinos sin dejarles memoria de la estimacion en que tenía á los que habian compartido sus laureles. En el Puerto de Santa María, invernadero de las galeras de España, fundó un hospital para las tripulaciones, con templo anexo, que, por su mediacion é influencia, tuvo de Su Santidad los mismos privilegios que la basilica de San Juan de Letran. Allí depositó el Príncipe los ornamentos y vasos sagrados que llevaba su galera Real, y la sagrada imágen de la Virgen, que desde la batalla de Lepanto, á cuyo fuego estuvo expuesta, se nombró *Nuestra Señora de la Victoria* (1).

Breve fué la campaña de Flándes para D. Juan: sin citar más que la toma por asalto de la plaza de Namur y la batalla decisiva que ganó en las llanuras de Gemblous, acabó su vida á la edad de treinta y dos años, llorado por el ejército, que idolatraba sus bellas prendas. Sobre la muerte circularon, también sin fundamento, siniestras noticias; pero lo cierto es que, atacado de tabardillo en el sitio de Bouges, cerca de Namur, sin comodidad ni descanso para pensar en la curacion, sucumbió en medio de su ejército el 1.º de Octubre de 1578, á los diez y seis dias de enfermedad. Los últimos momentos fueron pasados en más estrechez de la que tuviera á bordo: en un palomar que el acaso ofreció á la vista, y que se limpió precipitadamente para poner la cama. El entierro que se le hizo fué pasearle por todo el ejército en hombros de los maestros de campo, arrastrando los soldados picas y banderas negras, y embalsamado, se depositó en Namur hasta que pudo traerse al Escorial.

Corta fué su vida, pero bien aprovechada, ya que conquistó el aprecio de sus iguales, el amor de sus inferiores, el concepto de gran capitán y la simpatía de todos los españoles.

(1) Hoy se halla en la capilla del Panteon de Marinos ilustres.

Fuacsimile de la firma.



DON JOSÉ DE MAZARREDO,

TENIENTE GENERAL.

SALVAMENTO DE LA ESCUADRA.

1.º DE NOVIEMBRE DE 1780.

Pródiga como es de sus dones la Naturaleza, suele repartirlos con cuenta y orden que obedecen al grandioso sistema de su armonía; y así como el trigo no espiga allí donde se desarrollan el plátano y la ceiba, ni la sombra del roble cobija al cafeto, así tampoco se ven ordinariamente juntas en el hombre la hermosura y la agudeza, la energía y el saber, el talento y la diligencia, hallándose distribuidas y combinadas las buenas con las malas condiciones en el orden moral y en el físico, por el soplo creador que puso espinas en la rosa y privó de aroma á la camelia. Por excepción de esta regla general se producen fenómenos que en la sociedad humana constituyen dos escalas extremas, según el predominio de las actitudes, de las pasiones y también

de las circunstancias del individuo que se halla fuera de la esfera normal.

En D. José de Mazarredo, nacido en Bilbao el 5 de Marzo de 1745, de distinguida familia, se notan particularidades tales, que es forzoso reconocer en él una de esas rarezas moldeadas para influir en la época de su aparición y para dejar huella en las sucesivas. Alta estatura, constitución robusta, gran fuerza muscular, que convenia con la energía del carácter, se conciliaban con una movilidad perpétua y con el afán incansable del trabajo, ya en las más altas concepciones del cálculo, ya en las enojosas prácticas de arreglo y organización, ó bien en las fatigas del servicio de mar. De índole sociable, de modales distinguidos, en el trato comun era decididor y propenso á colocar un chiste con oportunidad, aunque el hábito del mando daba á su fisonomía aspecto grave é imponente. Poseía conocimientos generales, que le permitieron desempeñar difíciles misiones diplomáticas y alternar ventajosamente con los hombres de Estado y los jefes de las escuadras de otras naciones, y abarcando las numerosas ramas que constituyen el saber en la marina, dominó las Matemáticas, la Astronomía, la táctica, la construcción naval, la legislación, la higiene y el arte, que pocos alcanzan, de conciliar con la severidad de la disciplina el bienestar y contento de los subordinados. Dice, con razón, un biógrafo que su vida resume la historia de la Armada en el tiempo que duró su carrera, con lo cual se evidencia la imposibilidad de trazar con breves líneas más que aquellos sucesos que por notoriedad despertaron la atención pública.

El primero ocurrió siendo guardia marina en edad de diez y seis años, á consecuencia de naufragio del buque en que navegaba: contra el sentir de hombres prácticos y encanecidos, se embarcó de noche y con furioso temporal en un botecillo, y desmintió la creencia de que habia de perder la vida, salvando la de 300 hombres que componian la tripulación, hermoso ensayo de su genio marineró, que sirvió de cimiento á la reputación que habia de lograr.

En viaje á Filipinas y por noticia que habia visto en periódicos ingleses de haberse publicado tablas para la determinación de la longitud por distancias lunares, se echó á discurrir sobre la resolución de este problema, y de una manera complicada para suplir dichas tablas, lo consiguió, haciendo uso frecuente de su método para corregir la estimación, único medio de que disponian por entonces los navegantes. El cálculo que concibió era tan prolijo, que se necesitaban cuarenta y ocho horas para concluirlo, á pesar de lo cual lo repitió durante el viaje, convenciendo de la exactitud las recaladas al Cabo de Buena Esperanza y al estrecho de Sonda. Se le ha disputado la originalidad de la invención, observando que ya en 1752 habia tratado el abate Lacaille de la posibilidad de determinar la longitud por las distancias lunares, siendo suya la idea que habian aplicado los ingleses en 1767, y que en Madrid mismo se imprimió un libro de D. José Ignacio Porras, titulado: *Régimen de hallar la longitud en la mar*. Lo primero es exacto, pero no amengua el mérito de Mazarredo que no tenia noticia del método; en cuanto al libro de Porras, sin más que copiar todo el título se advierte que trata de la longitud por los rumbos y variación de la aguja. El asunto no es de gran importancia, ya que de todos modos atestigua ingenio, perseverancia y competencia en la observación y el cálculo generales, demostrados con más elocuencia en la situación de la isla Trinidad del Brasil y en otras muchas que se le deben, y posteriormente en la dirección de la enseñanza de guardias marinas, y trabajos del Observatorio que montó en Cartagena.

Poseyó uno de los primeros cronómetros de bolsillo que se construyeron en Londres, y disfrutó también las primicias de los sextantes de reflexión, en los cuales, y esto sin disputa, inventó el aparato que da al anteojo movimiento paralelo al plano del instrumento, adoptándolo inmediatamente los instrumentarios de Londres Juan Bird y Maga-

llanes, con los que estaba en correspondencia. Cronómetro y sextante le acompañaban, no sólo por mar, sino también en los viajes por tierra, y á pesar de la molestia de los vehículos en que éstos se hacían por entonces, vencida por sus aficiones, fué determinando en sucesivas excursiones, cuando se trasladaba de uno á otro departamento, las situaciones geográficas de Alcalá de Henáres, Roncesvalles, Irun, Vergara, Pasages, Bilbao, Limpías, Colindres, Pamplona, donde observó el eclipse de sol de 1806; varios pueblos en las carreteras de Murcia á Ferrol, de Madrid á Bilbao por Somosierra y de Madrid á Cádiz, sin contar con los que con mayor precision fijó, así en las costas de la Península como en las de Berbería, que sirvieron más adelante de base á los trabajos de D. Vicente Tofiño. El que de esta manera utilizaba el descanso de las posadas en los trayectos no perdía, como es de adivinar, momento para la instrucción teórico-práctica de los jóvenes puestos á su cuidado. Para ellos escribió expresamente un tratado de navegación y la colección de tablas más necesarias para los cálculos á bordo.

Siendo mayor general de la escuadra que mandaba don Miguel Gaston en 1779, escribió y ensayó los *Rudimentos de Táctica* y las *Instrucciones y señales*, y siguió aplicándolas en la de D. Luis de Córdoba, cuya organización le era debida, como también el apresamiento del gran convoy inglés que hizo el 9 de Agosto de 1780 en el Canal de la Mancha, y la salvación de la escuadra combinada franco-española en la noche del 31 de Agosto del año siguiente; pues hallándose cerca de las Sorlingas con gran temporal, hizo el almirante francés señal de riesgo en la derrota, mandando variarla, lo que resistió Mazarredo por la confianza que tenía en sus personales observaciones astronómicas, obstinándose en seguir el rumbo á que navegaban, que era el acertado, como el tiempo comprobó; y dícese que reconocido su error, el Conde de Guichen que mandaba las fuerzas francesas, dijo con ingenuidad digna de aplauso: «Yo iba á perder una armada que Mazarredo salvó.»

No fué esta sola la ocasión en que, haciendo alarde de los conocimientos astronómicos poco generalizados, por desdenarlos los marinos como cosa que incumbía al Cuerpo de pilotos, ofreció demostraciones de su incuestionable utilidad, y dió golpe fatal á las preocupaciones de la rutina. En 1.º de Noviembre de 1780 se hubieran perdido con toda certeza las escuadras española, de 28 navíos y 4 fragatas; francesa, de 38 navíos y 20 fragatas, y el rico convoy de 130 buques que escoltaban, si el mayor general Mazarredo, según consta oficialmente, no las hubiera sacado de la peligrosa situación en que las puso la orden impremeditada de salida que dió el Conde de Estaing. Regresando á España en el invierno de 1782 con otra escuadra de 40 navíos y 7 fragatas, que había operado en América, pudo por su cronómetro desmentir la situación de estima muy errónea de los pilotos y recalcar con toda precision sobre Cádiz. Lo mismo ocurrió dirigiendo la derrota de la escuadra combinada el mismo año hácia el canal de la Mancha. Con tiempo cerrado, se consideraban los pilotos españoles y franceses á 120 leguas del cabo Finisterre, al paso que Mazarredo afirmaba que habían de verlo al amanecer del día siguiente. Cumplida la predicción, que en el día puede hacer cualquiera con los elementos que han adelantado el arte de navegar, causó general asombro, y fué motivo para enaltecer su consumada inteligencia, singular en el acierto y en la seguridad de sus cálculos y observaciones.

En la época de sus servicios como jefe subordinado, se distinguió en otro terreno en el bloqueo de Gibraltar, ataque de las *flotantes* y combate con la escuadra inglesa del almirante Howe, y más aún en la desdichada jornada de Argel, en la que, según se dice en otro de los presentes bosquejos biográficos, el orden ejemplar en que tenía las tripulaciones, y la dirección que dió al precipitado embarque del ejército bajo el fuego enemigo, evitó un sangriento descalabro, logrando por encima llevar á la escuadra cerca de tres mil heridos y todo el tren de artillería.

Premió el Rey tan buenos y continuados servicios ascendiendo á Mazarredo á Jefe de escuadra á tiempo que la paz de 1783 los hacía ménos necesarios, con lo que, enemigo cual era del reposo, volvió á ocuparse de los libros y de la dirección de las compañías de guardias marinas; trazó un plan de estudios superiores para que los oficiales más dispuestos ó aficionados ampliasen el curso elemental y adquiriesen los conocimientos más elevados de la ciencia, y al propio tiempo se dió el exámen de los sistemas de construcción naval, cuyas respectivas ventajas se discutían; hizo en la mar repetidas pruebas comparativas, y redactó el *Informe sobre construcción de navíos y fragatas*, que se ha conservado inédito.

En 1785 se le encargó la primera misión diplomática encaminada á negociar la paz con la Regencia de Argel, que se llevó á término, y en la confianza de que para todo servía, al regreso se le llamó á Madrid para redactar las Ordenanzas generales de la Armada, obra interrumpida por la guerra con la Gran Bretaña, para la cual, ya en categoría de teniente general, embarcó en 1789 en la escuadra del Marqués del Socorro, que cruzó constantemente sobre las costas de Portugal y Galicia, sin accidente notable hasta que se restableció la paz, que entonces reanudó la tarea de las Ordenanzas, empleando siete años en su labor. Pronto va á cumplirse un siglo desde la promulgación de ese código en 1793, y vigente todavía en su mayor parte, á pesar de las variaciones ocurridas así en el régimen y gobierno del Estado, como en el de las marinas; admira la concisión y elegancia del lenguaje, el orden de las materias y la sabiduría de los preceptos. Si Mazarredo no contara con otros títulos, el de autor de las Ordenanzas de la Armada le daría por sí solo puesto preeminente entre los hombres ilustres del siglo XVIII, por más que no fuera de aquellos con que él se envanecía, conceptuando el trabajo muy inferior al de las observaciones astronómicas, en que tanto se recreaba.

Durante la guerra con Francia, que se inició en 1795, mandó una escuadra en el Mediterráneo, que estuvo en un principio unida á la del general Lángara, y á la inglesa del almirante Hood, ocupando el puerto y arsenal de Tolon, y asistiendo á la defensa de Rosas. Posteriormente recayó el mando en jefe en Mazarredo, cuando el servicio se resentía de la salida del Ministerio del ramo del baillío Valdes, de respetable memoria por los inmensos beneficios de su larga é inteligente dirección. Acostumbrado á decir siempre la verdad al Gobierno sin disimulo ni reticencias, con aquella franqueza vizcaína que siempre conservó, hizo razonadas observaciones y formuló quejas por el abandono y falta de recursos en que estaban sus navíos, presentando la dimisión del mando cuando vió desatendidas sus gestiones. A este acto se dió interpretación siniestra, mandándolo desterrado á Ferrol, con prohibición de entrar en la corte; orden funesta cuyas consecuencias se lloraron, habiendo ocurrido á poco el combate del Cabo de San Vicente con la escuadra inglesa, que fijó con luto la fecha del 14 de Febrero de 1797, como primera operación después del tratado de Basilea, que trocó los amigos y los enemigos.

Caido el ministro imprevisor, recibió Mazarredo una solemne reparación, á que se asoció la opinión pública, mandándole trasladarse prontamente á Cádiz, reorganizar los restos de la escuadra y disponer la defensa del puerto, que era de esperar se viera amenazado por los ingleses victoriosos. En ménos de tres meses consiguió su actividad reponer las cosas á su manera, es decir, en el orden más cumplido, teniendo á punto la escuadra y organizadas en divisiones las fuerzas sutiles, que pronto llenaron su objeto, pues acercándose los enemigos con bombardas, que se situaban en la parte del Sur, las atacó bizarramente en las noches del 3 y 5 de Julio, obligándolas á levantar el campo y librando á la ciudad de los horrores de un bombardeo. Hizo además una salida con la escuadra, que tuvo en respeto á los ingleses, hasta que, reforzados con la escuadra del

Tajo, reunieron la imponente fuerza de cuarenta y dos navíos, que bloqueó la bahía.

Nombrado capitán general del Departamento, alternó sus variadas atenciones trasladando el Observatorio astronómico, que se hallaba en Cádiz, al sitio que actualmente ocupa en San Fernando; fundó allí talleres de cronometría y de instrumentos náuticos con alumnos pensionados en París y Londres, y puestos á propuesta suya en aprendizaje con los maestros más acreditados; volvió á ocuparse de construcciones con motivo de la carena del navío *Hermenegildo*, que dió motivo para estudios y comparaciones; fomentó el arsenal, se ocupó de todo hasta que en 1799 pasó con la escuadra al Mediterráneo para unirla á la francesa que mandaba el almirante Bruix, consiguiéndolo en Cartagena, aunque ántes sufrió un terrible temporal sobre la costa de Africa que desarboló varios navíos. De Cartagena á Cádiz, y desde este puerto al de Brest, navegaron juntas ambas escuadras sin incidente: allí recibió Mazarredo orden para entregar el mando á Gravina y pasar á París á concertar las operaciones con el Directorio, á cuyo efecto se le investió con el carácter de embajador extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del Gobierno frances, ó más bien del primer cónsul, Bonaparte, colocado por la revolucion en el poder. La franqueza de Mazarredo no era condicion de las mejores para entenderse con la solapada diplomacia del futuro Emperador, de cuyas insinuaciones dedujo con toda claridad la inmensa ambicion del guerrero y los propósitos del político, directamente encaminados, por lo que toca á España, á una dominacion que empezaria por disponer en absoluto de las fuerzas navales. Él, que jamas sufrió imposiciones, se opuso sin circunloquios ni rodeos á los planes que se le proponian, y sobre todo á la permanencia en Brest de la escuadra española, á lo que no ha tenido escrúpulo en publicar un historiador frances; esto es, que simulando proyectos de ataque á los ingleses, fué conducida á aquel arsenal como trofeo pacífico y garantía de una alianza poco segura. No esperaba Napoleon tan abierta resistencia, y para vencerla acudió directamente á la córte de España, que no tuvo inconveniente en sacrificar al embajador, ordenándole que, dando por terminada la mision y dejando á la vez el mando que habia conservado de la escuadra, se restituyera al departamento de Cádiz. A esta primera demostracion de desagrado siguieron las de desatender las reclamaciones para salir de los apuros en que se veía por falta de recursos, y no pudiendo tolerarlos, solicitó la separacion del mando y la situacion de cuartel en Bilbao, que no bastaron á librarle de la ojeriza que en las regiones del Gobierno se habia despertado contra lo que se llamaba su tenacidad vizcaína. En Bilbao ocurrió una conmocion originada por intereses locales, que pudo tomar sérias proporciones á no mediar la altísima consideracion y respeto que el general Mazarredo inspiraba. Su intervencion, solicitada por las autoridades, calmó

la efervescencia popular y previno un choque cuyas consecuencias no es fácil calcular; pero no se tuvo esto en cuenta en la córte; ántes al contrario, el prisma á través del cual se miraban las acciones del marino trocó en censura el acto meritorio, y sin consideracion á la edad y á los servicios de su dilatada carrera, se le hizo salir de la villa de un modo poco conveniente, señalándole residencia forzosa, primero en Santoña, y despues en Pamplona, puntos en que sirvió todavía á los progresos geográficos, dedicándose á las observaciones astronómicas ántes apuntadas.

Vuelto á Bilbao en 1807, le halló allí el alzamiento nacional, cuyo movimiento no siguió con la gran masa de los españoles; fué de aquellos pocos en número, pero de alta estimacion, que creyeron se debía ceder á una necesidad inevitable, de que la nacion reportaria ventajas y avance en el progreso de las ideas. Todo lo que la córte de Madrid hizo para mortificarlo utilizó Napoleon, con el conocimiento que tenia de su valer, para halagarlo y atraerlo á su partido, escribiéndole para que fuera á Bayona con los notables allí convocados, y exponiéndole allí el propósito de implantar el régimen constitucional, á que Mazarredo se inclinaba por conviccion. Vencido el coloso de Córcega, la pasion política calificó con poca generosidad los actos del ministro del *rey intruso*, por más que la equidad haga ver que fueron guiados por el espíritu recto de una conciencia limpia y por la tendencia benéfica de aliviar la suerte de los pueblos. Sólo en la Marina se conservó la memoria de que se debía al General la salvacion de las escuadras, la organizacion y manejo de las mismas, que dió á España superioridad en la guerra de 1779 á 1783; los adelantos de la hidrografia, de la arquitectura naval y del régimen de las tripulaciones; la reforma de los estudios teórico-prácticos de las academias, y la formacion en su escuela de los mejores jefes y oficiales, que siempre tuvieron por él amor y respeto.

En la época de su valimiento prestó el último servicio, grande como todos los suyos, porque perdida la batalla de la Coruña y obligado el ejército inglés á reembarcarse, invadieron las provincias de Galicia las tropas imperiales, y hallando en el arsenal de Ferrol once navíos, cuatro fragatas y otros buques menores, quisieron llevarlos á Francia como buena presa, disponiendo al efecto un contraalmirante con oficiales y marinería. Mazarredo lo impidió trasladándose inmediatamente al Departamento con órdenes del rey José, que hizo valer. De regreso en Madrid sufrió un ataque de gota de que murió el 29 de Julio de 1812, librándose, ya que no de las censuras, de la emigracion y la pesadumbre que padecieron los de su partido. La voz de D. Martin Fernandez de Navarrete fué la primera que se alzó para publicar que «la humanidad perdió en él un corazon dulce, candoroso y benéfico; la Marina, el genio que más la ilustrara en su época, y la nacion, un hombre ingenuo, activo y celoso.»

Facsimile de la firma.

Joseph de Mazarredo





DON FADRIQUE DE TOLEDO

(MARQUÉS DE VILLANUEVA DE VALDUEZA),

CAPITAN GENERAL.

MURIÓ EL 10 DE DICIEMBRE DE 1634.

Nieto del famoso D. García de Toledo, de que se hace breve mencion anteriormente, é hijo segundo de D. Pedro, quinto Marqués de Villafranca, que tambien fué capitán general del mar Océano, D. Fadrique nació en Nápoles el año de 1580, y contrariando la voluntad de su familia, que pensaba dedicarlo á la carrera de las letras, por seguir sus aficiones, que se conformaban con la tradicion de la familia, entró muy jóven á servir en las galeras de aquel reino, que ofrecieron ocasion de repetidos encuentros con turcos y berberiscos. Alcanzó los empleos sucesivos de capitán y cuatralbo, y el de teniente de capitán general de las galeras de España. Acreditado con estos cargos, tuvo el de capitán general del mar Océano el año de 1618, con las

altas preeminencias anexas á tan elevado empleo, ocupándolo, por de pronto, en operaciones contra los berberiscos, llevadas á los puertos de Mogador y Santa Cruz de Agadir; mas habiendo roto el rey D. Felipe IV las treguas que existian con Holanda, y sabiéndose que una fuerte escuadra de esta nacion habia de dar escolta á las naos del comercio de Levante que se hallaba en el Mediterráneo, recibió orden de guardar el Estrecho é interceptar el convoy cuyo cargamento era muy valioso. Situado en el puerto de Gibraltar, y habiendo enviado orden urgente al almirante Vallecilla, que estaba en Lisboa, para que se le incorporase con los cuatro navíos de su mando, los vientos contrarios lo impidieron, al paso que favorecian la marcha de los holandeses en sentido contrario. El dia 6 de Agosto del 21, al mismo tiempo que por cartas enviadas desde Málaga se avisaba el paso del enemigo, los vigías de Ceuta y de Gibraltar señalaban la vista de treinta y una naves. Era de suponer que una parte de ellas, acaso la mayor, sería de flota mercantil; pero de cualquier modo, como D. Fadrique no disponia más que de nueve bajeles, era el caso de grave responsabilidad. Reunió en consulta el Consejo de guerra confiando en el concepto y la experiencia de los capitanes, la flor de la Armada española, que más tarde alcanzaron el generalato y buen renombre; todos creyeron que la desigualdad de fuerzas era muy grande y que el éxito del encuentro sería comprometido y dudoso; reconociéndolo el mismo jefe, pero considerando que á los principios de una guerra, aunque se aventure alguna cosa conviene á la reputacion no esquivar un combate, y teniendo en cuenta que dejando el paso libre á los holandeses tropezarian con la division de Vallecilla y la destruirian, decidió probar fortuna, y se puso á la vela, muy en orden, en medio del Estrecho. Todo el dia 9 estuvieron á la vista ambas escuadras, pareciendo que la de Holanda vacilaba en la resolucion; pero al amanecer el 10 se observó que se habia dividido en dos grupos; uno de ellos, compuesto de siete naves, se aproximó á la costa de España y á toda vela pasó el Estrecho; el otro, con los veinte y cuatro buques restantes, se dirigió hácia los nuestros, con las popas empavesadas y adornadas de colores, como quien celebra triunfo anticipado. Disparada la artillería, se aferraron las dos capitanas, y á su ejemplo los otros bajeles, peleando al abordaje; D. Fadrique tuvo la fortuna de rendir brevemente á las dos que tenía por ambos costados; embistió á una tercera, que sucumbió igualmente, y dirigiéndose á la cuarta, ésta embarrancó en la costa de Africa, sin poder ser alcanzada, porque sentidos los palos de *la Real* de los balazos, en una racha de viento se vinieron abajo y quedó sin movimiento aquélla. La funcion estaba, sin embargo, ganada; todos los capitanes habian cumplido con su deber, y si bien á costa de no poca sangre, habian destruido cinco naves y llevaban á Cádiz como trofeo otras dos, una la capitana, hermoso bajel. Por esta primera victoria felicitó el Rey al General y le concedió el quinto del valor de las presas, perteneciente á la Corona, y el título de capitán general de la gente de guerra del reino de Portugal.

Dos años despues fué á bloquear á los enemigos en el Canal de la Mancha, impidiendo sus expediciones; convoyó las flotas de Indias en la salida y llegada á las costas de España, y de paso hizo algunas presas á los moros. Se disponia á nueva campaña en el verano de 1624, cuando llegó la nueva de haber entrado una escuadra holandesa en la bahía de San Salvador, en el Brasil, de haberse apoderado de la plaza y de disponerse á ensanchar esta conquista. A toda prisa dispuso el Rey que se alistáran fuerzas suficientes para recuperar un punto de tanta importancia, uniéndose, bajo las órdenes de D. Fadrique de Toledo las escuadras del Océano, del Estrecho, de Vizcaya, de las Cuatro Villas, de Nápoles y de Portugal, reuniendo entre todas cincuenta y dos bajeles, armados de 60 á 10 cañones. En ella se embarcaron toda suerte de pertrechos de guerra, artillería de batir y cinco tercios de infantería, que con la

de á bordo componia un total de 12.600 hombres de mar y guerra, con acreditados jefes de uno y otro ejército, como Fajardo, Vallecilla, Acevedo, Rivera, Juan de Orellana, Pedro Osorio, el Marqués de Torrecuso, Almeida; mas por mucha que fuera la urgencia, no pudo salir la Armada de Cádiz hasta el 14 de Enero de 1625. Tocó en las islas Canarias y las de Cabo Verde para reponer la aguada, y el 27 de Marzo (Juéves Santo) avistó la costa del Brasil, recibiendo aviso de las fortificaciones hechas por el enemigo, y disposicion de las treinta y dos naves que tenía en la bahía. En ésta entró la Armada el sábado 29 hasta llegar á tiro de cañon de los fuertes y buques enemigos, que dió fondo, y al amanecer el dia siguiente desembarcó la infantería sin gran oposicion, corriendo á ocupar las alturas dominantes. Las operaciones de sitio se llevaron adelante con rapidez, aunque con sensibles pérdidas, porque los enemigos disputaron valientemente las obras avanzadas, y con frecuentes salidas procuraron detener los aproches; con todo, al cabo de un mes estaban las trincheras en el foso y en disposicion de asaltar por cuatro partes distintas, momento en que los cercados pidieron capitulacion, procurando sacar la posible ventaja. Don Fadrique les concedió el regreso á Holanda, conservando los oficiales sus espadas, y la ropa de vestir todos, y firmados los capítulos el 30 de Abril, rendidas armas y banderas, entró en la ciudad, donde se encontró riquísimo botin almacenado para su trasporte á los Países-Bajos, siendo los prisioneros 2.000 hombres holandeses, ingleses y franceses y 600 negros, mucha artillería, municiones y viveres.

Reparados y guarnecidos los fuertes, á 19 de Mayo se descubrió un crucero holandés que se aproximaba á reconocer la bahía; los nuestros le persiguieron y apresaron, y lo mismo á otro que se presentó á los pocos dias, sabiendo por ellos que eran descubridores de una armada holandesa de treinta y cuatro navíos, despachada al socorro de la plaza. Previno D. Fadrique á los fuertes de la entrada que no hicieran fuego, para que, en la idea de que aquella resistia aún, entráran los enemigos en la bahía, y así sucedió; mas muy luégo vieron el estandarte de Castilla en la capitana y en las torres de la ciudad, y tomaron la vuelta de fuera. La escuadra de Nápoles, con diez y seis navíos, fué la primera en dar la vela en su seguimiento, rompiendo el fuego á distancia: era el viento escaso y la marea entrante, con lo cual se fué sobre los bajos un galeon de Vizcaya, que tuvo que picar los palos; los demas desmayaron con este accidente y dejaron escapar á los holandeses, á la vez que la ocasion de duplicar la victoria con un golpe de mucha consideracion. En el consejo de guerra que reunió don Fadrique alegaron los capitanes el riesgo de aventurar un combate teniendo tan gran número de prisioneros, con otras razones de poco peso. Acaso en la del botin de la ciudad se encontraria la que verdaderamente influyó para no capturar una armada que, ya dentro de la bahía, debia considerarse perdida.

Satisfechos con la primera victoria, salió la Armada á la mar el 1.º de Agosto, tocó en Pernambuco, y sabiendo que la holandesa hacia rumbo á su país con pérdida de cuatro navíos que embarrancaron en la costa, encaminó el suyo á España con las presas, llevando los prisioneros en cinco urcas. El viaje fué muy trabajoso, tuvo varias incidencias como escasez de viveres, abandono de un buque que hacia agua, y temporal que obligó á embocar el Estrecho de Gibraltar y fondear en Málaga el 24 de Octubre; contratiempo providencial, pues que allí supo D. Fadrique que la armada inglesa, con ciento y tantos navíos, estaba sobre Cádiz y Rota, y de haber entrado en aquel puerto, hubiera sido destruida por fuerza tan superior.

Bien quisiera el General descansar algo en su casa, como era justo tras de tan larga campaña, pero si bien por ella recibió encarecidas gracias del Rey, al mismo tiempo se le dijo que urgía prepararse la Armada para operar sin pérdida de tiempo, acudiendo primero al socorro de la Mamo-

ra sitiada por los moros, y despues á las islas Terceras, á esperar los galeones de D. Lope de Hoces, á cuyo encuentro habian ido los enemigos; por último, en auxilio de los franceses, que trataban de recuperar la isla de Re y de tomar la Rochela, plaza de los hugonotes, apoyados por los ingleses. En estas comisiones empleó los años de 1626 y 27, volviendo á la guarda del Estrecho y escolta de las flotas, hasta el 29, que consiguió la suspirada licencia, muy breve, porque las depredaciones de bucaneros y filibusteros en las Antillas levantaban un clamoreo general, que habia que atender enviando la Armada. El 14 de Agosto salió por tanto de la bahía de Cádiz, con diez y siete galeones, que dieron nuevo crédito á las armas de España en jornada breve y felicísima.

Llegando el 17 de Setiembre sobre la isla de Nieves, una de las ocupadas por los filibusteros, sorprendió en el puerto diez buques corsarios, que intentaron huir, aunque sólo dos lo consiguieron; los otros ocho fueron tomados al abordaje, y desembarcando D. Antonio de Oquendo con la gente de su galeon, tomó un fuerte con dos piezas, con lo cual parlamentaron los ingleses del resto de la isla y se rindieron á discrecion. Pasó la Armada á la isla de San Cristóbal, que guarnecian ingleses y franceses: los primeros tenían un fuerte bien situado en la parte del Sur, con 22 piezas de artillería gruesa y nueve pedreros, siendo la guarnicion de 1.600 hombres. Los franceses ocupaban dos fuertes: uno, á nueve millas del anterior, con 11 piezas, y otro en la parte del Norte, inaccesible para barcos grandes. Reconoció don Fadrique los puntos de más fácil desembarco, y aunque el temporal no le favorecia, puso la gente en tierra, arrollando á los que lo quisieron impedir, que huyeron desmoralizados y arrastraron á los de uno de los fuertes, incendiándolo y metiéndose en el bosque. Siguieron los nuestros al alcance con tanto calor, que algunos se asfixiaron. Del fuerte ocupado se sacaron las piezas, y en el tiempo en que se trabajaba desmantelándolo, pidieron parlamento los ingleses, y á vuelta de conferencias y peticiones se rindieron á discrecion, entregando 129 cañones, 42 pedreros, 1.350 fusiles y las correspondientes municiones. Para concluir, el tercer fuerte de los franceses, llamado *Richelieu*, se rindió del mismo modo, aumentando con 14 cañones la artillería tomada en tierra y mar. Despachados á Inglaterra los 2.300 rendidos en las dos islas, en seis bajeles, á condicion de abonar su valor, el 4 de Octubre dió la vela la Armada para Portobelo y la Habana á recoger el tesoro y reunir la flota, con la cual entró felizmente en Sanlúcar y Cádiz el dia 1.º de Agosto de 1630, trece ántes de cumplir el año de su salida.

Venia D. Fadrique muy satisfecho de su expedicion, que no era para ménos, y se le hizo muy duro que, con cédula de S. M., se sometiese su capitana á las formalidades del registro con tal escrupulosidad, que se pidieron las llaves de la cámara que habitaba y las de sus baules y muebles; se sometió, sin embargo, á las órdenes, protestando de que no se hiciese la excepcion que correspondia á su dignidad, reflejo del que se la habia conferido. Hasta fines de 1633 continuó con el mando de la Armada, guardando las costas y haciendo un viaje á Flándes para llevar al cardenal infante D. Fernando, hermano del Rey, cuando fué á encargarse del gobierno de aquellos Estados; y entónces, á repetidas instancias, se le acordó licencia para pasar á su casa en la córte, con lo que acabó la carrera y la vida bien distintamente de lo que pudiera esperar el que era llamado *Marte español*.

Consta en autos que en 6 de Mayo de 1634 se trató en el Consejo de la defensa del reino y se consultó á S. M. la necesidad de que D. Fadrique de Toledo marchase inmediatamente á la costa de Portugal, de que era capitán general; que se le dió orden de partir, y que elevó memorial á S. M. exponiendo que desde que empezó á servir no habia disfrutado más que dos meses de licencia, y habia estado constantemente alejado de su casa, á resultas de lo que se ha-

habían sus intereses en el peor estado. Con el título de Marqués de Villanueva de Valdueza que le concedió el rey don Felipe III, había fundado á su favor vínculo y mayorazgo su padre, D. Pedro de Toledo, agregando los señoríos de las villas del Congosto, Pieros, San Juan de Mata, tierra del Vierzo y alcabalas de varios pueblos; pero no estando á la vista de los requisitos de fundación, no se habían llenado todos, y en cambio habían surgido pleitos enredados que le habían privado de las rentas y obligado á desembolsos considerables, aparte de los que requería el decoro de su casa y el de su propia persona á bordo. Con su peculio había tenido también que atender al socorro de sueldos y raciones de la Armada, que debía reclamar de la Hacienda; y para todo ello suplicaba se le diera licencia para permanecer en su casa, como era justo y se había concedido á otros capitanes generales sus antecesores. Preguntado qué tiempo estimaba necesario para el arreglo de sus asuntos, contestó que en mucho dependía del favor que prestara S. M. al despacho de ellos, y que no creía posible fijarlo. Se le señaló entonces un mes; cumplido éste, próroga de quince días para marchar sin réplica ni excusa; después, plazo de veinticuatro horas; y como á todas las intimaciones repitiera memoriales con los justificados motivos que le impedían, fué preso en su casa y enviado á la villa de Santa Olalla á principios de Setiembre, poniéndole guardian. La incomodidad del alojamiento, sobre el disgusto de las vejaciones, desarrolló en él una enfermedad grave, vista la cual se le permitió trasladarse á Móstoles primero, y después á Madrid, siempre que no fuera á su casa. El Consejo expidió orden para que tampoco fuera admitido en las de sus parientes, instalándose en 5 de Octubre en la de su secretario de la Armada. En tanto seguían las declaraciones y otras diligencias de la causa que se le formaba por desobediencia á las órdenes de S. M., habiendo entre aquellas algunas en que, con copia de títulos y despachos, se certificaban los ascensos, recompensas y sueldos disfrutados, haciendo constar que por la jornada del Brasil se le concedió la encomienda de Valdericote en la Orden de Santiago, y por la de las Antillas, la encomienda mayor de Castilla en la misma; que se le obligó á optar entre las dos capitánías generales de la armada del mar Océano y del reino de Portugal, eligiendo la última, con otros pormenores que indican gran ensañamiento, y que sorprenderían al que repasa los autos y considera los grandes servicios del encausado, si otros papeles de la época, singularmente los reunidos en la colección de los de Jesuitas que conserva la Real Academia de la Historia, no dieran la clave del enigma, poniendo en claro lo que significan las actuaciones judiciales.

El hecho es que el éxito de la recuperación de San Salvador y la feliz campaña de las Antillas, que acabó trayendo á España un tesoro que algunos valúan en 19 millones de pesés, dió en el ánimo del Rey gran estimación á D. Fadrique de Toledo. Su venida á la corte en estas circunstancias despertó la suspicacia y los celos del Conde-Duque de Olivares, favorito omnipotente, que se propuso

alejar una influencia perjudicial á la suya. La ocupación de Pernambuco por los holandeses, que habían vuelto con mayores fuerzas al Brasil, le ofrecía pretexto para intimar al Capitán general de la armada del Océano que se dispusiera á desalojarlos de allí, preparando desde el momento nueva expedición. Con este motivo se cruzaron varias cartas entre el Ministro y el General, encareciendo el primero el apuro de la defensa, y alegando el segundo la equidad de concederle algún reposo, habiendo otros generales beneméritos que pudieran conducir la empresa. Agriándose los términos de la correspondencia, el Conde-Duque, á vuelta de términos secos, escribió al General que recordase había ganado en el servicio del Rey caudal y honores, frase mortificante, que fué contestada por D. Fadrique observando « que había servido á S. M. gastando su hacienda y su sangre, y no hecho un poltron. » Pareció al Ministro trasparente la alusión, y de aquí el proceso, prisión y vejaciones de toda especie con que quiso doblegar al que se atravesaba en su camino. Los trámites se llevaron con toda celeridad, no obstante ser notoria la grave enfermedad de D. Fadrique, y aún hubo de emplear toda su influencia la mujer de éste para conseguir que en este estado no se le notificase personalmente la sentencia que recayó, por desobediencia á las órdenes de S. M., de diez años de destierro de los reinos de Castilla, multa de 10.000 ducados, pago de las costas, privación de todos los títulos, mercedes, encomiendas y rentas, é inhabilitación para todo cargo público. Mandóse al propio tiempo que el Duque de Alba y el Condestable de Navarra, sus parientes, saliesen de la corte con sus casas.

El interesado no llegó á saber que estaba incurso en estas penas; agravándose la enfermedad, murió, con general sentimiento de la Corte y el reino, el 10 de Diciembre de 1634, cumplidos los cincuenta años de su edad. Sobreviviendo la saña del Ministro, negó la guardia que la familia solicitaba para el cadáver, y mandó deshacer el túmulo que estaba preparado para los funerales en la iglesia del Colegio imperial de la Compañía de Jesús, siendo necesario hacer el entierro con secreto y despedir á todos los que habían acudido para el cortejo; pero el pueblo, amante por lo general de la justicia, aprovechó la oportunidad para una solemne manifestación de respeto, agolpándose en la casa del finado y en el tránsito del féretro, hasta dejarlo en la capilla y bóveda de la Congregación, en la referida iglesia, donde sólo habían tenido acceso oficial los parientes más cercanos y algunos marinos que quisieron rendir el último tributo á su querido General.

El tiempo corroboró la injusticia de la sentencia; derribado el favorito, el Rey rehabilitó la memoria del Capitán general del mar Océano, devolviendo á la familia los honores que había alcanzado con su desinterés y constantes servicios, y dando á D. Fadrique de Toledo el lugar que mereció como una de las figuras prominentes de la historia de la Marina.

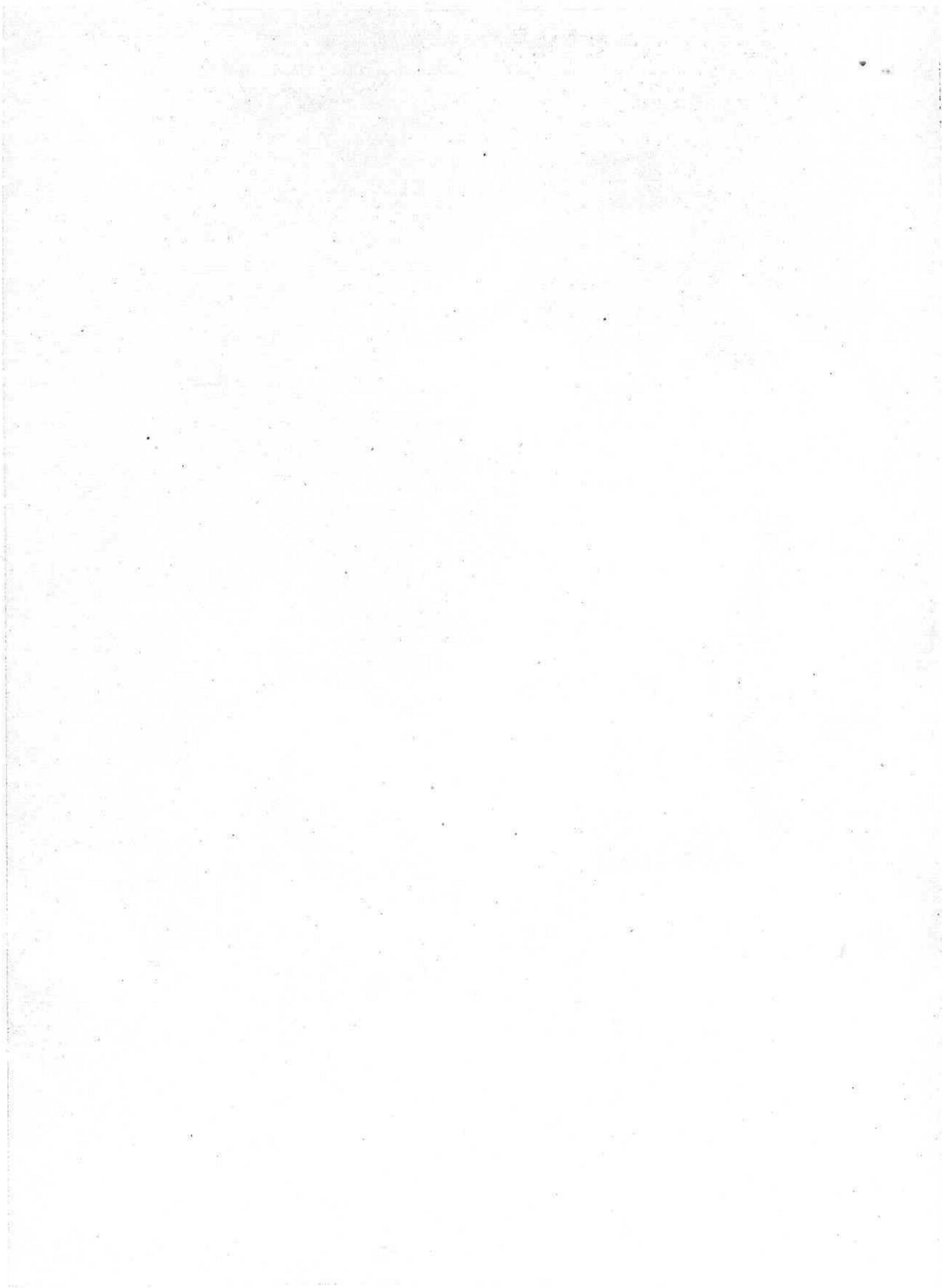
CESÁREO FERNANDEZ DURO.

Facsimile de la firma.

The image shows a facsimile of a handwritten signature in dark ink. The signature is written in a cursive, calligraphic style. It consists of two lines of text. The first line reads 'Don Fadrique de' and the second line reads 'Toledo'. The signature is fluid and elegant, with long, sweeping strokes.



FLORES DE MAYO.—(DIBUJO ORIGINAL DE L. PCHLE.)



EL SOL ⁽¹⁾.

La hermosa tierra de España hace pensar en el Sol, á la manera que un perfume delicado evoca el recuerdo de las flores. La contemplacion de los opulentos paisajes en que vemos á las verdes praderas suceder á las selvas sombrías; á los suaves vallecillos extenderse al pié de rudas montañas; á las límpidas fuentes caer en bullidoras cascadas ó murmurar entre las flores; á las llanuras cubiertas de sazonadas mieses ó de árboles cargados de sabrosísimos frutos; toda esa soñadora contemplacion de la Naturaleza en las plácidas horas en que la tierra parece alegrarse de vivir bajo un cielo límpido y trasparente, miéntras que, como un hábito embalsamado, el viento de los bosques deslízase sobre su superficie, acariciando á los seres y á las cosas; esa contemplacion, digo, nos eleva hácia la causa de la vida universal que nos rodea; hácia ese Sol radiante, cuyos rayos inextinguibles bañan tantos años hace nuestro planeta, que gravita en medio de su luz y su fecundidad.

¡Divino Sol! El ignorante le admira, porque siente los efectos de su potencia; el sabio le aprecia, porque ha aprendido á conocer su importancia, única en el sistema del mundo; el artista le saluda, porque ve en su esplendor la causa virtual de todas las armonías. Pero ¡cuán superior es el conocimiento científico de esa colosal hoguera á todos los poéticos ideales que de ella nos forjábamos en tiempos remotos! La mitología antigua nos le representaba como un globo de llamas, arrastrado por cuatro fogosísimos corceles; actualmente sabemos que este globo es más voluminoso que toda la Tierra, y en proporcion tal, que la fantasía más atrevida queda anonadada ante esta grandeza, puesto que serian necesarias no ménos de 1.280.000 Tierras reunidas para formar un globo de la dimension del Sol. ¿Y qué dirémos de su peso? Si se colocase el astro del dia en el plato de una balanza bastante gigantesca para poder recibirlo, sería preciso amontonar en el otro 324.000 Tierras para establecer el equilibrio. ¡Y qué luz, qué calor, qué energía en ese astro esplendoroso! Al calor de nuestros hornillos artificiales; en nuestras fraguas, alimentadas por un fuego infernal; en medio de nuestros focos de calor más poderosos, la plata entra en fusion á 1.000 grados; el hierro, á 1.500; el platino, á 1.750; la industria humana ha llegado á producir temperaturas hasta de 2.500 y de 3.000 grados. Y bien: todo este calor es hielo al lado del Sol; el calor emitido por este astro en *cada segundo* es igual al que resultaria de la combustion de *once cuatrillones seiscientos mil millones* de toneladas de carbon de piedra quemándose á la vez. Este calor podria hacer hervir *dos trillones novecientos mil millones* de kilólitros cúbicos de agua por hora, suponiendo el agua á la temperatura del hielo.

¡Ensayad, si podeis, haceros una idea de esta enormidad! ¡Que emprenda la hormiga absorber el agua del Océano!

La imaginacion se confunde ante este esplendor. El telescopio nos muestra que la superficie del astro está en constante movimiento, como las olas de un mar muy agitado. Nuestras tempestades más violentas, nuestros huracanes

más desencadenados, nuestros ciclones más furiosos son caricias y sonrisas en comparacion con lo que pasa en el Sol y en su atmósfera. Y cuenta que nuestros huracanes soplan con una violencia de 160 kilómetros por segundo. Explosiones formidables, erupciones fantásticas, lanzan en los aires incendiados masas de gas hidrógeno y de diversas sustancias, más voluminosas que la Tierra entera, hasta una altura de 100, 200 y 300.000 kilómetros, y desde nuestro globo observamos esas explosiones deslumbradoras, que á veces determinan la caída sobre la superficie solar de lluvias ígneas, ante las cuales la catástrofe de Pompeya y Herculano no es más que un juego de niños, pues la Tierra toda sería sepultada y reducida á cenizas por una de ellas en ménos tiempo del que emplearéis en leer estas líneas.... Observando el astro, se ve cómo se forman acá y allá manchas cuyo tamaño es cinco veces, seis veces, diez veces mayor que el de nuestro planeta. A la manera de un fuego perpétuo, el globo incandescente lanza en torno de sí, en el espacio, olas de luz, que van á llevar la fecundidad á todos los mundos; él es, verdaderamente, el corazon del organismo planetario, y puede decirse, sin metáfora, que sus vivificantes latidos alimentan en todo el sistema la circulacion de la vida. Gira sobre sí mismo en veinticinco dias y medio, pero no de una manera uniforme, pues sus regiones ecuatoriales dan vuelta más aprisa que sus regiones polares, como si una corriente arrastrase esta superficie líquida con velocidades que dependiesen de la latitud; de tal suerte, que la rotacion que se opera en veinticinco dias en el Ecuador no se cumple sino en veintiocho hácia los 50° de latitud. Al propio tiempo que gira sobre sí mismo avanza en el espacio con una velocidad grandísima, arrastrando en su torbellino la Tierra y los demas planetas que le pertenecen. De este trasporte del Sol en el espacio resulta la curiosa consecuencia de que, desde que la Tierra existe, no ha pasado dos veces por el mismo camino. En efecto, la Tierra gira alrededor del Sol á la distancia de 37 millones de leguas, y describe así anualmente una órbita de 241 millones de leguas; lo que prueba que recorreremos en realidad 643.000 leguas al dia, 106.000 kilómetros por hora, y 29 kilómetros por segundo; velocidad mil y cien veces más rápida que la de un tren *express*, y setenta y cinco veces más vertiginosa que la de una bala de cañon. Pero como al mismo tiempo el Sol arrastra todo su sistema á través del espacio, cuando al cabo de un año vuelve la Tierra al punto de su órbita donde se encontraba el año precedente, el Sol ha marchado más de cien millones de leguas; de suerte que, en vez de dibujar una órbita cerrada, la línea real seguida por la Tierra en el espacio presenta una serie de espirales que se hunden en el infinito. Por otra parte, este viaje de la Tierra y del Sol por la inmensidad; este movimiento en espiral de nuestro planeta, que parece horadar el infinito como el tornillo de Arquímedes, podria continuarse durante toda la eternidad, pues no hay fronteras ni límites para lo inconmensurable; hácia cualquier punto de la inmensidad que nos dirijámos, abajo, á lo alto, á derecha ó á izquierda, podriamos dirigir nuestro vuelo infatigable, sin ser detenidos jamas por término alguno; el horizonte huye á medida que se le persigue, y el insondable espacio permanecería perennemente abierto ante nuestra vista deslumbrada.

(1) El presente artículo ha sido escrito en frances, por el popular astrónomo M. Flammarion, expresamente para nuestro ALMANAQUE.—(N. de la R.)

La potencia del Sol es la que nos sostiene en el espacio y nos hace gravitar en la fecunda luz del astro central. La Tierra es hija del Sol, como sus hermanos los demas planetas, y el padre asienta en medio de su familia, hoguera universal de donde proceden toda fecundidad y toda vida. Él es la fuente inagotable de donde manan todas las fuerzas que ponen en movimiento la Tierra y su vida orgánica. Su calor es el que hace correr á los vientos; á las nubes subir; seguir á los rios su curso; crecer á los árboles de la selva; madurar á los frutos, y vivir al hombre mismo. Todo lo que anda, circula y se agita sobre nuestro planeta es hijo del Sol. El vino de España, que chispea en la cristalina copa; el melocoton perfumado, la succulenta pera, son otros tantos rayos de sol condensados. La leña que en el invierno nos calienta, el carbon de piedra que alimenta las máquinas de vapor, no son otra cosa que sol en fragmentos. El Sol es quien remueve el aire con su soplo; quien se desliza en la corriente de agua; quien gime en la tempestad; quien canta en la garganta infatigable del ruiseñor; sin el Sol no habria líquidos ni flúidos; todo permanecería inmobilizado en la muerte mineral.

Nosotros recibimos el Sol bajo la forma de calor, y en forma de calor nos deja; pero entre su llegada y su partida ha hecho nacer potencias variadas que animan el mundo.

Si ese astro fuera todavía más poderoso, más enérgico, más fecundo, la vida sería más prodigiosa todavía y más rápida: si fuera aún más pesado, la Tierra giraría más deprisa alrededor de él, y nuestros años serian más breves: el año podría quedar reducido á ocho meses, á seis, á ménos todavía, con gran disgusto de los espíritus laboriosos que encuentran que el tiempo trascurre con demasiada rapidez. Si, por el contrario, el Sol perdiera de su peso, la Tierra, conducida por un brazo ménos potente, circularía con ménos rapidez, y nuestros años podrían extenderse á quince meses, á diez y ocho ó á veinte y cuatro, para mayor felicidad de las damas, que despues de sesenta años de vida, se encontrarían con que no contaban más que treinta, cosa que, segun se asegura, les sería por extremo agradable. La atraccion se ejerce en razon directa de las masas, y el peso de todo astro puede calcularse por la velocidad con que hace circular un peso cualquiera que grave en torno de él. Así es como pudimos determinar hace algunos años el peso de una estrella doble, perdida á millares de millones de leguas en las profundidades del cielo; estrella al parecer tan pequeña, que se la distingue apenas á la simple vista, y cuyo peso equivale, sin embargo, al de cerca de un millon de Tierras como la nuestra.

Siendo el Sol 1.280.000 veces más voluminoso que la Tierra, pero solamente 321.000 veces más pesado, demuéstrase que está compuesto de materiales ménos densos que los que forman nuestro planeta, y que la densidad de un metro cúbico de sustancia solar equivale, por término medio, á la cuarta parte de la de un metro cúbico de sustancia terrestre. El globo del Sol pesa un poco más que otro de agua de sus mismas dimensiones. Debe ser líquido hasta su centro. La atmósfera que le rodea está impregnada de vapores de todos los elementos en combustion en su superficie; el análisis espectral nos ha revelado ya la naturaleza de estas sustancias, entre las cuales se ha reconocido la mayor parte de las que existen en nuestro propio planeta.

Este astro prodigioso ¿se consume á sí mismo? Es probable que así suceda. Pero no tenemos que preocuparnos todavía de cuál será su fin, pues indudablemente puede brillar aún durante millones de años. Llegará un dia, sin embargo, en que su calor y su luz agotadas no dejarán resplandecer en el cielo más que una pálida antorcha, que de siglo en siglo se irá cubriendo con un velo tétrico y sepulcral. Entónces nuestro pobre mundo, huérfano del sol vivificador, verá su vida, ántes tan alegre y lujuriosa; extinguirse lentamente desde los polos al ecuador: rechazados por las nieves en su movimiento de avance, los pueblos emigrarán insensiblemente hácia los últimos climas ecuatoriales,

hasta el dia en que la última familia humana, cobijada bajo un cielo sin sol y sin luna, frente á frente de un mar de hielo, se duerma con el último sueño. Y la Tierra, muerta, seguirá gravitando alrededor del Sol extinguido, sin que ninguna losa fúnebre indique el lugar de su tumba; sin que crónica alguna, ninguna historia, ninguna inscripcion conserve el menor vestigio de las glorias y de las grandezas, de los amores y de los odios, de las ambiciones y de los sueños que durante tantos siglos se habrán sucedido sobre este pequeño planeta, borrado para siempre del gran libro de la vida.... Y entónces, como hoy, millones de soles y de tierras habitadas gravitarán en el infinito; entónces, como hoy, la naturaleza será grande y bella, y la muerte del Sol, de la Tierra y de los otros planetas de nuestra familia solar no impedirá al universo subsistir eternamente en su grandiosa magnificencia.

Peró cuando estos acontecimientos lleguen, la Tierra no será ya lo que es hoy. Las naciones que existen actualmente habrán desaparecido, desde mucho tiempo ántes, de la escena del mundo; no habrá ya españoles, ni franceses, ni italianos, ni ingleses, ni alemanes, y el anticuario que tratase de descubrir los vestigios del pasado, tropezaría, para hallar los restos de París, de Madrid, de Roma ó de Londres, con las mismas dificultades que nosotros en esta época para encontrar los de Ménfis, de Ecbatan ó de Babilonia.

La humanidad misma habrá sido transformada física y moralmente: en nuestros dias ella misma se encarga de probar que todavía no ha alcanzado la edad de la razon; pero entónces habrá atravesado los linderos de la edad madura, llegado al apogeo de la ciencia, y sin duda á la declinacion de la vejez, pues el destino de cada humanidad debe estar en correspondencia directa con el del planeta en que habita.

Agreguemos ahora, para completar este bosquejo general sobre la naturaleza del Sol y sobre su papel en el universo, que la distancia que se extiende desde la Tierra al Sol es uno de los elementos astronómicos más seguros y mejor determinados.

La ciencia ha llegado, por seis métodos distintos, é independientes los unos de los otros, á establecer con certeza que esta distancia es de 148 millones de kilómetros, ó de 37 millones de leguas: este camino está medido con tanta exactitud como el que conduce de París á Madrid. Pero una línea de tal extension escapa tan asombrosamente á las apreciaciones habituales de nuestro espíritu, que es extremadamente difícil el formarnos una idea de ella. Tal vez lleguemos á conseguirlo midiendo este espacio por el tiempo que un móvil emplearía en recorrerlo. Así, por ejemplo, hablábamos poco há de las explosiones formidables que cotidianamente se producen en la superficie de aquel horno colosal: estas explosiones deben hacer un ruido espantoso, del que no puede darnos idea ni el mismo trueno. Pues bien, si el espacio que nos separa del Sol pudiera transmitir el sonido hasta aquí con la velocidad ordinaria con que el aire trasmite los sonidos (340 metros por segundo), no oiríamos el estrépito de una conflagracion de los fuegos de artificio que se disparan en el Sol sino ¡trece años y nueve meses despues de producido!

Un tren de camino de hierro, viajando sin detenerse con la velocidad constante de 60 kilómetros por hora, no llegaría al Sol sino al cabo de 266 años. Partiendo el 1.º de Enero de 1881, llegaría al término de su viaje en el año 2:47. Atendida la duracion máxima de nuestra existencia, la expedicion sideral no llegaría sino en su sétima generacion, y sólo la décimacuarta podría regresar á la tierra para traer noticia de lo que sus antepasados hubieran visto en el globo solar.

La luz del Sol no emplea más de ocho minutos en recorrer esta enormísima distancia, dado que atraviesa el espacio á razon de 300.000 kilómetros por segundo.

Ahora bien—y aquí daremos por terminado nuestro sumario trabajo—este gigantesco foco de luz, de calor, de electricidad, de magnetismo, que nos ilumina, nos calienta

y nos hace vivir, á semejante distancia de él, no es más que una estrella, y cada una de las estrellas que vemos brillar en la noche silenciosa es un verdadero Sol, no ménos importante que el que nos alumbra. La estrella *más próxima* á nosotros es un espléndido sol doble, que está 220.000 veces más lejana que nuestro Sol, y se cierne á ocho trillones de leguas de la tierra.

Todas las demas estrellas diseminadas á través del infinito se hallan aún más lejanas, y por eso, siendo soles, nos presentan el aspecto de estrellas. Decíamos que el estampido de una explosion solar tardaria 266 años en venir del astro del dia; pero necesitaria tres millones de años para

venir desde la más cercana de las estrellas. En cuanto á nuestro tren *express*, emplearia sesenta millones de años en recorrer el mismo trayecto.

Desde hoy más, nuestro espíritu engrandecido debe contemplar en el cielo, no ya puntos brillantes suspendidos de una bóveda; no ya la inmovilidad, el silencio y la muerte, sino millones de soles rodeados de millones de planetas, y derramando en derredor, á través de lo infinito, la luz y el calor, que son en la vida la fecundidad y la alegría.

CAMILO FLAMMARION.

Paris, 1880.



EL DOCTOR NORDENSKIÖLD,
QUE DESCUBRIÓ EL PASO DEL NOROESTE CON EL BUQUE «VEGA», EL 20 DE JULIO DE 1879.



LOS DOS SIETES.

I.

Siete y siete son catorce
Sumados verticalmente ;
Pero puesto uno tras otro,
Hacen *once veces siete*.

Es número apocalíptico,
De cábala y sonsonete,
Y al que llega á disfrutarle
Le hace *setenton* dos veces.

Pendiente de dos escarpias
El vital hilo mantiene,
Esperando á que le rompa
La guadaña de la muerte.

Tal con mi fe de bautismo
Aquel número se aviene,
Como nacido en el tres
De este siglo diez y nueve.

Señor editor, amigo,
Con aquestos precedentes,
¿Parécele á V. liviano
El empeño en que me mete ?

Pedir versos á esta edad
Es pedir jamon al viérnes,
Es pedir al olmo peras
Y azucenas á Diciembre.

¿Quiere V. que en su ALMANAQUE
Del *ochenta y uno* alterne
Quien puede ser su gemelo,
Con el coro de las Nueve ?

Pidiéramelo en buen hora
Por los años treinta y siete,
Cuando empuñaban mis manos
El tirso de cascabeles ;

Mas hora que roto yace,
Sirviendo sólo el pobrete
Para ornar en su portada
Las *Escenas Matritenses* ;

Y despues que en las *Memorias*
De un *setenton*, más recientes,
He agotado el poco jugo
De mi escuálido caletre ;

Vetusto actor jubilado,
¿Quiere V. que me presente
En las tablas á arrostrar
Los chicheos de la plebe ?

Pero, al fin, mi voluntad
Es grande ; ¡asi fuera fuerte !
Y suscribo á su demanda,
Ganoso de complacerle.

Alto, pues, péñola mia ;
A mi yerta mano vuelve,
Y si no una *satirilla*,
Inspírame un *Miserere*.

II.

DON BLAS EL FILÓSOFO.

—Adios, córte, que me mudo,
Harto de ver tus miserias,
Cansado de tu falsía,
Escándalos y flaquezas.

No más quiero ser testigo
Del baldon, la desvergüenza
Del ignorante atrevido,
Del discreto sin conciencia.

En tus dorados salones
Y en tus miserias viviendas,
La atmósfera corrompida
Ruindades tan solo engendra.

Aquí es virtud la osadía,
Y la timidez, flaqueza;
La intriga al mérito vence,
Y al talento, la destreza.

Amor, virtud, patriotismo,
Son aquí palabras huecas;
Disfraces de otros instintos,
De otras pasiones caretas.

Omnia pro dominatione
Serviliter es el lema
Que del sagaz cortesano
En el escudo campea.

Por él empuña la espada,
Por él brilla su elocuencia,
Por él maneja la pluma,
Ó en la alta tribuna truena.

Por él adula al poder,
Ó bien le hace cruda guerra;
Por él alucina al pueblo,
Y, ó le somete, ó subleva.

¿Veis á esos hombres de pro,
Alrededor de una mesa,
En banquete fraternal,
Entre brándis y ternezas?

Pues en todos y cada uno
Bulle constante la idea
De derrocar al rival,
De suplantar al colega.

—Envidia, ambicion, rencores,
Los móviles que aquí imperan,
Y todos los medios son
Buenos, si al fin se enderezan.

Y todo por alcanzar
Del poder alguna pieza;
Por lisonjear el orgullo,
Por ostentar la soberbia.

¡Pobre aldea de mi vida!
¡Cuán distinta es tu existencia!
¡Cuán apacible tu trato!
Tu condicion ¡cuán modesta!

Abre tus amantes brazos
Para estrechar mi ternera,
Y oír de un desengañado
La voz amiga y sincera.

Adios, pues, ¡oh confusion,
Oh córte! ¿Quién te desea?
Yo soy el nuevo Argensola
Que te apostrofa y te increpa.—

Con tan santa indignacion
Hablabá Don Blas Gurrea,
Tronando, nuevo Caton,
Contra la vil corrupcion
De la córte lisonjera.

Pero tropezó Don Blas
Con un lote de los buenos,
Y resultó.... ¿qué dirás?
Que hubo un filósofo *ménos*,
Y hubo un cortesano *más*.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.



EL CUADRO DE MURILLO.

FRAGMENTO.

Si ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa, de Méjico, por Mateo Repelos—que es mi nombre, para servirlos—sabrán que llegué á distinguirme entre los dueños y administradores de almoneda, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimacion con que vendia, sino tambien por mi tino en la eleccion y la colocacion de las mil y una baratijas y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del capitán retirado á quien no pagan sus alcances, hasta la vajilla de China de la viuda rica que viene á ménos; desde los retratos de familias extinguidas hasta el grabado de Lutero ó de Pepe Botella, colocado en su marquito negro de madera; desde la antiquísima jeringa de cobre vaciada en el molde de las primitivas piezas de artillería hasta la cajita de pino de nuestros abuelos, pintada de verde, y el biombo de lienzo con las aventuras de Pedro Urdemalas, no hay antigualla ni objeto indefinible á que el almonedero, por temperamento é inclinacion, no haga postura, cuyos usos y aplicaciones no estudie, y de los cuales no salga, con el trascurso del tiempo, perdiendo ó ganando dinero. Tambien dirán á ustedes que mi especialidad favorita son las pinturas; que conozco la nomenclatura de las más famosas existentes en los Museos de Europa y en los principales conventos de Méjico y Puebla, así como los caracteres esenciales de las escuelas flamenca, italiana y sevillana, y que á primera vista distingo un cuadro de Jimeno ó de Cabrera de otro de Zendejas ó de Juarez.

Mas ¡ay! el conocimiento práctico del ramo de almoneda en general no se adquiere sino á costa de tiempo, dinero y chascos más ó ménos pesados; y en cuanto á mis estudios y buen golpe de vista en materia de pinturas, los debí á un suceso que me acaeció en los primeros seis meses del oficio, y que jamas olvidaré por la sangría que importó para mi bolsillo, y por las burlas de que me hizo blanco por espacio de años enteros entre la gente del ramo.

Acababa yo, repito, de establecerme en mi accesoría con varios bancos de cama enchinchados, algunas sillas de las que tenían respaldo de lienzo en forma de óvalo, con paisajes al óleo—especie de que no queda ya ni rastro—y otros cuantos efectos del mérito y valor de los referidos. La necesidad me aguijoneaba; pues amén de una madre anciana y enferma á quien atender, tenía yo esposa y dos niños. En mis horas de ocio y de meditacion, que eran las más del dia, sintiéndome predestinado al giro, pensaba yo en que no podría tardar en presentármese algún negocio brillante, de aquellos que se entran por la gatera cuando está decretado que sean para uno, y que me pondria en aptitud de dar

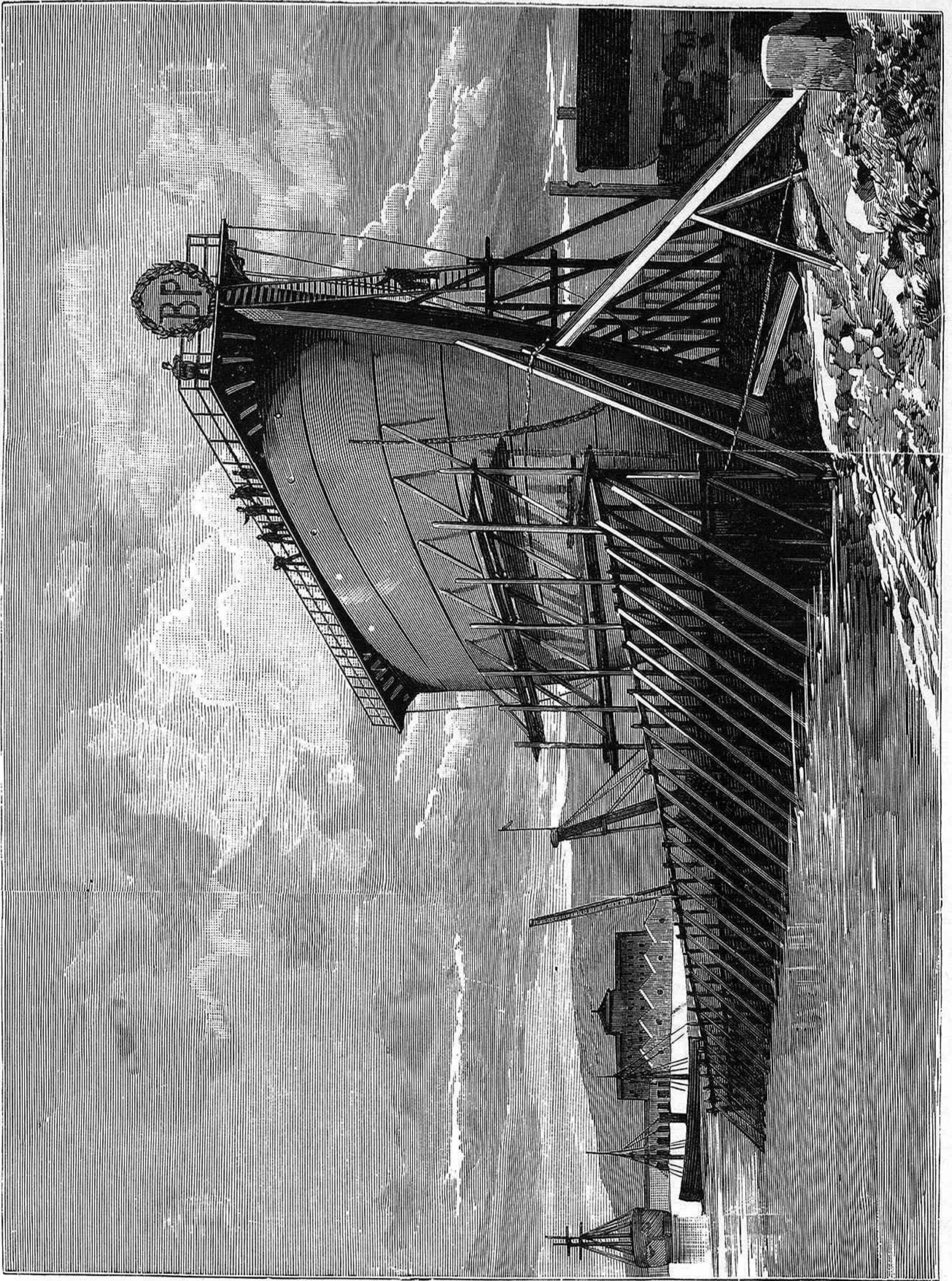
vuelo á mi negociacion y auxilios más eficaces á mi familia.

Tal era el tema de mis divagaciones cierta mañana en que, reclinada la mejilla en el diestro brazo, colocado sobre una mesita de pino de las de venta, vi entrar á una señora anciana de aspecto reservado, acompañada de un mozo que traía un lienzo con bastidor y todo, cubierto con un trapo no muy limpio. Cambiadas las saluciones de rigor, la señora me propuso en venta el cuadro, descubriéndole el criado. Era una imágen de Nuestra Señora del Cármen, que ni por su dibujo ni por su colorido parecióme sobresaliente, si bien este último abundaba en los tintes oscuros del estofado ó del mole; circunstancia que recordé haber oido enumerar como uno de los indicantes de la antigüedad y el mérito en las pinturas. La señora pedia por ésta cincuenta duros para que yo ofreciera. Díjele que mis posibles no eran para comprarla ni por mucho ménos, y despues de insistir inútilmente cerca de media hora en vendérmela, me propuso dejarla en mi almoneda á la vista, quedando yo en libertad, ó de comprársela si más adelante me inclinaba á ello y contaba con los necesarios recursos, ó de venderla por cuenta suya si se proporcionaba comprador, limitándome al cobro de una comision moderada por depósito y venta. Consentí en ello, por tener así en mi establecimiento un objeto más sin que me costára, y no porque abrigára el menor intento de quedarme con el lienzo en propiedad, ni la más remota esperanza de que álguien incurriera en la humorada de hacerle postura; y aunque traté de averiguar el domicilio de la señora ésta me dijo que se hallaba en visperas de mudarse, que no convenia que la buscáran en su casa, y que cuidaria ella misma de volver á verme, pasado cierto número de dias, para saber si se proporcionaba ó no marchante.

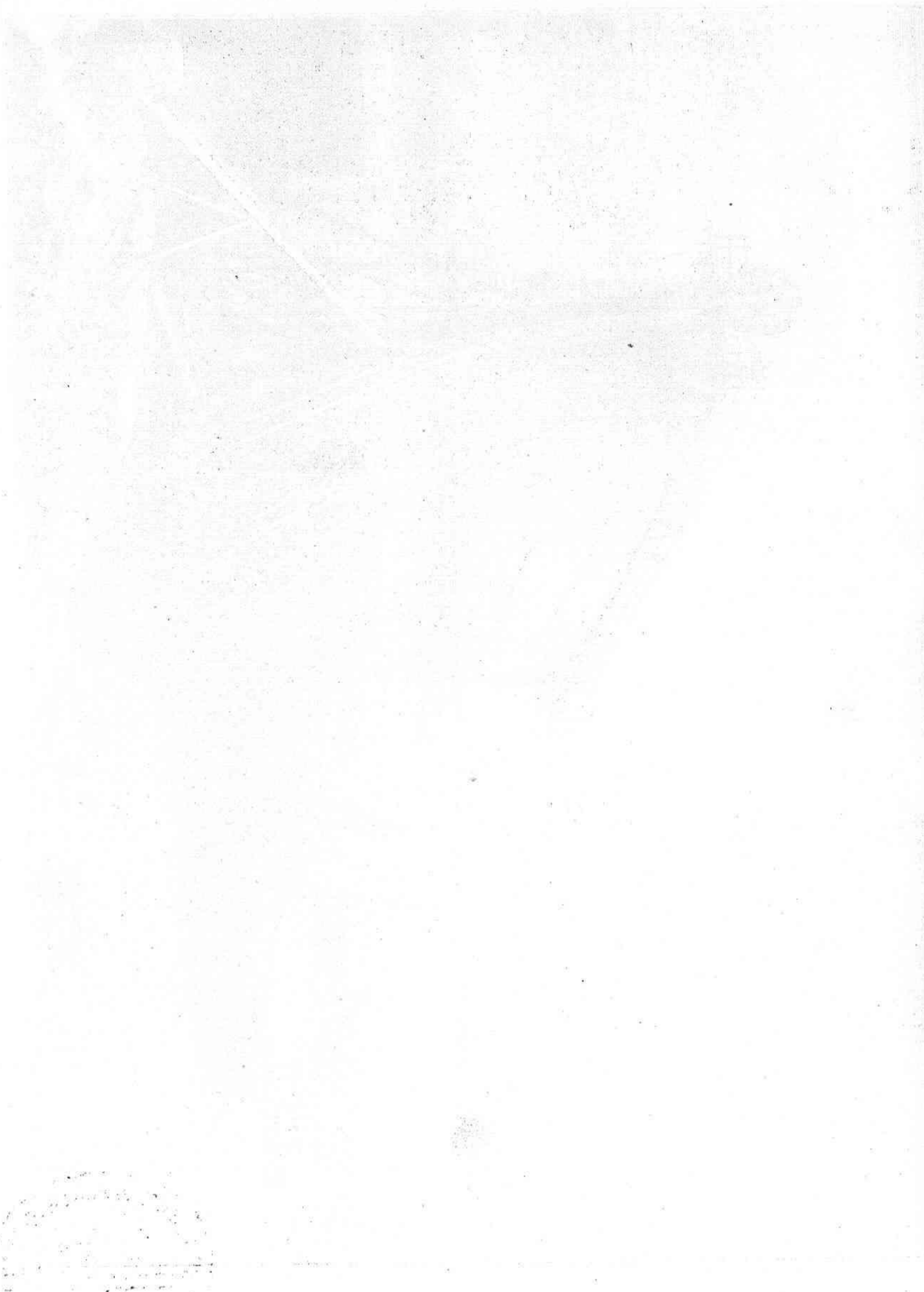
A los quince ó veinte dias volvió, en efecto, y sabedora de que no le habia, marchóse desconsolada, diciéndome que se hallaba en la mayor pobreza; pero que aún abrigaba cierta confianza en la venta del cuadro.

Acordándome yo de éste, quitéle con un trapo el polvo y las telarañas que ya empezaban á cubrirle, y hasta le froté con una muñequilla humedecida en aceite de linaza, poniéndole más cercano á la puerta de la calle; todo por falta de quehacer y á fin de matar en algo el tiempo. Y, sin duda por aquello de que «trabajo y diligencia siempre logran cosecha», media hora despues de tal operacion, un individuo de cabello cano y traje decente, aunque algo raído, que pasaba por la calle de la Canoa y que volvió casualmente el rostro, al ver el lienzo detúvose como involuntariamente, contemplóle por espacio de uno ó dos minutos, y siguió su camino con visibles señales de preocupacion y sin causármela á mí en lo más mínimo.

Este incidente repitióse otros dos dias, y al tercero, mi



ARSENAL DEL FERROL. — EL BARCO-PUERTA DEL «DIQUE DE LA CAMPANA», BOTADO AL AGUA EN JULIO DE 1879.



hombre se recostó sobre el marco de la puerta, calóse los anteojos y se puso á examinar el lienzo con todo detenimiento. Más bien por quitarme de encima aquella mosca que por entrar en relaciones mercantiles, dijele con urbana frialdad: «¿Por qué no entra usted, caballero?» Abstraído en la contemplacion del lienzo, únicamente al repetirle mi pregunta se tocó el sombrero y dió dos ó tres pasos adentro, sin quitar la vista del cuadro.

—Indudablemente, dijo, tiene usted aquí una joya artística, que vale mucha plata.

En seguida, y pidiéndome permiso para ello, bajó el lienzo de la mesa en que estaba recostado sobre unas sillas; con su pañuelo ensalivado frotó las dos extremidades inferiores, como en busca de firma y fecha, que no halló, y examinó, por último, lienzo y bastidor por detras, diciendo en tono de profunda conviccion:

—Acaso yo me equivoque; pero este cuadro debe pertenecer á la escuela sevillana y ser obra de alguno de sus más insignes maestros.

Oyendo esto le pregunté, todavía sin dar gran valor á su entusiasmo, por qué no le hacía frente, agregando que le tendria por casi nada, puesto que pertenecia á una familia pobre, deseosa de salir de él; á lo cual me contestó con marcadísimo desconsuelo que no se hallaba adinerado, y que el lienzo aquel no era para bolsas exhaustas, por muy barato que le diesen. Por lo que pudiera tronar, le dí á entender que venderian en cien duros la imagen; al oír lo cual abrió tamaños ojos y meneó la cabeza de un lado á otro, como si no diera crédito á mis palabras; y, contemplando de nuevo un breve rato la pintura, saludóme y prosiguió su camino.

El lienzo continuaba colocado cerca de la puerta y llamando la atencion de los transeuntes. Algunos de éstos, inteligentes sin duda, se detenian á verle desde la calle, se le señalaban mutuamente y hablaban entre sí. Dos jóvenes bien apersonados estuvieron á punto de darse de puñadas una mañana en mi puerta, acalorados con la disputa de si el lienzo era original ó copia. Uno de ellos sostenia que de aquella pintura no podia haber ejemplar alguno en Méjico, y mucho ménos en una almoneda de las de tres al cuarto; miéntras su contrincante se fundaba en el vigor y despejo del trazo y las combinadas firmeza y suavidad de luces y sombras, para creer que aquello no podia ser una simple copia. Como se trataban uno á otro de ignorantes, y esto en alta voz y con interjecciones algo vivas, y comenzaba á agruparse la gente en torno suyo, les suplique moderáran su exaltacion artística en mi puerta, para soltarle la rienda, si gustaban, en la esquina más inmediata.

A todo esto, yo iba concibiendo ventajosa idea del cuadro, y hasta, haciendo un sacrificio, habria dado por él quince ó veinte duros si se me hubiera presentado la propietaria; pero ni esto sucedia, ni me era posible buscarla, por ignorar las señas de su habitacion. Yendo y viniendo dias, el primero y más antiguo de los platónicos enamorados del lienzo colóse de rondon en mi almoneda una tarde, y llamándome á un rincon de la pieza, con gesto solemne y en voz baja para que no le oyeran dos señoras que ajustaban á la sazón unas sillas de asiento de hule, me dijo:

—Ya no es justo que sigamos yo en mi disimulo y usted en sus burlitas. Comprendí perfectamente la de decirme

que el cuadro valia cien pesos, que fué decirme en rigor: «Aun cuando te le dieran por un mendrugo, no podrás tú comprarle.» Acaso pueda yo, si no comprarle, hacer que le compren, señor mio; que bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor. Si usted, en lugar de juzgar por las apariencias y burlarse de un admirador *arrancado*, se humaniza y pone en lo racional y posible para salir del lienzo, acaso haga, con intervencion mia, si no lo que se llama un buen negocio, atendido el mérito de su Virgen, si una ventecita que le dé á ganar algunos reales. Tengo un inglés.... pero ante todo, usted debe saber mejor que yo que este lienzo es nada ménos que del fundador de la escuela sevillana, Bartolomé Estéban Murillo, célebre pintor español, que floreció en el siglo XVII, compañero y amigo del gran Velazquez, y á cuyo pincel son debidos el San Antonio de Padua, el San Isidoro de Sevilla, el Moises hiriendo la roca, y tantas otras maravillas del arte, que constituyen la riqueza de los Museos y monasterios de Europa. Tengo, repito, un inglés rico que viaja recogiendo de aquí y de allí cuantas joyas artísticas le es dable comprar á bajo precio, para llevarlas á Lóndres, donde se venden á como uno quiere, no parándose el Gobierno británico en gastos para enriquecer los Museos públicos, ni los lores en derramar el oro por adquirir originales para sus colecciones particulares. Mi hombre ha comprado en Puebla y aquí algunos cuadros, y actualmente tiene puesto el ojo á este lienzo, mediante indicacion mia; pues aquí donde usted me ve, soy inteligente en el ramo, me apellido Martínez, y años atras he desempeñado una clase de Pintura en la Academia de San Carlos, donde podrán dar á usted noticias de mi persona. El inglés ha visto el cuadro desde la calle y le ha gustado, por lo cual vendrá mañana conmigo para examinarlo á toda su satisfaccion.

Desconfiado de mio, y poco susceptible de entusiasmar-me, creí que habia más de charlataneria que de sustancia en la peroracion del Sr. Martínez, quien se presentó á otro dia con su inglés. Aunque traia éste azafranados el cabello y las patillas, descomunales los cuellos de la camisa y pendiente al pecho el lente de rigor, hablaba el castellano con asaz facilidad y correccion, lo cual debia, segun me dijo, á los muchos años que habia vivido en España visitando museos y conventos. Halló que el lienzo de marras era efectivamente de Murillo, lo cual no se podia dudar en vista de lo correcto del dibujo, de la propiedad anatómica que brillaba en las carnes y de la verdad y naturalidad del colorido, que así distaba de la árida y triste severidad de la escuela romana, como de los colorines de la flamenca. Aquel ambiente ó atmósfera entre la forma de la Virgen y los grupos de ángeles que la rodean, sólo el insigne fundador de la escuela sevillana habia sabido crearle, y constituia una dificultad en que naufragaron y naufragarán los demas artistas pasados y presentes. Todo esto y mucho más dijo el inglés, no del modo con que habla un necio para que le crean sabio, sino como habla en momentos de expansion una persona verdaderamente conocedora de lo que juzga. No queriendo partir de ligero, díjome que ni entraria en ajuste sino al siguiente dia, ni siquiera pretendia saber desde luégo el precio del cuadro; que este era muy bueno y él suficientemente rico; pero que los tiempos eran malos y no se quedaria con la pintura sino tomándola á bajo pre-



cio. Encargóme que me fijára en el último y definitivo, á fin de volver á la mañana siguiente á examinar de nuevo el lienzo y á quedarse con él ó á desistir del negocio.

Durante esta primera entrevista Martinez no habló, sin duda por haberse abstraído completamente en la contemplación de la pintura.

Dióme golpe el inglés, y comenzó á dármele el cuadro, en que ántes casi ni habia fijado la atención, y en el que ya creia descubrir todas las perfecciones anatómicas y de tono y colorido, y hasta la atmósfera de que acababa de hablar el gringo. Volví á frotar el lienzo con aceite de linaza, é instintivamente miraba hácia la calle, deseoso de que se apareciera por allí la propietaria, á fin de cerrar trato con ella, ó al ménos ajustarle condicionalmente la pintura. En la tarde, al pasar frente á la Academia de San Carlos, se me ocurrió tomar algunos informes respecto de Martinez, y no bien le hube nombrado, cuando el conserje me dijo que era persona muy perita en el arte, y que, efectivamente, habia sido muchos años catedrático de pintura en el establecimiento; acudiendo todavía á él á dar su voto siempre que se trataba de juzgar del mérito de cuadros antiguos y modernos. En la noche soñé que el negocio se redondeaba, dejándome media talega de pesos.

A otro día á las doce, Martinez y su inglés entraban en mi almoneda, y despues de examinar de nuevo la Nuestra Señora del Carmen, preguntóme el segundo si le habia yo fijado precio.

—No se ha de dar ménos de 500 duros, le contesté con aire indiferente y hasta algo brusco.

—Pues decididamente la tomo, me dijo, y como no me agrada perder tiempo ni hablar sino lo preciso, terminemos de una vez el negocio.

Sacó de su bolsillo una cartera, y de ésta una tarjeta con su nombre, que, si mal no recuerdo, era «Sir James William Cook», y entregándome la tarjeta y una moneda de oro de diez y seis pesos, agregó:

—Aquí tiene V. mi nombre y esta onza, para que inmediatamente haga preparar una caja de madera en que pueda caminar el lienzo sin estropearse. Una vez lista la caja, coloque V. en ella la pintura, muy bien acomodada, y sin cerrar, ó al ménos sin clavar la tapa, lleve V. tarjeta, caja y factura de venta á la casa de los Sres. Maning y Mackintosh, donde le entregarán en oro el importe del cuadro. Que esto sea mañana mismo, porque debo partir de un día á otro.

Salieron Martinez y el inglés, y yo tras ellos en busca de un carpintero conocido, á quien dí las dimensiones del lienzo, y órden de hacer la caja en el resto del día; y como la ajusté en seis pesos, hallé que por principio de cuentas iba yo á ganar más de otro tanto en sólo el empaque. Decididamente mi estrella estaba en su cenit, y lo único que me inquietaba era no poder dar desde luego con la propietaria de la pintura, exponiéndome á que si se llegaba á traslucir mi negocio de venta, quisiera ella compartir mis considerables utilidades. Pero estaba yo en el cuarto de hora de ganar todos los albures, ó así lo creí por lo ménos viendo entrar esa misma tarde á la bendita anciana en mi establecimiento.

El lienzo no habia sido movido de donde llevaba dias de estar, ni mi semblante revelaba la menor emoción, cuando entablamos el siguiente diálogo:

—¿Aun no se ha vendido mi Madre y Señora del Carmen?

—Ya V. la ve ahí, donde la dejó.

—¡Cuánto lo celebro! Decididamente, Dios protege á los pobres. ¡Alabada sea su misericordia! Figúrese V., señor don Mateo, que yo me habia resuelto á dar, acosada de la miseria, por cincuenta pesos esta alhaja de familia, que de generación en generación ha llegado á mí; y que ahora mi primo, el cura de Atlixco, me escribe, por conducto de mi comadre Petronila, que no vaya á deshacerme del cuadro, porque los padres carnalitas de Puebla le conocen y codician, y podrian dar hasta doscientos pesos por él. ¡No sino muy lucido negocio habria yo hecho malbaratándole para tener pan hoy y hambre mañana! ¡Alabado sea Dios en todas las cosas! Me llevo mi Virgen Santísima, Sr. D. Mateo; y como no es justo que V. la haya tenido de balde en su almoneda, le dejo esta tumbaga de oro, que bien vale sus cuatro pesos, y que era de mi difunto esposo, para que de ella se cobre lo que sea del depósito, y me devuelva el resto cuando la haya vendido.

Como VV. comprenderán, semejante peripecia daba al traste con mi negocio. En vano, con calma y sangre fria, traté de hacer comprender á la anciana que se alucinaba con meras esperanzas, probablemente huecas, acabando por ofrecerle de contado los cincuenta duros que al principio pretendia por su lienzo. Tomóle y cubrióle el criado y cargó con él, y ya en la puerta anciana y mozo, ofrecí sucesivamente á la primera sesenta, ochenta y hasta cien pesos por la imágen. La buena señora se atenia á las seguridades de su primo el cura de Atlixco; declaróme terminantemente que no daría el cuadro por ménos de doscientos pesos, y se marchó con él.

La figura que yo quedé haciendo en la puerta de mi almoneda debe haber tenido mucho de ridícula. Decíame para mis adentros que la codicia rompe el saco, y que tratando yo de explotar la pobreza de aquella mujer, me habia sucedido lo que al perro de las dos tortas. Pero una idea luminosa cruzó por mi cerebro. ¿No me daba el inglés quinientos pesos por el cuadro? Pues áun pagando por él doscientos, quedábame un sesenta por ciento de utilidad, una suma redonda de trescientos duros, sin contar los ahorros en el empaque. Tomé mi sombrero, fuí á dar alcance á la vieja, que iba ya doblando la esquina; ofrecíle ciento cincuenta pesos por el cuadro, y viendo que ni esta oferta aceptaba, le dije: «Es mio por los doscientos», y volví en triunfo á mi establecimiento, dando el brazo á aquella estantigua, y seguidos ambos del mozo con la pintura.

Propuse á la señora darle á otro día la cantidad, y redondamente se negó á ello, diciéndome que de efectuar la venta habia de ser recibiendo en el acto el importe; «Porque nosotras las señoras, agregó, nada entendemos en esto de negocios, y con mucha facilidad somos engañadas.» Nuevo conflicto para mí, que no podia reunir de pronto ni cien pesos, y que juzgaba inútil acudir á la casa de Maning y Mackintosh por el dinero ántes de llevar empacado el cuadro. Habria ido á ver á Sir James para que me diera algo á cuenta; pero, aparte de que esto no sería decoroso, no era tampoco practicable sin riesgo de que los demas almonederos, que iban ya oliendo el negocio, me le birláran, mejorando á la viuda mi oferta. Decidíme á ocupar á una persona rica que vivia á la otra puerta y me dispensaba

alguna confianza, pidiéndole ciento cincuenta pesos, que me dió por un par de dias, dejándole yo en prenda las escrituras de una casita de mi mujer. Conté sus doscientos pesos á la señora, y extendí en papel sellado un recibo, que me firmó con agarabados caracteres, hecho lo cual, yo me quedé con su cuadro y ella se marchó con mi dinero, diciéndome que estaba ya definitivamente mudada y á mis órdenes en el número 24 de la calle de Curtidores, para donde me invitaba á tomar chocolate á la siguiente tarde con ella.

Para no hacer á VV. más largo el cuento, les diré que á otro dia, al presentarme en la casa de Maning y Mackintosh con lienzo, factura y tarjeta, ni quisieron los dependientes recibir la caja, ni ellos ni el principal, persona respetable y bondadosa, recordaron haber conocido ni siquiera oido nombrar á Sir James William Cook; que habiendo ocurrido, con el auxilio del conserje de la Academia de San Carlos, á la casa de Martinez, el antiguo catedrático de Pintura, re-

sultó que éste no era el admirador platónico de mi cuadro, y que mi susodicho cuadro fué calificado por el verdadero Martinez de verdadero mamarracho que no valia un comino; que en la calle de Curtidores no habia núm. 24, ni quien diera razon de la viuda; que como escribí al cura de Atlixco pidiéndole noticias de su prima, me contestó que, á Dios gracias, no tenia ya pariente alguno, pues los que tuvo sólo le dieron asaltos y disgustos; por último, que no pudiendo devolver los ciento cincuenta duros que me prestaron, mi esposa perdió su casita, y sus justísimos reproches se mezclaron por mucho tiempo con las risas de los almonederos vecinos. Calificáronme éstos de infeliz, no sólo concebido en pecado como la totalidad de los hombres, sino concebido tambien en necedad, lo que de tejas abajo es todavía más grave y trascendental, y en lo cual tuve que convenir á despecho mio.

J. M. ROA BÁRCENA.

México, 1880.



LÓNDRES. — TORRE «VICTORIA» Y PALACIO DEL PARLAMENTO.
(*House of Parliaments.*)

JEP DELS ESTANYNS.

Al observar que los historiadores contemporáneos juzgaban con sobrada parcialidad y referían con poca exactitud los sucesos de nuestras discordias intestinas, en la parte relativa á Cataluña, entróme el deseo de escribir la historia de las guerras civiles en el territorio del antiguo Principado; y con el propósito de esclarecer la verdad en cuanto estuviera á mi alcance, dediqué diez y siete años á recorrer el país en todas direcciones, estudiando las acciones de guerra sobre el mismo terreno en que se realizaron, reuniendo y concordando datos, recogiendo documentos, consultando opiniones diversas. Todo marchaba bien; el fruto recogido recompensaba con usura mis afanes y fatigas, hasta que tuve necesidad de penetrar en la historia íntima de los partidos para inquirir las causas de sucesos que no tenían explicación natural y satisfactoria en lo que de público se sabía. De estas investigaciones salí con el corazón destrozado y con la conciencia sublevada, agobiado el espíritu en presencia de horrores, de infamias, de crímenes sin nombre, que no sospechan siquiera los que de buena fe, por puro entusiasmo, militaron en uno ú otro bando. ¿Qué hacer en este caso? ¿Guardar silencio sobre tales abominaciones? ¿Dejar que ante la historia tantos traidores, cobardes, codiciosos é hipócritas continúen cubriendo sus rostros con la máscara de leales, de héroes, de patriotas desinteresados, de hombres de fe sincera? ¿Rasgar el velo que cubre esas iniquidades y arrojar la mancha de la infamia sobre familias inocentes en los crímenes de sus parientes ó deudos, y exponerse á los disgustos consiguientes á la revelación de hechos sobre los cuales tengo una convicción moral, pero de los que no poseo pruebas legales?

Por de pronto he resuelto el problema renunciando á escribir una obra que tantas y tan graves dificultades ofrece; pero esta resolución no me veda que alguna vez levante un poco la punta del velo que no me atrevo á rasgar, como en la ocasión presente, que, por complacer al Director de *La Ilustración Española y Americana*, voy á publicar unos curiosos documentos referentes á la muerte del tan renombrado *Jep dels Estanyns* (1).

I.

Después de la caída del régimen constitucional y del triunfo del partido llamado realista, en 1823, pronto empezaron los descontentos y las divisiones entre los triunfadores. Todo partido tiene sus moderados y sus exaltados, y no se había de librar de esta ley el partido realista. La influencia de la aristocracia y los consejos del Gobierno frances, apoyados por los jefes de las fuerzas auxiliares que habían quedado de ocupación en la Península, pusieron coto á los desmanes del elemento exaltado del bando triunfante, y templaron los rigores del monarca español contra los comprometidos en la causa constitucional; pero como los emigrados no cesaban en sus locas tentativas, esto daba pretexto al bando llamado *apostólico* para quejarse de la benignidad del Gobierno y suponer que el Rey estaba supeditado y como secuestrado por liberales más ó menos encubiertos, y que, por miedo ó por ignorancia de lo que pasaba, sufría la influencia de los francmasones.

(1) *Jep dels Estanyns* es el apodo de José Bussoms. *Jep* es contracción de *Josep*, en castellano *José*; *dels Estanyns* se traduce de los *Estanques*, y probablemente significa que Bussoms había nacido ó vivido en una casería llamada *Estanyns*, cerca de Vallsebre.

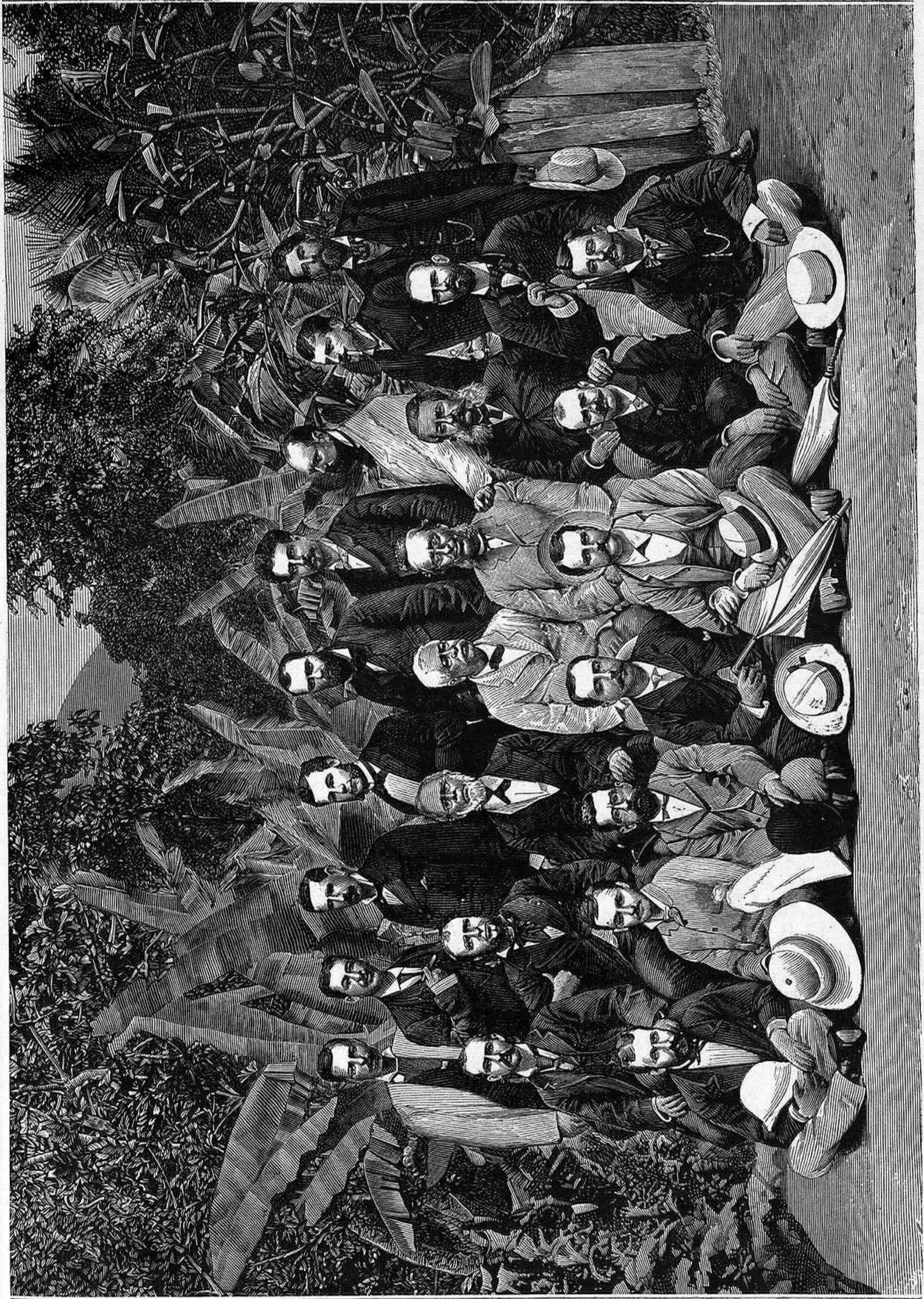
A estas causas de descontento hubieron de añadirse otras. Los jefes y oficiales del ejército realista, gente de baja extracción los más, y de antecedentes no muy recomendables algunos de ellos, si bien habían prestado servicios como guerrilleros en la lucha contra el partido liberal, no podían figurar de ninguna manera en un ejército regular, porque les faltaban instrucción y educación para ello. Así es que, terminada la guerra, hubo necesidad de darles licencia ilimitada. Al acercarse el término de la ocupación del territorio hispano por las fuerzas francesas, se procuró reorganizar el ejército español, pues no inspiraban confianza, bajo ningún concepto, los voluntarios realistas, milicia popular del partido triunfante, con los mismos defectos que la milicia nacional de los liberales. Para llevar á cabo la reorganización del ejército se hubo de recurrir á los oficiales indefinidos que habían permanecido fieles hasta el último momento á la causa constitucional; y como se prescindió de los procedentes del ejército irregular realista, éstos se llamaron á sí mismos los *agraviados*, y se dispusieron á apelar á la rebelión, si fuese necesario, para manifestar su descontento y obtener la justicia que creían se les negaba.

El día 25 de Agosto de 1827 estalló la insurrección en la ciudad de Manresa, y tuvo eco y fué secundada en Cervera, Gerona, Solsona, Reus, y en casi todas las comarcas del Principado. Fué tan rápido y general el movimiento, que los sublevados llegaron á reunir unos treinta mil hombres en pocos días. El regimiento de la Reina, que se hallaba de guarnición en Manresa, después de tres horas de resistencia, se rindió á los sublevados con toda su plana mayor.

Insurrección que empezaba con tales bríos y tomaba tales proporciones había de causar honda sensación, no sólo en Cataluña, sino también en el resto de España. ¿Causó sorpresa? Lo ignoro; pero si ni las autoridades locales ni el Gobierno tuvieron noticia de lo que se tramaba, preciso es suponer que estaban sordos y ciegos ó sobrado confiados, porque durante los últimos días que precedieron á la insurrección ya ninguno de sus agentes guardaba recato ni ocultaba sus designios.

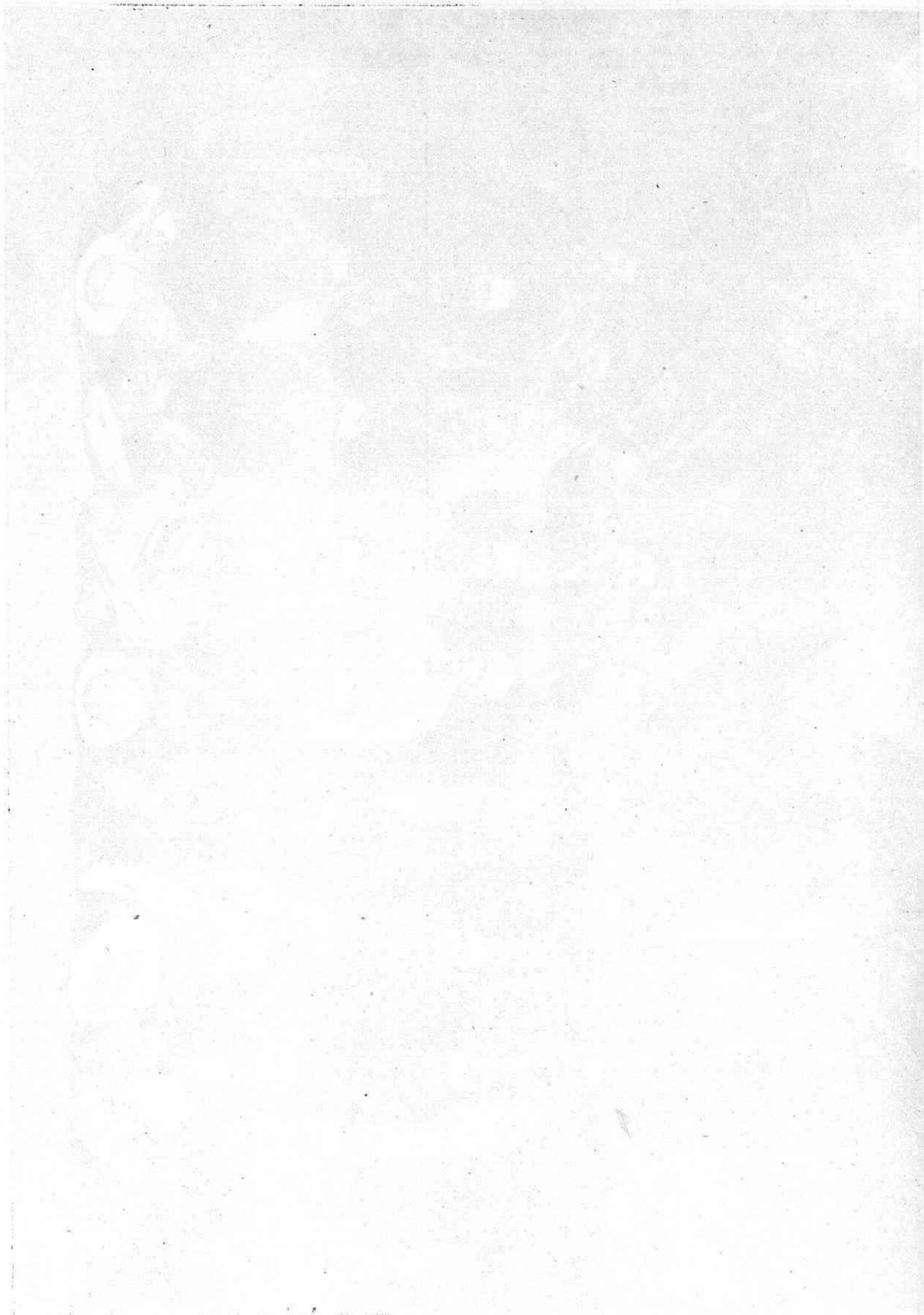
Luégo que la noticia de lo que aquí ocurría llegó á la corte, el Gobierno desplegó grande energía y actividad para sofocar la rebelión y castigar á los rebeldes. Una de las providencias que se tomaron fue ordenar la formación de un cuerpo de ejército destinado á operar contra los rebeldes de Cataluña, bajo el mando del Conde de España; pero ni estas disposiciones, ni el manifiesto del Rey condenando el movimiento, bastaron á contener la rebelión, de la que aparecieron algunos chispazos en Alcañiz, Córdoba y otros puntos fuera de Cataluña. La Junta de Manresa, titulada Suprema, ejercía actos de soberana y amenazaba con castigar á las autoridades y empleados que no se adhiriesen al movimiento, mientras el Monarca dirigía iguales amenazas á los que en él tomáran parte.

En las proclamas de los jefes principales reaparecen la crueldad y el espíritu de venganza que tantas víctimas causaron durante los sucesos políticos de 1820 á 1823. Samperes, comandante general de la vanguardia, dispone en uno de sus bandos que « toda persona que haga resistencia á las armas realistas será fusilada dentro del término de tres horas, y por cada realista que muera serán fusilados seis individuos de la población, en fuerza del derecho de represalias. » José Bussoms, (a) *Jep dels Estanyns*, jefe de los sublevados de la alta Cataluña, decía en su proclama: « Concurrid, manresanos, españoles todos, á sostener este patri-



Tallien de Cabarrús. Duffos. Bionne. Dauprat. Jégou. Dautzats. Boutan. G. Blanchet. Wiener. Verbrugge. Rodriguez.
 Sosa. Tontan. Dauprat. Col. Totten. Sabla. LESSEPS. Dirks. Albers. Bon-Wyse. Marolle.
 Wright. Gally.

PANAMÁ. — INDIVIDUOS QUE COMPONEN LA COMISION DE ESTUDIOS, PRESIDIDA POR MR. DE LESSEPS, PARA LA APERTURA DEL CANAL INTEROCEÁNICO.



monio de gloria, y veréis disipar la impiedad, abatir los negros, reponer los oficiales y demas empleados realistas que fueron separados de sus destinos con la más descarada arbitrariedad, para colocar á los exaltados constitucionales que atentaban contra la Real persona de S. M., y áun á los mismos milicianos voluntarios, en contravencion á los repetidos sabios decretos de su Real Majestad, y acabar con todos los liberales del suelo español. Despues de esta virtuosa ocupacion, retiraos al seno de vuestras familias, ciertos de que vuestras casas y hogares serán respetados, vuestros derechos sostenidos y defendidas vuestras propiedades.» Hé aquí resumido el memorial de agravios de los insurrectos.

Viendo el extraordinario incremento que tomaba la insurreccion, el Rey, por inspiracion propia, ó cuerdamente aconsejado, decidióse á venir á Cataluña. El golpe fué dado con habilidad. La mejor manera de convencer á los ilusos de que les engañaban los que pretendian que el Rey no gozaba de completa libertad, era hacer que el Monarca se presentase voluntariamente entre los que daban asenso á tales invenciones. El 22 de Setiembre salió Fernando de Madrid, y el 28 del propio mes entró en Tarragona. El mismo dia firmó una alocucion, en la cual se lee: «Cérrad los oídos á las pérfidas insinuaciones de los que, asalariados por los enemigos de vuestra prosperidad, y aparentando celo por la religion, que profanan, y por el trono, á quien insultan, sólo se proponen á arruinar á esta industriosa provincia. Ya veis desmentidos con mi venida los vanos y absurdos pretextos con que hasta ahora han procurado cohonestar su rebelion. Ni yo estoy oprimido, ni las personas que merecen mi confianza conspiran contra nuestra santa religion, ni la patria pelagra, ni el honor de mi corona se halla comprometido, ni mi soberana autoridad es coartada por nadie. ¿A qué, pues, tomar las armas los que se llaman á sí mismos vasallos fieles, realistas puros y católicos celosos? ¿Contra quién se proponen emplearlas? ¿Contra su Rey y señor? Sí, catalanes: armarse con tales pretextos, hostilizar mis tropas y atropellar los magistrados, es rebelarse abiertamente contra mi persona, desconocer mi autoridad y burlarse de la religion, que manda obedecer á las autoridades legítimas; es imitar la conducta y hasta el lenguaje de los revolucionarios de 1820; en fin, destruir hasta los fundamentos las instituciones monárquicas; porque si pudieran admitirse los absurdos principios que proclaman los sublevados, no habria ningun trono estable en el universo.»

La firmeza y union de los sublevados, algo quebrantadas por la entrada del Rey en Cataluña, sufrieron un golpe mortal con esta alocucion. Las verdades de hecho y de principio que ella contenia estaban al alcance de las masas, que luego se llamaron á engaño, y la claridad y energía de todo el documento infundieron miedo á los elevados protectores de la rebelion. Así es que buen número de los insurrectos se acogieron al indulto que el Monarca les ofrecia; algunos jefes, los más comprometidos ó desconfiados, se ocultaron ó expatriaron, y los demas opusieron escasa resistencia á las tropas; de manera que la campaña, dirigida con actividad y acierto por el Conde de España, fué poco más que un paseo militar.

II.

¿Cuál fué el objeto de esta rebelion y quiénes sus promovedores? En una obra muy rara, publicada en Montpellier en 1843 por autor anónimo, pero que me consta lo era un individuo de la ex-junta carlista de Cataluña (1), refiriéndose á los sucesos de 1827, se lee lo siguiente: «Entre tanto, los artificiosos liberales comenzaron á propagar la voz de que el objeto verdadero de los realistas era el de obligar al rey D. Fernando VII á descender del trono y proclamar

en su lugar al Serenísimo Sr. Infante D. Carlos María Isidro, nuestro legítimo soberano. Por primera vez se oyó el nombre de *carlistas*, que inventaron los hijos de Maquiavelo para extraviar la opinion pública, y designar un partido que temian, habiendo llegado á conocer muy bien sus principios y los fines de sus combinaciones. Los astutos liberales inventaron esta calumnia, y le daban valor con hipócrita sagacidad á dos objetos igualmente infames: primero, denigrar á los realistas; hacerles sospechosos de traicion; excitar contra ellos el ódio del Monarca; disponer su abatimiento; conseguir por grados su ruina, y dejar enteramente libre á la revolucion el campo de batalla: segundo, infundir en el Real ánimo del Sr. D. Fernando VII desconfianza y recelo contra un buen hermano, que tantas pruebas le habia dado, y estaba continuando, de fidelidad y amor; arrojar la manzana de la discordia en la Real familia; preparar la persecucion del Serenísimo Sr. Infante D. Carlos, ahora rey legítimo de España; estorbar por todos medios su elevacion al trono; sembrar en todas las provincias el descontento, la falta de respeto á S. M., la desmoralizacion, el desorden y el ateísmo; y para madurar tan fatales disposiciones, hacerse dueño de todas las eventualidades. La experiencia ha demostrado la realidad de estos infernales proyectos, y es de creer que no hubieran podido llevarse á ejecucion si el movimiento de los realistas en el año 1827 no hubiese hallado estorbos hasta conseguir su último objeto, consolidando la monarquía sobre sus propias bases, y resguardando el trono de la tempestad que amenazaba su ruina. Prescindiendo del hecho considerado en sí y en su primer origen: miro solamente á los efectos que se hubieran obtenido, segun las intenciones de los levantados, *quienes creian conformarse con la voluntad del Rey.*»

El autor del libro que acabamos de citar, y que sin duda era uno de los principales conjurados, opina que la sublevacion de 1827 fué *un arcano sumamente oscuro é impenetrable*. ¿Cómo calificar de arcano impenetrable una sublevacion que no escaseó las proclamas y se mostró en ellas bastante explícita? La Junta de Manresa declara que lo que se propone «es aterrar para siempre los trastornadores de la corona y ley fundamental de España.» Rafi Vidal, jefe de los insurrectos de la baja Cataluña, dice que se levanta «para sostener y defender con la vida los dulces y sagrados nombres de Religion, Rey é Inquisicion, arrollar y exterminar á cuantos masones, carbonarios, comuneros y demas nombres inventados por los maquiavelistas que no han obtenido el indulto que S. M. se dignó dispensarles.» ¿Dónde está, pues, el arcano? Decir que hay arcano es reconocer que la bandera de la rebelion no era sino aparente, y que llevaba un fin real distinto del que se proclamaba. ¿Era que con apariencia de amor al monarca y á pretexto de aumentar y respetar su poder se trataba de destronarle y traspasar su corona á las sienes de su hermano D. Carlos? El autor de la *Noticia de la última guerra civil* supone que esto fué una invencion calumniosa de los liberales. No obstante, el Rey, en su alocucion firmada en Tarragona, declara terminantemente que los sublevados tomaron las armas para emplearlas «contra su rey y señor.» Recuerdo que los sublevados de la comarca donde yo vivia llamaban á aquella insurreccion *la del rey cap per avall* (la del rey cabeza abajo), y efectivamente, en su bandera llevaban un retrato del rey puesto cabeza abajo.

¿Pero bastan estos datos para deducir que D. Carlos era el jefe de aquella rebelion? No por cierto; siempre he oido decir, y no por partidarios de D. Carlos, que éste se negó tenazmente al destronamiento de su hermano, y que el alma y jefe de aquella rebelion fué su esposa doña María Francisca. De lo que yo recuerdo, parece ser que en realidad aquella sublevacion tenia por objeto destronar al rey D. Fernando y sentar en el trono á su hermano D. Carlos, que por ser persona de pocos alcances y muy dado á la devocion, creian poder dominar los promovedores de aquel movimiento. Organizóse para este fin una Sociedad secreta,

(1) «Noticia de la última guerra civil de Cataluña y defensa de la Junta gubernativa y de los jefes del Real ejército del mismo Principado, con un Apéndice de documentos en su justificacion, que el amigo de la verdad dedica á todos los hombres imparciales y justos.»—Montpellier, imprenta de Isidro Fournel mayor, calle Tournarie, núm. 10, año 1843.

llamada del *Angel Exterminador*, y solamente los afiliados á esta Sociedad eran los iniciados en el propósito del destronamiento. Para los demas, la sublevacion no tenía otro objeto que el indicado en las proclamas, y lo que en ellas se decia era bastante para levantar á los que estaban descontentos por la parte de botin que les habia tocado en el triunfo de 1823, y á los que de buena fe creian que la falta de rigor en el Gobierno daba alas á los liberales para repetir lo que hicieron en 1820. En Cataluña el foco de la rebelion estaba en Cervera, y lo dirigian los mismos que más tarde dominaron en la Junta de Berga y complotaron, en 1839, la destitucion del Conde de España, que fué el preludio de su asesinato. Uno de los agentes más activos de la conspiracion fué la famosa Josefina Comerford, que murió no hace muchos años de *penitente* en la montaña del Montseny.

Supónese que el rey Fernando tuvo noticia de lo que se tramaba, y deseando escarmentar á los conjurados, para que no se repitieran las tentativas en ocasion que tal vez no podria desbaratarlas, hizo que entráran en la conspiracion Calomarde, su primer ministro, y Carlos de España, hombre de la más absoluta confianza del Rey. Así estaba al corriente de los planes de los sublevados y pudo contrariarlos oportunamente.

Despues de permanecer algun tiempo en Cataluña, volvióse á Valencia el rey Fernando para ir á recibir á su esposa la reina Amalia, y durante su ausencia fueron condenados á muerte y ejecutados en la ciudad de Tarragona el coronel graduado D. Juan Rafi-Vidal, el teniente coronel graduado D. Alberto Olives, el teniente coronel D. Joaquin Laguardia, D. Miguel Beicar, D. Magin Pallás, individuo de la Junta de Manresa; el teniente coronel D. Rafael Bosch y Ballester, el capitán D. Narciso Abrés, D. Jaime Vives y D. José Robusté, jefes de la rebelion, presentados á indulto. Además de estas ejecuciones públicas, las hubo tambien llevadas á cabo ocultamente y en el silencio de la noche. Cuéntase que miéntras la atencion pública estaba distraida en las ejecuciones del Fuerte Real, se verificaban otras en la Falsa-Braga, entre los dos recintos fortificados. Parece ser que numerosas personas complicadas en la insurreccion eran llamadas á Tarragona á pretexto de comunicarles órdenes secretas. Estas víctimas no entraban siquiera en la ciudad, sino que eran amontonadas sigilosamente en los calabozos de aquella fortificacion. Las pocas personas que habitaban en las casas adosadas á la cortina de la muralla que corre desde la torre de San Magin á la del palacio arzobispal decian con gran reserva á sus más íntimos amigos que, durante el mayor silencio de la noche, oian muy á menudo lamentos, lloros y á veces execraciones, reproducidas por el eco de aquellas fúnebres paredes, pareciendo como que eran muchos los que sufrían y se quejaban. De repente sonaba una descarga y cesaban aquellos pavorosos gemidos. A poco veíanse recorrer negros bultos en silencio y á oscuras por un pequeño espacio de la Falsa-Braga, metiéndose debajo del portal, y á los pocos minutos la fúnebre comitiva reaparecia al exterior de las fortificaciones, guiada por un triste farol. Era que los ejecutores y las víctimas habian atravesado el grueso del muro por una antigua poterna que existe debajo de las mazmorras y da frente al camino del cementerio, distante apenas un tiro de fusil de la ciudad por aquel lado, quedando luego todo sumido en las tinieblas, para reproducirse igual escena en la noche siguiente. Así, muchas personas de la baja Cataluña salieron de sus casas para ir á Tarragona, y nadie ha vuelto á saber de ellas. ¿Era que Carlos de España queria hacer desaparecer de esta manera sus cómplices, para que no le delatáran como principal promovedor de aquella insurreccion, ó que, de acuerdo con el Rey, trataba de cortar todas las cabezas de aquella hidra revolucionaria? Este es un misterio que podria aclarar sólo el que poseyera la correspondencia privada del Conde y de su Soberano, que me consta fué entregada á la familia de D. Carlos de España despues de la muerte de este hombre singular.

La triste suerte que les cupo á los jefes de la rebelion en lo que hoy es provincia de Tarragona sirvió de aviso á los de la montaña de Cataluña; así es que todos, ó casi todos, se escaparon á Francia. Uno habia entre los fugitivos que interesaba mucho hacer desaparecer, y éste era el coronel José Bussoms, jefe de las fuerzas de la alta Cataluña. Pero ¿cómo apoderarse de él, no pudiendo reclamar su extradicion? Ello es que un dia fué llevado preso á Camprodon; de allí se le trasladó á Olot, y en Olot se le fusiló, juntamente con sus ayudantes y asistente. ¿Cómo se pudo realizar esta captura?

III.

Un dia, yendo de Camprodon á Rocabrana, pintoresco vallecito cerca de la frontera de Francia, encontré á un hombre del país, que andaba con dificultad, encorvado por los años y tal vez por una vida fatigosa. El guía que me acompañaba, viendo que el anciano torcia ántes de llegar á nosotros, me dijo, señalándolo con su baston:

—Allí va; siempre solo, huyendo de la gente; parece una bestia.

—¿Quién es ese hombre?—le pregunté. Paréceme muy anciano.

—Sí, señor—me contestó.—Tiene más de ochenta años; pero no son los años los que le hacen andar así, sino la conciencia. Ese hombre era íntimo amigo de Jep dels Estanys, y le vendió á sus enemigos. Desde entónces la gente ha huido de él, y él, á su vez, ha huido de las personas honradas.

Traté de averiguar lo que habia sobre el particular, y supe lo que voy á referir.

En Febrero de 1828 decíase en Camprodon que se hallaba oculto en casa del cabo de *guardas* (1) un personaje misterioso, que salia sólo de noche. Suponian los pocos que le habian visto que, aunque vestia traje de montañes catalan, no era ni montañes ni catalan, pues por sus maneras revelaba ser persona distinguida. Y observábase tambien que dos contrabandistas franceses, que solian frecuentar la villa aquellos dias, ó mejor aquellas noches, tenían entrevistas con el misterioso huésped del cabo de guardas.

Una madrugada entraron en Camprodon cuatro presos, escoltados por fuerza de tropa y de mozos de la Escuadra, mandando la escolta el Conde de Mirasol, ayudante del Conde de España, en quien se reconoció al personaje disfrazado de montañes catalan, así como en uno de los presos al famoso Jep dels Estanys. Reforzada la escolta con fuerza llegada el dia anterior de Ripoll, fueron trasladados los presos á Olot, donde se les pasó por las armas.

De lo que pasó en Olot nos dará curiosos detalles la partida de óbito que se halla en el fólío 17 del libro XI de defunciones, archivado en la parroquia de dicha villa. La inscripcion es como sigue:

«Hoy dia 13 de Febrero del año 1828 fueron fusilados en esta villa de Olot, en el lugar dicho el *Marge gran*, José Bussoms, vulgo Jep dels Estanys (2), de edad 78 años; su sobrino, Juan Bussoms, de edad 22 años; José Grandia y Vicente Noguera, estos de edad de 27 á 30 años, todos del lugar de Vallcebre, á excepcion del último, que era nacido en Berga, aunque tambien tenía su domicilio en Vallcebre, corregimiento de Manresa; decretada la sentencia de muerte contra ellos y acordado el ponerlos en capilla á las nueve de la noche del dia once para sentenciarlos en la tarde del dia siguiente, yo el infra-escrito Domero, Cura Párroco, acompañado del teniente de Cura, del señor Sacristan y Beneficiado de esta Comunidad D. Luis Vila, de dos Religiosos Carmelitas y de otros dos Capuchinos, entramos en el calabozo donde se hallaban los citados presos, y empecé á prepararlos para el fatal golpe que se les esperaba; todos recibieron con una santa resignacion una tan triste noticia, y

(1) Ronda de gente del país para perseguir el contrabando.

(2) Copio este documento conservando su ortografía: *ny* es la *ñ* de la ortografía catalana; así es que en los escritos redactados en castellano se suele usar la *ñ* en los nombres catalanes.

empezaron luego á disponerse para su feliz tránsito, á excepcion del primero, quien, sea por su avanzada edad ó bien por un trastorno de naturaleza, luego dió muestras de habersele desvanecido la cabeza y perturbado sus potencias; al paso que trabajamos para el sosiego y recobro de juicio en éste, íbamos disponiendo á los otros, y dispuestos y resignados recibieron el Santo Viático á las ocho horas de la mañana siguiente, en cuya hora continuaba aún en su devaneo de cabeza el pobre anciano. Interesándose la Reverenda Comunidad de Presbíteros seglares en la perseverancia de los unos y recobro de potencias para el otro, acordó cantar un solemne oficio y hacer las rogativas acostumbradas á Jesus Sacramentado; y gracias al Altísimo, á las oraciones de los muchos fieles que concurren en ellas, á las diligencias, no sólo de los Sacerdotes asistentes, si que tambien de algunos oficiales beneméritos y aun de los mismos compañeros de muerte, conseguimos lo que tanto deseaba, pues empezó á sosegar aquella naturaleza trastornada, y recobrado el espíritu y despejo de potencias por el paciente, pidió luego que, para poderse más bien disponer, se suplicase al Sr. General Monet tuviese á bien prolongar la execucion de la Sentencia hasta el dia siguiente, á lo que este digno y piadoso General, en obsequio de la Religion y de la humanidad, tuvo á bien acceder, á pesar de las terminantes órdenes con que se hallaba, y se prolongó la execucion hasta las siete horas de la mañana del dia 13, no sólo á favor del anciano, ya sosegado, si que tambien á favor de los otros tres, que así tuvieron más tiempo para prepararse y progresar en la gracia del Señor; serian como las dos de la tarde en que se comunicó á todos la gracia del Sr. General, que recibieron con sumo agradecimiento; tomaron en seguida algun sustento, que apenas habian gustado en todo el dia, y se pusieron á descansar los ya preparados, y el viejo Bussoms, ya despejado, pidió algunos ratos de quietud para más recobrase, y empezó á prepararse; efectivamente, empezó á las seis de la noche; despues de alguna pausa continuó cerca las 9, y habiendo mediado algun descanso, prosiguió y concluyó su preparacion desde las dos horas de la mañana hasta las cuatro, en que celebrándose el Santo Sacrificio de la Misa, en ella comulgó él por Viático, y los demas compañeros por devocion; llegó la hora de la sentencia y salieron los cuatro para el patíbulo, á donde llegaron ántes de las 8 horas de la mañana de este dia trece, y despues de haberse todos nuevamente reconciliado y pedido perdon á los concurrentes y encomendado una Ave-María á la Virgen Santísima para asegurarles una muerte preciosa á la presencia del Señor, particularmente al anciano Bussoms, entregaron sus espíritus al Creador, y sus cuerpos cadavéricos permanecieron en el patíbulo hasta el anochecer, en que se les dió tierra en el Campo Santo, cerca del cual fueron fusilados. = *Qui vidit (et in his diligentis magnam partem habuit) testimonium perhibet.* = Joaquin Torramilans et Pujalar Pbr. Hebdomadarius. = Y para que á esta partida en todo lugar y tiempo se le dé entera fe y crédito, doy la presente, que signo, firmo y rubrico en esta villa de Olot hoy dia 15 Febrero del año 1828. = En testimonio ✠ de verdad. = Joaquin Torramilans y Pujalar, Presbítero, Domero, Cura Párroco.»

La prision del Jep se verificó de esta manera: existe á un kilómetro de la frontera española, dentro del término municipal del pueblo frances de La Manera, una casita aislada, que tiene por nombre *Puig Urdell de Dalt*, cuyo dueño era entonces Miguel Mari (a) *Maticas*. Maticas era uno de los más famosos contrabandistas de aquella época, y su casita servia de depósito para los géneros de contrabando. Maticas tenía un compañero, tambien de La Manera, llamado Jaime Yerra (a) *Nin Ministranda*, que le ayudaba en su ilícito comercio. Estos dos hombres eran los que celebraban entrevistas con el Conde de Mirasol; entrevistas que indudablemente tenían por objeto la captura del Jep, por ser los dos contrabandistas sus agentes de mayor confianza. Hallándose Jep oculto en las inmediaciones de Per-

piñan, y sin relaciones más que con sus confidentes, le persuadieron éstos de que la insurreccion habia estallado de nuevo en Cataluña, que cundia por todo el país y que cerca de la frontera le esperaban fuerzas para que las dirigiera como jefe. Con este engaño le llevaron al *Puig Urdell*, y como Jep era hombre astuto y desconfiado, no quiso pasar de allí hasta que se le presentara alguno de los que decian le esperaban al otro lado de la frontera; pero quien se le presentó fueron el Conde de Mirasol y la fuerza que él mandaba, que, violando el territorio frances, le arrastraron á él, á sus ayudantes y á su asistente á Camprodon, para desde allí ser llevados á Olot, donde debian ser sacrificados.

Se ha dicho tambien que el pretexto con que se le atrajo al *Puig Urdell* fué persuadiéndole que entrara en territorio español para hacer una escritura de venta simulada de sus bienes, á fin de librarlos del embargo; pero esta version la tengo por infundada, porque para firmar una escritura no hubiera ido con sus ayudantes, y porque dudo que el Jep tuviera bienes de fortuna; y para esto me fundo en otro documento que ha venido á parar á mis manos, y es un triste epilogo del horrible drama que acabo de relatar. El documento á que me refiero es una solicitud de la hija del Jep pidiendo que se le entreguen, para poder utilizarse de ellas, algunas prendas de ropa de su difunto padre. Está extendida en papel de sello 4.º del año 1829, y dice:

« = M. I. S. = Rosa Bussoms, soltera, natural de Vallcebre, corregimiento de Berga, llena de la mayor confianza y respeto, á V. S. expone: Que en virtud de haber quedado desamparada, en compañía de un hermano que se halla ciego, por haber sufrido la pena de muerte, segun las sábias leyes del Rey Nuestro Señor (q. Dios g.) que le condenaron á su difunto padre, por haber delinquido en levantar gente armada para la última rebelion en la feliz nacion española; y al ver que V. S. favoreció á la recurrente con mandar el que se le entregase toda la ropa luego que espiró su difunto padre, como asimismo cumplieren las autoridades de los pueblos que le conservaban algunas cosas. Pero á más de esta ropa y efectos se ha descubierto que en el pueblo de Ripoll, en casa el Doctor Ramon Montañá, Médico, en la Torre de Foix, en casa de Sol de Vila, ambas poblaciones del corregimiento de Berga, y en Manresa en casa Josef Casals, sastre, y en algunas otras casas más que dicho difunto padre de la recurrente, que tiene la mayor confianza, les habia entregado ropa y algunos efectos más, de los cuales, como en aquella época no se hallaba sabedora la suplicante, no pudo exponerlo en aquel entónces; pero ha llegado la ocasion de poderse avistar con el asistente que tenía el difunto, llamado José Pujol, natural de Berga, pues que éste era el mismo que conducia la ropa y efectos á las casas que le prevenia su amo, y mandando V. S. que dicho Josef Pujol pase en compañía de la recurrente en los pueblos indicados, para que este asistente manifieste en aquellas autoridades cuáles son las casas que conservan ropa de su difunto padre, para que en vista de su presentacion se le mande entregar todo lo que tienen. Por todo lo que

» A V. S. rendidamente suplican que, en virtud de lo expuesto, se sirva mandar á las Justicias de los pueblos citados el que le sean entregados los efectos que tenía depositados su precitado difunto padre á la recurrente, pues que es la única á quien corresponde, segun así V. S. lo mandó despues de fallecer su padre. Gracia que espera merecer del magnánimo corazon de V. S. = Vallcebre 11 de Diciembre de 1829. = M. I. S. = Rosa Bussoms. = M. I. S. Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Bonet» (1)

¡Cuántos horribles misterios de esta clase encierra, señor Director, la tristísima historia de nuestras luchas intestinas!

J. MAÑÉ Y FLAQUER.

Barcelona, Mayo de 1880.

(1) Aunque se lee Bonet en la solicitud, indudablemente se trata del general Monet

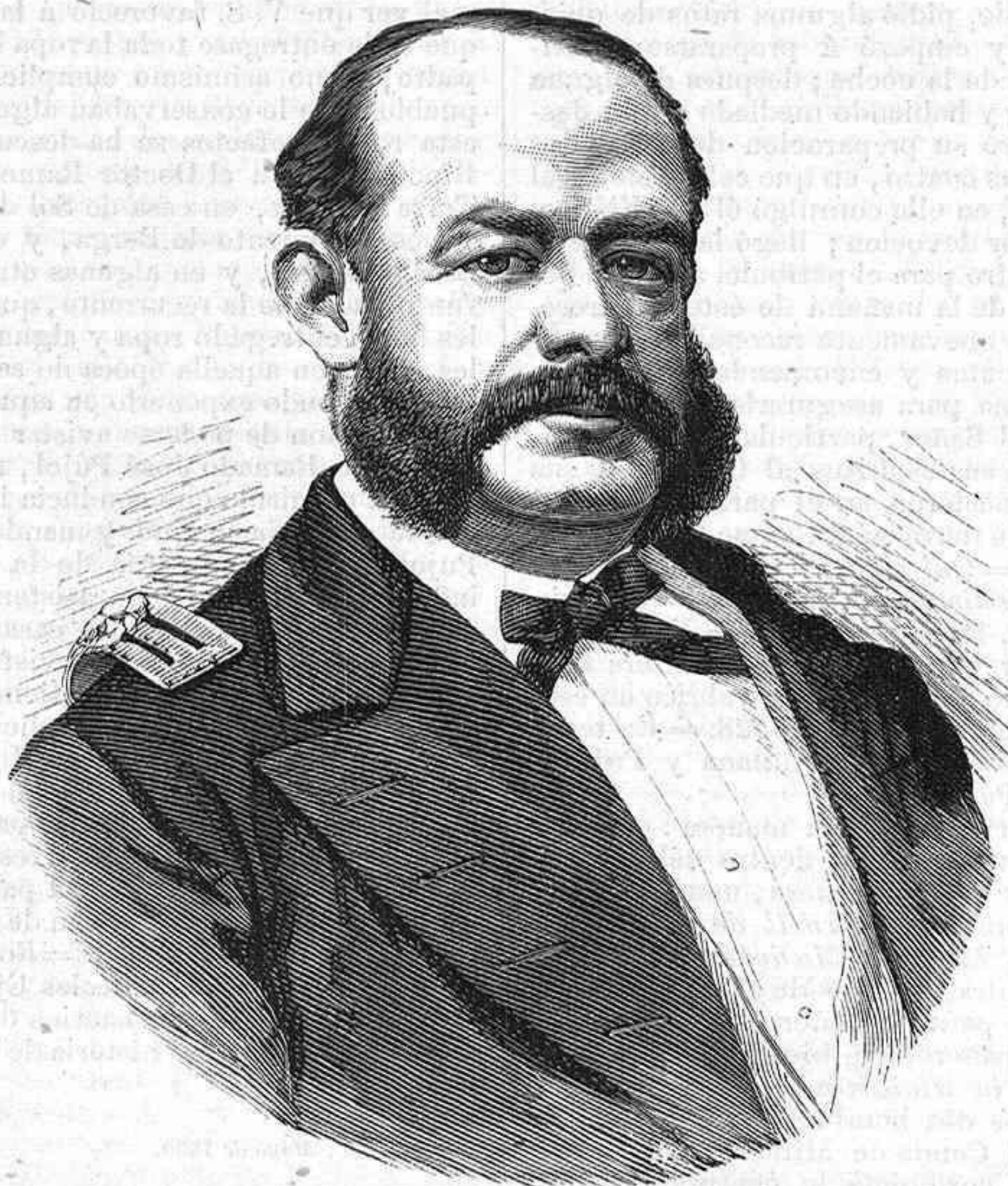
ANHELO INFINITO.

¿Te acuerdas? Era la noche
De las caricias primeras,
De los ardientes suspiros,
De las solemnes promesas.
Balbucientes nuestros labios,
Asidas las manos trémulas,
Ibamos por una calle
De palmas y madre selvas.
Llevabas como una diosa
Sobre la frente modesta
Guirnalda por mi tejida
Con flores recién abiertas.
Al apoyarte en mi brazo
Temblabas como las hierbas,
Que á nuestro paso vertían
Efluvios de primavera.
Con la embriaguez inefable
De una alegría suprema,
Hablaban todos los seres
En su misteriosa lengua;
Y á la faz de aquella noche
Tan apacible y serena,
Brillaban con lumbre pura
Tus ojos y las estrellas.

¿Te acuerdas? ¡Oh, cuántas veces
En mis congojas secretas
He repasado la calle
De palmas y madre selvas,
Y soñado en una ruta
Desconocida y desierta
Que baje á profundos valles,
Que suba á cumbres enhiestas,
Que cruce apartados climas,
Que rompa vírgenes selvas,
Y que en las cimas nevadas—
Mucho más léjos—se pierda;
Donde apliquemos al labio
Esa copa siempre llena
De esperanzas infinitas
Y de infinitas creencias;
Donde, al recibir el ósculo
De las verdades eternas,
Para siempre en una sola
Se fundan las almas nuestras!

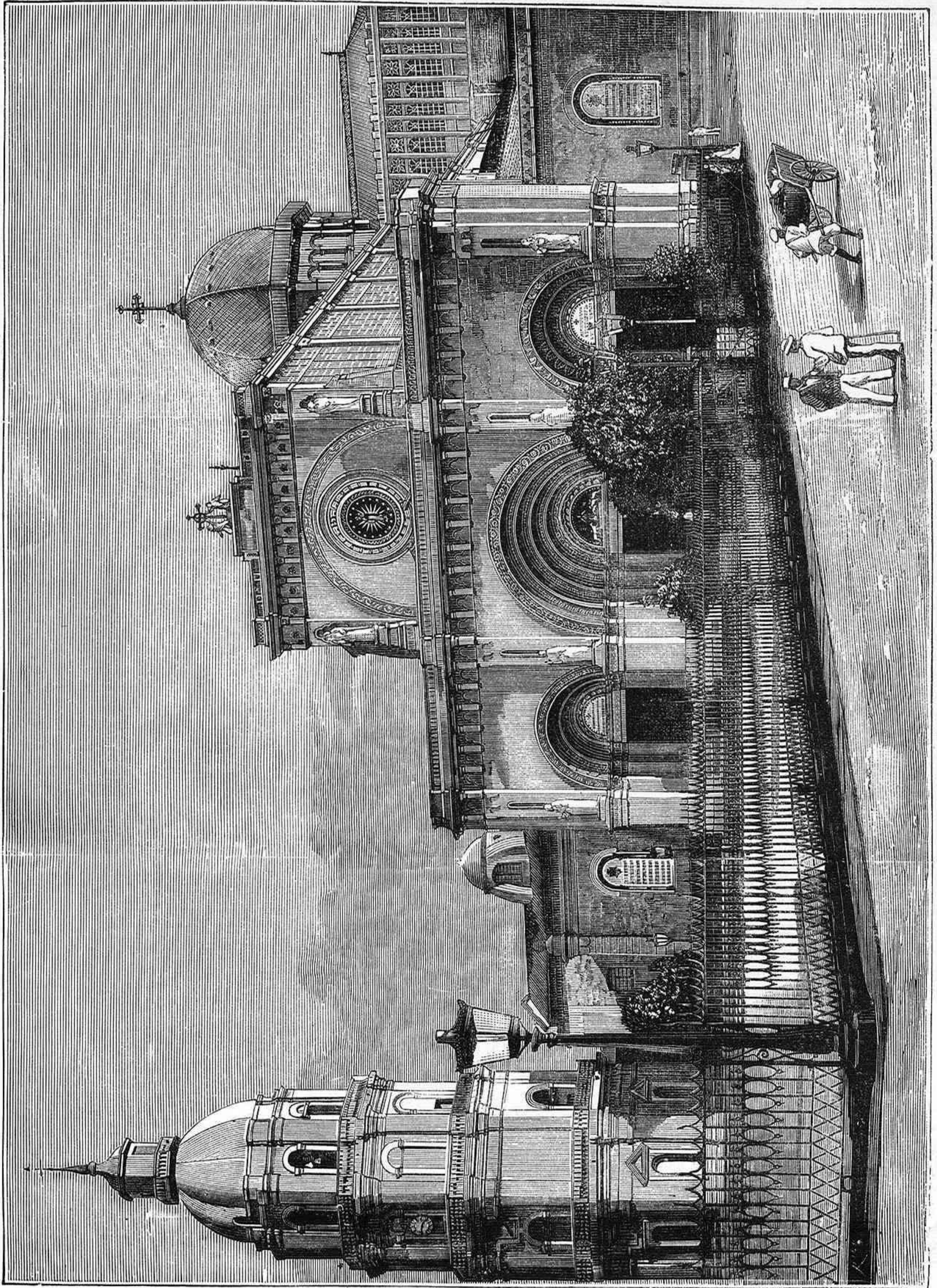
JOSÉ VARELA ZEQUEIRA.

Habana; Junio, 1880.



D. MIGUÉL GRAU,

ALMIRANTE QUE FUÉ DE LA ESCUADRA PERUANA; † Á BORDO DEL «HUASCAR», EL 8 DE OCTUBRE DE 1879.



MANILA. — EXTERIOR DE LA NUEVA IGLESIA CATEDRAL, CONSAGRADA EL DIA 8 DE DICIEMBRE DE 1879.

EL GARROTE MÁS MAL DADO.

HREEN algunos que la córte de nuestro rey austriaco Felipe IV era una mansion de delicias y de ventura. A juzgar por los intrincados lances y galanteos que forman el nudo y sustancia de la mayor parte de las obras dramáticas de aquel tiempo, doyle al más austero capuchino que pudiera vivir incólume ni dueño de su voluntad en medio de aquel paraíso, donde abundaban las serpientes seductoras y las Evas capaces de seducir al Adán más tímido y virtuoso. No eran capuchinos, pero sí mercenarios ó de otras órdenes los que disputaban á Lope y Calderon los lauros de Melpómene y de Talía. *De Madrid al Cielo* tenía por título un libro destinado á encomiar las grandezas de aquella córte; pero el cielo no era el que entrevió Jacob ascendiendo por su misteriosa escala, sino el que se abría á cualquier amartelado galán en el estrado, ya que no en el aposento más íntimo de su dama.

Pero por fácil que fuera penetrar en él, no se lograba á veces sin tropezar con el honor de un padre ó un hermano puntilloso, con la espada de un competidor confiado, y no pocas con el puñal de un asesino. De día era, en efecto, Madrid todo algazara y fiestas; de noche, ó porque los malhechores se amparan de la oscuridad, ó porque la ceguedad del ánimo se aumenta con las tinieblas, ni había paso sin peligro, ni lugar seguro. La guerra que en todas partes, dentro y fuera de España, se sostenía, ni con la paz de Westfalia se conziguó que finalizase. El oro escaseaba de suerte, que fué preciso sustituirlo con la moneda de vellón. Menudeaban las leyes suntuarias, y el lujo y fausto se hacían mayores. No es posible dar á conocer aquella época de desastres y aniquilamiento, sin pintar el cuadro de la decadencia de la nación; y como no es éste nuestro propósito, ni cabría tal empeño sino en una historia que no hemos de escribir nosotros, contentémonos con referir el hecho que sirve de asunto á esta relacion.

Era en la primera mitad del siglo XVII la Plaza Mayor de la coronada villa teatro de alegres espectáculos y mortales tragedias; tan pronto se alzaban en su recinto tablados y graderías que la convertían en coso de toros ó en liza de cañas y torneos, como cadalsos en que ejecutaba su rigor la justicia humana. Así, á las prodigalidades y diversiones con que se festejó la venida del Príncipe de Gáles, esposo desahuciado de la infanta D.^a María, y la entrada en Madrid de la nueva esposa de D. Felipe, D.^a Mariana de Austria, sucedieron los autos de fe en que figuraron como víctimas Benito Ferrer y Reinaldos de Peralta; y á semejanza de lo que años atras se hizo con D. Rodrigo Calderon, fueron en 1648 degollados allí mismo, como traidores y reos de lesa majestad, D. Carlos Padilla y D. Pedro de Silva, valiéndole

para librarse de aquella pena al Duque de Híjar el ánimo inquebrantable y el fiero valor con que arrostró el tormento. Otros sucesos desgraciados, aunque de distinta especie, dieron celebridad, por serlo tan principal, á aquella parte de la poblacion, como el repentino y voraz incendio que por espacio de tres dias consumió todo el frente de la Plaza que miraba al Norte; mas en el tiempo á que nos referimos, los edificios se habian repuesto, sin advertirse vestigio alguno de aquel estrago.

Amaneció el 14 de Agosto de 1654, y un inmenso concurso, acrecentado con el que acudia á aquel punto para proveerse de mantenimientos, se apiñaba por todas partes. Diferentes ideas parecían animar los semblantes de todo el mundo: la tristeza en unos, la impaciencia en otros. Fijábanse las miradas en un tablado construido en medio de la plaza, en el centro del cual se veía un palo enhiesto, con una argolla en su parte superior y un banquillo que servía de asiento, todo ello groseramente labrado, y de tan siniestro aspecto, que no dejaba duda de que fuese suplicio para ajusticiar á un hombre. No pregonaban los vendedores con desaforados gritos, como era costumbre, sus mercancías; oíase sólo un rumor sordo y continuo, y conversábase en voz baja y temeroso cuchicheo, cual si circulase un secreto de boca en boca; pero en los soportales que miraban á la Carnicería, es decir, al lado opuesto de las nuevas fábricas que reemplazaron á las destruidas por el incendio, llamaban la atención algunos grupos de personas que, por su aire y aderezada apariencia, mostraban serlo de calidad.

En todos ellos se discurría sobre el mismo asunto.

— Mírese bien, decía uno, al parecer hombre de respeto, mírese el Cardenal en no llevar adelante sus pretensiones, porque el Rey es rey, y no ha de permitir que un criado mate á su señor y quede una hora más con vida. ¡ Medrados estaríamos si se consintiese semejante afrenta!

— Como que ya el cochero de Pastrana, dijo otro, revolviéndose contra su señor, que le reprendía, ha osado contestarle: «Repórtese en lo que habla, porque todos somos hombres, y cada cual hijo de su padre.»

— ¿Lo veis? añadió uno medio jibado; los viles son insolentes en despique de su bajeza. Porque el Condestable mató á un lacayo, quieren los criados igualarse con sus señores.

— Hoy quedarán escarmentados, continuó diciendo otro de los del corro; á las diez y media se despachará el negocio. Hasta luégo.

Y tras él fueron desfilando los demas interlocutores. Y la muchedumbre que llenaba la Plaza fué también poco á poco desapareciendo. Pobres y ricos debían almorzar temprano, unos por costumbre, otros por desembarazarse de aquel cuidado, porque todo Madrid pensaba concurrir al espectáculo que se preparaba.

Y todo Madrid llevó á cabo su determinacion; que no hay pueblo en el mundo más curioso ni novelero. A las diez era imposible penetrar en las calles que desembocaban en la Plaza, siguiendo direccion opuesta; el gentío caminaba lentamente, como un arroyo de anchuroso cauce, pero que poco á poco extiende más sus orillas. La Plaza estaba ya henchida de espectadores, no sólo en su interior, sino en las alas de los soportales, rebosando por ventanas, balcones y azoteas. A traves de aquella confusion se abrian paso imperiosamente numerosas rondas de alguaciles, las varas en alto y las espadas á la cintura; y no estaba de más tanta precaucion, porque se decia que el reo estaba inocente, y que al llegar al cadalso se sobreseeria en la ejecucion de la sentencia; y como unos lo aplaudian y otros lo llevaban á mal, era de recelar que se promoviesen desórdenes y tumultos.

Dos cárceles habia en Madrid á la sazón, ambas mal regidas y peor acondicionadas. En cuanto á capacidad, baste decir que, por falta de albergue para tantos huéspedes, vivian éstos apretados como uvas en racimo por los fétidos patios y lóbregos corredores de aquellos insociables falansterios. Una se llamaba cárcel de córte, para los presos de cierta consideracion social ó acusados de ciertos crímenes, y estaba situada enfrente de la parroquia de Santa Cruz, donde no há mucho la Audiencia territorial y hoy el Ministerio de Ultramar, extendiéndose hasta la calle de la Concepcion Jerónima; y otra, la de la villa, en la plaza del mismo nombre, á espaldas de la casa de Ayuntamiento, y frontera á la que se denomina de los Lujanés, malamente tenida por prision de Francisco I, no preso, sino honrosamente aposentado en el alcázar de Carlos V.

En esta segunda aguardaba aquel día su postrer hora el infeliz condenado á muerte, si no se apiadaba de su vida el Rey, hasta entónces más benigno que justiciero. No se habia usado en su proceso de términos dilatorios, y con igual presteza debia llevarse á fin; por lo que á punto de la hora prefijada, á las diez y media, se le previno para la breve jornada que habia de hacer. El murmullo que empezó en la cárcel y se propagó como una corriente eléctrica por la carrera anunciaba que se habia puesto en marcha la comitiva; á poco descubrióse ésta. Precedia una hilera de alguaciles á caballo con carabinas en los arzones y las espadas desenvainadas; algunos cofrades caritativos, que llevaban hachas encendidas; varios religiosos y ministros de justicia, y despues el reo, de luto, montado en una mula, con los ojos en un santo Crucifijo, que el sacerdote que le auxiliaba le ponía delante. Admirábanse todos de su mocedad y gallardía; las mujeres lloraban de lástima; los hombres rugían de indignacion. Ponderando su gentil presencia un escritor que le acompañó en tan terrible trance, y á quien se debe la revelacion de estos sucesos, dice, en disculpa de la única imperfeccion de su rostro, que la naturaleza le privó del ojo derecho para que, mirándose con uno solo, no se desvaneciese tanto; ingeniosidad muy en su punto en aquella época; y añade, respecto á su dignidad, que estaba ordenado de corona y grados, y disfrutaba un beneficio ó capellanía eclesiástica. En pocos se extremaron tanto las contradicciones de la fortuna.

Llegados, no sin dificultad, al pié del cadalso, apeáronle de la cabalgadura, y subió con paso firme los pocos escalones que mediaban hasta el tablado. Recorrió la ancha plaza

con su mirada, y dejóse ver de la muchedumbre, tranquilo, sin arrogancia, grave y modesto, como era de suyo, alta la cabeza, pálida la color, el cuerpo no desmadejado y lácio, sino derecho y suelto en sus movimientos. Reconcilióse breves momentos con el confesor, y sentado ya en el banco, cuando trémulo el verdugo le ajustaba al cuello el hierro de la argolla, fria como la guadaña de la muerte, un grito sonoro que exclamó: ¡El indulto! salió repentinamente del fondo cóncavo del cadalso. Volvió todo el mundo la vista á la puerta de Guadalajara, por donde debia aparecer el mensajero de tan grata nueva; no habia tal, era una estratagemá; pero aprovechándose de aquel momento de distraccion, arrebatadamente escalaron el tablado una turba de clérigos y frailes, se apoderaron del reo, lleváronle en volandas hasta un coche que no léjos tenian preparado, y con la velocidad que requería el caso, partieron por la calle de Toledo hácia Puerta Cerrada, y metieron al ya casi moribundo en el palacio del Cardenal Arzobispo, D. Baltasar de Moscoso, prelado digno de serlo por su piedad.

De tal manera quedaron absortos los circunstantes, que se desmayó el verdugo, el Corregidor, que presenciaba la ejecucion, se mantuvo inmóvil y como petrificado, y los asistentes, y la multitud de ministros que con sus espadas parecían amedrentar al aire y el gentío que cubria la Plaza, todo permaneció sin accion ni voz, todo sobrecogido de espanto, cual si se hubiese imaginado aquella fantástica aparicion en el letargo de un temeroso ensueño. El mismo reo, que ni la más leve sospecha tenía de peripecia tan impensada, creyóse trocado ya en espíritu, sér de otra nueva vida; y aunque se palpaba y reconocía su cuerpo, teniéndole por el de siempre, sin detrimento ni mudanza alguna, pensaba que no habria aún muerto del todo, ó que como el pasar de una existencia á otra habia sido tan instantáneo, bien pudiera ser su estado actual mera reminiscencia del que habia dejado. Al fin él se abandonó á su suerte; vióse entrar por las habitaciones del Arzobispo; que éste le salía al encuentro acariciándole con la mayor ternura; que le agasajaba con un excelente reparo de vino y bizcochos; que le colocaban en un mullido lecho, prevenido con el más cuidadoso esmero, dejándole al cabo solo, y encargándole que reposase sin zozobra alguna; y echóse á discurrir y forjarse mil quimeras sobre aquellas vicisitudes, representándose todo como obra de encantamento ó hechicería.

Dejémosle allí tranquilo, si tranquilidad podia gozar en medio de tantas confusiones y azoramiento, y sepamos quién era y por cuál delito se le perseguía. Llamábase D. Antonio de Amada, natural de Benabarre, en Aragon, hijo de un médico de Cariñena, que le dió estudios correspondientes al estado eclesiástico, á que le destinaba. Manifestó desde luégo aplicacion y extremada capacidad de entendimiento; prendas que, juntas al buen talle y bizarría de su persona, y á la cordura y modestia con que las realzaba, inclinaron al padre á variar de resolucion y enviarle á la córte, donde, si prosperaban las medianías, mayores aumentos podia prometerse el mérito verdadero. Provisto, pues, no sólo de esperanzas, sino de eficaces recomendaciones, el jóven vino á Madrid, y léjos de consumir en la ociosidad y devaneos de la juventud, como tantos otros advenedizos, la no muy pingüe cuantía de su peculio, desde luégo atendió á mejorarlo, considerándolo como propio, no malbaratándolo como

bien extraño, que es la insensatez del pródigo. Indagó, brujuleó, mostróse en sus diligencias más solícito que ambicioso, y halló á poco en una casa titular empleo proporcionado á sus juiciosas aspiraciones.

Recibióle á su servicio, mejor dicho, á su confianza, pues supo granjearse desde luego, en calidad de su secretario, el Marqués de Cañete, señor de Cuenca, que debía desempeñar en Palacio el cargo de montero mayor, como sus antecesores. Ilustró en alto grado el nombre de aquella casa su cuarto poseedor, D. García Hurtado de Mendoza, virey, capitán general del Perú y de Chile, cuyas hazañas celebraron D. Cristóbal Suarez de Figueroa en la elegante historia de su vida, y otros varios ingenios en el *Arauco domado*, donde vistieron la desnudez de la verdad con las galas de la poesía. Sucedióle su hijo D. Juan Andres, tres veces casado, primero con una hija del Conde de Chinchon, y sucesivamente con otras de los Duques de Medinaceli y de Maqueda, alguna de ellas, pues no está averiguado cuál, probablemente la última, tan poco señora de sí misma, con serlo tanto por su progenie, que, por haber castigado con crueles penas á sus criadas, excediéndose de su derecho, fué condenada por el Consejo Real á pagar una multa de tres mil ducados.

Quién fuese el Marqués que dispensó su favor al jóven Amada, lo ignoramos de todo punto, dado que las memorias que á la vista tenemos sólo alcanzan al año 1628, en que aún vivía D. Juan Andres; pero sabemos que habitaba en la calle Mayor y casa de su propiedad, actualmente ocupada por el Gobierno civil, y ántes por los Marqueses de Camarasa. Pues como trascurriese el tiempo sin quiebra alguna en el crédito del secretario, de cuyos buenos oficios, cordura é idoneidad cada vez estaba más prendado su protector, aconteció que, al entrar éste en su casa un día al anochecer, encontró á Amada en la escalera, y subiendo ambos apaciblemente hasta llegar á la antecámara, de pronto recibió el Marqués una estocada por la espalda y cayó muerto, sin siquiera exhalar un ¡ay! A los gritos de Amada acudieron los criados, y al estrépito que éstos movieron, multitud de gente extraña, no descuidándose la justicia. Yacia el Marqués en el suelo, traspasado el pecho por un estoque, y al lado Amada, pálido, mudo de espanto y en el más pavoroso desconcierto. Preguntóle el juez; no profirió palabra; la espada que llevaba el Marqués no se habia desvainado; Amada no la tenía; solos estaban los dos cuando sobrevino el lance; ¿qué más indicios, qué prueba mayor se necesitaba, viendo al uno cadáver, para tener al otro por asesino? La cárcel de Villa estaba tan inmediata, que fué fácil trasladar á ella al presunto reo.

No bien se divulgó el caso, fraguáronse conjeturas mil, fundadas en opiniones ó en intereses particulares; la más general era que, pues todas las circunstancias le condenaban, á pesar de su intachable reputacion y de su ejemplar y nunca dudoso comportamiento, D. Antonio de Amada era un malvado; malvado por su ingratitude, hasta entónces hipócritamente disimulada. Poníase de su parte la gente popular, más que á la ira, inclinada á la compasion y á no juzgar por cierto lo inverosímil; pero los que presumían de señores y todos sus allegados, éstos por respeto, aquéllos por su inviolable supremacia, ponderaban lo horroroso del crimen y exigían la pena del Talion; que no era posible, añá-

dian, gobierno alguno donde la nobleza no era sagrada, y en donde, á pretexto de agravio ó reparacion, podia atentarse contra la vida de los sublimados por el mismo Dios á la cumbre de la grandeza.

Estas y otras frases no ménos sentenciosas proferían los que, sin más conocimiento de causa, prejuzgaban la que perentoriamente se seguía contra el presunto delincuente, que apenas fué oído ni interrogado, y contra quien, prescindiendo de informaciones, defensa, pruebas y otros procedimientos legales, se dió sentencia de muerte, y trató de llevarse á cabo, como hemos visto. En vano el Cardenal Arzobispo de Toledo intervino en aquel asunto; en vano el clero secular y religioso protestó de la inocencia del reo: la habia probado ante Dios en el tribunal de la penitencia; pero era necesario, urgente sacrificar una víctima, y atenuar el escándalo del crimen con el escándalo del castigo. Y viendo el Cardenal que ni ruegos ni intimaciones eran de efecto en aquellos ánimos enconados y vengativos, se arrojó al más peligroso intento, poniéndose, por defender una causa justa, enfrente de la justicia.

Salvóse por tan maravilloso modo el que tan próximo estuvo á su fin; el pueblo lo presenció con aplauso; los señores, enfurecidos. Dejóse el cadalso en pié, amenaza que hablaba sin voz á los sediciosos. Pero al dia siguiente cercaron los alcaldes de Corte la casa del Arzobispo con más de doscientos hombres, sacaron por fuerza al reo, de nuevo le llevaron á la prision, y de nuevo empezó á sustanciarse la causa. Entre tanto, dictóse auto de destierro contra el Cardenal, contra el padre jesuita que ayudó á bien morir á Amada, y un obispo que le metió en el coche. Negóse el primero á salir de Madrid, y, como despues veremos, anduvo cuerdo en la resistencia.

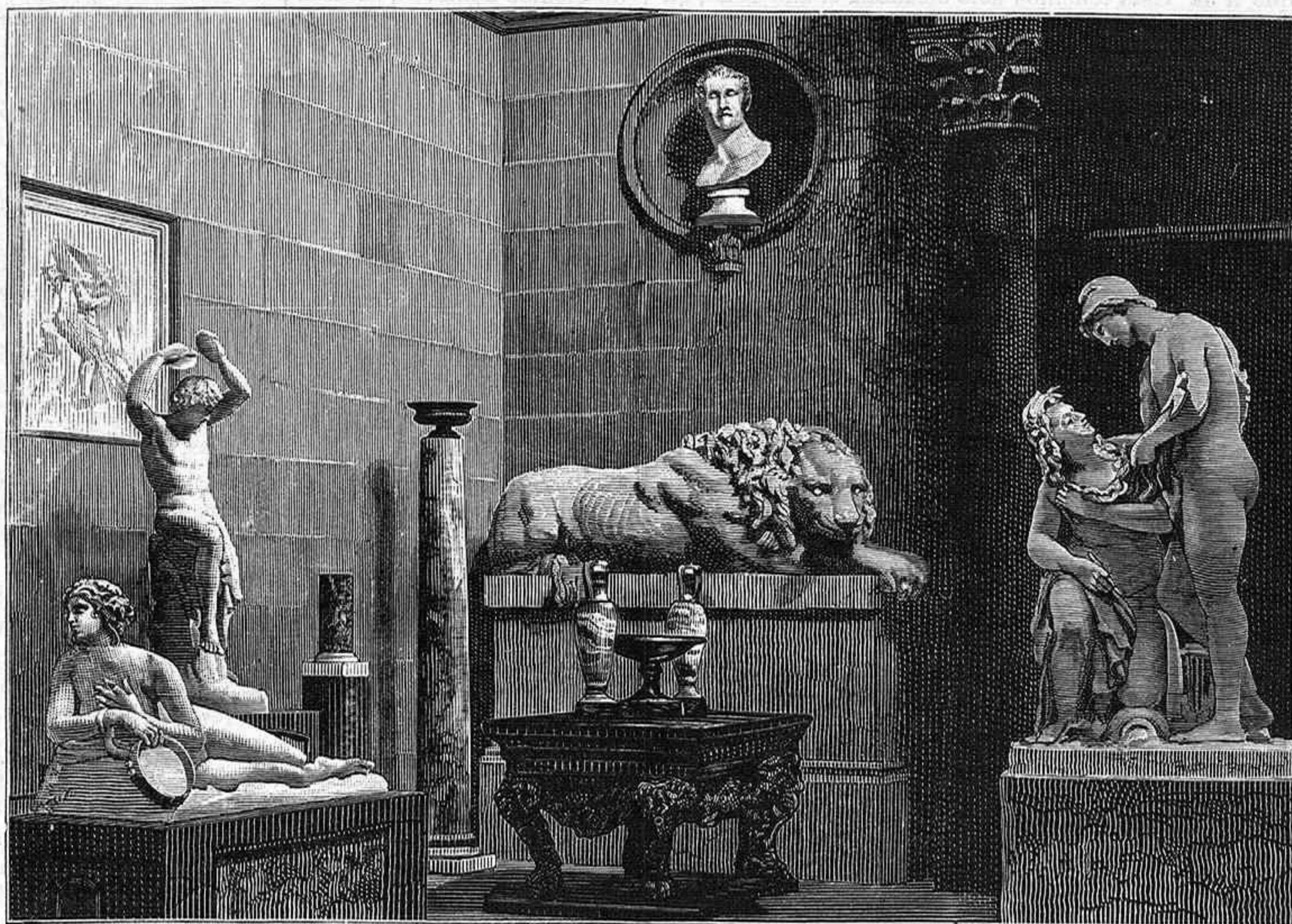
Era de recelar, supuesta la obstinacion de sus contrarios, que Amada sería segunda vez conducido al suplicio, pero que su salvacion no se repetiría. Lo fué, en efecto, «llevando, como refiere el escritor ántes indicado, sólo cuatro alguaciles, y con poquísima prevencion en lo exterior, si bien á la deshilada la chusma toda de escribas y fariseos, armados como relojes, llenos de carabinas encubiertas, y con orden de matar á quien se descompusiese.....» Finalmente, fué ajusticiado á los ocho dias, cortada su mano derecha y puesta sobre un palo delante de la casa del Marqués difunto. De los criados del Cardenal, á unos se apartó de su servicio, con nota de que le inducian á la rebelion; á otros se confinó lejos de la corte. Igual pena se impuso á gran número de eclesiásticos, y no faltó la de azotes para algunos revoltosos de oficio, señalados como principales instrumentos del rapto que agravó el crimen del asesino. En cuanto al móvil que impulsó á éste, eran varios los pareceres: como más acreditado corria el de ciertos amores secretos en que recíprocamente se estorbaban el Marqués y Amada; no, sin embargo, tan secretos, que no se hubieran traslucido en las sombras de una noche y por entre las rejillas de un convento; mas de esto á considerar á Amada como reo de Estado mediaba distancia inmensa. La verdad era que convenia imponer respeto á la plebe, la cual, según algunos, se subia á mayores, y fué elegido el infeliz secretario por víctima propiciatoria. Así procedió la justicia humana; pero restaba el fallo de la divina.

Dos semanas trascurrieron desde la ejecucion de Amada, cuando se renovó el espanto que produjo, y en los ánimos efecto contrario á aquel que se pretendia. Murió en el hospital un hombre que habia sido lacayo del Marqués. Prendiéronle al incoar el proceso, por ser el demandadero de quien Amada se servia; mas nada se averiguó de él, y le pusieron en libertad. Coincidió el asesinato con la circunstancia de haberse arrojado el tal desde una ventana y romperse una pierna en la caída. Hirióse ademas gravemente, pero ocultó el fracaso por temor de excitar sospechas. De haber descuidado la curacion, sobrevino el ser ésta imposible; y viéndose sin remedio y cercano á su postrimeria, llamó confesor y testigos, y vuelto á ellos, les habló así: «Yo he sido, yo, miserable, el que asesinó á mi amo; el matador único del Marqués. Reprendiome por una falta en que habia incurrido; mi mujer quiso defenderme; maltratóla el señor, y juré vengarme; y la tarde del suceso, viendo entrar al Marqués en casa y subir la escalera en compañía de D. Antonio, así de una espada, y prevalido de la oscuridad, calladamente y poniéndome detras del secretario, dí por la espalda una estocada al señor, de que cayó sin vida. Huí por la galería

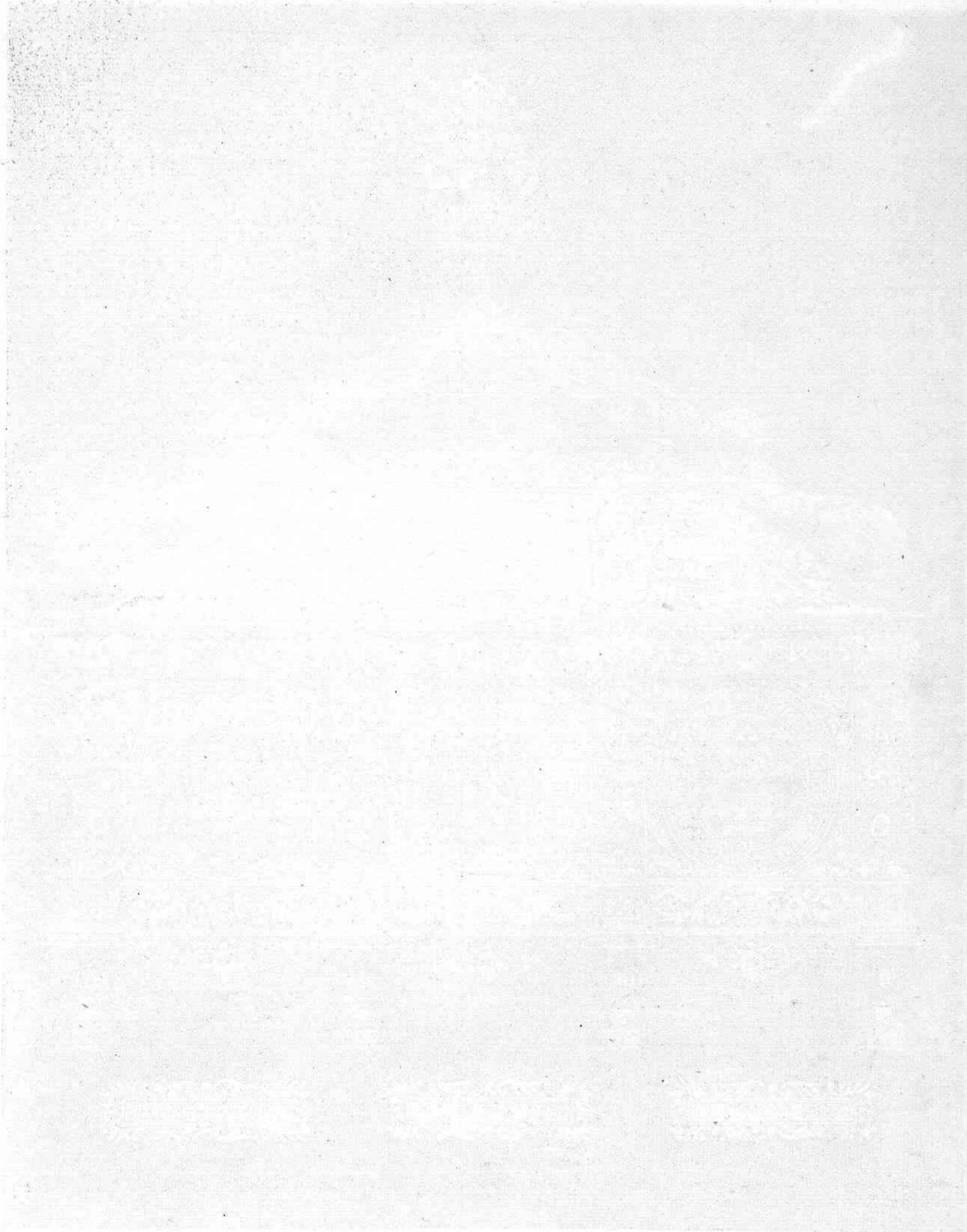
contigua, y desde la ventana primera me arrojé al patio; y aquí estoy muriendo de mis lesiones, y más que de ellas, del delito que cometí y de la injusta muerte que por mi causa dieron á D. Antonio. ¡Dios haya premiado su inocencia, su cristiana y heroica resignacion, y á mí me acoja en el seno de su misericordia, sí, padre mio, tan grande como es mi arrepentimiento y el horror que me dan mis crímenes! Perdóneme Dios; rueguen por mí mis víctimas, y sepa el mundo que declaro haber sido el asesino de mi señor y el verdugo de D. Antonio.» Y acabando de decir esto, espiró.

¡Oh, juicios de Dios, siempre infalibles, aunque encubiertos á la iniquidad humana! El baldon que aquellos protervos jueces pensaron echar sobre un hombre virtuoso cayó sobre su memoria. Hoy los condena la posteridad conforme á las leyes de la conciencia, única que dicta á la razon sus fallos justos é inapelables. En *El Garrote más bien dado* immortalizó Calderon al alcalde de Zalamea; Amada representa otra inmortalidad, la del mártir sacrificado á la soberbia tiranía de la injusticia.

CAYETANO ROSELL.



LÓNDRES.— UN ÁNGULO DE LA SALA DE ESCULTURA ANTIGUA, EN EL MUSEO BRITÁNICO.





URNA DE MARFIL, LABRADA EN MADRID, PARA EL MUSEO DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO ROMERO ORTIZ.

EL MODO DE DESCASARSE.

(CUENTO POPULAR.)

I.



Si yo escribiera este cuento sólo para gentes de esta region de altas y agrestes montañas y hondos y amenos valles, que se dilata entre el Océano y el Ebro, no necesitaría dar pelos y señales del sacristan de Guezúrraga, porque ¿quién no conoce, del Ebro acá, siquiera los principales rasgos de su fisonomía moral, que dibuja, para regocijo de todos los presentes, uno de los más decidores y cuenteros en las veladas de invierno en torno del hogar, donde chillan las manzanas atormentadas por el fuego y hace *gor-gor* la caldera de castañas suspendida del llar, y en la pela ó deshoja del maíz, donde está reunida y medio sepultada entre *calzas* ú hojas la gente más reidora del barriecillo, y en la layada, donde forman en fila, alternando con los hombres, las muchachas más vigorosas y reidoras, y en la salla ó escarda del trigo y del maíz, donde los cuentos alternan con los cantares?

Pero contando este cuento para gentes de allende el gran río por excelencia histórico, y aún para gentes de allende el mar Atlántico, necesario es que dé pelos y señales del sacristan, y aún del cura, y aún de la feligresía de Guezúrraga.

Démoslas, ántes de todo, de la feligresía; que para pintar un cuadro, lo primero es preparar el lienzo donde se va á pintar.

Guezúrraga es una feligresía de cincuenta vecinos, escondida en el valle más solitario de la region cantábrica. Los que moran en ella tienen laderas casi verticales por muros de su vivienda, una vega de mil pasos de longitud y quinientos de latitud por pavimento, y el cielo, que se ve allá arriba, allá arriba, por techo.

La veguita está dividida por un bullicioso riachuelo, á cuya orilla no se descubren más edificios que un molino de techo enharinado, junto al cual se alza un puente de piedra de alto arco y revestimiento de hiedra, único que facilita la comunicacion entre las dos veguitas y las dos barriadas en que la feligresía se divide.

Estas barriadas están escalonadas en las estribaciones de las montañas de derecha é izquierda, donde la pendiente es mucho menor que la que comienza de allí arriba.

La barriada de la derecha se llama Elejacoa, ó de la iglesia, y la de la izquierda Bidecoa, ó del camino, nombres que han recibido, la primera, de la iglesita que se alza en medio de ella, y la segunda, de un antiguo camino ó calzada que pasaba por la ladera de la montaña, y modernamente se ha convertido en carretera provincial.

Las casas no son suntuosas, ni mucho ménos, pero sí limpias y alegres, y no hay ninguna que no tenga á la trasera su huertecillo provisto de variados frutales, y aún de unas cuantas colmenas medio escondidas entre matas de romero, y al frente un campillo, donde cada vecino tiene siquiera un par de nogales y un par de cerezos.

En cuanto á los habitantes de la aldea, debo decir que, á pesar de la soledad en que viven, léjos de participar del carácter taciturno y triste, tan comun en las gentes de las peladas llanuras del interior de España, participan, hasta con exceso, del alma plácida y tentada á la risa que caracteriza á la raza euskara.

La iglesia parroquial de San Miguel Arcángel participa de la humildad de la aldea, ménos en la riqueza de sus campanitas, que es fama son muy sonoras, porque en su fundicion se empleó tanta plata como bronce, por razones que debieron saber al diablo á cuerno quemado.

El origen de la iglesia, en que tiene el suyo la aldea, es sobremanera curioso, si la tradicion que le cuenta no miente; y hago esta salvedad porque hay en el nombre de Guezúrraga un misterio etimológico que me obliga á ello, y relacionado acaso con este misterio, hay en aquella comarca otro, que consiste en la costumbre de dar mate á los guezurragueses acusándoles de que siempre pronuncian entre dientes el octavo Mandamiento de la ley de Dios.

Asegúrase en la region cantábrica que llamando al diablo á las doce en punto de Noche-buena, desde un sitio donde no se oigan campanas, el diablo aparece allí inmediatamente y otorga todo lo que se le pide, con tal que se le otorgue todo lo que pide él, que es, por supuesto, el alma.

Allá por el siglo XVII, que es cuando más guerra han dado el diablo y sus auxiliares las brujas y los hechiceros, como lo prueba la historia de nuestras provincias y municipios, que se gastaban un dineral en combatir esta plaga, no habitaba alma viviente en el profundo valle de Guezúrraga, que ya llevaba entónces, y desde tiempo inmemorial, este nombre, muy apropiado á sus circunstancias, y era el sitio donde los desesperados y réprobos iban á pactar con el diablo en Noche-buena, porque en toda esta region aquél era el único sitio conocido donde no se oyeran campanas. Todavía se ve, para terror del vecindario, á orilla del único camino que da ingreso á la aldea, subiendo riachuelo arriba, una oscura caverna horizontal, por donde salía el diablo para presentarse al desdichado que le llamaba.

Dolido un piadoso y buen caballero de los buenos negocios que desde tiempo inmemorial hacía el diablo en Guezúrraga, determinó privar al enemigo malo de aquel mercado de falsedad y mentira, y para ello se valió del sencillo y santo medio de edificar en aquella soledad una iglesita, cuya advocacion fuese la de San Miguel Arcángel, que puso las peras á cuarto al diablo tomándole por peana suya, y provista de sonoras campanas, cuya sagrada armonía llenase aquella soledad y sonase en el tímpano del diablo aún más desagradablemente que agudo clarín en tímpano de perro.

Al amparo de la iglesita de Guezúrraga, que el fundador dotó de capellan, á fin de que todos los dias dijese misa en ella y diese un rato de mil demonios al diablo alborotando el valle y las montañas con sus campanitas verdaderamente argentinas, por efecto de la mucha plata que se mezcló con el bronce al fundirlas, se fueron levantando las cincuenta casas y el molino de que Guezúrraga consta, y es un milagro de Dios que hubiese quien fuera á poblar allí teniendo el lugar nombre tan malsonante, porque Guezúrraga significa valle ó sitio de la mentira ó la falsedad, y no ha habido medio de quitarle este nombre, á pesar de haber dejado de merecerle desde que aquel sitio dejó de ser mercado de falsedad ó mentira para el diablo.

De esto no hay que extrañarse, porque Arrigorriaga, que significa lugar de piedras bermejas, y se llamó así por la mucha sangre que tiñó las suyas cuando los vizcaínos destrozaron al ejército leonés y mataron á su caudillo, el prin-

cipe Ordoño, cuyo sepulcro está en el pórtico de Santa María Magdalena, continúa llamándose así á pesar de que diez siglos han bastado para destefir sus ensangrentadas piedras.

Hablemos ahora del sacristan y el cura de Guezúrraga, no sin ántes advertir que nombro al sacristan primero que al cura porque, aunque en la iglesia y en mi respeto tenga menor categoría, en este cuento la tiene mayor. De todos modos, sacristan y cura merecen capítulo aparte.

II.

José Miguel, como se llamaba el sacristan de Guezúrraga, era todavía hombre de treinta y tantos años, y habia estado en América, de donde habia vuelto, segun decia, convencido de que la lotería de América cuesta muchísimo más y tiene muchísimas ménos probabilidades de caer que la de España.

No se sabía si era soltero, casado ó viudo, porque cuando se le preguntaba cuál era su estado, su única contestacion era esta:

— ¡Soy descasado!

Naturalmente esta contestacion ponía la risa en los labios de cuantos la oían; pero la risa se detenía al ver que al contestar así se le saltaban las lágrimas á José Miguel.

Este era el encanto y el asombro de la aldea por su agudeza de ingenio, que todos, hasta el señor cura, calificaban de sabiduría.

Para gozar fama de sabio entre gentes tan ignorantes y sencillas como las de Guezúrraga basta tener un poquito más que sentido comun. Yo, que no soy el que inventó la pólvora, gozo fama hasta de brujo entre tres elegantes señoritas amigas mías, que no tienen pelo de tontas, aunque le tengan de candorosas. Un dia paseaba con ellas por un jardin, y nos detuvimos á contemplar un canastillo de hermosos pensamientos dobles.

— ¿Á que sé — dije á mis compañeras — en lo que estais pensando las tres?

— ¿Á que no? — me contestaron las tres á la vez.

— Pues estais pensando en vestidos de terciopelo.

— ¡Jesus! — exclamaron las tres santiguándose de admiracion. — ¡Usted por fuerza es brujo!

Porque resultaba que las tres, sin comunicarse su pensamiento, estaban pensando: « ¡Quién tuviera un vestido de terciopelo de esa finura y ese color! »

Voy á contar algunos de los rasgos de ingenio que á José Miguel habian valido el concepto de sabio.

Decia José Miguel que todo tenía remedio en este mundo ménos la muerte, y justificando esta afirmacion, encontraba salida para toda dificultad ó apuro en que era consultado.

Desde que el maíz empezaba á granar, los vecinos, que necesitaban dormir y descansar de las fatigas del dia, tenían que pasar la noche en vela guardando sus heredades, porque si no, bajaban los jabalíes y se las asolaban.

Convocóse concejo general para convenir y acordar sobre este importante asunto, y el resultado fué acordarse unánimemente que se consultase á José Miguel, á ver si tenía remedio el mal que lamentaba la feligresía, puesto que decia tenerle todo en el mundo ménos la muerte.

Consultado José Miguel por una comision del vecindario, su contestacion fué que él se ingeniaria de modo que ni los vecinos necesitasen velar por los maizales, ni los maizales fuesen víctimas de la voracidad de los jabalíes.

Las mujeres casadas pensaron volverse locas de alegría cuando tuvieron noticia de la contestacion de José Miguel, porque, lo que ellas decian, no se habian casado para carecer de marido todas las noches durante uno ó dos meses del año.

En efecto, José Miguel colocó en medio de la vega, aprovechando el chorro de agua que derramaba por una teja una fuente que allí habia, un aparatito hidráulico, que consistía

en una ruedecilla cuyo eje tenía unos topes, que al pasar ponían en movimiento un macito que daba en hueco y hacia, particularmente en el silencio de la noche, un continuo ruido, que se oía hasta desde la cima de las montañas, con lo que los jabalíes no se atrevieron á bajar á la vega.

Siendo yo muchacho ideé análogo aparato con análogo objeto, para evitar á mi padre que pasara la noche guardando el maíz de los estragos de los jabalíes, y el resultado no correspondió á mis esperanzas y deseos, porque si bien los jabalíes no se atrevieron á bajar al maíz la primera noche, la segunda, acostumbrados ya á la uniformidad de aquel ruido, bajaron y nos destrozaron la cosecha; pero José Miguel, como era más listo que yo, previó este inconveniente, y le previno mudando cada noche el sonido del macito con el cambio de la plancha en que éste daba, que una noche era de madera, otra de hierro, otra delgada y otra gruesa, por cuyo sencillo medio logró que los jabalíes dijese: « ¡Hola! el sonsonete de esta noche no es como el de la anterior », y no se atreviesen á bajar ninguna.

El camino de la cueva del Diablo, como se llamaba al único que habia para ir valle abajo y venir valle arriba, y era casi la única puerta de la aldea, tenía dos graves inconvenientes no léjos de ésta, y eran un sitio donde las caballerías pasaban tan ligeras, que solian derribar la carga que llevaban encima, y otro donde pasaban tan despacio, que daban un rato del diablo al que montaba en ellas ó las llevaba de la rienda.

Es de advertir que en Guezúrraga, donde las distancias de toda otra poblacion son grandísimas y los caminos son tan fatales, que ni aún permiten el uso de carretas, que en el litoral cantábrico son capaces de subir adonde Cristo dió las tres voces, todo vecino tiene caballerías, de que se vale así para el viaje como para el transporte.

El camino de la cueva del Diablo atravesaba una hondonada de peña viva, por donde se abría paso un arroyo en tiempo de lluvias, y las caballerías, segun tienen de costumbre en tales casos, apenas llegaban al declive, pasaban á escape aquella concavidad, derribando muchas veces la carga ó el jinete. En cambio, no léjos de la hondonada habia otro paso que todo vecino queria pasar á escape, y las caballerías se empeñaban en pasar poco á poco, ó mejor dicho, despues de detenerse en él. Este paso era el de la cueva del Diablo.

De la cueva salía un arroyuelo que convertía allí el camino en perpétuo lodazal, donde toda caballería, por más que se la espolease ó varease, se detenía á orinar, como acostumbran á hacer donde han orinado otras, ó simplemente hay agua, y de esto resultaba, como he dicho, que todo vecino que pasaba por allí á caballo ó con la caballería de la rienda, pasaba un rato del diablo, obligado á detenerse precisamente á la boca de la cueva, en cuyo negro fondo se veían unas luces que podrian ser efecto de las cristalizaciones ó el agua, pero que á todos parecían los ojos del diablo.

Consultado José Miguel para ver si este mal tenía remedio, contestó afirmativamente; y en efecto, se le puso del modo que vamos á ver.

Resulta, segun habia averiguado José Miguel, que toda caballería tiene la costumbre de pasar corriendo por donde alguna vez le han hecho mal, y de aquí dedujo, como era más listo que un demonio, que, por el contrario, toda caballería debia tener la costumbre de detenerse, ó cuando ménos, pasar poco á poco, por donde alguna vez le han hecho bien.

Un dia encargó á todos los vecinos del pueblo que fuesen con sus caballerías al susodicho camino, llevando una buena vara y un buen pienso de maíz por caballería, y una vez reunidos allí todos, hizo que á cada caballería le diesen un pienso en la hondonada y un vapuleo en el lodazal de la cueva, con lo que, de allí en adelante, toda caballería pasó poquito á poco la hondonada, y como alma que lleva el diablo el lodazal.

Por último, había guerra civil, y toda partida de tropa que pasaba por la carretera de la falda de la montaña se detenía allá arriba para contemplar la aldea, que descubría allá abajo tan blanca y tan hermosa, que desde luego indicaba riqueza y bienestar.

Rara era la partida de tropa que, al ver la aldea, no incurriese en la tentación de bajar á merodear en ella, con lo cual Guezúrraga sufría las mayores depredaciones por parte de la tropa.

Consultado José Miguel, por si hallaba remedio para aquel gravísimo mal, su contestación fué la de costumbre: que para todo lo de este mundo le había, ménos para la muerte.

Y en efecto, le encontró para que la tropa que pasaba por la carretera no volviese á echar de ver que allá abajo había una aldeita donde matar gallinas, descolgar chorizos y longanizas, taponar barricas, descargar de fruta los árboles, aliviar de peso las faltriqueras, y hasta.... (¡Jesus, iba á decir un disparate!) retozar con solteras y casadas guapas.

¿Adivinan ustedes cómo se las compuso José Miguel para hacer este milagro? Me parece que no, por muy listos que sean ustedes, que de seguro lo serán más que yo. Pues lo hizo pintando de verde, con el zumo de los yezgos, todos los edificios de la aldea, sin exceptuar la iglesita y el molino; de modo que, vista la aldea desde la carretera, no se veía en ella más que una masa verde, que se confundía con la verdura de los árboles y el suelo.

Estos y otros infinitos rasgos de ingenio habían hecho á José Miguel el encanto y el asombro de Guezúrraga, donde no había nadie, incluso el señor cura, que no le tuviese por sabio consumado.

El señor cura lo era y no lo era: lo era á los ojos de Dios, porque era lo que por acá llamamos un bendito; es decir, tenía el candor y la pureza de un niño, era caritativo y piadoso á carta cabal, y en cuanto al desempeño de su ministerio, que fueran por Guezúrraga todos los obispos del mundo, que no habían de cogerle en una falta tanto así (y perdonen ustedes el modo de señalar).

Ya podían ir sus feligreses á decirle que echase una partida de mus, ó asistiese á una merendona, ó entonase á la guitarra unas coplillas picarescas, ó llevase una chica á las ancas de su caballo, ó se echase una ama jóven como él, ó se metiese en política, ó se mezclase en las banderías de la aldea, ó fuese á una corrida de toros ó novillos. De seguro que, lleno de santa indignación, les hubiera echado muy enhoramala, diciéndoles que á un ministro del Señor no se ofende suponiéndole capaz de tales cosas.

Las únicas picardías en que el señor cura tomaba parte eran las inocentes que alguna que otra vez ideaba el sacristán con un fin santo y laudable, y necesitaban el concurso del señor cura, tales como una que voy á contar como muestra de ellas.

Había en la aldea unos cuantos vecinos que siempre vivían lo que se llama al día, es decir, que no ahorraban nunca un cuarto, porque todo el dinero que les sobraba de las atenciones de su casa le gastaban en la taberna.

Sus pobres mujeres, como es natural, ponían el grito en el cielo viendo esto, porque decían, con mucha razón, que si sus maridos conservasen el dinero que gastaban en la taberna, á la vuelta de algunos años se encontraría la familia con ahorros que le vendrían muy bien.

Un día fueron las pobres mujeres á preguntar á José Miguel si había remedio para aquel mal, tanto más de lamentar cuanto que sus maridos, no agravando á los presentes, eran, fuera de aquello, muy buenos cristianos y muy temerosos de Dios. José Miguel les contestó, como de costumbre, que en este mundo para todo había remedio ménos para la muerte, y les prometió remediar su mal, con lo que se fueron más contentas que si les hubiese caído el premio gordo de la lotería.

Un sábado por la noche los pícaros maridazos estaban reunidos en la taberna, como ellos decían, celebrando vispe-

ras, cuando héte que se presenta José Miguel en la taberna, donde, por supuesto, nunca ponía los piés.

—Vengo — les dijo — á poner en vuestra noticia que estais condenados si no mudais de conducta.

—Y nuestra conducta ¿qué tiene de malo? — le preguntaron.

—Lo peor que puede tener, que es desobedecer el santo Evangelio de la misa.

—Si eso fuese cierto, estamos conformes en que estariamos condenados; pero ¿en que le desobedecemos?

—En que gastais en la taberna el dinero que os sobra, en vez de conservarle, como el Evangelio de la misa os manda terminantemente.

—Si es cierto que nos lo manda, le obedeceremos; porque eso de desobedecer nada ménos que al Evangelio de la misa es cosa muy séria, y veneno se nos volvería á nosotros en el cuerpo el vino que bebiésemos estando seguros de que el Evangelio de la misa lo prohibía.

—Segun eso, ¿dudais aún de que os manda conservar el dinero, en vez de gastarlo?

—Mire V., José Miguel, trabajo nos cuesta no dar crédito á un hombre como V., que es bueno y sabio si los hay, y ademas es de iglesia; pero la verdad se ha de decir: en eso.... usted ha de perdonar, no le damos crédito.

—Pues bien; mañana es día de misa cantada. Escuchad con atención todo lo que el señor cura cante, y os convenceréis de que el Evangelio de la misa os manda conservar el dinero.

—Pero todo lo que el señor cura canta está en latin, y no lo entenderemos.

—Lo que manda conservar el dinero está en un latin tan claro, que lo entiende cualquiera.

—Pues quedamos en oír con mucha atención todo lo que el señor cura cante, y si es verdad que el Evangelio de la misa nos manda conservar el dinero, se acabó para nosotros la taberna; que el alma vale más que todo el vino del mundo.

Al día siguiente, mientras el señor cura cantaba el Evangelio de la misa (como las gentes de Guezúrraga llaman á todo lo que durante la misa se canta ó lee, aunque sea Prefacio, Epístola, Oremus, etc., y digo llaman, y no llamaban, porque para ellas aún todo lo de la misa es Evangelio), los derrochadores escuchaban con la mayor atención,

Cuando el señor cura cantó aquello de *conservare digneris*, que ellos tradujeron, sin la menor vacilación, por *conservad el dinero*, empezaron á darse golpes de pecho, en señal de arrepentimiento por haber desobedecido el Evangelio de la misa, y desde entónces, en lugar de gastar en la taberna el dinero sobrante, se lo entregaron á sus mujercitas para que éstas se encargasen de conservarlo como Dios mandaba.

La complicidad del señor cura con José Miguel en esta picardía inocente, y aún santa, consistió en contestar afirmativamente á los traductores, cuando éstos, terminada la misa, entraron en la sacristía á preguntarle si estaba fielmente hecha la traducción que habían hecho del *conservare digneris*.

III.

Mari-Jesus y Pepe-Anton se miraban hacía tiempo con buenos ojos, aunque de ahí no pasaba lo que había entre ellos; pero el día de San Miguel, en la romería de la aldea, dió tanta rabia á Mari-Jesus de que Pepe-Anton bailara con otra despues de bailar con ella, y á Pepe-Anton de que Mari-Jesus bailara con otro despues de bailar con él, que cada cual por su parte hizo firme propósito de herrar ó quitar el banco aquella misma tarde; Mari-Jesus, valiéndose de toda la poca libertad que las doncellas tienen para estas cosas, y Pepe-Anton, de toda la mucha que los mancebos tienen para lo mismo.

Monaditas alternando con desdenes por parte de Mari-

Jesus, é indirectas del Padre Nuño, que á la mano cerrada llamaba puño, por parte de Pepe-Anton, dieron por resultado que aquella misma tarde al anochecer fueran novios declarados y amartelados Pepe-Anton y Mari-Jesus.

Buenos muchachos eran ambos, pero José Miguel, cuando supo que se iban á casar juntos, como se dice en Guazurruga, tuvo un gran sentimiento, porque sabía de qué pié cojeaban y estaba seguro de que Pepe-Anton, al fin y al cabo, se encomendaría á San Vicente de *Vara-caldo*, y Mari-Jesus á San Miguel de *Uñate*; pero aunque tenía remedio para aquel mal, no quiso hacer uso de él, porque sabía que hay remedios peores que la enfermedad.

Pocos dias despues, Mari-Jesus y Pepe-Anton fueron á la sacristía á pedir al señor cura que les leyera las amonestaciones. El sacristan los tomó por su cuenta miéntras esperaban la llegada del señor cura, que habia ido á una casa de Bidecoa á ver si lograba poner en paz á un matrimonio que andaba como el perro y el gato; y les dijo:

—Nosotros los descasados (y al pronunciar esta palabra se le saltaron las lágrimas á José Miguel) tenemos la debida experiencia para hablar de las cosas de que voy á hablaros, y por tanto, debeis escucharme con atencion y seguir mi consejo. Lo primero que deben hacer los que tratan de casarse es ver si congenian, porque sin congeniar marido y mujer, no puede haber buen matrimonio. Tú, Mari-Jesus, tienes más de malva que de cardo; pero tú, Pepe-Anton, tienes más de cardo que de malva....

—Mire V., José Miguel, interrumpió el novio al sacristan, no se canse V. en predicarnos, porque todos los predicadores del mundo no nos pueden convencer á ésta y á mí de que no parecemos los dos como hechos el uno para el otro.

—Dice la verdad Pepe-Anton, añadió la novia.

—Eso es porque el amor os ciega y no deja á ninguno de los dos ver los defectos del otro.

—En esa parte, dijo Pepe-Anton, tiene V. mil razones, que yo estoy ciego de amor por ésta.

—Y yo tambien lo estoy por éste, añadió Mari-Jesus, poniéndose coloradita como un clavel.

Que estuviera ciego de amor Pepe-Anton por Mari-Jesus no era maravilla, porque Mari-Jesus era una chica un poco cachigordita, de color entre nieve y rosa, y unos ojazos negros sobremanera habladores. Les digo á VV. que yo, á pesar de ser casado y ya machucho, no puedo pensar en ella con serenidad.

En esto llegó el señor cura, y José Miguel dejó de predicar, considerando que predicar á ciegos de amor es aún más inútil que predicar á sordos de oreja.

Mari-Jesus y Pepe-Anton se casaron poco despues, y como es de suponer, durante los primeros dias no se oyó en su nido más que el *ru-ru* de las palomitas y los palomos.

La *pistola* de San Pablo, como Mari-Jesus y Pepe-Anton llamaban á la santa y admirable epístola del gran Apóstol, no sacrilegamente, porque el sacrilegio está en la intencion, y en ellos no habia intencion sacrilega, sino sólo rústica sencillez, fué la primera ocasion de disidencia entre ellos.

Para los matrimonios sensatos, la epístola de San Pablo es instrumento poderoso de unión y amor é indulgencia mutua; pero para los que carecen de seso, como Mari-Jesus y Pepe-Anton, hasta la santa epístola se convierte en traidora pistola moral, con que se amenazan mutuamente.

Que si la *pistola* de San Pablo mandaba ó no á la mujer esto; que si la *pistola* de San Pablo mandaba ó no al marido lo otro, es lo cierto que Mari-Jesus y Pepe-Anton, apenas cumplido el mes de casados, tuvieron una pelotera en que faltó poco para que se encomendáran á San Vicente de *Vara-caldo* y á San Miguel de *Uñate*.

El caso era que se querian mutuamente, y los dos eran razonables y reconocian sus faltas cuando no daban en terquear; pero el caso era tambien que terqueaban todos los dias y hasta todas las noches, que es lo más extraño, sobre todo en los recién casados; y una vez enzarzados en la disputa, no habia medio de traerlos á mandamiento.

Entre tempestad y tempestad, en que, por supuesto, ya jugaban de firme las uñas y la vara, se iba formando del modo siguiente el arco iris:

—¡Válgame Dios, Pepe-Anton! exclamaba Mari-Jesus, que era la que siempre daba primero su brazo á torcer, ó lo que es lo mismo, quien echaba la primera hilada de luz para formar el arco: ¡Qué poco juicio tenemos los dos!

—Quien tiene poco juicio eres tú.

—Convengo en ello, hombre, pero tú tambien....

—Yo demasiada prudencia tengo.

—No te digo que no, hombre, pero tienes un genio....

—Peor le tienes tú.

—Es verdad, hombre, que le tengo malo; pero mira, si tú hicieras un esfuerzillo para aguantármele, yo haria otro para no incomodarte, y así iriamos poco á poco corrigiéndonos y llegaríamos á vivir en paz y gracia de Dios.

—Yo eso es lo que deseo.

—Y yo mucho más que tú.

—¡Sí, buenas alhajas sois las mujeres!

—¡Pues mira que vosotros los hombres!

Estas dos últimas exclamaciones ya tenian los colorcitos del arco iris, y el arco quedaba por fin formado, con ayuda del redondo, blanco y sonrosado brazo de Mari-Jesus, que rodeaba el cuello de Pepe-Anton.

Entre algunos dias de calma y los demas de tempestad pasaron Pepe-Anton y Mari-Jesus el primer año de casados. Mari-Jesus toda se volvía pedir á Dios que le comenzase á patear un cachorrito en las entrañas; pero nada, no sentía en ellas patear ninguno.

Durante la más horrible de sus tempestades, que fué seguramente la que sobrevino el dia en que celebraban el primer aniversario de su casamiento, y tuvo origen en una disputa sobre cuál de los dos habia perdido ó habia ganado casándose con el otro, surgió, lo mismo en la mente de Pepe-Anton que en la de Mari-Jesus, esta estrafalaria idea:

¡Si pudiéramos descasarnos como José Miguel, que dice ser descasado!

Así que la tempestad se calmó, ambos pensaron en comunicarse mutuamente aquella idea; pero Mari-Jesus no se atrevía á ello, porque eso de descasarse, para las mujeres es cosa más seria que para los hombres. En cambio, Pepe-Anton echó á volar su pensamiento sin embarazo alguno.

—¿Sabes, Mari-Jesus, que me ocurre una cosa?

—¿Y qué cosa es ésa, Pepe-Anton?

—Que nosotros vamos á estar toda la vida como el perro y el gato, si no hacemos otra cosa.

—¿Y qué otra cosa es ésa?

—Descasarnos.

Si las mujeres se estremecen de gozo al oír la palabra *casarnos*, es natural que al oír la palabra *descasarnos* se estremezcan de espanto. Mari-Jesus se estremeció de espanto al oír el *descasarnos* de Pepe-Anton; pero como ya se habia familiarizado un poco con la idea que aquella palabra encerraba, y estaba convencida de que sólo descasándose podia ser feliz, no tardó en reponerse de su espanto natural é instintivo.

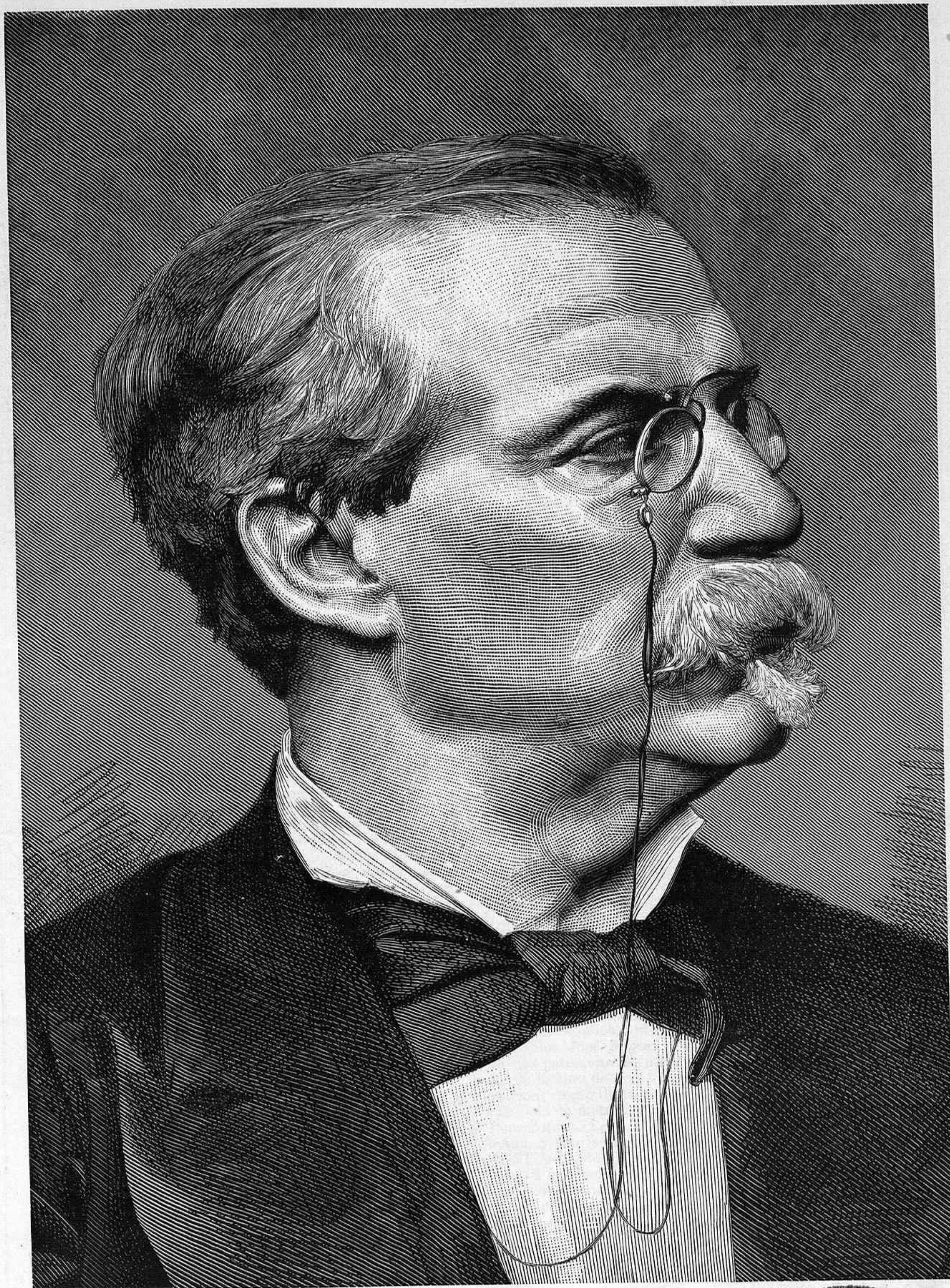
Despues de jurarse y perjurarse mutuamente que se querian y que si se resignaban á descasarse no era por desamor, sino por convencimiento de que de otro modo no podian ser felices, convinieron en ir á ver al señor cura para suplicarle que los descasara.

En efecto, fueron á ver al señor cura, y Pepe-Anton se encargó de explicarle el objeto de la visita.

—Señor cura, le dijo, ha de saber V. que desde que nos casamos ésta y yo, por cada dia de paz hemos tenido veinte de guerra.

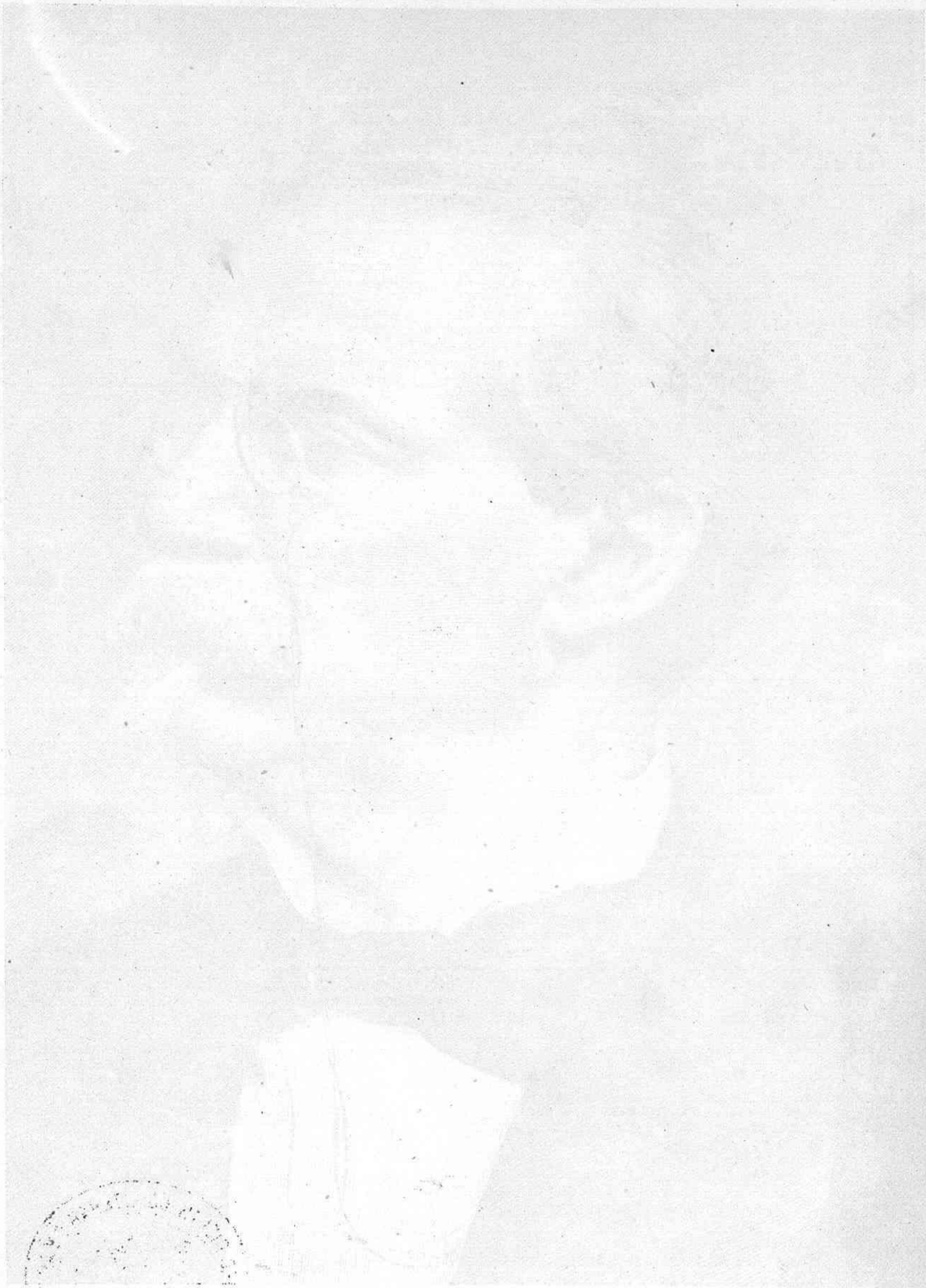
—Será porque habréis olvidado lo que dice la epístola de San Pablo.

—Léjos de olvidarlo, señor cura, lo hemos recordado á cada paso y sólo ha servido para enzarzarnos más y más. Que si la *pistola* de San Pablo os manda á las mujeres esto; que si la *pistola* de San Pablo os manda á los hombres lo



DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.





otro, es lo cierto que la *pistola* de San Pablo ha sido para nosotros la carabina de Ambrosio.

—Si os hubierais querido mutuamente, como la epístola aconseja, no os hubiera sucedido eso.

—Mire V., señor cura, lo que es en eso de querernos no hemos faltado nunca más que cuando andábamos á trastazos, porque cuando no andábamos así, ni en todos los palomares del mundo se arrullan las palomitas y los palomos como nosotros nos arrullamos.

Pues, entónces, ¿de qué proviene la guerra en que vivis la mayor parte del tiempo?

—Proviene, señor cura, de que no congeniamos. Yo tengo malas pulgas, ésta las tiene aún peores, empezamos con dimes y diretes, y al fin concluimos siempre por encomendarnos á San Vicente de *Vara-caldo* y á San Miguel de *Uñate*. Para acabar con esta picara vida, hemos convenido en venir á suplicar á V. que nos descase inmediatamente.

—¡¡ Descaseros!! Hombre, ¿estais locos ó venis á burlaros de mí?

—Ni lo uno ni lo otro, señor cura. Muy cuesta arriba se nos hace el descasarnos, porque ya le he dicho á V. que, cuando no andamos á trastazos, parecemos palomita y palomo; pero, obligados á escoger entre dos grandes males, hemos escogido el menor, que es el de descasarnos.

—Pero, hombre, si eso es imposible; si el lazo del matrimonio sólo le rompe la muerte. ¿De dónde habeis sacado vosotros la desatinada idea de que es posible descasarse? ¿En qué cabeza cabe semejante idea?

—¿En qué cabeza, dice V., señor cura? En una que bastantes pruebas ha dado en Guezurraga de que es sabia á carta cabal. La de José Miguel, que dice á todos los que quieren oírlo que para todos los males, ménos la muerte, hay remedio y que él es descasado.

—Si José Miguel dice que es descasado, lo dirá en broma.

—¿Qué lo ha de decir en broma, señor cura, si se le saltan las lágrimas siempre que lo dice!

El señor cura se quedó por algunos momentos callado y pensativo. ¿Qué era lo que pensaba el señor cura? Lo que pensaba era esto:

—Es verdad que José Miguel es muy formal y muy sabio, y como yo sólo soy un pobre cura de misa y olla, sucede con frecuencia que hasta en cosas de mi estado sabe más que yo. Como la teología tiene tantos rinconcillos misteriosos para los que no la hemos estudiado muy á fondo, acaso José Miguel, que sabe más que Lepe, habrá descubierto alguno.... Sea broma ó no lo sea la idea de descasarse que ha sugerido á estos pobres muchachos, enviémoselos allá, que acaso él, que es tan perspicaz y discreto, encuentre el medio, que á mí no me ocurre, ya que no de quitar de sus hombros la cruz del matrimonio, de hacer que la lleven con resignacion.

—Pues, hijos míos, dijo al fin el señor cura, si José Miguel, que en efecto es muy sabio, encuentra medio de descasarnos, que os descase y buen provecho os haga.

Pepe-Anton y Mari-Jesus se encaminaron á casa de José Miguel, seguros de que el sacristan sabria desatar lo que el cura habia atado.

IV.

José Miguel recibió á Mari-Jesus y Pepe-Anton con la amabilidad que era natural en él. Despues de los saludos acostumbrados, Pepe-Anton fué al grano, preguntando al sacristan:

—Diga V., José Miguel, ¿es verdad que todos los males tienen remedio?

—Todos ménos uno, que es la muerte.

—¿Y por consecuencia, le tendrá tambien el de llevarse mal los casados?

—Tambien ese mal tiene remedio.

A José Miguel le faltó poco para sollozar al decir esto.

—¿No es verdad tambien que cuando le preguntan á usted qué es, contesta siempre que es descasado?

—Es verdad que lo contesto.

Al decir esto se le saltaron las lágrimas á José Miguel.

—Segun eso, continuó Pepe-Anton, ¿es posible descasarse?

—Claro está que lo es.

—Pues el señor cura nos ha dicho que no y nos ha enviado á V.....

—¿Para qué os ha enviado á mí?

—Para que V. nos descase.

—¿Qué, quereis descasaros?

—Sí, señor.

—¿Y por qué?

—Porque estamos siempre como el perro y el gato.

—Pues qué, ¿no os quereis? Cuando os casasteis estabais ciegos de amor.

—Y por eso no vimos que si yo tenía malas pulgas, ésta las tenía aún peores.

—¿De modo que el amor se ha convertido en vosotros en aborrecimiento?

—Tanto como eso, no, señor.

—¿Cómo que no, si os quereis descasar?

—Yo le diré á V. lo que nos pasa. De cada veinte dias pasamos diez y nueve encomendándonos á San Vicente de *Vara-caldo* y á San Miguel de *Uñate*, y uno arrullándonos como las palomitas y los palomos.

José Miguel calló y meditó por espacio de algunos instantes.

—¿Con que, en resumidas cuentas, os quereis descasar?

—Sí, señor, estamos decididos á ello, si es posible; porque vivir como nosotros vivimos no es vivir.

—Pues bien, volved mañana á mediodia, y yo os descasaré de modo que salgais de aquí desatados del lazo con que el señor cura os ató.

Mari-Jesus y Pepe-Anton, y particularmente la primera, se despidieron de José Miguel, al parecer, no tan alegres como era de esperar de la buena noticia que José Miguel les habia dado.

Al llegar á casa se dijeron:

—Ya que nos queda tan poco tiempo de ser, como dice San Pablo, una sola carne y un solo hueso, pasemos este tiempo como Dios manda.

Y en efecto, aquella tarde y aquella noche y la mañana siguiente hubo en aquella casa una de arrullos, que se dejó atras á la de las palomitas y los palomos de todos los palomares.

Cuando al mediodia siguiente llegaron á casa del sacristan, éste lo tenía ya preparado todo para descasarlos. Los preparativos consistian en un libro, la calderilla del agua bendita, el hisopo y un roquete, todo traído por José Miguel de la iglesia.

—Va á comenzar el solemne acto del descasamiento, les dijo José Miguel poniéndose el roquete. Mari-Jesus miró á Pepe-Anton con unos ojazos de amor mezclado de lágrimas, que parecian quererle comer, y Pepe-Anton miró á Mari-Jesus casi del mismo modo; pero la cosa estaba ya tan en punto de caramelo, que no era cosa de volverse atras.

Hízolos José Miguel arrodillar pareados y á distancia de dos pasos uno de otro, y dió principio á la ceremonia con la lectura de no sé qué oracion en latin, y terminada la oracion, tomó de la calderilla el hisopo, que remataba en una bola de metal con agujeros, y se puso á aspergear á Pepe-Anton. En uno de estos asperges bajó demasiado la mano, y con la bola del hisopo dió un coscorrón tan grande á Pepe-Anton, que éste vió las estrellas y se llevó la mano á la cabeza para palpase el chichon que el hisopo le habia levantado.

No obstante, Pepe-Anton se aguantó, suponiendo que habia sido algun descuido involuntario del sacristan, y pensando que algo se necesitaba sufrir para descasarse.

A su vez le tocó á Mari-Jesus la oracion, ó lo que fuera.



y tras la oracion el asperges; pero es el caso que tambien se le escapó la mano al sacristan, y le dió un coscorrón que la hizo, como á Pepe-Anton el suyo, ver las estrellas y llevarse la mano á la parte dolorida.

Mari-Jesus creyó, como Pepe-Anton, que se le habia escapado la mano al sacristan, y se aguantó sin chistar ni mistar palabra.

La oracion en latin, el asperges y el coscorrón se repitieron, con la única diferencia de que el coscorrón segundo fué más fuerte que el primero, así al volverse á habérselas el sacristan con Pepé-Anton, como al volverse á habérselas con Mari-Jesus.

—Diga V., José Miguel, preguntó Pepe-Anton al sacristan, al ver que éste por tercera vez iba á repetir con él la faena, ¿dura mucho esta ceremonia?

—Sí, añadió Mari-Jesus con el mismo interes, ¿dura mucho?

—No, contestó José Miguel, no dura más que hasta que muere uno de los que se descasan.

—¡Ah, pues entonces suspéndala V.! exclamaron levantándose Pepe-Anton y Mari-Jesus.

—Pues qué, ¿no quereis ya descasaros?

—Con ceremonias como ésta, no, señor.

—Pues, amigos, sea cual fuere la ceremonia, el único medio de descasarse es morir uno de los casados. Así me descasé yo, aunque la ceremonia fué diferente, pues consistió en un mal parto que tuvo mi pobre mujer, de resultados de los disgustos que durante el embarazo le causaron su mal genio y el mio, que era aún peor.

Y al decir esto, José Miguel se echó á llorar sin consuelo.

V.

El cuento popular que enseña *el modo de descasarse* tiene un epílogo, y eso es lo único que nos falta para llegar al « como me lo contaron te lo cuento. »

Algunas semanas despues de la interrumpida ceremonia del descasamiento, ó sea de las veinte y cuatro horas de arrullos, como los de las palomitas y los palomos, Mari-Jesus, coloradita como la grana, puso en noticia de Pepe-Anton que comenzaba á patalea en sus entrañas el cachorrillo que en vano habian pedido á Dios muchas veces.

Pepe-Anton y Mari-Jesus se estremecieron de espanto al recordar cuál fué la causa de que se descasara José Miguel, y desde entónces, cuando á cualquiera de ellos le retoñaba el mal genio, hacia de tripas corazon para dominarle, y le dominaba por completo, porque Pepe-Anton decia para sí:

—No sea que á esa pobre ó al cachorrillo que patalea en sus entrañas le cueste la vida mi geniázo, como á la mujer de José Miguel se la costó el de su marido.

Y Mari-Jesus decia para sus adentros:

—No sea que mi pícaro genio despierte el de Pepe-Anton, y quien lo pague sea el cachorrillo que me da pataditas en las entrañas.

Pepe-Anton y Mari-Jesus vivian en paz y gracia de Dios, pensando y procediendo de este modo, hasta que, justamente nueve meses despues de la interrumpida ceremonia del descasamiento, ó sea de las veinte y cuatro horas de arrullos como los de las palomitas y los palomos, Mari-Jesus dió á luz con toda felicidad el cachorrillo que pataleaba en sus entrañas.

Y entónces acabó de ponerse como una balsa de aceite el domicilio de nuestros cónyuges, porque Mari-Jesus y Pepe-Anton, que hubieran querido que el cachorrillo mamase en vez de leche-el licor de la inmortalidad y la ambrosía de los dioses, creian con razon que aquella seráfica paz era necesaria para que la leche de Mari-Jesus no se convirtiese en rejalgos que envenenase al querido y hermoso cachorrillo.

Cuando éste dejó de mamar, la paz continuó tan octaviana como ántes, porque el cachorrillo se asustaba y lloraba en cuanto veia cosas un poco serias.

Y tras el primer cachorrillo vinieron otros, trayendo cada uno un pan bajo el sobaco, y continuó con su venida la misma paz, fundada en las mismas razones, y en el nido de Mari-Jesus y Pepe-Anton, á pesar de que estos son ya viejos, aún continúa el *ru-ru* de las palomitas y los palomos.

Dios Nuestro Señor mantenga el mismo dulce y santo *ru-ru* en el nido de todos los que han leído este cuento deseosos de saber cuál era *el modo de descasarse!*

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, 1880.



LIMA. — ANTIGUO PUENTE SOBRE EL RIMAC.

ENSEÑANZA Y EDUCACION.

De todos los grandes problemas que interesan á la regeneracion de nuestro pueblo, no conozco uno solo tan menospreciado como el de la educacion nacional. Los padres que declinan con terror y fastidio funciones cuya dignidad supera á sus menguadas fuerzas; los maestros de todas jerarquías, desde la más sublime de abrir al niño los horizontes de la vida y del mundo, hasta la más prosaica de fabricar abogados, militares ó médicos; los Gobiernos que creen asegurado el porvenir de la patria con recetar un programa de estudios y disponer las veces que por semana han de decorar los alumnos el Catecismo, ó la Historia, ó han de filosofar, ó hacer píldoras; la sociedad entera que, sin conciencia moral de su poder ni de su obligacion, estrecha la mano del reo con la misma indiferencia que la de la víctima, se sienta á la mesa de ambos — si la cocina lo merece — y se contenta con reir y murmurar á sus espaldas.... todos de consuno se encogen displicentes de hombros ante linaje tan malaventurado de cuestiones. ¿Qué importa si nuestro pobre pueblo, huérfano de toda direccion y tutoria, abandonado al imperio de las circunstancias por todas las clases superiores, el profesorado, los literatos, el clero, los políticos, sufre los azares de esta penosa convalecencia de pasados yerros?

Y sin embargo de ese desden universal, en una sociedad donde la Iglesia, si ya no ha perdido — como un famoso orador católico pretende — la cura de las almas, le falta poco para entregarla á las potestades seculares, y donde la primera de las aristocracias reales y efectivas es la del talento, hay entre todas las fuerzas gobernantes una cuya accion prepondera irremisiblemente sobre las demas, cuyo influjo y cuya responsabilidad son por esto nada despreciables, y esta fuerza es la enseñanza, poéticamente divinizada en teoria por la retórica de los ministros y los parlamentos, y prácticamente sometida á saludable dieta intelectual — y aún física — por la sabiduría de esos mismos poderes: la enseñanza, á la cual toca, pues, sea por propia virtud, sea por el decaimiento de los restantes factores, el primer rango hoy dia en la educacion individual y social de nuestro tiempo.

Entre nosotros ¿á qué se reduce la enseñanza? Funcion pública, jerárquicamente organizada, no tiene hoy por hoy otro norte que el de lograr que unos cuantos niños, jóvenes ú hombres hechos — pero siempre cortísima minoría en el país — se asimilen ciertas ideas y las retengan por mayor ó menor número de años, al cabo de los cuales van lentamente anublándose en su espíritu. Esta funcion se desempeña por el comercio entre dos personalidades: el maestro y el discípulo: el primero, que va diciendo las cosas que cree saber al segundo; y éste — al ménos tal es la teoría — que las aprende. Así, nada más diferente que la situacion respectiva de uno y otro: hasta el punto de que, no hace muchos años, uno de nuestros catedráticos más insignes proclamaba que «la vida del profesor se divide en dos períodos opuestos: en el primero estudia, es decir, se dispone para enseñar; en el otro enseña, y sólo enseña, es decir, ya no estudia»: principio á que más de un benemérito adversario del *docendo docemur* rinde con su conducta inflexible homenaje.

Mas se dirá: «¿Qué tiene esto de extraño? ¿Va el niño

á la escuela á disputar como Jesus con los doctores, á inventar el alfabeto y el papel pautado, el Catecismo, las cuatro reglas y hasta la Geografía, ó va sencillamente á aprender?»

Ninguna respuesta mejor nunca que aquella de: *a fructibus eorum*. Gracias á la teoría dominante, el niño, y aún el hombre, no van á la clase á discutir, á preguntar, á meterse en camisa de once varas, á poner en apuros al maestro, á averiguar lo que no les importa y á subvertir la concertada armonía de los orbes: ó dicho de otro modo, no van á despertar los gérmenes de su personalidad física, intelectual, moral, afectiva, á educarse en suma en cuerpo y alma, sino á instruirse, «á aprender lo que ayer»; y si en la escuela el elemento educativo es punto ménos que nulo, el carácter instructivo se acentúa en el Instituto y la Academia preparatoria, en la Universidad, en las «carreras especiales», militares ó civiles, hasta en el Seminario! «aprendiendo» siempre, adulto ó niño, en todas esas partes, una casi infinidad de cosas en una casi eternidad de tiempo, y saliéndose al cabo con la suya, esto es, con su borla, su diploma, sus galones ú otras marcas de fábrica al uso. Entónces — ¡venturoso instante! — concluyen las clases, los maestros, los libros. Ya el jóven se halla en posesion, primeramente, de la cultura general propia de todo hombre; despues, de la particular que para su profesion necesita. Sobre tan sólidas bases, ahora comienza para él la vida libre, feliz é independiente, como la de aquella España del P. Isla (que por cierto no ha vuelto á verse en otra desde que «se abrió al cartaginés»).

Ya se sobreentiende que ésta es la teoría; porque en la práctica las cosas pasan de otro modo. En la práctica, lo que entónces comienza para el mísero alumno de las Musas, de Beatriz ó de Marte, es lo que pudiéramos llamar el proceso metódico del olvido: proceso que suele ser harto más rápido que el del estudio, pero sobre todo, de más seguro éxito. Sería curioso conocer, por ejemplo, el tanto por ciento de muchachos que, tras ocho ó nueve mortales años, perdidos — ¿por qué no darle su nombre? — en la escuela y en el Instituto, aportan á la Universidad la variada cultura que espera la teoría de aquellos centros docentes. ¿Cuántos, despues de las inútiles agonías del exámen, conservan siquiera la mitad de lo que el tribunal declara que aprendieron? ¿Cuántos, en particular los que sacan de su vida académica media docena de ideas propias, claras, firmes, valederas para elaborar sus convicciones, su porvenir y su conducta?

Nadie negará que hoy dia la primera cualidad por que se estima al hombre es el talento. Se adulan sus riquezas, su posicion exterior; pero sólo le granjea personalidad y renombre aquella facultad que, por lo demas y á causa de esto mismo, es la que pronuncia el *sic itur* y sabe, cuando quiere, abrirse de par en par todas las puertas. Hizo de la inteligencia Descártes la nota fundamental del espíritu, como la extension de la naturaleza; y la opinion comun.... ¿qué digo la opinion? la más empinada filosofía, el positivismo, la última moda del saber contemporáneo, sigue aún la doctrina del metafísico frances, que tan anticuado, inoportun, cursi y prehistórico parece en lo demas, al cabo de dos siglos, á nuestros pensadores impúberes. Ahora bien, las inteligencias que reciben hoy pleito homenaje y constitu-

yen nuestra aristocracia intelectual—algo semejante á la de los letrados en la China—se distinguen en dos grupos. Hay, por una parte, las inteligencias *sábias*, y hay, por otra, las inteligencias *listas*. Entre las personas de talento cada cual, segun su idiosincrasia, sus inclinaciones y sus gustos, entra en una ú otra cofradía: éste apura fechas, diccionarios, archivos, ó registra en la Farmacopea los 3.000 procedimientos para obtener el agua de Melisa, ó cataloga las estrellas, ó describe el cósmos de una gota de agua—lo infinitamente grande ó lo infinitamente pequeño, que ellos dicen;— el otro, condiscípulo ideal de los Rinconetes y los Cortadillos, estudia el arte de triunfar de los hombres, y aun de las mujeres, da grasa á los ejes de la consabida rueda de la fortuna, y se familiariza con todos los resortes de la esfera á que se reduce su vida; sea el palacio ó el templo, el Congreso ó la Bolsa, el Ateneo ó las productivas y bravias soledades de Sierra Morena. Los unos llegan al cenit por la memoria y la paciencia; los otros, por el ingenio y la audacia: de aquéllos se hacen los académicos, los eruditos, los anticuarios; de éstos, los generales, los banqueros y los ministros. Bien mirado, tan doctor es Monipodio como Sganarelo ó don Hermógenes.

Pueril sería añadir que, como siempre, hay excepciones; pero la corriente se aparta de ellas y marcha por esas dos series directoras y gobernantes de nuestra cultura patria; series ambas que por igual coinciden en un desden supremo hácia todo cuanto se refiere á los principios fundamentales de la vida, á los problemas de la naturaleza de las cosas, á los grandes intereses humanos. Fuera de los cálculos egoístas de los unos y de las improbables cavilaciones de los otros, no hay cosa de importancia: la paz y la guerra, la libertad y la tiranía, la prostitucion y la virtud, la miseria social, la civilizacion, la religion, el derecho, la moral, el arte.... ¿qué valen, junto al genio que revela una jugada de bolsa, ó comparados con la ciencia sólida, positiva y maciza del que cuenta las patas de un insecto? Esto es lo verdaderamente serio; todo lo demas es filosofia, poesia, ideología, palabrería.

Grandes cosas son—¿qué duda cabe?—la sagacidad y el ingenio, Pero no hay que confundir el arte de la vida, que sabe aprovechar con sensatez, con oportunidad y tacto, pero honrada y noblemente, las fuerzas de la trama social para lograr sus generosos fines, y la ratería del *pick-pocket*, cuando acierta con el bolsillo de sus parroquianos y rie de su simplicidad é inocencia. De igual suerte, nada hay más digno de respeto que la generosa labor del sabio consagrado al prolijo estudio de los pormenores; mas sólo á condicion de que le sea dado hallar en ellos la viva unidad que los enlaza, no un cúmulo de fragmentos destrozados é inertes. Este es el científico que pugna por desenredar el caos de los fenómenos y entresacar de él algun rayo de luz para el pensamiento y la vida; el otro, el curioso, el coleccionista, el bibliómano, para el cual lo único grande es lo pequeño, y á cuyos ojos miopes, á fuerza de no contemplar sino cosas menudas, tienen mayor importancia que las convulsiones de la humanidad las crisis de la filatelia, ó—para que nos entendamos—del comercio de sellos de correo.

El vicio fundamental de nuestras clases....—llamémoslas ilustradas—puede definirse en fórmula precisa. Entre nosotros, las personas de talento son periodistas, catedráticos, clérigos, comerciantes, ministros, naturalistas, médicos, militares, abogados, músicos, escritores, químicos, arquitectos y qué sé yo qué más.... pero difícilmente son *hombres*. De aquí su estrecho especialismo, su indiferencia mortal hácia todo *plus ultra* de su reducido horizonte, y ese profundo divorcio entre la instruccion y la educacion, no sólo en cuanto á la vida moral, sino en la misma esfera de la inteligencia, donde á cada paso tropezamos con un sabio archiglorioso, un artista celeberrimo ó un político rutilante, que si entienden más ó ménos sus respectivos oficios, no se les importa un bledo de los demas, y muestran una casi total ausencia de aquellas ideas, principios, sentimientos, gustos

ó y hasta maneras, por los cuales es el hombre *hombre*, no por saberse la tabla de logaritmos, por trinar en el *re* sobreagudo ó ganar á la ruleta una cartera.

De esta miseria de nuestra vida intelectual es, no sé si diga causa parcial ó efecto, la de nuestra enseñanza. Porque de un lado la refleja con lealtad intachable, y de otro la auxilia y fortifica amenazando, si Dios no lo remedia, con mantener aún tanta vergüenza y tanta postracion por larga dinastía de años y hasta siglos.

Sigue nuestra enseñanza el impulso de las ideas reinantes. Es decir, que se halla concebida, organizada y desempeñada como una mera funcion intelectual, ó sea que atiende á la inteligencia del alumno tan sólo, no á la integridad de su naturaleza, ni á despertar las energías radicales de un sér, ni á dirigir la formacion de sus sentimientos, de su voluntad, de su ideal, de sus aspiraciones, de su moralidad y su carácter. Ya lo hemos dicho. Apénas si en la escuela primaria recibe el pobre niño, entre los gritos y pescozones del maestro, el problemático beneficio de un tratamiento dirigido al fin y al cabo con su tanto de intencion pedagógica; pero al salir de allí, acaba para él toda educacion en las aulas (y por lo general, fuera de ellas), donde sólo su instruccion material se procura. Daria todos los millones de Rostschild, y aun de M. Mackay, por ver qué cara pondria, v. gr., un catedrático de Química ó de Derecho mercantil si oyera que él tiene que cuidar de que sus discipulos no frecuenten las casas de juego, los bürdeles y demas esferas análogas de la administracion; de que sean varoniles, sinceros, honrados, laboriosos, cultos, limpios y hasta elegantes; trabajen por inclinacion y no por «ganar año» (que debiera llamarse «perderlo»); guarden costumbres puras, adquieran gustos nobles y aborrezcan la vulgaridad, la informalidad, la suciedad, la pereza, la envidia y la mentira; es decir, los vicios más característicos, si no de nuestra raza—que ¿quién se atrevería á cerrar la puerta á toda esperanza de mejora?—por lo ménos, de nuestra nada próspera situacion social. Allí sería el recordar el célebre artículo del año 12, que mandaba á todos los españoles ser de Real orden justos y benéficos.

Ante esa concepcion intelectualista que hoy priva sobre las funciones del profesorado, nada importa que la juventud se despeñe, y perpetúe en la nacion la barbarie, con tal que aprenda—siquiera para salir del paso—su anatomía, su literatura ó sus pretéritos y supinos. Apresurémonos á declarar que la culpa es del sistema y de las personas, pero muy principalmente del sistema. Pónganme á un Sócrates ó á un Froebel al frente de una clase de quinientos alumnos, á los cuales no ha de ver ni hablar sino, á lo sumo, una hora cada día; obliguenle á no hacer en esa hora más que exponer la parte alícuota correspondiente de un programa calculado por la sabiduria administrativa, como las lecturas del *Año Cristiano*, á leccion por jornada, y pídanle luégo que forme en aquellas desdichadas criaturas un sentido científico profundo, y un sentido moral sano, y no sé cuántos otros más sentidos: gracias si, entré esos cinco cientos hay media docena que, al cabo de la temporada, saquen los suyos algo ménos obtusos.

Ahora bien, como el hombre, por cualquier lado que VV. le miren, es, segun dicen los filósofos, un verdadero organismo, todas cuyas funciones se implican, protegen y perturban mutuamente, cuando la enseñanza no es más que intelectual se hace incapaz *ipso facto* para satisfacer ese mismo fin. «Pues ¡qué!—oigo ya exclamar—porque separemos ambas funciones, la del maestro y la del padre ó pedagogo, la instruccion y la educacion, siguiendo despues de todo la fecundísima ley de la division del trabajo, ¿ha de ser de peor calidad el fruto de la primera? Porque el profesor se cña á explicar, á preguntar, á tomar la leccion á sus discipulos—las tres operaciones fundamentales de su oficio—sin entrometerse en más perfiles, ¿van aquéllos á aprender peor el córte de piedras, la ley hipotecaria ó el binomio de Newton?



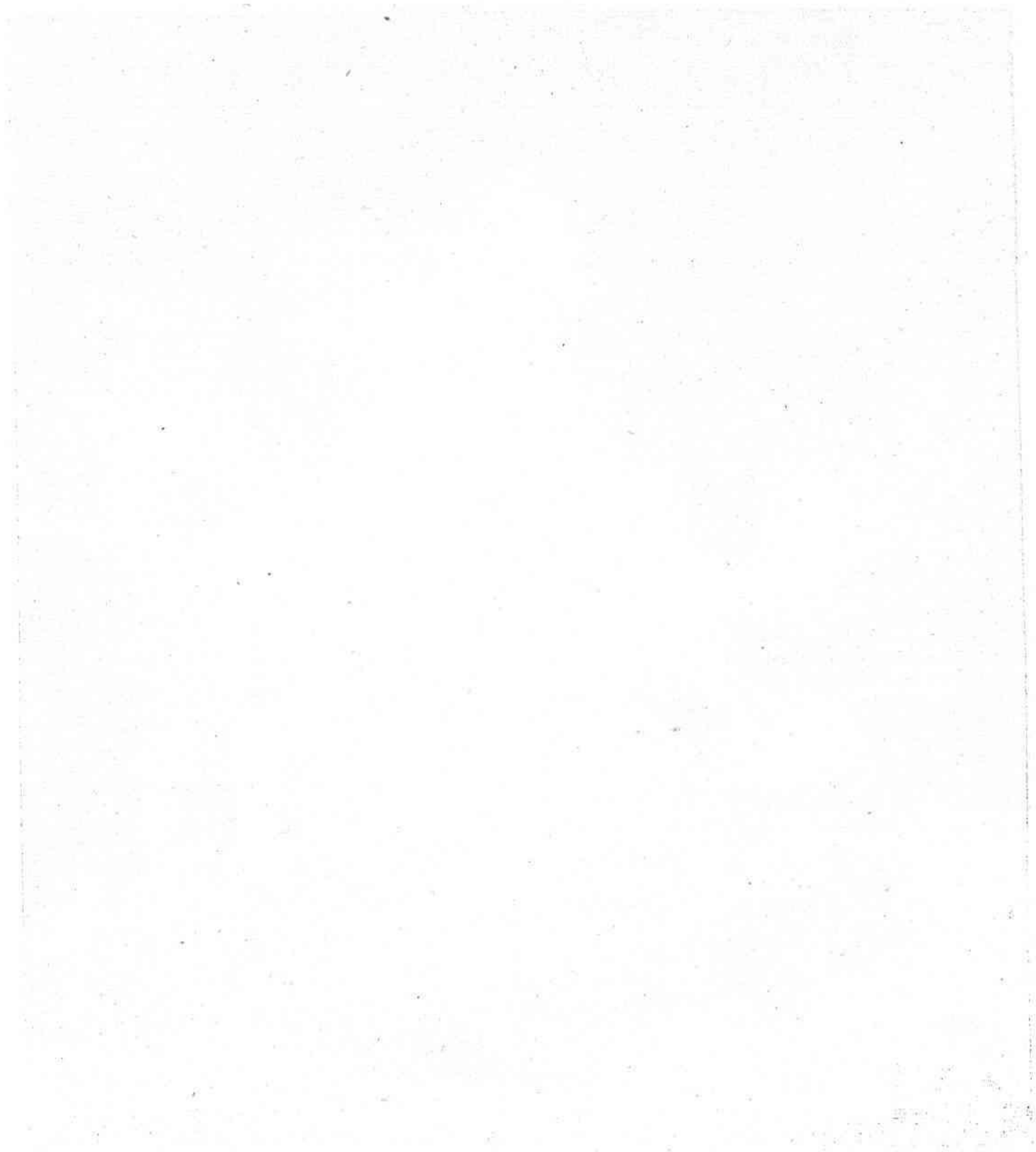
Ministerio de Cultura



EL BAÑO.—(DIBUJO ORIGINAL DE G. BREGENZER.)



LA CAZA.— (DIBUJO ORIGINAL DE G. BREGENZER.)



Distingamos: sin duda un alto grado de instrucción material, esto es, de estampación y como incrustación en el entendimiento de cosas pasivamente aprendidas y almacenadas por más ó menos años, es perfectamente compatible con la más grosera incultura del espíritu; ¿crece éste por yuxtaposición acaso? No hay en verdad motivo alguno—Balzac lo ha demostrado y todos lo vemos cada día—para que un hombre, por el hecho de saberse de memoria á Horacio, el Calepino y hasta el archivo de Simancas, sin errar una tilde, sea ya discreto, reflexivo, afectuoso, honrado, guarde los mandamientos, cultive el ideal, posea un concepto profundo de las cosas y viva y obre, en suma, como una persona decente. También el bruto recibe instrucciones y las combina, y aún saca de ellas lo que le tiene cuenta. Ahora, para ascender á otras regiones superiores; para pensar y discurrir por sí mismo; para discernir la verdad y el error; para formar juicios propios, firmes y exactos; para tener personalidad; para poner algo de su cosecha en el mundo; para no ser un poste, donde viene cada maestro ó cada libro á estampar por turno su bando de buen gobierno.... para todo esto se necesita sentido común; sentido que en todas partes podrá ser, como ha dicho no sé qué novelista, el ménos común de todos, pero que en España. Dios sabe si anda por las nubes! Y es que para tener entendimiento basta nacer con él; para tener memoria ó paciencia, ejercitarlas; mas para educar en su plenitud la inteligencia, es absolutamente indispensable educar por entero todo el hombre.

Reconozcamos de buen grado que el sistema actual de enseñanza, sistema burocrático, en que el profesor despacha la lección en su hora y media, como se despacha un expediente, y tiene con el alumno sólo un contacto superficial, que los deja enteramente extraños uno á otro; sistema memorista, mecánico, dirigido á nuestras facultades inferiores, para las cuales se digna promulgar en solemne revelación académica la verdad, oficialmente averiguada y definida, librándonos de aquel trabajo de buscarla por nosotros mismos, que Lessing reputaba el más característico de seres racionales; que ese sistema, digo, es de admirable éxito, si, como parece, ha sido organizado para dar á la patria generaciones de sujetos raquíticos de alma y cuerpo; indiferentes hácia principios que ignoran si lo son, porque no los han hallado ni comprobado por sí propios; despreciativos de todo ideal; escépticos y limitados, cuando no aburridos de la letra de molde. Mas si, por acaso, lo que se pretendiese fuera asegurar el porvenir intelectual de nuestro pueblo, el sistema instructivo está condenado á la vez por su raíz y por su fruto; porque la educación y desarrollo de la inteligencia sigue á los del hombre como la parte al todo, y su horizonte se dilata ó se cierra con el horizonte general del espíritu. Del presumido y vano; del que ahoga el clamoreo de su conciencia, todavía no bien empedernida; del envidioso; del disipado y frívolo; del egoísta, sordo á los dolores de la humanidad, puede, cierto, esperarse toda la paciencia necesaria para las delicadezas del microscopio ó para descifrar una inscripción cuneiforme; toda la penetración que requieren las sutiles combinaciones del cálculo; todo el tino del mundo para llevar á feliz término un experimento en el laboratorio.... pero nunca ese supremo amor á la humanidad, desinteresado, impersonal, objetivo, única fuente de todas las luces y revelaciones superiores.

Hay que desengañarse: las mismas condiciones fundamentales pide la enseñanza destinada á lograr sabios que la que se propone formar hombres; á ménos de seguir hasta la eternidad bifurcando nuestra especie en dos tipos: el hombre y el sabio. Pero nadie será osado á negar—siquiera por el bien parecer—que el sabio, ántes que sabio, convendría un tanto que fuese hombre en cuerpo, alma y vestido—la triada antropológica;—que se revele en él una persona, no «una inteligencia servida por órganos», según la mística aspiración de Bonald; un sér dotado de sentimientos, de carácter moral, de experiencia del mundo, que ande, y coma, y duerma, y hable como cualquier cristiano,

ó aún racionalista, que no hubiese perdido los rasgos distintivos de nuestro linaje. Además, la génesis del espíritu científico en cualquiera de nuestros semejantes sólo es posible merced á una verdadera educación, sin la cual ya hemos visto cómo el pensamiento se decolora, mutila y embastece, y se entierra entre el polvo de los pormenores. Ciertamente que la exposición de todos los elementos que se requieren para promover una pura vocación científica parecería hoy cosa de burlas, apegados como nos hallamos aún á ese fácil juicio para el que es ciencia cualquier cosa: la invención de un específico para los sabañones ó la *coqueluche*, fundado en la experiencia clínica; una disertación retórica sobre cuatro lugares comunes filosóficos; una lista sin crítica de documentos inéditos; un miserable Manual, consagrado al alto fin de facilitar al alumno la respuesta al programa de exámen. Mas, sin entrar en esa enumeración, que habría de remover los «humores acres, proclives y corruptentes» de más de un doctor Bartolo, sea lícito al ménos insistir en la necesidad de que esa esfera de la enseñanza éntre, como todas, en vías de redención, merced al espíritu educativo. Tres y cuatro veces bienaventurada la generación que vea rellenar con los escombros de tanta pedantería el abismo que hoy media entre el pobre alumno, víctima de uno de los más insufribles tormentos—el de estudiar sin gana, como acontece á quien no ha sido educado en el amor y el fruto del trabajo—y el profesor, revestido de sus ornamentos, sublimado en el tripode—la mitad de su ciencia—y oficiando siempre de pontifical; porque si la operación de instruir á esa otra especie de reclutas, no más afortunados que los de la milicia, es por naturaleza una acción superficial é intermitente, que puede bien ejercerse á distancia, la educación es por necesidad una acción íntima, sólo asequible á favor de una comunicación profunda, familiar y constante. La confianza en el maestro, la medida libre del tiempo y de la manera de llenarlo reemplazarán entonces á la ignorante, suspicaz y depresiva reglamentación burocrática; la conversación animada y discreta, á los interrogatorios solemnes y á esos discursos que deben reservarse para las conferencias dirigidas á un público heterogéneo, numeroso y anónimo; la investigación personal, á las exposiciones dogmáticas; la espontaneidad, tan fecunda, á la aridez académica; la palabra viva, al libro de texto; la dirección individual de cada alumno, al régimen abstracto de la masa, cuyo atomismo es tan desafortunado en esta esfera como en la Medicina, la política ó los sistemas penales.

Es más complicado—pero mucho más—de lo que parece, organizar un sistema de enseñanza que aspire á dirigir la educación nacional. Si no, con copiar á Alemania—ahora que está de moda—como ántes hemos copiado de Francia, allá por los años de 45, habríamos salido del paso. Estudiar y procurar satisfacer las condiciones generales de toda educación digna de tal nombre, ya es mucho; y sin embargo, no basta. Hay que darse clara cuenta del carácter nacional, de los precedentes que han contribuido á formarlos, de sus naturales energías, de su estado, sus cualidades, sus defectos, para, de esta suerte aleccionados, escogitar los medios más capaces de corregir nuestros vicios y encaminarnos por mejores senderos. A las personas especialmente dedicadas, por vocación ó por oficio—cosas que, por desgracia, no siempre caen juntas—á este linaje de problemas, es á quienes toca plantearlos en primer término, ensayar su solución, adoptarla en el límite de sus fuerzas y recomendarla á los poderes y á sus conciudadanos. De ellos, de los escritores, del clero, del profesorado, de los padres de familia es de los que puede y debe esperarse algún remedio, más bien que de los gobiernos, que hartos hacen con llenar la *Gaceta* de leyes, decretos y demás formas del arte de recetar; con sacar la quinta, cobrar las contribuciones, aumentar la Deuda y garantizar la libertad industrial de los secuestradores y ladrones en cuadrilla; ¡y todavía han de cuidar de que no se pague á los maestros su salario!

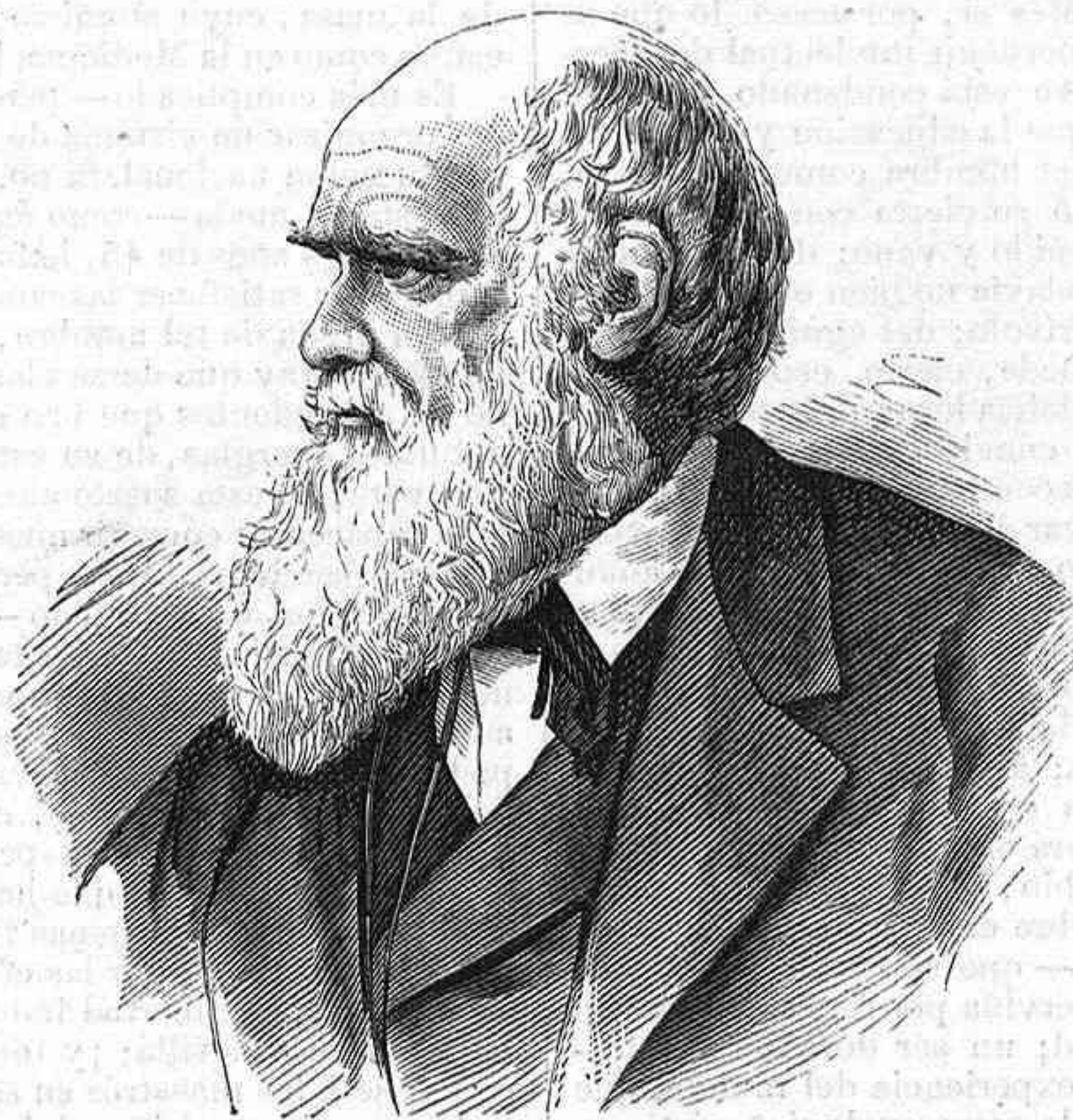
De mucho servirían al intento la exportación en grande

de españoles á Europa, á fin de que aprendan, vean, oigan y callen, y la importacion de extranjeros—al modo como lo ha hecho Italia—para que enseñen, y hablen, y nos civilicen. Lo malo es que, cuanto á lo primero, el español, por su misma fiereza é incultura, no saca siempre tanto provecho de sus viajes como sería de desear y él se imagina; su falta de preparacion para resistir lo que podríamos llamar la crisis del trasplante, ó para asimilarse los progresos de otros pueblos; nuestra presuncion ultra-lusitana, que á cada hombre de medianos estudios le hace conceptuarse digno de dar glorioso alimento á marmolistas y poetas; el malaventurado apoyo que á esta vanidad infantil presta lo de «en tierra de ciegos.....», cosas son que conspiran á disminuir el fruto de esas verdaderas «excursiones instructivas.» ¡Cuántos españoles inteligentes, honrados é instruidos, pero que heredaron nuestra ligereza é impresionabilidad y llevan ideas disparatadas del extranjero, sufren decepciones semejantes á aquella del paleta cuando vió que la reina no era de oro, y acaban por volver poniendo sobre el lago de Ginebra la charca de la Casa de Campo, y sublimando hasta la Osa mayor los toros y el puchero—las dos instituciones primordiales de nuestra pedagogía nacional!—Y por el contrario, ¡cuántos regresan abominando, no los vicios y atraso de su patria, en cuya enmienda no perderán ellos su tiempo, sino la patria misma, maldiciendo las benditas raíces que á todo hombre de honor consolidan con ella, y ansiando arrancarlas de cuajo! Para los unos, sólo en España se sabe, se come, se bebe y se vive como Dios manda; los otros son de la raza de esos que, tras dos meses de París y Biarritz, se paran sorprendidos en la Puerta del Sol, para preguntar en castellano chapurrado si no era allí donde estaba la catedral de Toledo.

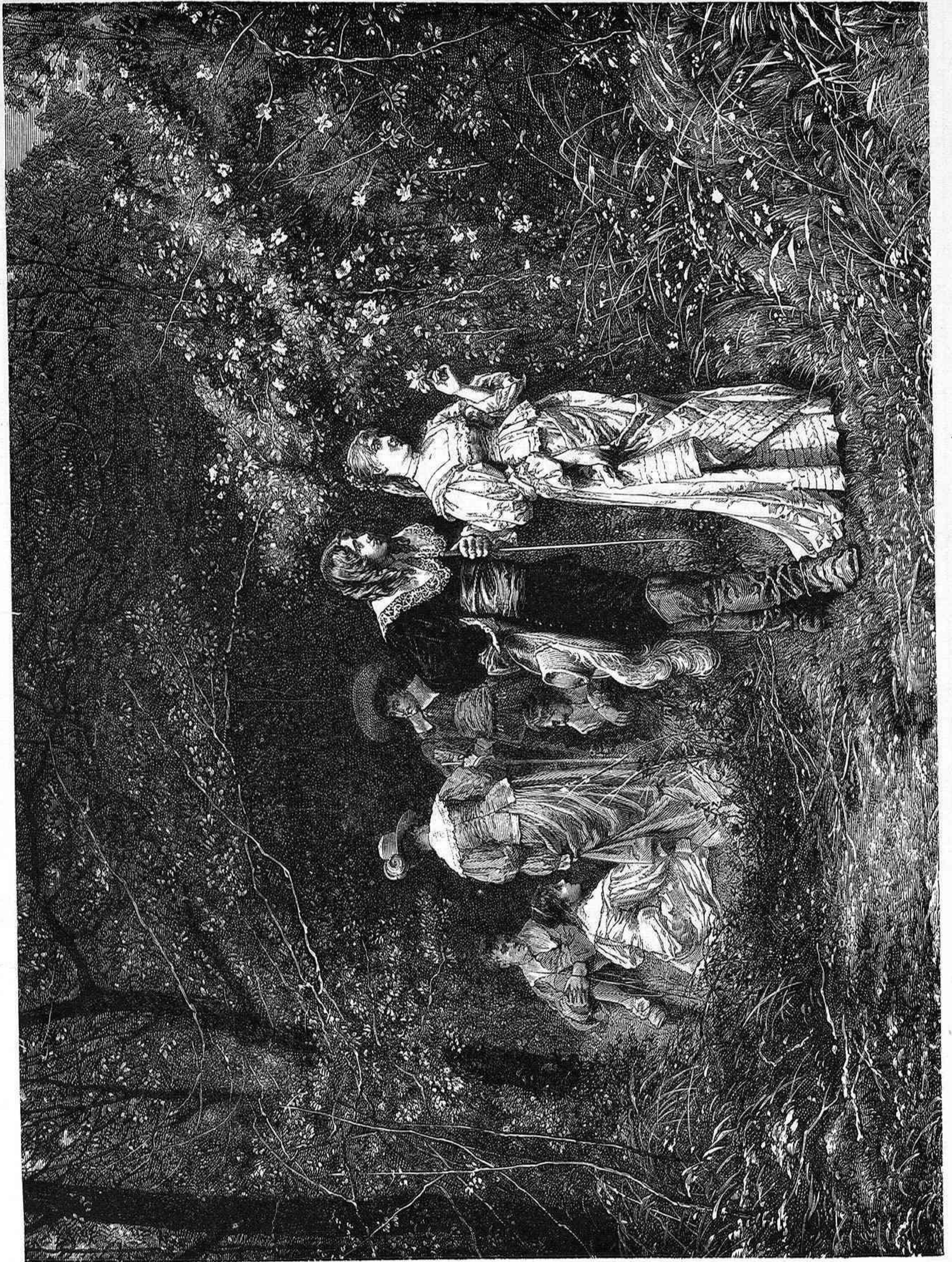
Dos palabras, para concluir, acerca de los padres y las familias. A nadie que se haya interesado sinceramente por el progreso de nuestra educacion se oscurece que son hoy la más grave dificultad quizá que necesita vencer toda tentativa de reforma. Por una larga serie de razones, cuya discusion nos llevaria muy léjos, esa reforma, entre nosotros, comenzará, no por el padre, sino por el maestro, cuyo estado actual es, sin embargo, tan poco satisfactorio. De aquí que no sea lícito esperar el pronto término de esa frecuente

lucha entre la familia y la escuela, entre dos ideales de lo que deben ser el niño, el hombre, la educacion, la sociedad, la vida; lucha de todos los instantes, ya sorda y cortés, ya áspera, vehemente y subversiva, á propósito de la moralidad, del estudio, de los juegos y las diversiones, de los castigos, de los premios, de la alimentacion, del vestido, del régimen, hasta del aseo. El padre que de buena fe cree adorar á su hijo porque se divierte con sus gracias—casi al modo como lo haria con un perro ó un loro—le prodiga caricias y reduce sus obligaciones á mantenerlo y procurarle estado, ese padre ve en la celosa educacion del niño fastidiosa carga; en el maestro, un censor, y vacila entre arrojar sobre éste el peso insoportable ó resignarse á conllevarlo, al ménos en la forma, emancipándose de la tutoría que la escuela inevitablemente le impone. Y sin embargo, ¡qué inmenso y bienhechor poder el de la familia, cuando acierta á constituir en derredor del niño esa atmósfera sana, caliente, pura, viril, animadora, íntima! Bien puede asegurarse que no habrá España, esto es, que no habrá aquí un pueblo digno de ser incluido en la humanidad civilizada; un pueblo culto, sincero, suave y enérgico á la par, honrado, paciente, sensato, bien alimentado y hasta limpio, mientras esa discordancia no cese con el desnivel moral é intelectual que acusa; discordancia que aturde y desorienta al niño, y aún le causa quizá más grave daño que un mal sistema de educacion seguido con insistencia. Al ver á esos padres desidiosos, que gozan de las alegrías del presente, disponiendo para el pobre niño el más oscuro porvenir, que luego les arrancará lamentaciones estériles; al calcular lo que de una conducta semejante puede esperarse para la regeneracion de nuestro pueblo; al asistir al libre desarrollo de todos los malos gérmenes depositados en el niño por la herencia y por el medio ambiente doméstico y social, y la opresion de todos los principios de salud que Dios puso en su alma y que van secándose uno á uno, la ingenuidad, la benevolencia, la sinceridad, la naturalidad, la fe, el desinterés, el entusiasmo varonil, el amor al bien, la pureza..... no puede ménos el hombre observador de exclamar con profunda amargura: «Si fuesen así todos los padres, bienaventurados los huérfanos.»

F. GINER.



CÁRLOS DARWIN, FILÓSOFO INGLÉS.



EN LA ENRAMADA. — (CUADRO DE ADRIEN MOREAU.)

UN SUEÑO DE PRIMAVERA.



LEGÓ Mayo rejuveneciendo los árboles, esmaltando de flores las praderas, entapizando de verde los campos, fundiendo los últimos hielos de la montaña, despertando á los amores, que huyendo del invierno, se habian escondido en el fondo de las grutas; no los amores ciudadanos, ó en poblado, ó *en ville*, como diria un frances y más de un español; amores pálidos, que se asfixian por falta de aire puro y se calientan las uñas en la chimenea, ó se desperezan cansados entre el espeso hálito de la multitud que llena las salas de los teatros, donde la luz embustera y el esmalte misticador dan una apariencia fantástica á encantos de efecto, como la decoracion que supone un jardin en la escena: no, sino los amores que aman el sol y las auras, que llevan con dulce encanto á los ecos el gorjeo de los pájaros, el balido de las ovejas, el canto de las zagalas y el murmurio de las fuentes; el amor misterioso, alma de la vida, que vaga sobre las flores, entre las alas de inimitable terciopelo matizado de las mariposas: era, en fin, la vivificadora, la siempre jóven primavera, la estacion de las auras tibias y perfumadas, de la luz suave, de la dulce alegría.

Necesitaba yo ofrecer, por encargo de una Sociedad humanitaria y respetabilísima, á una alta dama una corona de flores ideales, de pensamientos cogidos en los verjeles de la poesia: yo habia aceptado el encargo, si bien con placer, con miedo: yo, *très-passé* ó *trépassé*, todo á un tiempo: yo, antigualla perteneciente á la historia; yo cansado, yo relegado, yo viejo; yo, á quien lo positivo ha arrancado tantas veces de los brazos del sueño; yo, en quien la hiel corrosiva de los dolores ha lacerado todas las fibras del sentimiento, ha desecado todas las fuentes del entusiasmo; yo, que me supervivo y siento el olvido de mis hermanos ántes de haber atravesado el Leteo; yo, para quien se han apagado los esplendores de todas las esperanzas; yo, sombra de mí mismo; yo, semejante á esos nombres que se leen en las lápidas de los panteones, habia asumido imprudentemente la responsabilidad de ofrecer una bella, fresca y fragante corona, presentada por la pureza y la hermosura, á una dama de espíritu levantado y vehemente, de sentimiento sencillo y poético, ilustrado por una educacion altísima: esto era conmovedor; esto era adherirse á la vida, arriesgar un esfuerzo para salir de la sombra á la luz.

Era necesario soñar, y soñé: el sueño me llevó á la tierra encantada donde han quedado marchitas las flores de mi vida sobre la tumba de mis primeros amores, sobre el polvo de mis padres, sobre el recuerdo de mis amigos de la infancia, y hé aquí á continuacion un pedazo de mi sueño; el prólogo, por decirlo así, de otro sueño más denso, más colorido, más vigoroso:

Yo soy de una tierra de eternos verjeles,
Do en grutas sombrosas de altivos laureles
Se aspira el aliento que viene de Dios;
Do corren las fuentes por cauces de flores,
Do vagan rientes graciosos amores,
Do brilla cual oro la lumbre del sol;
Do alienta la virgen de tez africana,
De espíritu ardiente cual lava que emana
Del cráter profundo de inmenso volcan;
La luz en la frente del alba serena,
La vida en los ojos, que el alma enajena,
El tallo que vibra gallardo al andar;
El seno, que agita potente latido,
La negra pupila que el fuego escondido
Revela del alma que sueña el amor;
La leve sonrisa del labio hechicero,
Que fresco y purpúreo ya exhala agorero

Un triste suspiro de vago dolor;
La planta que breve las flores no mata;
La crencha sedosa que el viento desata
Y rico perfume difunde al flotar;
La dulce morena de aliento suave,
Gacela que trisca, fantástica ave
Que el alma adormece con blando cantar;
Magnolia en que toma su esencia la brisa,
Suspiro del cielo, celeste sonrisa
Del ángel que guarda la dicha sin fin;
Hurí que en los sueños vagó de Mahoma;
Arcángel humano que guarda en su loma,
Velado por flores, el alto Albaicin.

Yo sufría: me habia fantaseado en plena juventud: tenía ante mí el bello fantasma de lo pasado, que parecia viviente, que resplandecia exuberante, pero que no era más que el fenómeno de un extraño espejismo; un repercutimiento de la memoria en lo pasado; algo que parecia se podia tocar, pero que en realidad estaba separado de mí por una cortadura de treinta años, que lanzaba de sí, como de un hervidero, esperanzas no logradas, amores muertos, dolores infinitos sin consuelo, desesperaciones sordas, amargura de coluquintida vertida en el alma, triste por la defecion de todo: y entre mi sueño, sobre mi sueño, yo sentia suelto sobre el campo, rugiendo, retronando, reproduciendo todos los sonidos, áun el del choque lúgubrememente sonoro de las olas encrespadas, un viento más de Marzo que de Mayo, cuyo helado aliento, penetrando por las mal ajustadas maderas del balcon, enfriaba mi frente y hacia demasiado movable sobre mis versos la luz de la bujía, ya casi consumida, y que al fin se acabó.

La oscuridad me dejó ver en las juntas de las maderas una línea dorada luminosa; abrí el balcon y me encontré en plena y radiante luz de la mañana.

Yo vivo en uno de esos barrios nuevos que, perteneciendo á Madrid, están en el campo, en una pequeña habitacion muy alegre, que me envidiaria un parisien. Mi calle es el camino de Vallecas; la acera de enfrente, una tapia baja que cierra la vertiente del Buen Retiro, ó, como se dice hoy, del Parque de Madrid: esta vertiente es lo que se llamaba ántes, cuando habia frailes, el olivar de Atocha, y que hoy se conoce con el nombre de Huerta de los Inválidos: á la derecha se abre el profundo horizonte al Oriente, accidentado por colinas, por viñedos con sus casitas blancas, y limitado por montañas de un cobalto purísimo: por la parte del Mediodía se ven correr los trenes con sus penachos de humo, cortando el plano de la vega, y al Norte, y cercana, corona la colina la dentellada silueta de Madrid. Yo vivo á mis anchas, inundado de aire y de luz: me da blando reflejo el verdor de la huerta, y el ruido de la multitud que se agita encauzada en estrechas calles no turba mis ensueños; ni áun el sonido de la campana de un reloj llega hasta mí. —Perteneciendo, tocando á una gran capital, estoy en medio de la naturaleza.

El cielo estaba cerrado al Norte por grandes y densas nubes frias y tristes; pero allá, al Oriente, en un largo jiron despejado, de una diafanidad infinita, fulguraba una luz dorada, ígnea; el sol aparecia sobre el horizonte en un punto deslumbrante; tenía luz de primavera, en tanto que un crudo viento de invierno agitaba mis cabellos; yo estaba aún sonámbulo; yo habia evocado á Granada como la habia dejado en los dias de mi juventud, y Granada habia venido, me habia rodeado, me habia absorbido; yo estaba aún en ella; yo me sentia fuerte, lleno de vida; yo aspiraba el ambiente de los cármes del Albaicin, de las alamedas de la Alhambra, de las Angosturas del Darro, y me parecia que no era por los montes de Toledo (que de paso me

hacian soñar al Cid y á Alfonso VI) por donde el sol para Madrid se alzaba, sino por más allá, por el Desierto, por las cumbres del Atlas, apareciendo al fin sobre la punta de eterna nieve de esa gigantesca atalaya del Levante que se llama *Picacho del Veleta*.

Y el ensueño, la efervescencia de mi fantasía, se condensó en mí, y la vision se hizo suprema; como en un cuadro disolvente, se fueron amortiguando aquel punto fulgurante, aquella ráfaga luminosa; fué evaporándose, desvaneciéndose como una niebla, la tierra de Madrid, y al fin la gigantesca Sierra Nevada limitó el horizonte al Oriente; á la izquierda, las colinas en que se asienta Granada; á la derecha, la extensa vega con el marco azul de sus montes del Padul, de Parapanda, de Illora, de Elvira; y la luna reflejando como sobre plata fundida en la corriente del Genil y del Darro, unidos en estrecho abrazo, y por otra parte, en las lucientes tejas vidriadas de los minaretes y de los alcázares de la ciudad querida de los hijos del Profeta.

Porque yo, en la fascinación de mi sueño, veía á Granada, no como ahora, derruidos ó aportillados sus muros, cegadas sus cavas, desalmenadas sus torres, hundidas sus mezquitas, mutilados ó desaparecidos sus palacios, devoradas sus gentes y arrojadas por la muerte en el abismo de lo pasado, sino en todo su esplendor, como ántes de caer por la conquista bajo el yugo de un vencedor soberbio por su gloria, implacable por su bravura, ciego y fanático por sus creencias.

Yo la rodeaba, en el vértigo del sueño, como un amante que gira en torno de la tumba de su querida, y ve su sombra, bella como en los días en que el espíritu de vida la alentaba.

Yo me deslizaba de la puerta de Elvira al portal del Carbon, seguía á Bib-Rambla, dejaba atrás Bib-Ataubin y Bib-Lachar, y rozando con Torres Bermejas, me entraba, saltando sobre el muro de Al-Baul, por la Puerta Judicial ó Bib-al-Malek en la Alhambra, y luégo en el patio de la Al-berka.

Y allí, el agua trasparente, reflejando el cielo azul con sus rutilantes estrellas; destellando en vivos fulgores pálidos la luna; el denso marco del verdinegro arrayan dando más fuerza á lo vago, en que fulguraba lo luminoso; los muros en una dulce penumbra, y la galería con sus esbeltas columnas de alabastro, sosteniendo los arcos labrados, calados, graciosos como la sonrisa lánguida de una huri, emblanquecidos por la dulce luz de la lumbrera de la noche; y sobre esto, la Torre de Comares ó de Embajadores, con su agudo almenar y su cúpula brillante, y bajo ella la grandiosa cámara, con sus ricos alicatados, sus labores persas, sus suras del Koran en escritura cúfica, sus bellos alhamies, sus ajimeces, sus ventanas transparentes, sus muros majestuosos, ricos como un brocado de Damasco, y su magnífica techumbre cónica de caprichosa laceria perdida en la sombra. Yo era entónces como el alma en pena que vaga en su hogar mudo y solitario, entre el profundo silencio de la noche, bajo el rayo de la luna.

Yo flotaba, iba y venía; de improviso me encontré, como llevado por una ráfaga de viento, en Generalife, en el *Palacio del Zambrero*; una sombra blanca cruzó por delante de mí, me atrajo, me llevó consigo; exhalaba frescura de juventud, ambrosía de belleza; era una dama; su blanca túnica no era tan blanca como sus mejillas marmóreas; sus negros ojos no tenían tanta sombra como la tristeza que de ellos fluía, y que se extendía por su semblante y se dilataba en torno suyo como una aureola de dolor; yo la reconocí; yo he encontrado muchas veces su sombra, cuando, ansioso de lo fantástico, vagaba de noche por lo que áun queda de lo que fué la *Casa Real* de los reyes de Granada: era la esposa de Abu-Abd-Allah-el-Zogoibí, el último de aquellos reyes, de Boabdil, ó del *Rey Chico*, como dice el vulgo. Era Zorahydah.

Se acercó lentamente, vaga y aérea, como impulsada por el aura, al altísimo cipres que se alza junto á la acequia que por un cauce de mármol, bordeado de flores, corre á lo largo del jardin; se detuvo á su pié; otra sombra, la de un jóven caballero árabe, triste y apenada como la de la sultana, manchado su blanco caftan por un raudal de sangre que brotaba de su garganta, apareció en el fondo oscuro de una enramada. Zorahydah se adhirió á aquella sombra, y las dos desaparecieron, confundidas, perdidas en una sola.

Una de las leyendas más trágicas, más conmovedoras de esa Iliada que se llama conquista de Granada, habia pasado ante mí, representada por las sombras de Zorahydah y Aben-Hamet; y como todo hecho se relaciona con otros muchos, yo, al pié del Cipres de la Sultana, me representé todos los sucesos de las guerras civiles de Granada, que con tanta bizzaria y tanta fuerza de imaginacion escribió Perez de Hita: el destronamiento del rey Xequé Abul-Hacen por su hermano Abd-Allah-el-Zagab: la enérgica y alentada sultana Aixa-la-Horra, enardeciendo á los partidarios de su hijo Abd-Allah-Alzaquir (Boabdil), poniéndole en el trono de la Alhambra, relegando á Málaga á su tio El-Zagab, y haciendo desesperarse en Almería al viejo Abul-Hacen; yo me representaba todo esto: los bandos de Zegries y Abencerrajes, Masamudas y Gomeres; los desdichados amores de Aben-Amét y de la esposa de Boabdil, sorprendidos por éste al pié de aquel mismo cipres: el degüello de los Abencerrajes y de Aben-Hamet, su caudillo, en venganza del adulterio: los recios combates dentro de la ciudad, que debilitaba sus fuerzas ante el enemigo, que allá en sus tiendas del Real de Santa Fe, en la vega, entre Granada y Sierra Elvira, bajo los pendones de Castilla y Aragon, devoraba con ojo hambriento aquella ciudad de cien torres, tendida sobre siete montes, coronada por sus fuertes castillos y sus lucientes alcázares, y esperaba que sus propias luchas intestinas se la entregasen destrozada, rendida á sus desventuras. ¡Y cuánta herencia de gloria allá en Santa Fe! ¡cuánta grandeza! ¡cuánta fuerza! Fernando é Isabel, los Mendozas, los Córdoba, los Cárdenas, los Pulgares, los Paredes, los de Aguilar, los de Cabra; los invencibles escuadrones que tenían en miedo á Francia, en respeto á Roma, en la agonía á Granada, último refugio y pedazo de la raza islamita en tierras de cristianos. ¡Una pléyade de héroes comandando un pueblo de leones irritados por la victoria! ¡Y cuánta miseria, cuánta desolacion, cuánta desventura, cuánta vergüenza allí, tras aquellos rojos muros, á la sombra de aquellos ostentosos alcázares, en el laberinto de calles y plazas, donde se agitaba una multitud enervada, sin caudillos que la llevasen al combate, sin más que traidores ambiciosos vulgares, que la gastaban en inútiles motines! Allí no habia más que un héroe, y este héroe, el infante Muza, hermano de Boabdil, desapareció con el honor de su patria.

Y todo esto se desarrollaba con una fuerza de vida incalculable, proveniente de lo pasado, en mi conturbada fantasía, que buscaba los días de su juventud, que los sentia en un doloroso sueño de primavera; en una reaccion del sentimiento, en una vibracion retrospectiva, por decirlo así, de la memoria; yo veia detalle por detalle, punto por punto, como yo me los habia fantaseado desde mi infancia, bajo el influjo de una tradicion romántica, todos aquellos sucesos, y á cien leguas de distancia tocaba con las maravillosas manos de la fantasía, como los habia tocado con mis manos de niño, aquellos monumentos, aquellas ruinas que habian sido el escenario del gran drama. Yo sentia, como los sentí entónces, todos los encantos de aquellas leyendas, todas las bellezas de aquella tierra maravillosa, á cuyas impresiones debo tal vez por desventura lo que tengo de soñador y de poeta.

¡Y luégo, descender de la historia patria á la historia propia! ¡Recordar todo ese mundo que ha sido parte de nuestro

corazon, ó más bien nuestro corazon mismo, que ha ido desapareciendo, perdiéndose en lo infinito, abandonándonos, dejándonos en una soledad de agonía, dándonos un dolor frío y sin consuelo en cada recuerdo! ¡Ir á vagar con el alma á aquellos lugares donde fué y ya no es un sér querido, que fué para nosotros una esperanza de felicidad, un dorado rayo de sol de nuestra juventud! Estos, éstos son los sueños de primavera de los viejos que conservan el alma

jóven, y sienten la viudez de todos los amores y la imposibilidad de otros amores nuevos que reemplacen á los perdidos, si es que los amores pueden ser reemplazados, ó que, á lo ménos, les presten fuerzas para vivir. ¡Ah, dichosos los que no sueñan, porque los sueños de lo imposible son el infierno de la realidad!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

8 Junio 1880



LUIS DE CAMOENS,
INSIGNE ÉPICO PORTUGUÉS. — NACIÓ HÁCIA 1524; † EN LISBOA, EN 1580.

LA CRUZ DE LA MONTAÑA.

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO.)

I.

POR primera vez iba yo á visitar las fincas de campo de mi familia, propiedades lejanas situadas casi todas en las faldas de la sierra de ***. Hasta entónces habíame negado yo á salir de Méjico, porque aquí me detenían los regalos de una vida cómoda y pacífica; las naturales distracciones de la juventud; los hábitos, en fin, arraigados ya, de frecuentar la sociedad más escogida y elegante. Los atractivos del campo, las pompas de la naturaleza, la vegetación sana y vigorosa de las montañas, que comunican al ambiente su perfume, su frescura, su deliciosa suavidad, unido todo á las sencillas costumbres de la vida rural, tan ponderadas siempre por mi padre, no habían encendido nunca en mi ánimo el menor deseo de conocerlas; ántes me producían un fastidio y un hastío anticipados que en vano trataba de vencer. ¡Cuántas veces mi padre, con aquel tono indefinible de cariño y de broma, que nunca olvidaré, procuraba despertar mi interés para que lo acompañara á recorrer sus posesiones! ¡Cuántas veces también mi madre y mis hermanas me animaban con palabras de infinita dulzura á dejar por algún tiempo la vida sedentaria de la ciudad, para ir á respirar el aire puro de la cordillera, de sus florestas esmaltadas, de sus bosques olorosos, y á fatigarme también en largas excursiones por la sierra y por los valles! Mis amigos, por su parte, soñando con diversiones campesinas que quizá no conocían, halagaban mi amor propio y pretendían infundirme entusiasmo con descripciones, más ó menos animadas, de los goces de que puede disfrutar el hijo de un opulento hacendado en sus propiedades. Afán inútil: yo nunca quise darles gusto, y ni aún me asaltó la tentación de hacerlo alguna vez.

Pero, al fin, ante la necesidad y el dolor, fué preciso ceder. Mi padre había muerto, dejando á su familia en la orfandad, y esta espantosa desgracia me obligaba á emprender el viaje á las haciendas, porque mi presencia en ellas era necesaria. Además, ciertos deseos de buscar consuelo en el alejamiento del mundo me impulsaron también á salir de la capital, abrigando la esperanza de que en las ocupaciones que ahora iba á comenzar hallaría un olvido de mis penas. El *tiempo de aguas*, como dicen los campesinos, había concluido, y el de las cosechas se acercaba. Los estragos causados por las tempestades de Agosto exigían prontas y urgentes reparaciones; los sembrados pedían á su vez cuidados y gastos que sólo el dueño podía autorizar, y todo, en suma, todo estaba paralizado y como en espera de arreglarse y ordenarse.

Los días que precedieron á mi viaje estuve triste: á la natural aflicción que me devoraba, se unían una vaga inquietud, un misterioso temor, que llenaban mi alma de zozobra y que me ponían en un estado de abatimiento verdaderamente lastimoso. ¿Eran presentimientos de nuevas desgracias que debían sucederme? ¿Era la melancolía, natural en quien va á separarse de su familia y del hogar paterno, siquiera sepa que su ausencia será breve? ¿Era, en fin, que con aquel viaje comenzaba para mí una época terrible de responsabilidades y deberes, y que este porvenir me imponía miedo?..... ¡Quién lo sabía! Yo, en medio de mi hondo des-

aliento y de mi malestar, no acertaba á darme cuenta de los diversos sentimientos que en aquellos días se agitaban en mi corazón; había perdido á mi padre, y en verdad me consideraba el más infeliz de los hombres.

La tarde, víspera de mi partida, salí solo, deseoso de no presenciar ya los preparativos de mi viaje, que con esmerada ternura hacían en el salón mi madre y mis hermanas. Me dirigí al bosque de Chapultepec, lugar favorito de mis paseos solitarios, en donde cada árbol, cada sitio, cada calle, tenían para mí un dulce recuerdo; quería decirles adiós, quería estar entre ellos por última vez ántes de dejarlos, y sentía en mi alma la necesidad de desahogar mi tristeza en aquel retiro apartado, teatro tantas veces de mis juveniles alegrías.....

Al entrar en aquella mansión silenciosa y llena de misterios; al levantar la vista para buscar las altas bóvedas de verdura, de las cuales pendían inmensas cabelleras de heno, como los adornos de un templo gigantesco; al aspirar aquel ambiente fresco y de un olor salvaje; al verme, en fin, en medio de aquella soledad, de aquel silencio, de aquella calma para mí tan conocida, como conocidos me eran también los cantos de los pájaros habitantes del verde ramaje, una impresión extraña y profunda hirió mi corazón; sentí humedecerse mis ojos..... Las perspectivas que ántes contemplaba yo embelesado durante horas enteras, me parecían ahora cubiertas de una bruma que me impedía verlas distintamente; las sombras de los ahuehuetes, extendiéndose como paños fúnebres sobre la alfombra de musgo, tomaban á mis ojos proporciones inexplicables, que me causaban pavor, y los rumores del bosque, en otro tiempo tan gratos á mi oído, porque me parecían las voces misteriosas de genios invisibles, llevaban á mi atribulado espíritu no sé qué amargo desaliento.....

La tarde había caído ya; las montañas que rodean el valle de Méjico, de un azul purísimo como su cielo, aunque de tintas más oscuras, se sonrojaban ligeramente á los últimos rayos del sol, como mujeres que reciben los amorosos requiebros de un gran señor; á lo lejos el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, blancos como si fuesen de bruñida plata, parecían dirigirse la última mirada aprovechando la postrera luz de la tarde, y las tinieblas, en fin, como una bandada de aves negras, avanzaban cautelosas por el lejano Oriente, precursoras de los ocultos misterios de la noche..... De repente la campana del cercano pueblecillo se oyó sonora y majestuosa, y sus ecos se difundieron por el bosque como lamentos fúnebres: era la hora de la oración.....

Sin fuerzas ya en el alma para resistir las dolorosas emociones que aquellos sonidos me causaban, y que cruelmente aumentaban mi tristeza, salí del bosque, huyendo de su soledad y de su silencio, que me parecían pavorosos.

II.

Partí al fin, y pronto las bellezas del camino, las fatigas del viaje, el grato descanso que después de ellas encontraba, comenzaron á distraer mi ánimo y á hacer más suave y apacible mi melancolía. Algo como una luz celeste penetraba en mi alma y la reanimaba, devolviéndole su antigua serenidad, su quietud, la cristiana resignación que yo re-

putaba en aquellos momentos como el más rico tesoro. La naturaleza, hermana de la religion, es como una madre cariñosa que sabe comprender y dulcificar las penas de los hombres; hay una relacion íntima entre sus magnificencias y sus misterios y el estado del corazon de quien la contempla; de tal manera que éste cree hallar en aquélla un eco de sus propios sentimientos, y palpita agradecido porque ve compartido su dolor. Yo reposaba confiado en el seno amoroso de aquella madre augusta.

Por lo demas, todo lo que veía era nuevo para mí; todo me sorprendia, me admiraba, me llenaba de una secreta satisfaccion y de un júbilo interior que no sabia expresar. La majestad de las montañas con sus inmensos mantos de verdura; la imponente soledad de las selvas; los hondísimos valles poblados de risueñas aldeas ó de rancherías; el arroyuelo humilde que se deslizaba silencioso por entre hierbas y flores; los torrentes despeñándose con estruendo de lo alto de la sierra y bajando con la velocidad del relámpago hasta las fértiles llanuras; los lejanos horizontes, en fin, perdidos entre azuladas brumas, que parecian ocultar palacios gigantescos y columnas de pórfido que llegaban al cielo; conjunto admirable de cuadros, de objetos, de perspectivas y de paisajes que yo nunca habia imaginado; todo ponía en mi alma una muda pero profunda admiracion. Aspiraba con delicia el puro y embriagador ambiente de la montaña; mis ojos se recreaban encantados en las espléndidas galas de la creacion; mis oidos quedaban atentos al claro rumor de las corrientes impetuosas, de las cascadas colosales, de los vientos que jugaban entre las ramas de pino, y era para mí música deliciosa el canto no aprendido de los pájaros que se escondian en la enramada.

Cerca ya de la sierra, comenzó á variar el paisaje: allí la vegetacion era más vigorosa, más severa, más imponente; secular, para decirlo de una vez. Los árboles, atletas invencibles que habian resistido el fragor de las tormentas, me recordaron los sabinos de Chapultepec, por su majestad grandiosa, sus largas cabelleras de heno, sus troncos sumergidos entre precipicios de peñascos. Las cortaduras de la inmensa cordillera eran barrancos de profundidad no medida, verdaderos océanos de bosques y de verdura, en cuyo fondo debian reinar perpétuamente las tinieblas. El susurro de los pinos era lento y monótono; un viento helado azotaba el rostro, y en las cumbres más elevadas se agrupaban blancas y espesas nubes, que á su vez formaban nuevas y más altas montañas.... ¡Dios mio, cuánta grandeza, qué sublime majestad! ¡Y cómo me abrumaba aquella naturaleza colosal, inmensa, inconcebible! Era la mansion del misterio, la region de los prodigios, la morada de genios poderosos y desconocidos....

Súbitamente, al dominar una altura del camino y tender la vista alrededor, mis ojos divisaron, entre plantas y flores que formaban una especie de gruta pintoresca y aislada, una cruz blanquísima, esbelta, solitaria, cuyos brazos se escondian entre las ramas de un arbusto que le daba sombra.

—¿Qué es aquello? pregunté sorprendido al viejo Bernardo, que me acompañaba, el mismo que ántes habia acompañado tambien á mi padre en sus viajes por las haciendas.

—Esa cruz, me respondió, significa que allí murió un hombre; es el único monumento con que en estos lugares puede señalarse el sitio que ha quedado consagrado por la presencia de Dios, al bajar éste del cielo á sentenciar como juez....

La soledad y el silencio que nos rodeaban, no ménos que el acento conmovido con que Bernardo pronunció estas palabras, dieron á su contestacion una solemnidad que me turbó; y al volver yo de nuevo los ojos para ver la cruz, un rápido estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

—Esa cruz significa tambien, continuó el viejo criado, que el muerto solicita de los viajeros que transitan por aquí una oracion por el descanso de su alma. ¿Quiere usted que recemos?

—Vamos allá, contesté.

Al acercarnos, no podia yo ménos de pensar en la sublimidad de la religion, que así convierte en hermanos, en miembros de una sola familia, á todos los hombres de la tierra, y que con la simple señal de una cruz plantada en la soledad, despierta nuestros sentimientos piadosos en favor de un desconocido. ¡Y cuánta poesía encierra tambien esta costumbre de los cristianos, hija de sus esperanzas y de su fe! El sitio donde se levantaba la cruz era escabroso y áspero, y al parecer, jamas habia existido camino para llegar á él. Esto llamó mi atencion, pero guardé silencio. Alrededor del sencillo monumento, que era de toscas piedras unidas con mezcla y pintadas de cal, se respiraba una quietud, una paz, un sosiego verdaderamente serenos y apacibles; reinaba cierta melancolía misteriosa, que parecia anunciar que aquel lugar habia sido teatro de una escena terriblemente dolorosa.... Las humildes florecillas que crecian sobre el pedestal de la cruz, como si no se atrevieran á subir hasta ella, movianse lánguidamente al impulso del frio viento de la montaña....

El bosque oyó nuestras plegarias; del fondo de nuestras almas se elevaron al cielo esos perfumes suavísimos de la oracion, mística flor escondida en todo corazon creyente; adoramos con profunda humildad la cruz; la vimos con la honda ternura con que se ve á una madre, y cumplido este dulce deber, seguimos nuestro camino. El recuerdo de mi padre me entristeció de nuevo.

—Bernardo, dije á mi compañero, ¿y V. sabe quién murió allí?

—Sí, señor, lo sé, y aún le conocí en mi juventud. En ese lugar se desenlazó una aventura fatal de su inexperiencia, de su corazon extraviado, de su.... ¡Pero ya está juzgado! ¡Que Dios le tenga en su reino!

—¿De modo, agregué yo, que esa cruz tiene su historia?

—Sí, señor, y muy triste.

—¿Y puede saberse?

—A su padre de V. se la referí en mil ocasiones. Siempre que pasábamos por aquí, me decia: «Bernardo, un Padre nuestro y un Ave-Maria por el infeliz Ignacio.»

—Me alegro haber hecho yo lo mismo. En cuanto á la historia, puede V. ir empezando.

Bernardo me refirió entonces lo siguiente:

III.

«No léjos de aquí, en una casita que se cuelga de la cordillera como un canastillo de flores ó como un nido de palomas, y á poca distancia tambien de la principal hacienda de VV., vivia, hará más de veinticinco años, la familia de un amigo de mi padre, campesino como él, honrado, trabajador, que cifraba todo su orgullo en la modesta posicion que con sus constantes esfuerzos habia llegado á formarse, y en la virtuosa y cristiana familia que á su amparo y sombra habia crecido. Don Miguel (así se llamaba aquel montañés) era de carácter impetuoso y enérgico, defecto que desaparecia completamente á los ojos de quien lo trataba con alguna confianza, porque entonces se descubria en él al hombre de corazon desprendido y generoso, abierto á los más nobles afectos, recto, noble, franco, como lo son los que nada malo tienen que ocultar. En el seno de su familia era un cordero; cariñoso y apacible con su esposa, tierno y amantísimo con sus hijas, afable con todos, nadie dejaba de quererlo, y era un cuadro verdaderamente encantador verle llegar á su casa de vuelta de sus trabajos, con el semblante risueño y satisfecho, buscando á sus hijas, y pidiéndoles, con el candor de un niño, sus inocentes caricias.... En aquella casa reinaba la felicidad de los antiguos patriarcas.

»Entre las hijas de D. Miguel, precioso ramo de azucenas silvestres, descollaba Fernanda, la menor de todas, por su hermosura verdaderamente prodigiosa, nunca vista en estas

apartadas montañas, por su sencillez de ángel, su inocencia y la inagotable bondad de su corazón. No exagero, señor don Felipe; aquella niña era un portentoso de belleza. El aire puro y oloroso de la sierra le daba lozanía y frescura á su cuerpo, todavía de una delicadeza casi infantil; su talle era gallardo, esbelto, gentil y elegante como las palmeras que se encuentran en los bosques de los valles. Su rostro sonrosado y hechicero tenía aquella expresión indefinible de la niña que se acerca ya á la edad de las pasiones, pero que conserva aún su gracia nativa, el encanto de su inocencia, el sencillo abandono de la infancia, que de nada desconfía.... Había, además, en la mirada de Fernanda una viveza tal, una ternura tan honda y delicada, que se habría podido decir que su alma misma se asomaba por ella, serena y pura como sus sentimientos de niña....

»Las hijas de D. Miguel se habían criado en estas soledades bajo el cuidado de la familia y del ejemplo materno; así es que cultivaban con esmero las virtudes cristianas que deben adornar á unas jóvenes de sus circunstancias y condiciones. Estaban acostumbradas á las rudas fatigas del campo y á las faenas del hogar, y muchas veces acompañaban á su padre en sus lejanas excursiones, sin que dieran jamás señales de cansancio ó de disgusto. Generalmente iban solas todos los domingos al vecino pueblo á oír misa, y del mismo modo se las veía en los bosques, en el valle, en la cima de la montaña, contentas y risueñas, buscando cualquier objeto que deseaban para embellecer su casita ó adornar su huerto. A V., sin duda, le parecerá extraño que aquellas hermosas criaturas, débiles y delicadas, llevaran aquí esta vida independiente y libre, exponiéndose á peligros de todo género; pero nada es más común que esto entre nosotros los montañeses. Nuestras costumbres son todavía sanas y puras, conservan algo de la sencillez primitiva, y por esto permiten tales libertades; de otro modo, no sería así. La virtud y la religión escudan á nuestras doncellas.

»Dicho se está, aunque yo no lo advierta, que las niñas de D. Miguel eran perseguidas por los mozos más acomodados del lugar; atraían con su belleza, su gallardía y su donaire, y la fama de sus virtudes domésticas hacía que muchos las codiciaran para esposas. No sabré decir yo si ellas correspondían á los amorosos anhelos de sus adoradores, pues la oscuridad y el aislamiento en que vivían, impedían tener noticia cierta de lo que acerca de esto pasaba. Si se sabía muy bien que Fernanda, por recatada y discreta, tenía inquieto y sin sosiego á un mancebo de estos lugares, en cuyo corazón había encendido con toda la fuerza de la adolescencia el más vehemente y apasionado cariño. La doncella no lo amaba, pero tampoco ponía fin á sus esperanzas con un marcado desden ni con una negativa terminante; lo cual, lejos de desanimarlo, alentábase más y más, aunque le hacía sufrir crueles incertidumbres.

»Ignacio se llamaba aquel joven, y ciertamente no era indigno, por entonces, de alcanzar la predilección amorosa de una niña como Fernanda. Simpático, arrogante, trabajador, de buenas costumbres; huérfano y heredero hacia dos años, no sólo del corto caudal de su padre, sino también de sus virtudes; económico y cuidadoso, como deben serlo todos los que aspiren á un bienestar modesto en la soledad de las montañas, Ignacio podía haber hecho la felicidad de cualquiera mujer que lo hubiera amado, y se le esperaba una existencia tranquila y venturosa. Su carácter, sin embargo, le amenazaba siempre con echar á perder ó á desaprovechar tan preciosos elementos; era áspero y duro, de pasiones enérgicas, violentos arranques, reservado y tímido al parecer, pero en realidad rápido en el obrar, y sobre todo, de una decisión irrevocable cuando trataba de realizar cualquier propósito por audaz que fuera. Con estos datos, ya podrá V. comprender el estado de su ánimo y las inquietudes y zozobras en que le tendría la conducta de Fernanda. Pero con ella, según él mismo decía,

se mostraba paciente y humilde, tal vez esperando que la correspondencia de su cariño fuese el premio de sus sacrificios

»Todas las tardes, cuando la hermosa montañesa bajaba al arroyuelo con su cántaro, como las antiguas hijas de los patriarcas, oía no lejos de allí un triste cantar amoroso, que involuntariamente la hacía sonreír.

»—Ya está allí Ignacio, pensaba; ¿cuándo se convencerá de que no puedo quererlo?

»En seguida se sentaba á la sombra de un arbolito á ver el ganado que venía á beber agua. El cantar seguía; ella lo escuchaba, á veces con atención, como si no quisiera perder una palabra, y á veces distraída, dirigiendo sus melancólicas miradas á la espesura del bosque. Esta escena, como he dicho antes, se repetía todos los días, á la misma hora, en el mismo sitio.

»Una tarde el canto cesó repentinamente, y Fernanda iba ya á volverse á su casa, cuando vió cerca de sí á su gallardo y apasionado adorador.

»—Me has asustado, le dijo ella sonriendo graciosamente y sin dar señales de extrañeza.

»—¿Tan enojosa es para tí mi presencia? dijo con acento melancólico Ignacio.

»—No, si no digo eso: creí que te habías ido, y me sorprendí al verte de repente.

»Ignacio contemplaba embelesado el hechicero rostro de la niña, y música del cielo le parecían sus palabras. ¡Ah! ¿cómo no había de adorar rendido á aquel ángel, dechado perfecto de candor y de inocencia, si era tan bello?....

»—Pues vengo á preguntarte—le dijo el joven con honda tristeza—cuál es por fin tu última resolución. Yo necesito tomar una.

»Las mejillas de Fernanda se tiñeron de un vivo encarnado y bajó los ojos: aquel pudor virginal realzaba más su soberana belleza.

»—Dimela, cualquiera que sea insistió Ignacio. Mucho he esperado ya, mucho he sufrido. ¿Hasta cuándo quieres que dure este tormento?

»—Bien sabes.... se atrevió á decir Fernanda sin levantar la vista.

»—Lo único que yo sé es que te adoro, y que tú me matas con tus desdenes.

»—Ignacio, ¿qué desdenes te he inferido? ¿Acaso te he hecho algún mal?

»—Quiero que hoy hables claro Fernanda, volvió á decir Ignacio con seriedad. ¿Me quieres? ¿me aborreces? ¿deseas que me vaya de aquí? Di una palabra, una sola, y tomaré la resolución que ha de poner fin á todo.

»Fernanda se negaba á responder; pero estrechada por aquel muchacho, que comenzaba á infundirle miedo, dijo tímidamente:

»—Ahora, Ignacio, no... quizá más tarde....

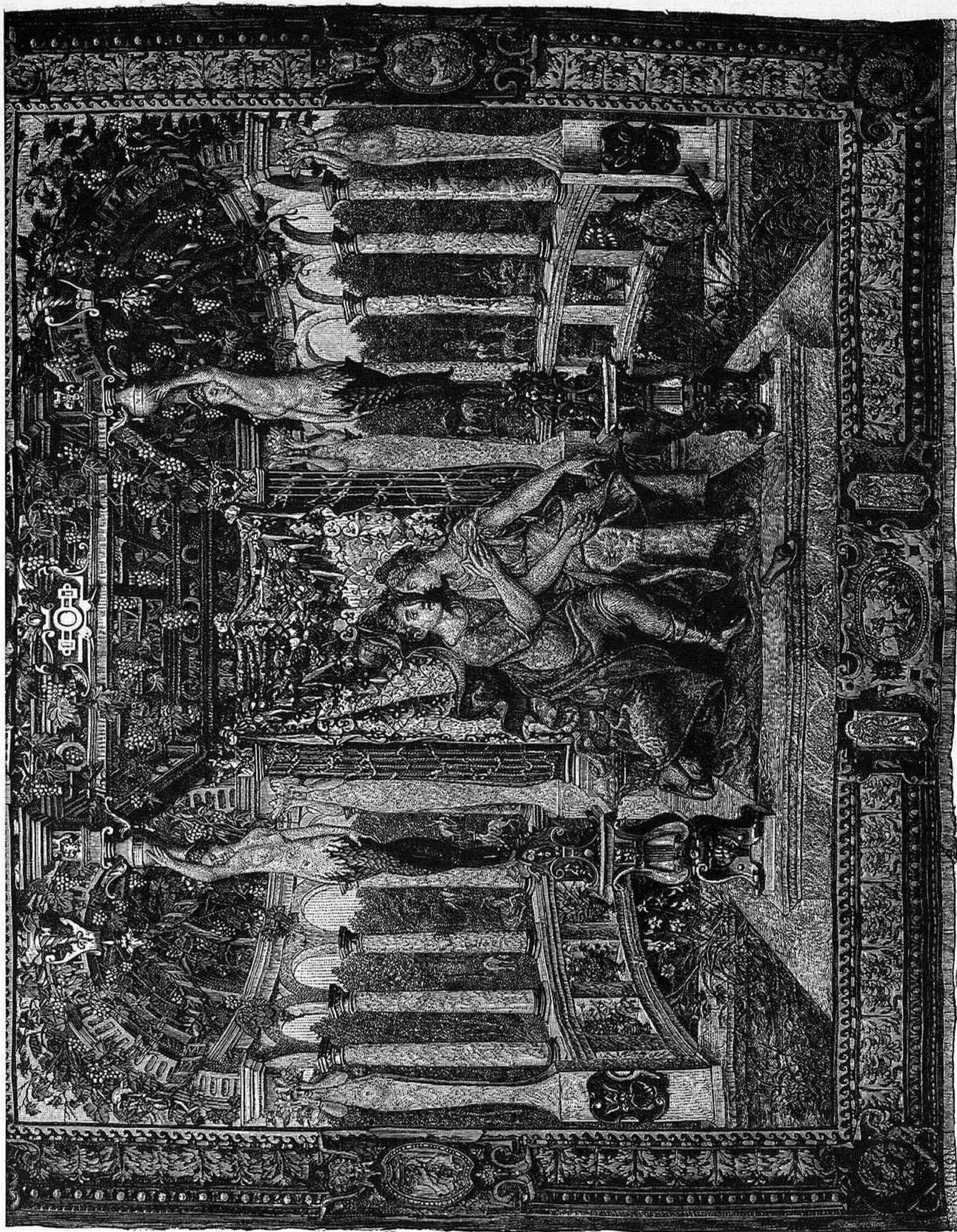
»—Lo de siempre, lo de siempre, dijo el desventurado, pálido de ira, de despecho, de dolor, de todo á un tiempo. Pues bien, agregó, no volverás á verme, no oirás hablar de mí.... ¡Ingrata!

»Y se alejó sin volver más el rostro.

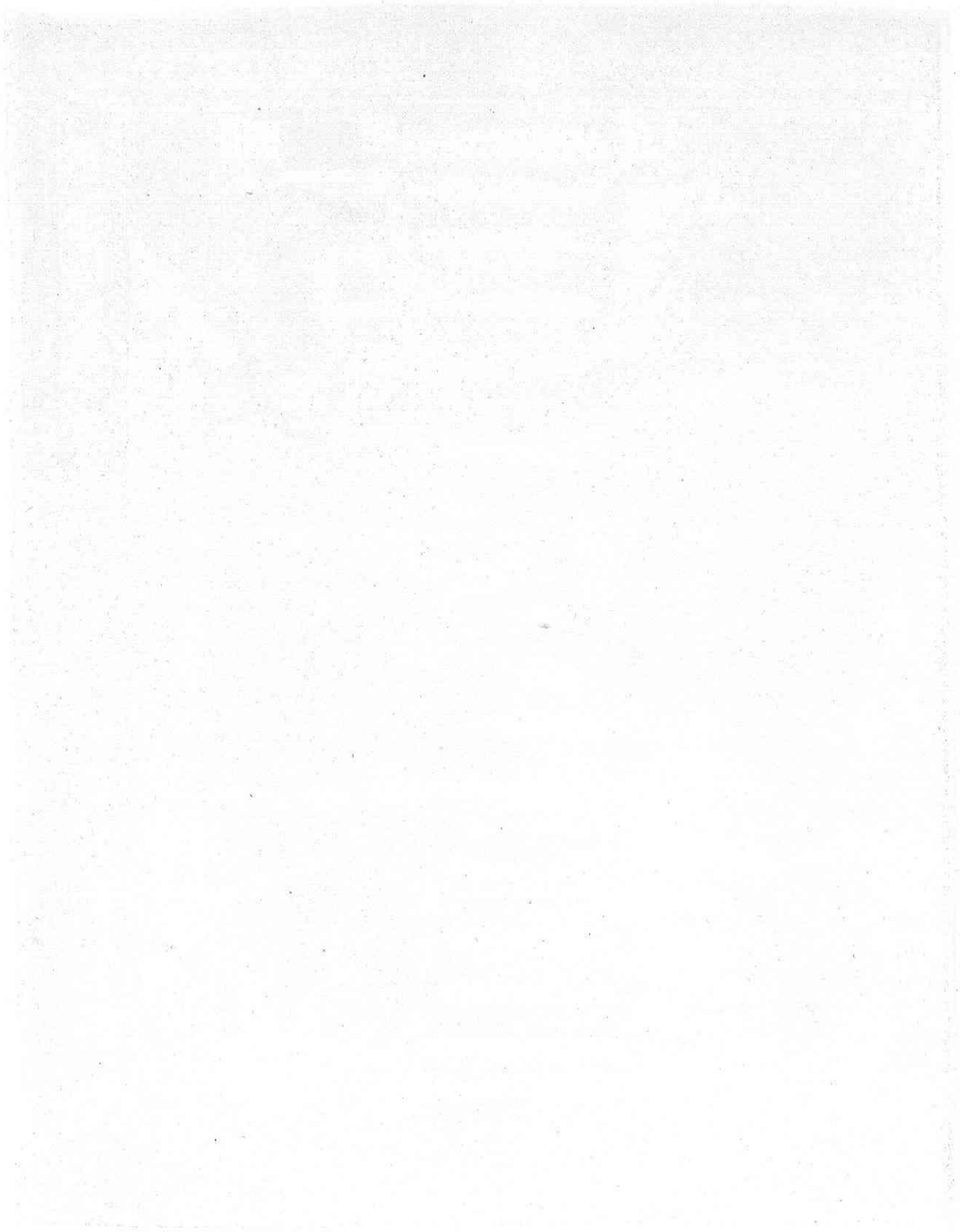
»La niña, asustada, corrió ligera como una cervatilla del desierto, y todavía en su casa, temblaba como la hoja en el árbol.

»A los pocos días se dijo en el lugar que Ignacio había desaparecido, sin que nadie supiera dar razón de él: sólo un pastor de cabras decía haberlo encontrado por un sendero extraviado y escabroso de la montaña, el cual no conducía á ningún punto conocido.

»En cuanto á Fernanda, quedó tranquila. La familia de nuestro D. Miguel siguió siendo venturosa como siempre: ninguna inquietud, ninguna zozobra ni quebranto alteraban la serena dicha que el cielo le había mandado. Nada tampoco hacía temer que repentinamente cayese sobre ella una triste catástrofe.



UNO DE LOS TAPICES DE LA COLECCION DEL REAL PALACIO DE MADRID. — (Asunto, *Los amores de Vertumnio y de Pomona.*)



IV.

» ¿Quién, al descubrirse ante esa cruz levantada en la soledad de la montaña, podrá creer que hasta aquí han llegado los estragos de nuestras guerras civiles? ¿Cómo imaginarse que el sagrado signo de la redención, símbolo de paz, de perdón y de amor, está en aquel sitio para recordar un drama sangriento?—Y, sin embargo, es así.

» La guerra, señor mío, lleva el espanto á todas partes, á las ciudades y á las aldeas, á las llanuras y á las montañas, al palacio del magnate y á la cabaña humilde donde el pobre esconde su felicidad ó sus lágrimas. Y cuando la guerra es entre hermanos, parece que Dios la maldice y se olvida de sus hijos, pues entonces las iras son más tremendas y más hondas, más devastadores los incendios, más furiosas é implacables las pasiones. Acaba todo sentimiento noble en el alma, y se olvidan los deberes más sagrados, se rompen los vínculos más estrechos, y los entendimientos se extravían, dominando en todo la confusión, el odio, la muerte.....

» Jamás en estas tranquilas montañas se habían oído el fragor de las armas ni la gritería de los ejércitos: nadie sabía lo que significaban esas palabras. Pero una vez ¡infausto día! el clarín del guerrillero resonó en nuestras quietas soledades, alarmando á unos y aterrorizando á otros, pero despertando en todos una viva curiosidad. Usted habrá oído decir sin duda lo que eran aquellos guerrilleros que recorrían el territorio en nuestras antiguas guerras civiles: hombres audaces y valerosos, sí, pero sin freno en sus acciones, que peleaban por su propia cuenta, sin plan fijo; errantes, obligados por la necesidad á tomar recursos donde los halláran; que no estaban sujetos á nadie, y que por lo mismo podían hacer cuanto quisieran sin temor de responsabilidad alguna. Las guerrillas eran el azote de los pueblos, el espanto de las familias, el terror de los hombres honrados y laboriosos..... Pues bien; cuando ménos se esperaba, esta clase de gente llegó aquí: ¿qué iba á ser de nuestra pacífica comarca? ¿qué de su bienestar y de su floreciente agricultura? ¿Dónde iban á ocultar los vecinos sus modestas economías?

» La alarma se extendió rápidamente por todos estos contornos, y muchas familias dejaron solos sus hogares, presumiendo que aquellas cuadrillas de soldados se llevarían consigo hombres, cabalgaduras, dinero, semillas, todo lo que encontráran. Sin embargo, pronto los ánimos comenzaron á calmarse.

» — ¡Ignacio viene con ellos! se decía por todas partes. — ¡Ignacio ha vuelto! ¡Viva Ignacio!

» Y era verdad: el muchacho se había hecho soldado, y militaba á las órdenes de un famoso guerrillero. Estaba desconocido: el traje militar le sentaba muy bien; su gallardo y apuesto continente prevenía en su favor; sus miradas vivas y penetrantes revelaban audacia y malicia, aunque parecían suavizadas por una expresión apenas perceptible de bondad; en su conjunto, Ignacio parecía un soldado habituado ya á los peligros de la guerra, á las fatigas de una vida errante y azarosa. ¡Dios sabía en cuántos combates se había encontrado y cómo había salido de ellos!

» Se dijo luego que la comarca nada debía temer de la guerrilla, pues que viniendo Ignacio en ella, había quien impidiera cualquier despojo ó injusticia que quisieran hacer los soldados. El jefe, además, parecía hombre de orden, y dió, en efecto, desde luego algunas señales de respeto á la propiedad y á la seguridad de los vecinos.

» Cuando Fernanda bajó al arroyo, según su costumbre, oyó en la espesura del bosque el antiguo cantar con que la saludaba en otro tiempo su adorador; pero en vez de sonreírse como entonces, se puso pálida y trémula; esta vez, sin duda, de súbito temor. Quiso volverse, pero ya no era tiempo: Ignacio venía á su encuentro.

» La pobre niña, como si presintiera algún peligro, quedó inmóvil, confusa, sobresaltada, al acercarse aquel hom-

bre, que allí mismo le había hablado en otra ocasión, pero sin infundirle miedo.

» — Fernanda, le dijo, aquí me despedí de tí; aquí mataste cruelmente todas mis esperanzas. No quiero hacerte la pregunta que entonces te hice, porque sería ya inútil, inútil completamente!..... Puedes tú haber cambiado como ha sucedido conmigo: nada me importa. Yo soy ahora otro, y debo prevenirte [que la hora de mi venganza ha llegado. Pronto volveremos á vernos.

» Y se fué, dejando á la infeliz muchacha más confusa, más sobresaltada que antes. ¿Qué había querido indicarle con aquellas palabras vagas? ¿Qué significaban aquellos recuerdos? ¿Por qué esas amenazas? Fernanda regresó á su casa, invocando el nombre de la Virgen y diciéndose interiormente:

» — ¡Dios mío! Bien me lo decía yo. ¡No sería el mismo cuando volviera!

» Al día siguiente los principales vecinos de la comarca fueron llamados á presencia del jefe de la guerrilla: se les intimó que entregáran diferentes objetos para el sostenimiento de la tropa, y á algunos se les pidió dinero, amenazando á todos con castigos terribles si no cumplieran. Don Miguel fué de los últimos: á él se le señaló una cantidad, superior indudablemente á la que el honrado propietario podía tener, y no pudo entregarla.

» — Se irá V. entonces con nosotros, le dijo secamente el guerrillero.

» Y los empeños que para evitarlo se hicieron fueron del todo inútiles: la familia se echó á los pies de aquel soldado inconsiderado, y ni los ruegos de la esposa, ni las lágrimas de las inocentes hijas, fueron bastantes á quebrantar su resolución, la cual había tomado también respecto de otros infelices vecinos que no pudieron cumplir tampoco las órdenes que recibieron. ¡Todo era llanto y confusión! Entonces se comprendió que si aquella gente había comenzado por infundir confianza, lo había hecho con el fin únicamente de que fuesen más seguros los golpes que se proponía descargar sobre los habitantes del lugar. Se le habló á Ignacio y se le suplicó que tomara la defensa de sus amigos cerca del comandante; pero también fué inútil, porque él se excusaba de una manera que claramente indicaba que no quería comprometerse ni provocar el desagrado de su jefe. Por lo que sucedió después se conoció la verdadera causa de esta abstención.

» Fernanda, ¡pobrecilla! creyendo que algún ascendiente tendría todavía sobre Ignacio, lo buscó y procuró hablarle, para interesarlo en favor de su padre: el muchacho, sin embargo, no se dejó ver de ella.

» No hubo remedio: D. Miguel y sus compañeros de infortunio engrosaron las filas de la guerrilla, no ya como prisioneros, sino como soldados sujetos á la disciplina militar y á la más severa y estricta vigilancia. ¿A dónde iban á llevarlos? ¿Cuándo terminaría aquella cautividad? ¿Qué harían y cómo vivirían, en medio de temores continuos, de asechanzas, de sobresaltos y de penas y congojas para ellos desconocidas?

» A la caída de la tarde salió del lugar la tropa, oyendo por todas partes lamentos, imprecaciones, quejas y llantos amarguísimos de las familias ofendidas. Ignacio no iba en la formación. ¿Dónde estaba?

V.

» Estaba oculto en el bosque, esperando que Fernanda bajara al arroyo, para seducirla con mentidas promesas y engañarla y perderla. ¡Hasta este grado de perversidad había llegado el que antes había sido generoso y honrado! ¡Esta era la infame venganza que la tarde anterior había anunciado á la pobre niña!

» Fernanda, en efecto, triste y llorosa todavía, salió ya al oscurecer de su casa, donde su madre y sus hermanas

procuraban consolarse mutuamente de la desventura que había caído sobre ellas. El conocido cantar llegó á sus oídos; ella fijó su atención, pero creyó que se engañaba. Volvió á oír, se aseguró bien de que era la voz de Ignacio, y no dudando más, corrió en su busca, con la ansiedad de la corza que ha descubierto la fuente que ha de apagar su sed. Era Ignacio, sí: allí estaba, reclinado tranquilamente sobre el tronco de un árbol. A pocos pasos, su caballo, perfectamente enjaezado, esperaba impaciente.

»Fernanda se echó á los pies del altivo soldado, y cubierto el bello rostro de lágrimas, que semejaban gotas de lluvia sobre una rosa de los campos, le dijo con suplicante acento:

»—Te he buscado, Ignacio, para que salves á mi padre. ¿Dónde lo llevan? ¿Por qué hacen eso con una familia infeliz que ningún mal les ha buscado?

»—¿Qué dices? preguntó á su vez el militar fingiendo profunda extrañeza. ¿Se han ido? ¿Se llevan á tu padre?

»—Sí, se lo llevan, porque no ha podido darles lo que querían: pero tú sabes bien que somos pobres. ¡Sálvalo, Ignacio; devuélvenos á mi padre, y Dios te dará la salvación!

»Los lamentos de la montañesa habrían conmovido á una roca; mas Ignacio solo pensó en aprovecharse de ellos para ejecutar más fácilmente sus perversos planes. Mostróse indignado, dió señales de tierno interés por D. Miguel, y se preparó á montar. Luego se detuvo pensativo, como si una idea repentina le hubiera asaltado en aquel momento.

»—¿Quieres ir conmigo? dijo á Fernanda volviéndose á ella.—Te llevaré á la presencia del capitán; tus lágrimas y tu llanto se unirán á mis ruegos, y tu padre te será devuelto: podrás volverte con él despues.

»Fernanda pareció vacilar; pero por un sentimiento de amor filial, olvidándose de los peligros, de las amenazas de Ignacio, y concibiendo sólo dulces esperanzas, exclamó entre risueña y resuelta:

»—Sí, vamos. Aun no han de ir lejos. ¡Qué bueno eres! ¿Pero no debo avisar á mi madre?

»—No hay tiempo que perder, advirtió el astuto raptor, turbado ante aquella prevision de la inocencia.—Ademas, quizá ella se opondría, y tú no podrias darles el gusto de una sorpresa.

»—En marcha entónces.

»Ignacio tomó á la gentil doncella en sus brazos, la colocó cuidadosamente en el caballo, y ufano éste con su preciosa carga, partió con la velocidad del rayo por el sendero del bosque.

»Pero este camino no era el mismo que había seguido la guerrilla. Los fugitivos se internaron por las selvas que cubren los collados de estas montañas, y buscando siempre las extraviadas veredas de la sierra, fueron en una dirección que acaso el mismo Ignacio ignoraba adónde conducía. Así continuaron toda la noche, sin que la fatiga, ni el cansancio, ni los rigores de la intemperie los obligasen á detenerse un momento. A Fernanda la sostenía su ardiente anhelo de alcanzar y recobrar á su padre; á Ignacio (ya habrá V. comprendido que su intención no era unirse á la guerrilla, sino huir de ella con su codiciada conquista) lo animaba el deseo de llegar pronto á lugar seguro donde pudiera ocultarla.

»No amanecía aún, cuando los dos viajeros comenzaron á divisar en el oriente la tenue claridad del alba: el aire era más frío á aquella hora, y estaba impregnado de un aroma exquisito y penetrante, como si acabáran de abrirse los secretos perfumeros de una estancia misteriosa. A trechos, la espesa niebla de la mañana impedía ver los contornos de los peñascos y de los árboles, y del fondo de los valles subían nubes blanquísimas como jirones de gasa que se arrastraban perezosamente por las faldas de los montes, ó como incienso que la naturaleza enviaba en homenaje á los cielos....

»Iban descuidados los dos fugitivos, pensando cada uno sin duda en la extraña causa que los obligaba á recorrer en tan inoportuna hora aquellos lugares, cuando á un lado del

camino, y recatándose entre las sombras, les pareció descubrir á un hombre.... En seguida, un grito espantoso, terrible, hijo de la más honda y tremenda indignación, resonó en la soledad, y de entre las hierbas y los árboles salió con una rapidez y una agilidad pasmosas el mismo que lo había lanzado, blandiendo en sus manos un arma agudísima.... Era D. Miguel, que habiendo logrado burlar la vigilancia de sus enemigos la noche anterior, se había escapado de ellos, y volvía á su casa caminando por sitios no conocidos ni frecuentados.

»Ignacio y Fernanda, ante aquella súbita aparición, prorrumpieron á su vez en agudos gritos, el uno de confusión y de espanto, y la otra de infinita alegría.... El caballo se lanzó á galope, amedrentado como su dueño, y furiosamente acosado por él; pero era ya tarde. En aquel terreno era imposible que pudiera sacar ventaja á D. Miguel, aún cuando éste no hubiera obrado en su seguimiento con la violencia que era necesaria. Fernanda cayó á un lado, arrojada quizá de propósito por su raptor para quedar más libre, y todavía Ignacio intentó huir. Era la peor prueba que podía dar de su culpabilidad. Don Miguel le dió alcance en un instante, y el infeliz cayó herido de muerte....

»La muchacha, desmayada por la fatiga, trémula todavía por la sorpresa y por el espantoso desenlace de aquel drama, pasado todo en un momento, quiso ir al encuentro de su padre; mas no pudo, porque su debilidad era excesiva y el golpe de la caída la había postrado. Don Miguel se acercó á ella, y lanzándole una mirada terrible de indignación, le dijo:

»—¡Infame! ¡infame!.... Así llorabas mi desgracia, huyendo con mis verdugos. ¡También tú mereces la muerte!.... ¿Dónde ibas?....

»—¡Padre! gimió la desdichada, ¡soy inocente; iba en busca tuya.... Ignacio me había ofrecido....

»—Sí, ¡el desertor infame, que habría recibido la muerte de manos de sus compañeros si yo no se la hubiese dado ya!.... Ahí queda.... ¿Y tú....

»Don Miguel no pudo seguir: se le arrasaron los ojos de lágrimas, sintió una angustia infinita en el alma, faltó respiración á su pecho.... y no pudo hacer otra cosa que abrazar á la abandonada niña....

»—¡Dios sabe si eres inocente! le dijo despues. ¿Cómo he de abandonarte aquí para que mueras de dolor?.... ¡Yo te perdono, hija mia, si hay culpa en tí!....

»Algunos dias despues, los amigos de Ignacio levantaban esa cruz en la montaña.»

VI.

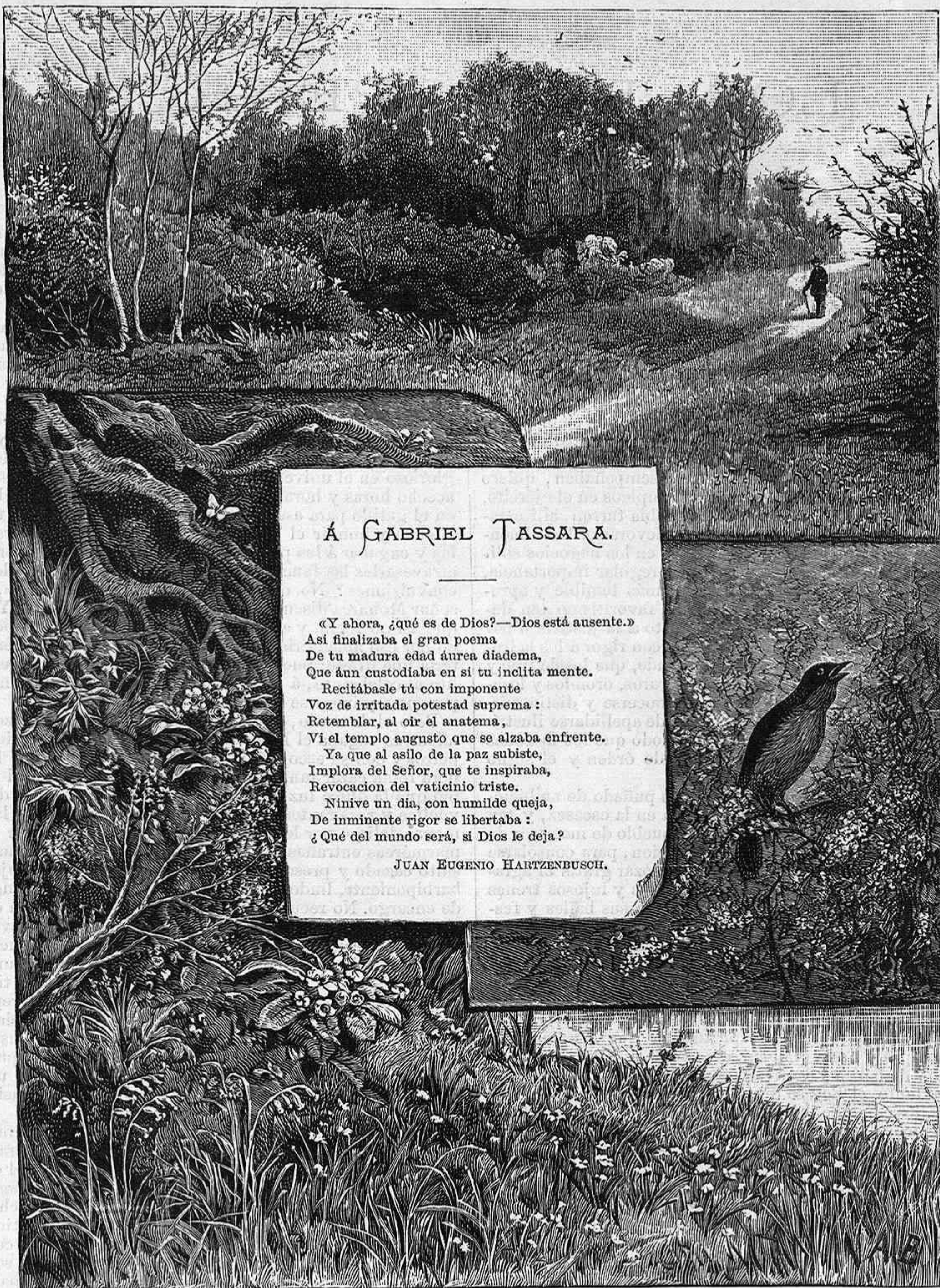
Tal fué la tristísima historia que Bernardo me refirió en el teatro mismo de los sucesos de esta leyenda, cerca de aquella cruz que recuerda la culpa de Ignacio y la muerte que recibió de manos de un padre justamente ofendido.

La religion en aquel lugar ampara una tumba solitaria; y lejos de olvidar al que pereció trágicamente por haber querido ajar el candor virginal de una niña inocente, solicita para él de todo viajero los sufragios de una piedad sincera. ¡Cuánto dice al corazón creyente una cruz levantada en el seno de las montañas! Su vista mueve todos los afectos, aviva la fe, enciende nuestro fervor, y nos inclina á rogar por el que descansa bajo su sombra, pues aún sin saber su nombre, ese signo nos revela que fué nuestro hermano. ¿Y qué importa que haya sido justo ó pecador, si la tumba del hombre necesita siempre del rocío de la oración?....

Yo, desde entónces, al encontrar en mis viajes por la sierra esos sencillos monumentos campestres, como los llamó Bernardo, no puedo dejar de conmoverme, pensando que tal vez recuerdan una historia triste como la de Ignacio. La oración brota espontánea de mis labios, y en lo íntimo de mi alma adoro y bendigo la cruz de la montaña, que así hace sentir y meditar.

VICTORIANO AGÜEROS.

México, 15 de Junio de 1880.



Á GABRIEL TASSARA.

«Y ahora, ¿qué es de Dios?—Dios está ausente.»
 Así finalizaba el gran poema
 De tu madura edad áurea diadema,
 Que aún custodiaba en sí tu inclita mente.
 Recitábasele tú con imponente
 Voz de irritada potestad suprema :
 Retemblar, al oír el anatema,
 Vi el templo augusto que se alzaba enfrente.
 Ya que al asilo de la paz subiste,
 Implora del Señor, que te inspiraba,
 Revocacion del vaticinio triste.
 Ninive un día, con humilde queja,
 De inminente rigor se libertaba :
 ¿Qué del mundo será, si Dios le deja?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LOS TRES PERROS.

I.

R en el Mediterráneo, el Atlántico, el Pacífico, ó en otro mar cualquiera, que para mi cuento es igual, hubo una isla grande, muy grande; poblada, muy poblada, y regida por un monarca tonto, pero muy tonto. Lo de *regida* no es exacto, pues quien todo lo disponia y mangoneaba, haciendo y deshaciendo á troche y moche, sin otra ley ni regla que su voluntad, era el señor Ministro, peine y trujaman de siete suelas, muy capaz de tragarse toda la monarquía, para lo cual con suma eficacia y amor le ayudaba la numerosa tribu de sus paniaguados y parientes. Desempeñaban, quiero decir, cobraban éstos los principales empleos en el ejército, la magistratura y la iglesia: donde habia turrón, allí estaban ellos con las fauces abiertas para devorarlo. Inútilmente el saber, la probidad, la experiencia en los negocios solicitaban algun puesto: como fuese de regular importancia, quedábase para la ministerial falanje, más temible y apretada que la macedónica. En cambio de favoritismo tan dañoso, el señor Ministro, fuese por afecto á la justicia ó por celos y rivalidad del oficio, perseguia con rigor á los ladrones; á los de manta y trabuco se entiende, que los de frac y venera andaban pavoneándose muy seguros, orondos y lozanos. Hasta formaban clase, y para conocerse y distinguirse mutuamente habian dado en la flor de apellidarse ilustrísimos, excelentísimos y gloriosos, al modo que los masones tienen para su inteligencia la palabra de orden y el signo cabalístico.

Así andaba la nacion entregada á un puñado de ambiciosos que la explotaban: la clase media en la escasez, y tan hambriento el pueblo, que parecia un pueblo de maestros de escuela. Como todo tiene su compensacion, para consolarse los perjudicados y exprimidos podian gozar gratis el agradable espectáculo de los bordados vestidos y lujosos trenes de sus expoliadores, leer en los periódicos sus bailes y festines, y hasta el número y calidad de los platos servidos en sus espléndidas mesas. El que no se consuela en este mundo es porque no quiere. Pues ¿hay mayor gusto para el despojado que presenciar el rumbo y los *gaudeamus* de sus despojadores? Y si no le basta, abra la *Imitacion* del Padre Kempis, y allí verá que los goces mundanos son verdaderos perjuicios en el orden espiritual, y que las riquezas, lujo, pompas y hasta el llenar el estómago diariamente es tentacion diabólica y vanidad de vanidades.

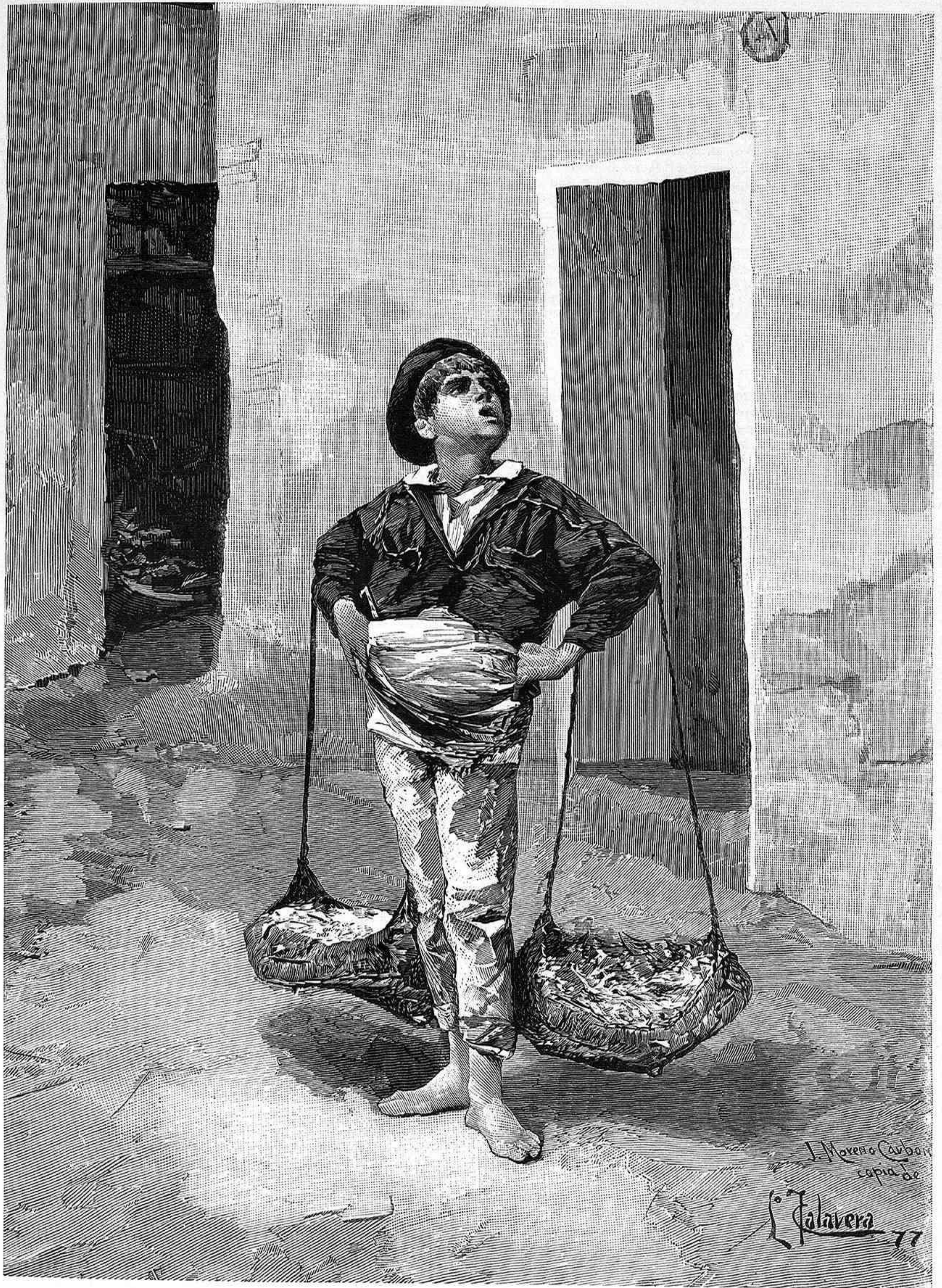
Entre tanto, el Rey se divertia de lo lindo. Curábase de sus vasallos como de los montes de la luna, y con tal de vestir, comer, beber y vivir á su gusto, abandonaba el timon á su Ministro, como lo hubiese abandonado al moro Muza para sacudirse de las obligaciones, compromisos y demas trampantojos del gobierno. ¡Pues no faltaba más que para atender á las menudencias del país desatendiese sus propios é importantísimos recreos! Y de todos ellos, el que más embebecia su real ánimo era la caza, viva imágen de la guerra, segun mil y mil escritores cinegéticos la apellidan. Mi señor Monarca era un cazador apasionadísimo y omnimodo. Con esto de omnimodo quiero decir que lo mismo corria liebres á caballo, que acechaba con la escopeta armada al venado ó al ciervo, ó mataba pajarillos con municion,

ó los aprisionaba con liga; ó empuñando una interminable caña, hacía plantones de siete y ocho horas con singular paciencia, para ver si se dignaba de tragar el real anzuelo algun barbo, trucha ó anguila. Y en los pocos dias que no cazaba entreteníase en hablar de la caza y de sus varios lances, contando y oyendo contar á sus cortesanos las más estupendas mentiras, pues ya en aquella época no eran muy verídicos los cazadores, cuya reputacion de embusteros creo que data desde el famoso Nembrod, citado por la Biblia.

En lo que perdía pié, haciéndose interminable y molesto, era en ponderar las glorias y excelencias de la caza; y tenia mucha, muchísima razon. Pues ¿hay algo tan excelente y glorioso en el universo mundo como emboscarse y estar en acecho horas y horas con la escopeta en la mano y el dedo en el gatillo para asesinar á un pobre conejo? ¿Y el tender la caña y hundir el traidor anzuelo bajo las aguas tranquilas y engañar á los peces, fingiendo darles de comer para atravesarles las fauces y quitarles la vida entre dolorosas convulsiones? No cabe duda; esto es archi-sublime, y el señor Monarca discurría y platicaba como un sabio. Y aunque así no fuera, y aunque discurriese como un zambombo, no por eso aplaudirian ménos los cortesanos cualquier tontería que dijese; pues ellos sabian su oficio, y como el acólito al celebrante, á todo respondian *amén*. Seguro método para no equivocarse en palacio.

Pero el demonio, que ni duerme ni descansa, hizo que mientras vagaba el Rey por montes y valles, seguido de perros y con su escopeta al hombro, se le antojase á la señora reina cazar tambien sin más aparejo, pólvora ni reclamo que la dulce luz de sus azules ojos y sus formas desenvueltas y rozagantes; y como era ya algo jamona, y las jamonas deliran por los pollos, y los pollos no suelen tener marmóreas entrañas, sino blandas y asaz agradecidas, resultó cazado y preso en la cariñosa red un cierto pajecillo barbiponiente, lindo como los amores y tuno como buscado de encargo. No recuerdo si se llamaba A ó B, ni para el caso importa su nombre; baste saber que en alas del favor de su señora creció como la espuma, pasó á mayores vuelos y hasta llegó á ser uno de los figurones más importantes y encopetados de la monarquía. Y como los palacios tienen paredes de cristal y ecos misteriosos que recogen y repiten las palabras todas con notable aumento y retumbancia, no quedó al poco tiempo en la isla entera quien ignorase las culpables relaciones entre paje y señora. Digo mal, pues el Rey no supo ni aún vislumbró nada, y siguió tan ufano disparando tiros contra los ciervos, que era como fusilarse en efigie.

Yendo y viniendo los dias, llegó uno, ó dicho con mayor exactitud, una noche, en que tuvo cierta vision extraña y singular el Monarca de mi cuento. Aunque fatigado el cuerpo y molidos los huesos de corretear por montes y llanos, y aunque habia cenado bien y reposaba en blando lecho de plumas, todo se le volvia cambiar de postura, estirarse, encogerse, echarse de un lado y otro, y nada..... no conseguia dormirse. Oía el tic, tac monótono del reloj de sobremesa, oía el alerta de los soldados que vigilaban su palacio y el rumor temeroso del viento azotando los muros y torreones del inmenso edificio, y la respiracion tranquila, compasada y suave de su esposa; pues aún no habia inventado



EL VENDEDOR DE BOQUERONES DE MÁLAGA. — (CUADRO DE LEONCIO TALAVERA.)



la etiqueta el separar los regios consortes como si fueran perra y gato, y no personas humanas unidas por el vínculo del matrimonio. Despues de larga vigilia, y cuando ya clareaban las primeras luces del alba, cayó el Rey en una especie de profundo letargo, quedando sin mover pié ni mano como un difunto, mientras que desligado su espíritu del tosco barro en que vegetaba cautivo, lanzábase á no sé qué vagas regiones metafísicas y ultramundanas, á que jamás alcanzan despiertos nuestros mortales ojos.

Para más claridad y ménos conversacion, digo que el Rey tuvo un sueño, y se halló en un campo donde no habia estado nunca, y vió delante de sí brotar de entre una niebla pardusca y espesa tres animalejos, que al principio le parecieron tres gazapillos ó ratas, y despues tres gatos, y luégo tres carneros, y en seguida tres burros, hasta que finalmente llegaron á su mayor crecimiento, y entónces quedaron así como bueyes. ¿Y eran bueyes en efecto? No, señor. Atento el Rey á tan singular fantasmagoría, vió con asombro que los susodichos bueyes no eran tales bueyes sino en la corpulencia, pues en lo demas eran verdaderos perros, aunque perros desmesurados y colosales, capaz cualquiera de ellos de tragarse en dos bocados á una persona humana. Poco á poco fué disipándose la delgada niebla que como nube los envolvía, y aparecieron claros y distintos, no ménos que si los rayos del sol en pleno dia los alumbrasen.

Y era el primero de ellos de lustrosa piel y fina estructura: lo que llamamos un perro de buena casta. Mas ¡cosa extraña! tenía puesto un vendaje por la cabeza y sobre ambos ojos, tan ceñido y espeso, que, temiendo sin duda el animal tropezar á cada paso, no osaba moverse, y puesto allí de planton como una estatua, parecia un perro pintado.

Era el segundo un perrazo basto y de ordinaria catadura: llevaba collar dorado con muchos cascabeles; tenía una panza y un lomo descomunal; paseaba con gravedad de un lado á otro, y parecia extremadamente satisfecho de su gordura y corpulencia. Se daba cierto aire á cualquier importante palaciego en dia de ceremonia.

Para formar idea del tercero, que era mastin, basta imaginarse un gran esporton de huesos, pues ya tendria que estudiar y tirar líneas el mejor carnicero para sacar dos onzas de grasa de aquel amazon extenuado y consunto. El lomo tenía filo, y de trecho en trecho nudos y tolondrones: la barriga, de sumidos ijares, mostraba las costillas de-alto relieve como si se hubiera tragado un barril y se le vieran los aros, y andaba montado al aire como los diamantes, pues las patas eran cuatro palitroques. Pero en el tamaño de la osamenta, en el dibujo de los secos músculos, en la hechura de la cabeza y en el vivo fulgor de la mirada conociase bien que este pobre can debía de ser por naturaleza más grande, más fuerte y más brioso que sus dos compañeros, y que sólo el no comer podia explicar su miserable estado. Roido por el hambre, erizaba sus pelos con furor, lanzaba miradas amenazantes al perro gordo, y le enseñaba dos hileras de dientes capaces de dar envidia á un cocodrilo. Y cuando fue á embestir casi rabioso, despertó el Monarca, ya entrado el dia, recordó con puntualidad la escena, y murmuró cándorosamente:

—Me parece que tengo algo pesado el estómago. ¿Si me habrá hecho daño el pavo trufado que cené anoche? ¿Qué tonterías se sueñan!

Pero la tontería se repitió una vez, y otra, y otra, hasta siete veces consecutivas en siete noches, siempre igual, como si fuese un mismo drama representado en el propio escenario y por los mismos cómicos. Claro está que el monarca llegó á tomar por lo serio tan repetida vision, y de tal modo cavilaba en ella, que dejó de ir á caza, y de casquivano y risueño se hizo meditabundo y sombrío, y no cenaba ya un pavo trufado, ni aún siquiera hubiese podido con dos pajarillos trigueros. Y finalmente, una tarde, hallándose solo en su estancia, de puro embebido con las perrunas visiones, sin reparar en ello ni saber cómo, puso las veinte uñas en

el suelo, y anduvo á gatas por la alfombra, y aún empezó á ladrar con tono plañidero hasta que su misma voz le hizo volver en sí todo apesadumbrado y confuso.

—¡Carambolitas! ¿Será cosa de ir á convertirme en perro? ¿Estaré loco, ó me faltará poco? No, pues esto no ha de quedar así. Afortunadamente recuerdo haber oido ó leído que allá en tiempos de Mari-Castaña, cuando Moises y Julio César andaban por el mundo, hubo un tal Sanson, ó Salomon, ó Faraon que era arzobispo del Egipto, ó algo por el estilo, y tuvo un sueño muy famoso, y vino un sabio y se lo explicó y se quedó tan contento. Esto, esto haré, que, á Dios gracias, hay en mi reino una plaga de sabios; y mirándolo bien, yo mismo soy un pozo de sabiduria, pues me ha ocurrido á mí solo tan luminoso pensamiento.

II.

Muy pagado el Monarca de su propósito de consulta, comenzó á serenarse del temor que tenía de perder el juicio; temor infundado y absurdo, pues nadie pierde lo que no tuvo jamás; fuera de que no podia volverse loco, por ser ya tonto de remate ó un puntito ménos. Sin embargo, como apunté en su sitio, cada vez que el Rey soltaba una barbaridad, los cortesanos y mete-sillas y lame-platos de la real casa improvisaban un coro de exclamaciones de asombro y pasmo, cual si escucháran las más profundas sentencias de los mayores filósofos del mundo. ¿Qué extraño es que el Soberano siendo un topo se creyera un águila? Y hacía muy bien creyéndolo; de lo contrario, hubiera tenido un pesar grande, aunque por el hecho de advertirlo habria remediado su necedad; que las enfermedades del ánimo suelen curarse con sólo conocerlas. Pero basta de reflexiones y vamos al asunto.

Como pino entre matas silvestres, ó como campanario de aldea entre ruines chozas, descollaba sobre todas las sociedades científicas y literarias del país la Academia Real, corporacion insigne, donde se hallaba reunido lo mejor de lo mejor en materia de estudio, gravedad y peregrinos conocimientos. Académicos tenía en su seno que, á fuerza de improbas tareas y continuadas vigiliass, habian llegado á saber y averiguar si la reina Cleopatra fué rubia ó pelinegra y cuántos pares de medias hizo con la aguja de su nombre; si Atila falleció á los cincuenta y tres años ó á los cincuenta y cuatro y medio; cuántas veces Homero llama «el de los ágiles piés» á su héroe Aquiles, y cuál era la prosodia de la lengua del Paraíso. Como en vez de mirar adelante, miraban siempre hácia atras y avanzaban poco, el vulgo iliterato y nada respetuoso dió en la flor de llamarles *galápagos*, y á la casa donde se reunian, la *galapaguera*.

A la galapaguera, pues, acudió el Monarca en demanda de explicacion para su repetido sueño; y llegados siete de los más sabihondos galápagos á la real presencia, oyeron atentos y sin pestañear la soberana consulta. Nada respondieron de sustancia, sino que era de todo punto indispensable acudir á las luces de sus colegas, claros faroles y esplendurosos quinqués de la ciencia, que no dejarían de alumbrar con vivos rayos tan oscuro suceso y tan estupendas apariciones.

Aguijoneados por el Rey, volvieron á palacio despues de cinco semanas, en cuyo breve tiempo, segun manifestaron, muy complacidos de su propia actividad y agudo calletre, habian nombrado una Comision de doce sabios en memoria de los doce Apóstoles y de los doce signos zodiacales; cuya Comision, reunida diariamente por espacio de doce horas, empezaba sus tareas rezando con fervor el rosario y despues el trisagio de San Antonio de Pádua y unos cuantos padre-nuestros por las benditas ánimas del Purgatorio, más algunos otros por los navegantes que navegan por el mar y los arrieros que andan por la tierra, con varias antifonas y jaculatorias muy devotas y oportunas en se-



guida abordaban el asunto en cuestion, tomándolo y analizándolo *ab ovo*; esto es, desde su fundamento, causa y origen. Para lo cual, y para proceder con orden y método y no extraviarse en disquisiciones ociosas y acudir á la explicacion definitiva con la brevedad requerida por el caso, habianse convenido, *nemine discrepante*, en dilucidar doscientos cincuenta y nueve puntos capitales, por el orden que sigue:

1.º Escribir circunstanciadamente la historia de todos los sueños famosos, desde el de nuestro padre Adan, cuando sin sentir le sacaron una costilla.

Segun dictámen de la Academia, soñaba entonces Adan que se habia comido él una manzana y que se nos habia indigestado á nosotros.

2.º Averiguar si el sueño es hermano de la muerte, como dicen, ó si sólo es primo, cuñado ó suegro, y formar su árbol genealógico.

3.º Esperar á que algun miembro de la comision nombrada tuviese un sueño notable, y al despertar se acordára bien de él, para estudiarlo y analizarlo cualitativa y cuantitativamente en sí mismo, redactando luego una Memoria, que sería remitida, impresa, á las corporaciones científicas de Europa y Ultramar, á fin de asesorarse con las opiniones de otros sabios.

Al llegar aquí, agotóse la paciencia del Monarca, pues aunque poco avisado, conoció desde luego que ni los nietos de sus nietos podrian ver acabada semejante faena, por lo cual envió noramala á los galápagos, y resolvió consultar á un famoso adivino que de paso para el Japon hallábase en su córte.

Seguramente no era un adivino de los de tres al cuarto este que ahora se presentaba, y á quien llamó con toda urgencia el Rey para lograr la explicacion de su sueño. El tal adivino se hallaba muy por cima de todo zahorí de naipe y varita, pues era hechicero, mágico y brujo por principios, sabiendo y conociendo á fondo de estas artes cuanto en el remoto Oriente y la Tesalia supieron y conocieron los antiguos, con más las doctrinas y enseñanzas de los hierofantes griegos, de los augures romanos, de los sagas y valkirias germánicos, de las hadas árabes y toda la ciencia oculta de Nostradamus y Raimundo Lulio. Poseía la nigromancia, quiromancia, piromancia, hidromancia, aeromancia y geomancia; era astrólogo y alquimista, y ni el P. Martin del Rio, en su *Disquisitionum magicarum*, habia alcanzado la cuarta parte que él en magia natural, artificial y diabólica; ni le igualaba nadie en lanzar evocacion, preparar ligamento, ni levantar figura. Tenía en la uña la *Biblioteca mágica* de Hauber, y burlábase del *Malleus maleficarum*, pues hasta entonces ninguna autoridad civil ni religiosa le persiguió ni molestó nunca; aunque en varias ocasiones habia visto más demonios grandes, medianos y chicos que el inglés Pordage en 1651. En suma, era un águila en el oficio, y sin lisonja, podia llamársele *magnum magister cacomagorum*. A más de esto, usaba unos vestidos extravagantes y simbólicos, asemejábase en lo largo y flacucho á un palo de berlinga, y hablaba poco y con misteriosa retumbancia. No era menester tanto para exaltar las imaginaciones y pasar por archi-astrólogo, archi-brujo y archi-nigromante.

Llegado á la augusta presencia del Monarca, hizo, sin hablar palabra, tres profundas zalemas al estilo oriental, y quedóse inmóvil como una estatua. Admirado el Rey de ver aquella pavorosa estantigua, dijo entre sí: «Ya tengo lo que necesitaba; de seguro éste en un dos por tres me explica mi sueño.» Y se lo refirió sin omitir cosa de sustancia. Y el astrólogo dijo:

—Señor, vuestro sueño es claro como la luz del dia, y ahora mismo pudiera en su mayor parte explicarlo y traducirlo; mas yo lo haré por entero, sin ninguna clase de oscuridad ó incertidumbre. Y pues V. M. se dignó de esperar en vano y por largo tiempo á los sabios de la Academia, no me parece mucho pedir el plazo de una semana y algun oro

para los ensayos de crisoles y retortas, y para componer el astrolabio simbólico-oriental con que suelo leer en el gran libro de las estrellas.

Concedió benigno el Monarca el plazo y metal pedidos, y al cumplirse la semana, ordenó llamar al prodigioso astrólogo, á quien de ningun modo y en parte ninguna pudo encontrarse jamás. Se conoce que al agarrar los dineros le salieron alas, con que hizo la procesion del Niño perdido; ó más claro, tomó las de Villadiego, eclipsándose de tal manera, que ni los más poderosos telescopios le alcanzáran.

Aburrido ya el Monarca de bregar con tontos y pillos, mandó fijar á la puerta de su palacio un cartel con cada letra del tamaño de una alpargata, prometiendo recompensar espléndidamente al que le diera satisfactoria explicacion de su sueño. El premio era magnifico y muchos lo codiciaban; pero no siendo adivinos y temiendo incurrir en el enojo del Soberano, excusaban de presentarse; y así pasaron algunos dias y aun semanas, y ya iba el Rey á mandar que descolgasen el cartel y no se hablára más del asunto, cuando los guardias de palacio llevaron á la régia cámara á un viejo palurdo, de aspecto sagaz, aunque toscó; de esos, en fin, que parece que se caen y con piés y manos se agarran. Ignoro de dónde era natural el viejo; mas en los campos y aldeas de mi pátria Andalucía hé conocido muchos que deben de ser sus similares ó descendientes; cualquiera los juzga torpes, y son capaces de partir á lo largo un pelo en el aire.

No querian al principio los guardias dejar entrada franca al viejo; mas viendo su insistencia y la seguridad que manifestaba de resolver el problema, acordáronse de que debajo de una mala capa suele hallarse un buen bebedor, y le llevaron, como dije, ante el propio Rey. Lo mismo que sus guardias y cortesanos, extrañó éste la terquedad y pobres hábitos del viejecito, y viéndole que no queria ó no acertaba á pronunciar palabra delante de tanta gente, mandó que los dejasen solos, y solos quedaron ambos en la ostentosa cámara. Despues de contarle el caso, díjole el Monarca:

—Hombre, parece cosa increíble que despues de haber consultado yo inútilmente á los individuos de mi Real Academia que, fuera de su notoria inutilidad, son los sabios más sabios de toda la isla, y á otros muchos doctísimos varones, vengas ahora tú, que eres un rudo campesino, con tus manos lavadas ó sin lavar, á resolver en un periquete el oscuro problema deste rarísimo sueño mio, que me trae quitadas las ganas de comer y devanados los sesos de la cabeza. Así, pues, ten cuidado con lo que digas, y no me salgas con una patochada, porque, vive Dios, que te mande sumir en un calabozo y no vuelvas á ver la luz del dia.

—Señor, no se figure V. M. que he venido desde mi pueblo, que no está muy cerca, para dispararle un par de coces. Yo no soy letrado, ni sé escribir más que unos palotes tan gordos como los dedos de mi mano; pero cuando hablo, sé muy bien lo que digo. Y si nó, vamos al caso: ¿No ha soñado varias noches seguidas V. M. con tres perros, uno fino y con venda en los ojos, otro ordinario y reventando de gordo y otro más grande, pero flaquísimo y hambriento? Pues éste, Rey mio, es el pueblo, empobrecido y extenuado á fuerza de contribuciones y gabelas y todo género de injusticias y latrocinios; el perro gordo es vuestro primer ministro; y el perro vendado y ciego es V. M., en cuyo nombre se hacen todas las infamias sin que las vea, ni las conozca, ni las remedie, cuando todos y yo tambien, que soy un rústico de alpargatas y manta al hombro, las vemos, las conocemos y sabemos de sobra cómo se remedian. Y si V. M. se ha enfadado con oirme, mande echarme un lazo al pescuezo, que ya estoy hartó de servir y no comer, y hé querido, aunque sea pagando con el pellejo, decir la pura verdad.

Toda esta rociada la soltó el viejo de una vez, sin ponerse colorado ni amarillo, con la estoica tranquilidad de quien

está cansado de vivir y no teme que le aprieten el tragadero. Los ojos negros, bajo las blancas cejas, le brillaban como faroles encendidos; la voz era firme y segura, y en su acento y ademanes la misma verdad había puesto su sello.

Al pronto el Rey se quedó boquiabierto y estupefacto; mas luego sintió como si alumbrasen con una antorcha las oscuras cavidades de su cerebro; como si su conciencia, por largo tiempo flaca y adormecida, se levantara de súbito imperiosa y formidable diciéndole: «Ya lo sabes: tú eras el ciego; mas ahora ves claro, y sólo puedes hoy cumplir tu deber ó ser un infame. Elige.»

III.

Aquel Rey ¡loado sea Dios! eligió bien. No se enfadó contra su brusco y anciano consejero; antes le envió á su aldea con ricas dádivas y amplia licencia para volver á la corte y entrar en palacio cuándo y cómo quisiera. Sólo le encargó reservase la plática que ambos habían tenido hasta ver las consecuencias. De este modo no se espantaba la caza y podía proceder la justicia con mayor seguridad y acierto.

Como si la Providencia intentara recompensar el excelente corazón y honrados propósitos del Rey, infundióle de pronto la claridad de entendimiento y la energía que necesitaba. Puede ser quizá que tan repentino cambio fuera debido sólo á su buena intención y á las palabras reveladoras del anciano; mas, sea como quiera, el Rey se sintió convertido en otro hombre; las mil y mil cosas que antes había visto sin reparar en ellas, ahora se le presentaban de bulto y relieve, con toda su importancia y su propio y verdadero significado. No es tan raro esto en la vida como parece; al hombre poco avisado suelen pasarse por alto muchas y graves cosas; pero si un solo rayo de luz ilumina á tiempo la nube, entonces vé de golpe lo grande y lo pequeño, lo manifiesto y lo escondido. El que parecía la vispera ciego y tonto es al día siguiente un lince y tiene la intención y recámara de los siete sabios de la Grecia. Los que le conocían antes, le desconocen ahora; y no sabiendo la causa de cambio tan brusco, suelen atribuirlo á influencias sobrenaturales.

Aquella noche durmió el Rey con la tranquilidad del justo; pero á la madrugada se le repitió el sueño, con la particularidad de que, fijándose bien en la aparición, vió clara y distintamente que al perro vendado se le aflojó la venda y se le cayó á los pies, y en seguida abrió un ojo y luego el compañero, y cuando tuvo abiertos los dos, que parecían dos huevos medianos, el perro gordo comenzó á enflaquecer y el flaco á engordar, hasta que el uno quedó extenuado y consunto, y con regulares carnes el otro. Después fué tendiéndose por cima de los tres una densa nube, y poco á poco, envueltos en ella, se desvanecieron para siempre.

Consideró el Rey esta visión como complemento explicativo de las anteriores, y firme en su propósito, comenzó á indagar antecedentes de la conducta de cuantos le rodeaban, y muy en particular de su primer Ministro. Nada al principio descubría, pues los que pudieran revelar algo temían más al omnipotente favorito que al propio Monarca; pero cuando, á fuerza de maña, logró éste asir un cabo del hilo y tiró de él, empezaron á salir tantas y tales cosas, que casi, casi se arrepintió de haberlas descubiertas. La administración y gobierno de la monarquía, y aun su palacio mismo, eran un cenagal inmundo, lleno de sapos y culebras. Fraudes, cohechos, estafas, malversaciones de caudales, engaños de todo género, la justicia vendida, el trabajador honrado, en la miseria; el criminal farsante, en altos empleos; la tiranía y la prostitución arriba, la servidumbre abajo, y la ignorancia..... éste fué el cuadro abominable descubierta por el Rey al abrir los ojos y tenderlos sobre su pueblo. Y como en no soltando el cabo y siguién-

dolo con paciencia llegamos á desenredar toda la maraña, de uno en otro descubrimiento llegó á traslucir y averiguar el Rey la pesada burla que con el barbilindo palaciego le jugaba su esposa y consorte.

¿Necesitaré añadir que, descubierto y comprobado el daño, se le puso enérgico remedio? ¿Que, confiscados los mal adquiridos bienes, fué el primer Ministro, en compañía de numerosos parientes y paniaguados, á componer caminos y calzadas, con un grillete al pié y un azadon en la mano? ¿Que el paje adúltero desapareció en no sé cuál mazmorra, y que entonces la Reina se murió de la pena ó del susto? ¿Que fueron nombrados para ministros de la nación hombres entendidos y probos, y que en adelante marchó todo á las mil maravillas? Pues sí, esto fué lo que sucedió; que no hay mal que cien años dure, ni enfermo que lo resista; y como el Rey viudo estaba todavía en la plenitud y vigor de su edad, y no tenía legítimo heredero, pensó en casarse de segundas nupcias, y como lo pensó lo hizo; y, en mi concepto, hizo muy bien, porque supo elegir mujer honrada y hermosa, y tan fecunda, que le soltó quince hijos, que parecían quince canónigos, según lo lustrosos y corpulentos que eran. ¡Dios los bendiga!

Remediados eficazmente los antiguos males, orientada y guiada con acierto la nave del Estado, tranquila y próspera la isla entera, sólo un pesar el Rey experimentaba, y era no tener quince coronas que legar á sus quince hijos, y aun algunas otras coronitas de reserva, por si á su esposa se le antojaba todavía darle nuevos príncipes herederos. Esto le traía un tanto inquieto y caviloso, así como el ver que su consorte era poco versada en la ortografía; que en tan fútiles motivos suele buscarse disgustos el hombre más venturoso. Dándole vueltas al asunto, y tratando de poner enmienda á estos males, como aun le quedaba algo de su necedad primitiva, imaginó levantar numerosas tropas, aprestar cañones y balas, y meterse á conquistador de repúblicas, imperios y monarquías, y también tomar un buen maestro que enseñase á la Reina los preceptos ortográficos y alguna cosita de prosodia.

Tal vez lo hubiera hecho como lo imaginaba, revolviendo la isla entera por un capricho, y trastornándolo todo, á no haberse presentado en la corte como llovido del cielo aquel mismo ingenioso palurdo que le interpretó y declaró su sueño, y á quien originariamente eran debidas tanta prosperidad y abundancia. El tal palurdo no era ya un mísero destripa-terrones, sino un señor muy acomodado y bienquisto, merced á la protección y dádivas recibidas de la régia munificencia; y con la holgada vida y el comer diario y caliente, sin fatigas ni apuros, hasta se le había puntiaguado el ingenio, que ya de antes no era romo por la divina misericordia. Recibiólo el Monarca de la manera más afectuosa, le dió cuenta de sus propósitos, y el campesino le aconsejó lo siguiente, palabra más ó palabra menos:

—Señor: verdad es que teneis muchos hijos; pero en vez de apesadumbraros por esto, lo debierais considerar como grandísima ventura, viendo perpetuado en ellos vuestro linaje y nombre. Debeis alegraros también, pues podéis mantenerlos y educarlos sin que nada les falte, y sobre todo, porque Dios, que sabe lo que hace, os los envía. Yo he tenido, quiero decir mi mujer ha tenido bastantes hijos, y aunque pobre trabajador, jamás me afligí de ello. Si todos vuestros príncipes no logran ceñir corona, que no la ciñan, y en paz. No hay bien tan estimable como la paz. ¿Le parecería justo á V. M. que, porque otro Rey necesitase una corona, viniese con violencia á despojarle de la suya? Pues lo que no quieras para tí, no quieras para tu prójimo. Señor: esta es la verdad. Los que conquistan tierras ajenas faltan á la justicia, y sólo por miedo no se les llama ladrones. Fuera de que nadie lleva la victoria metida en el bolsillo; y tal podría venir el rumbo y la corriente de las cosas, que pensando ganar algo, se perdiera todo; y á muchos aconteció el ir por lana y volver trasquilados. Esto

digo; y en cuanto á la ignorancia de la señora Reina, ni áun merece el trabajo de mentarla; que ni su merced va á poner cátedra de teología y *tiquis miquis*, ni junto á una hembra que sabe y puede soltar un enjambre de chiquillos sanos y hermosos valen un comino todas las ortografías y prosodias del mundo.

Sin pestañear escuchó el Rey las advertencias de aquel rudo consejero, que se iba derecho al bulto, y en pocas y mal aliñadas frases decía más verdades y de mayor calibre que el mismo Ciceron en sus floridas arengas. A medida que las palabras del anciano iban penetrando en las soberanas orejas se disipaban insensiblemente los pujos batalladores y gramaticales del Rey, quedando, por fin, su ánimo tranquilo y sosegado como una balsa de aceite. Miraba á su consejero con cierto afán supersticioso, creyéndolo, no un campesino ni hombre mortal de carne y hueso, sino un ángel bajado del empíreo y disfrazado bajo vulgar apariencia. Confirmábase en tal sospecha la observacion de que habian pasado ya diez y seis años desde que conoció al viejo, quien estaba ahora ménos viejo que ántes, como si hubiera retrocedido en el sendero en que nadie retrocede. Así se lo manifestó, y le respondió el anciano:

—Cuando me presenté á V. M. tenía yo cincuenta años y aparentaba sesenta y seis; tal me habian puesto los trabajos, el hambre y los pesares. Ahora tengo sesenta y seis, y sólo aparento cincuenta ó pocos más; de donde saco en limpio que el comer y dormir bien y el no tener manchas y agujeros en la ropa ni en la conciencia son cosas que rejuvenecen al hombre y le alargan los dias de la vida. Por lo demás, no soy ángel; pero siempre hay un ángel al lado de quien dice la verdad, y otro al lado de quien sabe escucharla.

—Tienes mucha razon — le contestó el Rey.

Y prosiguieron su plática, y despues se despidió el anciano para su aldea, en cuyo humilde cementerio queria depositar su esqueleto cuando le llegase la última hora.

A los pocos dias hallábase el gran patio de Palacio cercado por sus cuatro frentes de unos anchísimos lienzos, á manera de telones, y en el centro de esta especie de tienda de campaña oíase el golpear del martillo, el áspero vaiven de la sierra y el rumor confuso de un enjambre de trabajadores. ¿Qué hacía toda aquella gente? Cuando se quitaron los lienzos, las andamiadas y demas aparatos de la obra, pudieron contemplar los curiosos con asombro tres altos pedestales de piedra, y encima de cada uno de ellos un perro de piedra tambien y del tamaño de un buey. Tenía el primero una venda sobre los ojos, y

á los piés este letrero: VERÁ. El segundo, que era gordísimo, ostentaba igualmente su rótulo, y decía: ENFLAQUECERÁ. Y el tercero, que estaba en los propios huesos: ENGORDARÁ.

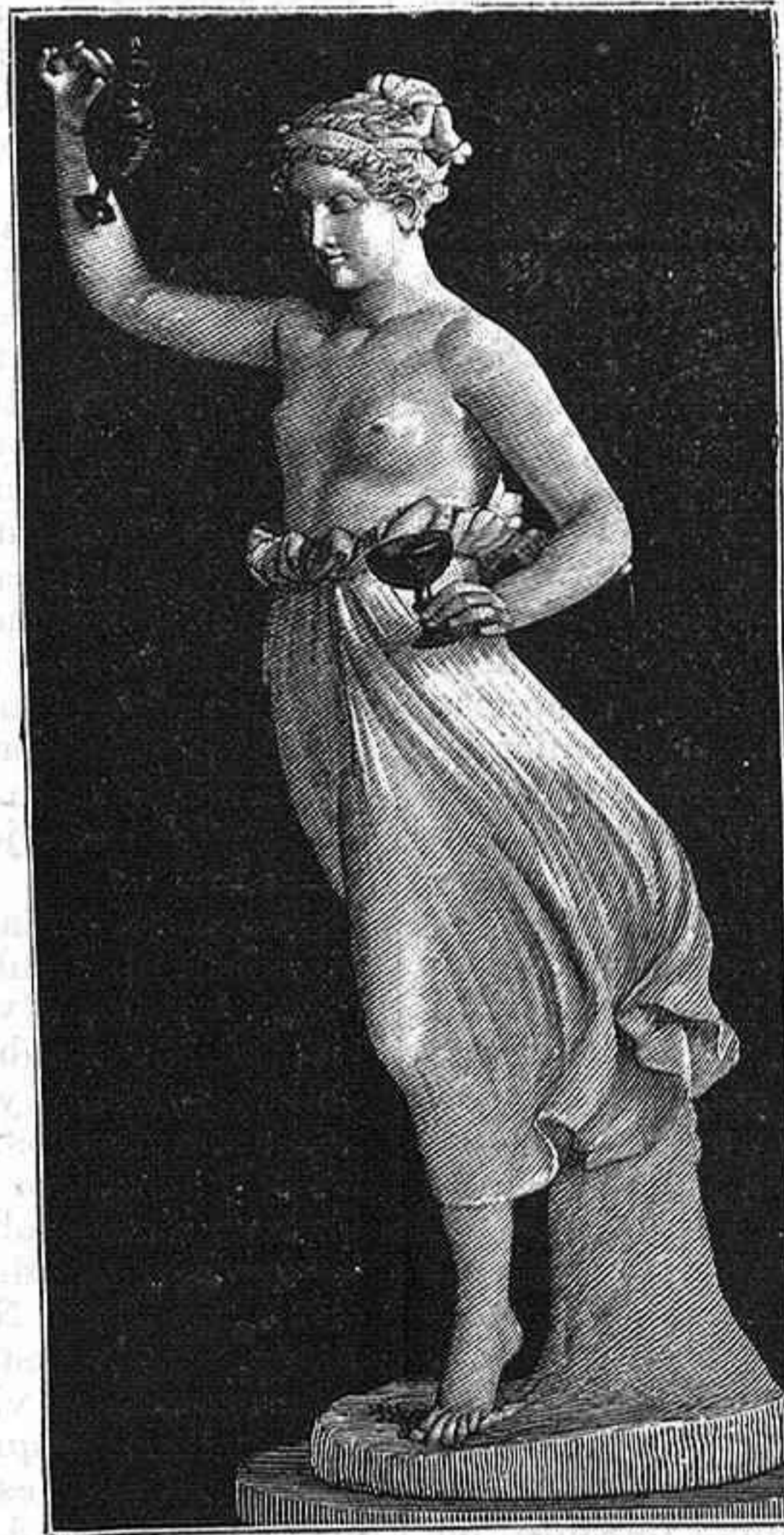
Escribió el Rey una breve relacion de su sueño, y encargó al mejor poeta de sus Estados que la pusiera en versos muy sonoros, y al mejor músico, que la armonizase para el canto. Ya arreglada la historia, hizo que todos sus hijos la aprendieran y cantasen á coro muy á menudo, con lo que el Palacio se asemejaba mucho á un teatro de ópera. Con la historia cantada cien y cien veces y la continua vista de las estatuas perrunas, aquella colmena de principillos se desdabiló de tal suerte, que no hubo ya favorito ni engaño posible para ellos; y el que, por muerte de su padre, gobernó, gobernó bien; y sus hermanos, que le aconsejaban, le aconsejaban lo mejor; y entre otras cosas excelentes, determinaron que en lo sucesivo no pudiera subir al trono quien no supiese de memoria letra y música de la *Cancion del Sueño*. Fué tan acertadísima esta providencia, que hubo seguidos muchos reinados de ordenada administracion y buen gobierno, llegando á ser la prosperidad y ventura de aquellos insulares una cosa tan comun y natural como el tener narices. Pero en este pícaro mundo nada hay exento de algunos inconvenientes y quiebras, y al cabo y postre de tamaña bienandanza los pobladores de la isla reventaron todos de puro satisfechos y felices, y hasta la isla misma se hundió en el mar, ó quizá, llenos de envidia, se la llevaron los demonios por la region de los vientos.

IV.

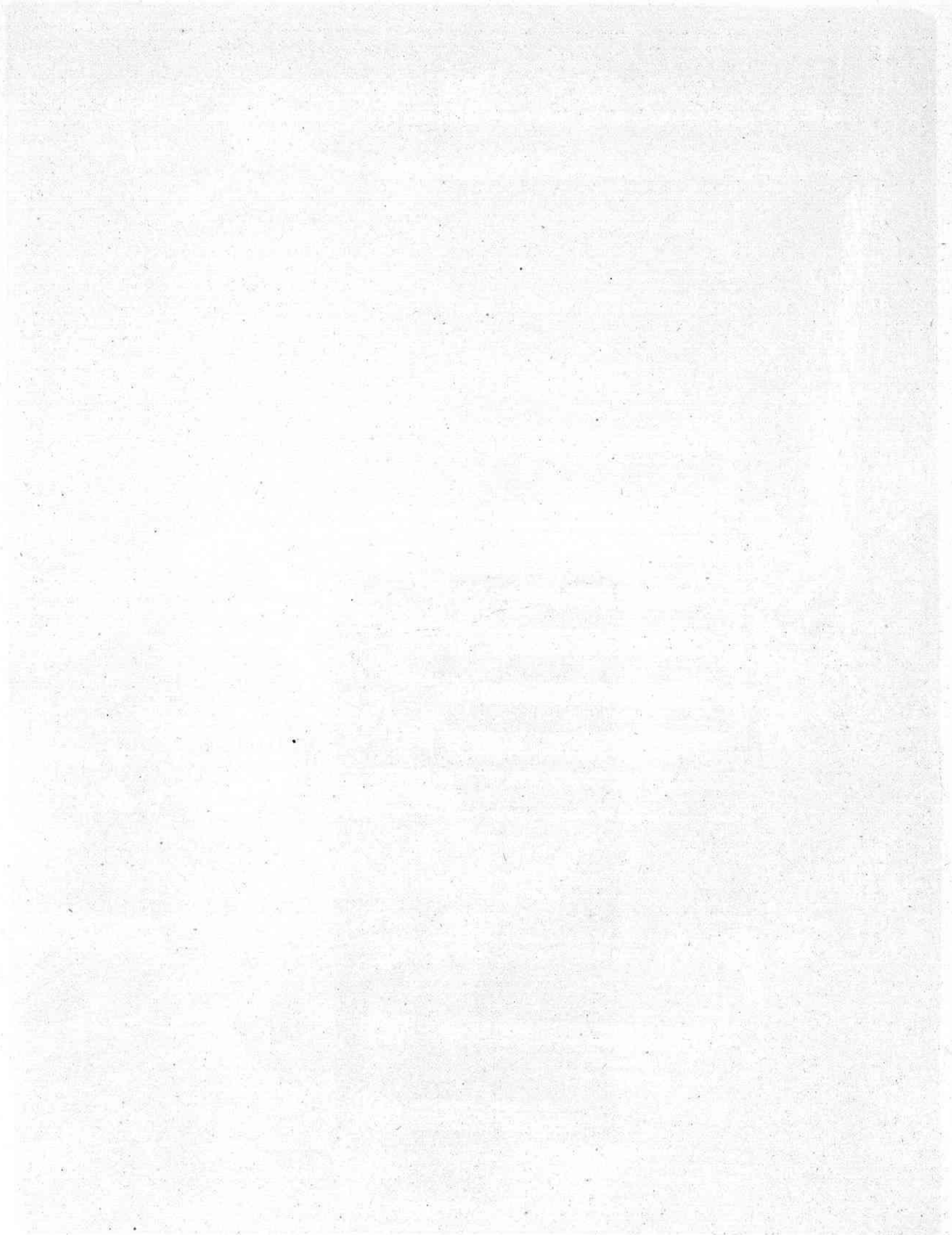
Y ahora digo yo: ¿á qué viene esta historia? Todos los relatos, verdaderos ó fingidos, han de tener cierta médula y sustancia; esto es, cierta oportunidad y aplicacion al país en que se escriben; y tamaños desafueros y enormidades como referidos quedan, sólo se ven algunas veces entre salvajes y en las incultas regiones de la Guinea y la Senegambia. Pero en Europa, y muy singularmente en nuestra católica España, no hubo jamás reyes ciegos, ni reinas antojadizas, ni favoritos de alcoba, ni gordos ministros devoradores, ni flacos pueblos devorados, ni nada parecido á esta máquina que he ido forjando en mi mollera y poniendo en castiza y corriente prosa. De modo que, como suele decirse, he trabajado para el obispo. Lo siento. En otra ocasion elegiré mejor asunto. Vale.

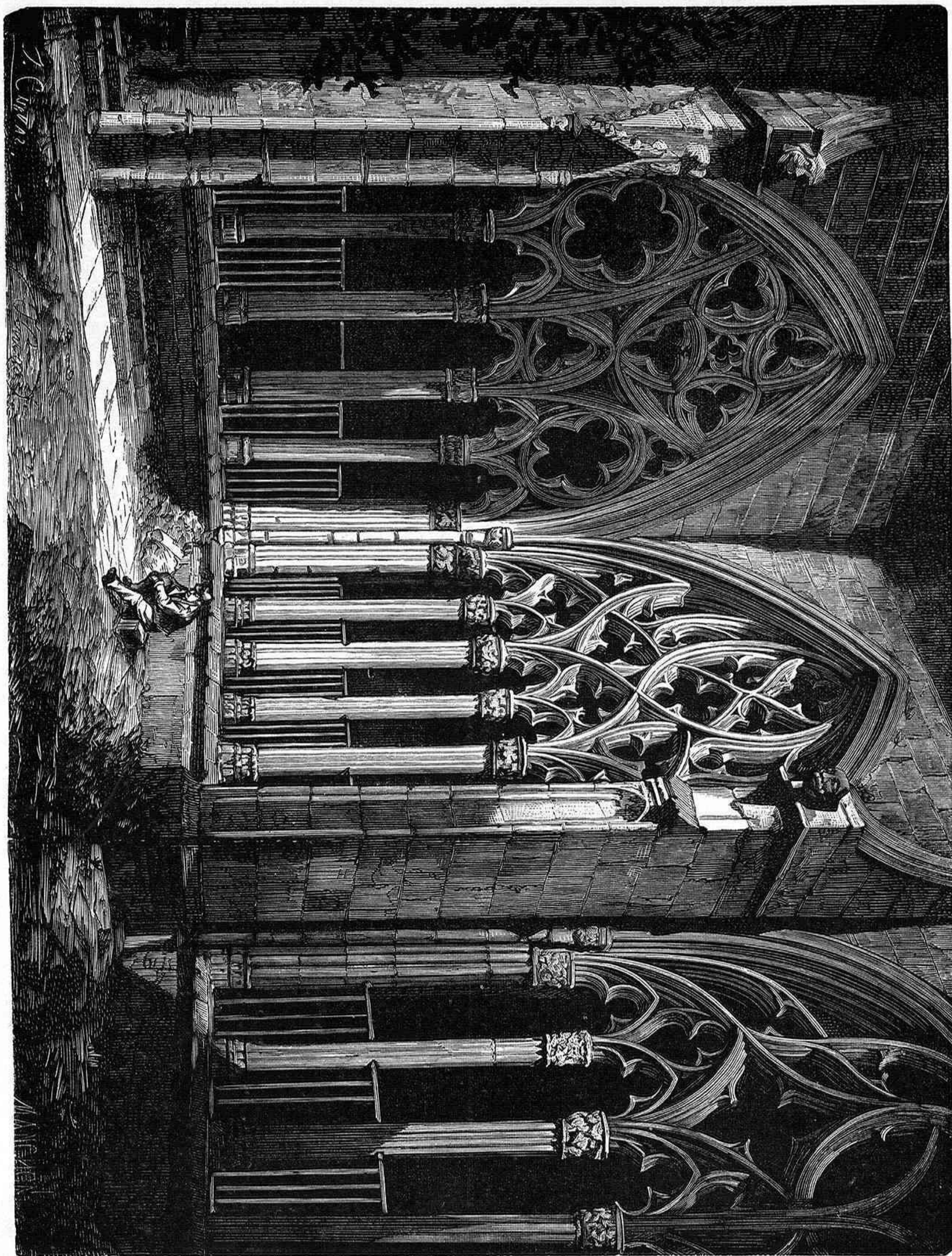
NARCISO CAMPILLO.

1880



HEBE. — ESTÁTUA EN MARMOL, POR CANOVA, EXISTENTE EN EL MUSEO BRITÁNICO.





EXTERIOR DEL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE OVIEDO.

LA PREVISION DEL TIEMPO.

QUÉ tiempo hará? Hé aquí una pregunta que el hombre empezó á hacerse cuando observaba los grandes espectáculos de la Naturaleza, desde las pintorescas llanuras de Senaar, junto á la cuna misma de la humanidad. Si desde el origen de las sociedades los pueblos todos se han sentido impulsados á escrutar los arcanos del porvenir, la prevision de las revoluciones atmosféricas ha debido llamarles la atencion, cuando ménos, bajo el punto de vista de la curiosidad, del temor ó de los intereses agrícolas. «¿Saldrá mañana el sol? ¿Volverá á brillar la aurora? ¿Serán vencidos por el dios del dia los poderes de la noche?», rezan los libros sagrados más antiguos del Indostan. «Consultemos el almanaque», dicen todavía los habitantes sencillos de nuestros campos, y una buena parte de los que se dan los aires de ilustrados en nuestras ciudades. Y es que, desde la más remota antigüedad, la supersticion y la ignorancia, al abordar el Universo, han tratado de explicarlo, bien ó mal, dejando sentir la influencia del sentimiento educado en las primitivas escuelas de la espontaneidad, sobre la razon, en la infancia todavía, y refiriendo, en último término, todas las explicaciones físicas al influjo misterioso de los astros.

Dase hoy el nombre de *Meteorología* á aquella parte de los conocimientos humanos que trata de los fenómenos cuyo asiento reside principalmente en la atmósfera. Preciso es reconocer que, á pesar de que el estudio de la Meteorología arranca de los albores de la historia, lo propio que el de la Astronomía, no han marchado ambos paralelos; pues mientras la segunda ha ido haciéndose matemática y conquistándose el rango de ciencia exacta, la primera no ha conseguido conquistas equivalentes, reduciéndose á acumular un rico caudal de hechos perfectamente observados. No quiere esto significar que no cuente con un cuerpo de doctrina de incuestionable valor; mucho se sabe, y muchísimo más, sin duda, de lo que el lector profano se imagina; pero con esto y todo, no han llegado á descubrirse ni un conjunto de leyes inmutables, ni siquiera una aplicacion feliz del cálculo matemático, de esas que imprimen carácter á una ciencia y forman época en su historia.

Deslindados de esta suerte los campos, entre la ciencia de los cuerpos y de los movimientos celestes, y el estudio de los meteoros, muy útil será condensar aquí cuanto de importante se conoce en tal materia, en lo que hace relacion á nuestro asunto, á fin de popularizar este género de conocimientos, y hacer comprender las fecundas y racionales aplicaciones que de los mismos derivan.

Casi todo el mundo sabe ya que la *atmósfera* es la masa gaseosa que envuelve por todos lados al globo terrestre, y que no es otra cosa que el aire que respiramos. Compónese de oxígeno y de ázoe, mezclados en la proporcion de 21 volúmenes del primero por 79 del segundo, de una pequeña cantidad de ácido carbónico, y de una cantidad variable de vapor de agua. Que una porcion de esta masa, ó la region de la tierra sobre la cual reposa, se calientan más que las que las rodean, en virtud de la accion calorífica del sol; inmediatamente la masa de aire se dilata, resulta más ligera y se eleva; al mismo tiempo, para restablecer el equilibrio, el aire de las regiones más frias situadas sensiblemente al

mismo nivel se precipita hácia la region calentada y ocupa el lugar del que ha sido desalojado. El *viento* debe, pues, soplar, en la superficie de la tierra, de la region fria á la caliente, en tanto que en las altas regiones de la atmósfera soplará en direccion contraria, en virtud tambien de las leyes de equilibrio. Para hacer tangible esta explicacion no hay más que observar lo que sucede cuando se abre la puerta de comunicacion entre dos habitaciones que se hallan á temperaturas diferentes; reconócese en la parte superior de la comunicacion la existencia de una corriente de aire, que va del recinto caliente al frio, y que la llama de una bujía pondrá de manifiesto por la inclinacion que la imprime; en la parte inferior, la llama acusa una corriente en direccion contraria.

Distinguese en el viento la *direccion* y la *velocidad*. La primera está indicada por el *anemómetro*, ó simplemente por una veleta ordinaria bien sensible, y se refiere á los puntos cardinales del horizonte; en las regiones elevadas de la atmósfera, la direccion del viento se conoce por la de las nubes, observando siempre las que corren junto al zenit, pues en las que se hallan más léjos la direccion observada es distinta de la verdadera, por un efecto de perspectiva. La velocidad se mide con el *anemómetro*, instrumento que da el camino recorrido por el viento en un intervalo de tiempo dado, ó el tiempo que invierte en recorrer una distancia determinada. Segun sea esta velocidad, así se la clasifica en diferentes términos, llamándose: *brisa*, *viento moderado*, *fuerte*, *muy fuerte*, *tempestad*, *huracan*, *huracan violento*, cuando recorre, por segundo, respectivamente: un metro, 2^m, 10^m, 20^m, 22^m, 36^m, 45^m. Sin embargo, hay huracanes en que el viento alcanza una velocidad de 73 metros. Para comprender mejor lo que estos números significan, baste decir que, si se coloca un plano rígido, de un metro cuadrado de superficie, en direccion perpendicular á la de un viento cuya velocidad sea de 32 metros por segundo, seria preciso, para contrarrestar el empuje del viento sobre dicha superficie, oponer otra fuerza representada por 136 kilogramos. Hay países en que los vientos impetuosos predominan en ciertas épocas del año; el célebre *mistral* de la Provenza, que barre durante el invierno la cuenca del Ródano y todo el litoral del Mediodía de Francia, es un viento de gran violencia. Las observaciones anemométricas que efectué en Uzès, durante el invierno de 1873 á 74, dieron por resultado que desde el 10 de Noviembre, en que el *mistral* empezó á dejarse sentir, hasta mediados de Mayo, ó sea en un trascurso de ciento cincuenta y siete días, hubo ochenta y nueve días en que reinó dicho viento. Cuando llega á ser extremada su violencia, no es raro ver arrancadas de cuajo las grandes acacias de los jardines, en el interior de la poblacion, aun al abrigo de grandes edificios; y el *Boletín Meteorológico Internacional* del Observatorio de París, de aquella época, citaba, como ejemplo de extraordinaria impetuosidad del *mistral*, el haber hecho descarrilar y volcar dos largos trenes de mercancías entre Perpiñan y Narbona.

Afortunadamente, en nuestros países los vientos impetuosos ni alcanzan esta fuerza sino en casos muy excepcionales, ni se distinguen por su frecuencia. No obstante, el viento del N. y del NNO., que en invierno predomina en la comarca en que escribo, en donde lo designan con el nombre

de *tramontana*, y en todas las comarcas limítrofes del litoral, es bastante fuerte y suele revestir algunas veces todos los caracteres de verdadero huracán. Su origen es, en mi concepto, manifiesto, y la explicación, bien sencilla por cierto, puede ser aplicable á los vientos que se establecen en otros países de orografía análoga. La cuenca terminal del Ebro comprende, de una parte, una región montañosa, elevada y de gran extensión; de otra, una vasta llanura, que no es otra cosa que el antiguo fondo del lago mioceno, que he descrito en LA ILUSTRACION, á cuyo extremo inferior se extiende otra llanura, también muy vasta, que comprende el álveo antiguo y moderno del río, y toda la superficie de su delta. El aire que se halla sobre los llanos, especialmente sobre el delta, cuyos terrenos son pantanosos ó abundantes en agua á corta profundidad, está siempre cargado de humedad, se calienta más que el de las regiones montañosas, porque el suelo sobre que se apoya es más bajo y ménos accidentado, y se eleva, en consecuencia, á grande altura, conservando una temperatura superior á la del aire circunvecino, á causa de la condensación del vapor de agua que contiene; su fuerza ascensional va, pues, aumentando, se establece un verdadero *tiro*, que llama hácia este punto al aire inferior y más frío de las montañas, que de esta suerte le va reemplazando, y da así lugar á la corriente observada. Cuando la diferencia de temperatura entre el llano y la montaña no es muy grande, la corriente es débil, y su dirección del N. al S., ó sea la que le imprime la configuración misma de la cuenca. Cuando la diferencia es mayor, la intensidad aumenta, y la dirección tiende á ser del NO., en cuyo caso la proximidad del viento va generalmente precedida de una baja muy notable del barómetro.

Los vientos son *regulares* ó *irregulares*. Estos lo son tanto más cuanto más léjos de la zona tórrida se les considera. En dicha zona existen constantemente los vientos llamados *alisios*, que soplan del NE. en el hemisferio boreal, y del SE. en el austral; direcciones ambas que provienen de la causa general ántes apuntada, relativa á la acción del calor solar, combinada con el movimiento de rotación de la Tierra. En nuestras latitudes predominan, por regla general, los vientos de la segunda categoría, observándose en medio de esta irregularidad que su dirección tiende á dar una vuelta completa en el sentido del Norte, Este, Sur, Oeste, y otra vez Norte, en un trascurso que puede variar de un día á muchos meses. En el hemisferio Sur la variación se efectúa en sentido contrario. Esta regla sobre la rotación de los vientos ha dado en llamarse *ley de Dove*, del nombre del físico que la ha descubierto; pero son tantas las excepciones que sufre, que apenas merece ser considerada como verdadera ley. Además de estos movimientos generales de la atmósfera, existen también, en espacios circunscriptos, vientos que soplan con regularidad en determinadas estaciones; tales son las brisas de mar y de tierra, que soplan respectivamente del mar hácia la tierra durante el día, alcanzando su máxima intensidad ántes de la mitad de la tarde; y de la tierra hácia el mar durante la noche, y alcanzan su mayor fuerza poco ántes de la salida del sol. En nuestro litoral, el régimen de las brisas es más sensible en primavera y verano que en otoño ó invierno, y su influencia se deja sentir hasta muy léjos de la costa. En todo el Maestrazgo, y más aún en las altas montañas de las provincias de Castellón y Tarragona, la Sierra de Espadan, Peñagolosa, Morella, Montsiá, la brisa de mar suele ser un viento de gran fuerza.

Independientemente de la regularidad de los vientos alisios, producen en la zona tórrida fenómenos de transporte de la masa de aire, que afectan carácter particular, y vienen á ser las grandes tempestades tropicales ó *ciclones*. El aire, en momentos dados, se halla animado, en un espacio considerable, de un movimiento giratorio alrededor de un eje más ó ménos inclinado, al propio tiempo que toda la masa gaseosa se traslada en una dirección determinada. El sentido de la rotación es bastante constante, del Este al Oeste,

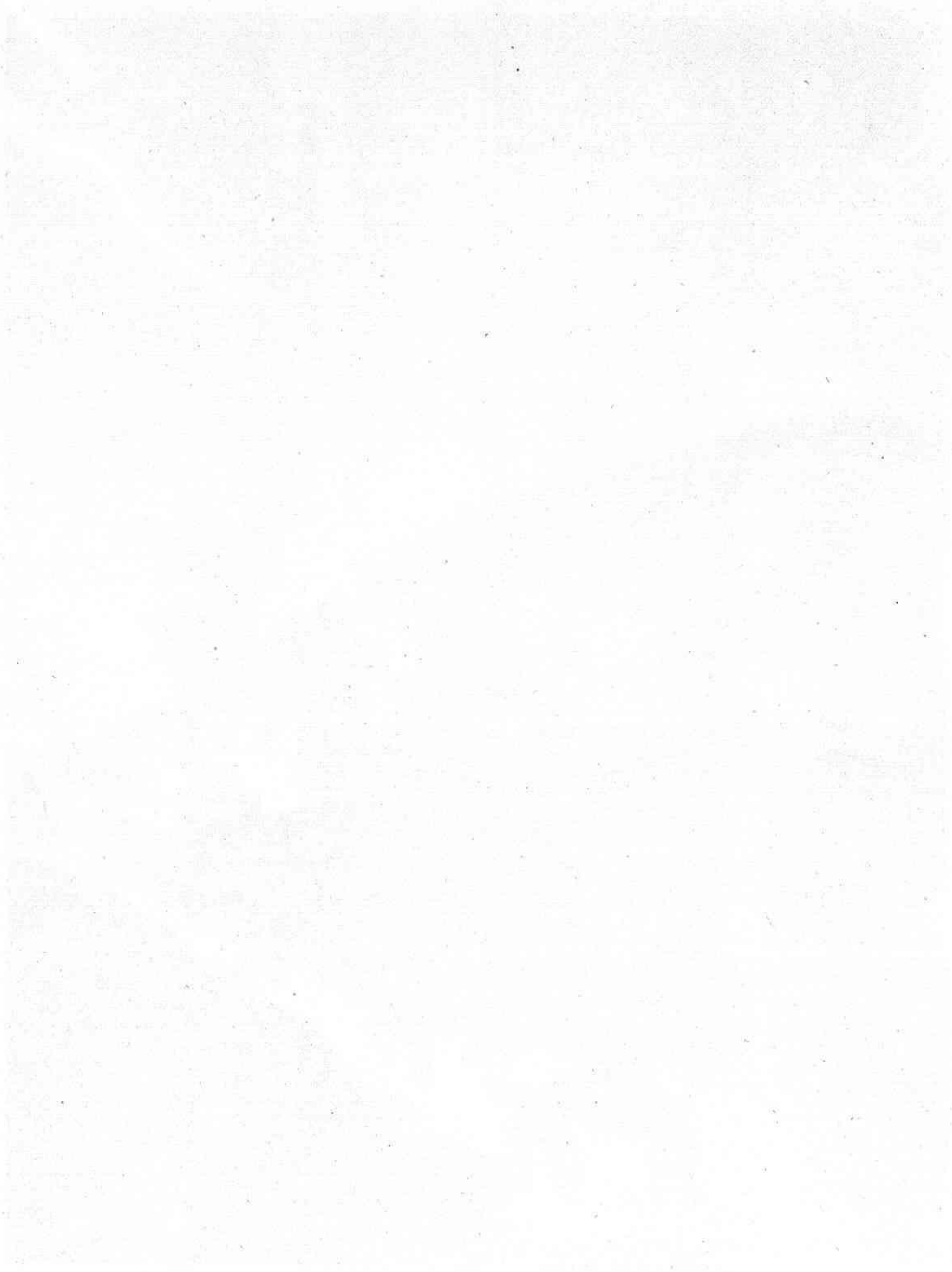
pasando por el Norte, en el hemisferio boreal, y en sentido contrario en el otro hemisferio. En el centro del ciclón el aire se mantiene relativamente tranquilo, y el barómetro experimenta una baja considerable, acusando, por consecuencia, una especie de vacío (y no de aspiración, como generalmente se cree), producido en [el eje mismo del remolino en virtud del movimiento giratorio. La amplitud de los ciclones es muy variable, aunque siempre vasta, y va aumentando durante su movimiento de traslación, citándose ejemplos en que el meteoro ha empezado por tener un ancho de 50 leguas, y al fin de su excursión media más de 500. En algunos puntos del ciclón la velocidad de rotación del viento ha llegado á ser de 40 leguas por hora, ó lo que es lo mismo, la del más violento huracán. Es digno de notarse que en todo ciclón que se propaga sobre el mar hay siempre una mitad en que la violencia del viento es mayor, y se llama por esta razón *semicírculo peligroso*, porque el buque que en él se encuentre corre gravísimo riesgo; y otra mitad en que la fuerza del viento es mucho menor, y se llama *semicírculo manejable*, porque hasta puede servir para navegar con ventaja, bajo la dirección de un marino experto. Si suponemos que un observador, colocado en el centro del ciclón, se traslada en la dirección del mismo, es una regla general que el círculo peligroso está siempre situado á su derecha.

Desde que el servicio meteorológico ha sido instalado de una manera regular en los Observatorios de la Europa occidental, con todos los elementos de que la ciencia puede hoy disponer, han podido descubrirse dos hechos importantes, á saber: la marcha progresiva de las tempestades del Océano hácia el interior de Europa, y la forma rotatoria de estas tempestades; lo cual denota que entrañan todos los caracteres esenciales de los ciclones. Según el sabio meteorólogo norteamericano Elias Loomis, la velocidad media de traslación de los ciclones es de 42 kilómetros por hora en los Estados Unidos, de 23 kilómetros sobre el Atlántico, y de 26 kilómetros en Europa. Si, por otra parte, se examina cuál es la fuerza media del viento sobre estas tres grandes regiones del globo, encuéntrase que es mayor en el Océano que en Europa y los Estados Unidos, y menor en este país que en Europa; de donde resulta que las velocidades de traslación de los centros ciclónicos y las fuerzas de los vientos son inversas. En vista de tales hechos, ocurre pensar si el frotamiento del aire en la superficie del suelo produce una influencia sobre la velocidad de propagación de los movimientos ciclónicos. Loomis cree que estos hechos deben ser atribuidos á los caracteres esencialmente distintos de las tempestades americanas y europeas, y aduce la consideración de que, en tanto que las primeras caminan desde una atmósfera seca, cual es la de las Montañas Peñascosas, á una atmósfera húmeda, cual es la del Océano, las segundas van desde la atmósfera húmeda del Océano á la atmósfera seca del centro de Europa ó de Asia; pues bien, él mismo ha demostrado igualmente que todo centro ciclónico que se dirige hácia el Este tendrá un movimiento de traslación más rápido si encuentra por delante regiones atmosféricas ricas en vapor acuoso en grande escala.

Gracias á la creación del servicio meteorológico, la Oficina Central Meteorológica de Francia, instalada en el Observatorio de París, y encargada hoy de cuanto á este ramo concierne, recibe, en las primeras horas de la mañana, las observaciones que le son transmitidas telegráficamente desde todas las estaciones análogas del continente, las discute, y á mediodía trasmite por telégrafo el resultado á todos los puertos, anticipándose de uno á dos días á la llegada del mal tiempo, y evitando de esta suerte incalculables siniestros marítimos. Hácia las cinco de la tarde un segundo despacho confirma, modifica ó amplía el anterior, con arreglo al resultado que arroja la discusión de las nuevas noticias adquiridas. Con arreglo á todos los datos recibidos, publica además diariamente en el *Boletín Meteorológico In-*



CAMINO DE HIERRO FUNICULAR QUE CONDUCE AL CRÁTER DEL VESUBIO, INAUGURADO EN JUNIO DE 1880.



ternacional el estado de la atmósfera, trazando sobre un mapa de Europa las líneas *isobaras* ó de igual presión, ó sea las que enlazan los diferentes puntos en que la altura barométrica, reducida al nivel del mar, es la misma. Trátándose de un país como Francia, en que el servicio de correos está montado á la perfección, casi todas las poblaciones pueden recibir á tiempo el *Boletín*, y enterarse con bastante antelación, sin necesidad de telegramas directos, del estado de la atmósfera y de las probabilidades sobre cambios próximos que del mismo pueden deducirse. En Inglaterra, donde el Estado no tiene el monopolio del servicio telegráfico, la Oficina Meteorológica subvenciona la trasmisión de los telegramas, los cuales sólo son transmitidos á los puertos cuando el mal tiempo amenaza. Idéntico sistema se sigue en los Estados-Unidos.

A esto se reduce hasta ahora la prevision racional de los cambios atmosféricos, anticipada por medio del telégrafo. Estamos, sin embargo, acostumbrados á leer en la mayor parte de nuestros diarios que tal periódico neoyorkino anuncia una tempestad que ha de llegar tal día á las costas de Europa, impresionando favorablemente esta lectura el ánimo de más de un lector poco iniciado en saber apreciar la razonabilidad del vaticinio. En cambio, acostumbrados estamos también á ver, en más de una ocasión, hasta qué punto se frustran los itinerarios marcados por la prensa norte-americana. Y es que aquende el Atlántico suele no tenerse en cuenta, entre otras cosas, que para que el régimen ciclónico logre alcanzar las costas de Inglaterra ó del continente es condicion indispensable que no tropiece con ningún obstáculo en su trayecto, de suerte que si, como sucede muchas veces, predomina á la sazón en Europa el régimen anticiclónico, ó sea de grandes presiones, el ciclón, ó se desvia á un lado, ó se resuelve. Es de advertir, para mayor ilustración del asunto, que el régimen anticiclónico es más persistente y más estable que el ciclónico.

Cuando de la prevision del tiempo se trata, no debe prescindirse de ninguno de los factores que en tan complejo estudio intervienen. La observación de las nubes es, á este propósito, muy interesante, pues está fuera de duda que las evoluciones de la atmósfera coexisten casi siempre con una evolución correspondiente de las nubes. Hasta una época muy reciente la clasificación de las nubes, hecha por el físico inglés Howard, ha sido casi la única admitida; mas de poco tiempo á esta parte la crítica tan razonada como luminosa que de ella ha hecho D. Andres Poey, Director del Observatorio Meteorológico de la Habana, ha ido poniendo de relieve los defectos más culminantes de que adolece. De día en día va ganando prosélitos la que dicho señor ha expuesto en su tratadito titulado *Las Nubes*, del que, dicho sea de paso, van ya hechas tres ediciones en el extranjero, pero ninguna, que yo sepa, en España, es decir, ninguna en la propia patria del autor, sin duda porque en dicho libro no encuentra representación la *ciencia* de los Cúchares y de los Pepe Hillo.

De la clasificación de Howard conserva el Sr. Poey los dos principales tipos: *cirrus* y *cúmulus*. Los primeros se distinguen por su blancura y por su aspecto de filamentos, desleídos, sinuosos ó entrecruzados, semejan lana cardada, y consisten en una aglomeración de cristalitos de hielo ó de nieve. Estas son las nubes más elevadas, variando su altura entre 4 000 y 20.000 metros. En la zona tórrida los cirrus acusan una corriente atmosférica del S. O., y lo propio acontece en algunos parajes muy septentrionales. En Tortosa y en el Maestrazgo se observa también con alguna frecuencia esta corriente elevada, aunque de ordinario predomina la del O. y NO., según lo atestigua la dirección de los cirrus. A veces los cirrus constituyen una capa tan delgada, que apenas es visible. Si esto acontece en las noches de luna, fuera del verano, sobre todo en las proximidades del cuarto creciente, suele formarse alrededor del astro una gran circunferencia, blanca ó ligeramente coloreada en el borde interno. Esta circunferencia se llama *halón*, cuyos colores son

tanto más vivos, en general, cuanto más densa es la capa de cirrus, sin perder la transparencia, y cuyo radio, tomando como unidad de medida el disco de la luna, equivale próximamente á 42. En casos bastante raros se forma además otra circunferencia exterior, concéntrica, cuyo radio es de 84 discos lunares. No hay que confundir los halones con las coronas coloreadas de que la luna se halla á menudo circuida á corta distancia, pues la causa de éstas es completamente distinta, y su aparición ocurre en cualquiera época de la lunación. Los principales derivados del tipo cirrus son: el *cirro-cúmulus*, ó nubes aborregadas, y el *pálio-cirrus*, ó capa nevosa.

Los cúmulus son nubes apelonadas, de formas redondeadas, blancas y muy bien definidas, sobre todo en los bordes superiores, y de color ceniciento ó violeta sucio hacia el centro y los bordes inferiores. Están constituidas por pequeñísimas vesículas acuosas, huecas ó llenas, y su posición en el espacio es siempre inferior á las más bajas del tipo cirrus. Los principales derivados son: los *pálio-cúmulus*, ó capa lluviosa, y los *fracto-cúmulus*, ó nube ventosa. Cuando los cúmulus aparecen en grandes masas coronadas por cirrus, son presagio muy seguro de lluvia. En nuestras provincias de Levante los cúmulus toman nacimiento, en verano, sobre las moles montañosas, y cuando se aglomeran en cantidad considerable dan origen á las tronadas y á las manifestaciones eléctricas en grande escala. Durante los dos ó tres días que preceden á los grandes temporales de primavera y otoño se les ve pasar procedentes del Mediterráneo, amontonarse en los países elevados, y establecer así el régimen de las lluvias, que en Noviembre se termina generalmente por una tronada, la última de la estación, pues en invierno no truena casi nunca.

En la antigua clasificación se admitían además otros dos tipos: *stratus* y *nimbus*. Al primero se referían las nubes largas y estrechas, paralelas, que suelen dejarse ver hacia el horizonte. Al segundo, las nubes lluviosas, negruzcas y de contornos mal definidos. El Sr. Poey rechaza ambos términos, fundándose en que los *stratus* no son, de ordinario, sino simples cirrus ó cirro-cúmulus, que toman la apariencia de bandas paralelas por un efecto de perspectiva, y en que los *nimbus* no tienen existencia propia, puesto que se reducen en último resultado á una doble capa constituida por cirrus y cúmulus.

A las importantes indicaciones que se deducen de la observación del viento y de las nubes se añaden las no menos importantes que pueden proporcionar los instrumentos meteorológicos, sobre todo el barómetro; pues es un hecho que las variaciones de la altura barométrica se hallan en íntima conexión con el modo de estar de la masa de aire que gravita sobre el instrumento, y, por consiguiente, con las perturbaciones que la masa toda experimenta en un vasto espacio. Mas para que estas indicaciones entrañen verdadero valor en una localidad determinada, es necesario que reposen sobre una larga serie de observaciones metódicas, pues de otra suerte de nada servirían, toda vez que la experiencia enseña que las oscilaciones de la columna barométrica no coinciden con las mismas variaciones atmosféricas en todos los parajes del globo. De no tener presente esta circunstancia se sigue el error tan general de ir á consultar, no el barómetro, sino las indicaciones que llevan escritas estos instrumentos, la mayor parte de los cuales están rotulados para el clima de París y regiones circunvecinas. Así es que mientras en París una baja notable del barómetro suele ser precursora de grandes lluvias, en la cuenca del Ebro ocurren intensas lluvias con barómetro alto, precisamente cuando marca *variable* ó *buen tiempo*, y en cambio las grandes bajas son signo casi siempre infalible de los fuertes vientos del NO. Para que las indicaciones generales del barómetro sean comparables bajo este punto de vista es necesario, además, que se refieran todas al nivel del mar, bastando para ello llevar en consideración que por cada aumento de 11 metros en la altura sobre dicho nivel hay

que añadir un milímetro á la altura barométrica. Por ejemplo, si en un pueblo cuya altura sobre el nivel del mar es de 180 metros marca el barómetro, en un momento dado, 757 milímetros, hay que añadir 16 milímetros; de suerte que la altura resulta ser 773. El resultado, para ser exacto, reclama el empleo de una fórmula matemática; pero el medio indicado lo da con la suficiente aproximación.

Digna es también de ocupar lugar preferente en este estudio la observación del *centelleo* de los astros, fenómeno que, objetivamente, se verifica en el seno mismo de la atmósfera, y cuyas manifestaciones se hallan en íntima dependencia del estado de densidad, de humedad y de agitación del aire. Consiste en las variaciones incesantes de brillo, que en apariencia experimenta todo cuerpo luminoso ó muy iluminado mirado desde gran distancia, como, por ejemplo, las estrellas, cuya luz ofrece esas rápidas alternativas de vivacidad y de extinción, y á veces hasta de color, que son tan manifiestas, aún á la simple vista, especialmente en invierno. Es tanto más sensible cuanto más pequeño, ó más iluminado ó luminoso es el cuerpo, y, tratándose de los astros, cuanto menor es su altura sobre el horizonte, haciéndose todavía mucho más apreciable cuando se observa con un anteojo, con cuyo auxilio es fácil percibir el movimiento ondulatorio de los bordes del Sol y de la Luna, cuando á la simple vista parecen completamente tranquilos.

Un meteorologista belga, Mr. Montigny, que ha hecho en estos últimos tiempos interesantes estudios sobre el centelleo, habiendo merecido por ello, no há mucho, la honrosa distinción de ser nombrado astrónomo *correspondiente* del Observatorio de Brusélas, ha formulado, como regla general, que el centelleo es siempre más marcado bajo la influencia de la lluvia que de la sequedad, aumentando progresivamente á la aproximación de este meteoro y de las tempestades. Según él, el agua que existe en la atmósfera, ya sea bajo la forma de vapor, de nieve ó al estado líquido, juega un papel preponderante en la producción del fenómeno.

Ocasión oportuna se me presenta aquí para dar á conocer de un modo sumario el resultado de mis observaciones sobre el centelleo, que llevo continuadas desde hace algunos años, y que, en lo concerniente á ciertas condiciones físicas del fenómeno y á su relación con los cambios atmosféricos, me conducen á conclusiones diametralmente opuestas á las que Mr. Montigny formula. En Tortosa, lo propio que en Morella, Castellon y San Mateo, por consiguiente, á altitudes que varían de 10 metros, como Tortosa; á 930 metros, como Morella; en localidades comprendidas en una extensa zona y sometidas sensiblemente al mismo régimen meteorológico, el centelleo es incomparablemente mayor bajo la influencia de la sequedad que acompaña á los vientos del O. y del NO. que en la humedad de los tiempos lluviosos y de las fuertes tormentas del estío, cuya aproximación se señala siempre por la disminución ó anulación completa del centelleo. En la cuenca del Ebro es un hecho habitual que, con un aire seco y tranquilo en la superficie de la tierra, basta que una débil corriente del O. ó del NO. exista en las grandes alturas para que el centelleo sea muy apreciable. En este país ningún signo se manifiesta con más constancia, para la previsión del tiempo, que las variaciones del centelleo en el sentido que indico. Gran centelleo anuncia viento seco del NO. y de las tormentas que suelen acompañarle en Febrero y Marzo; poco ó ningún centelleo es precursor del buen tiempo del Este, de los grandes temporales de Levante, que nos llegan poco después de los equinoccios, y de las fuertes tronadas del verano, es decir, en los tres casos, del tiempo húmedo del Este. Nunca, como en los momentos que preceden á las grandes lluvias, pueden aquí observarse los astros en mejores condiciones atmosféricas; y á la inversa, con un cielo completamente despejado, basta que la más ligera influencia del O. ó del NO. se insinúe en la región de los cirrus, para que toda observación astronómica delicada sea imposible. Tengo cal-

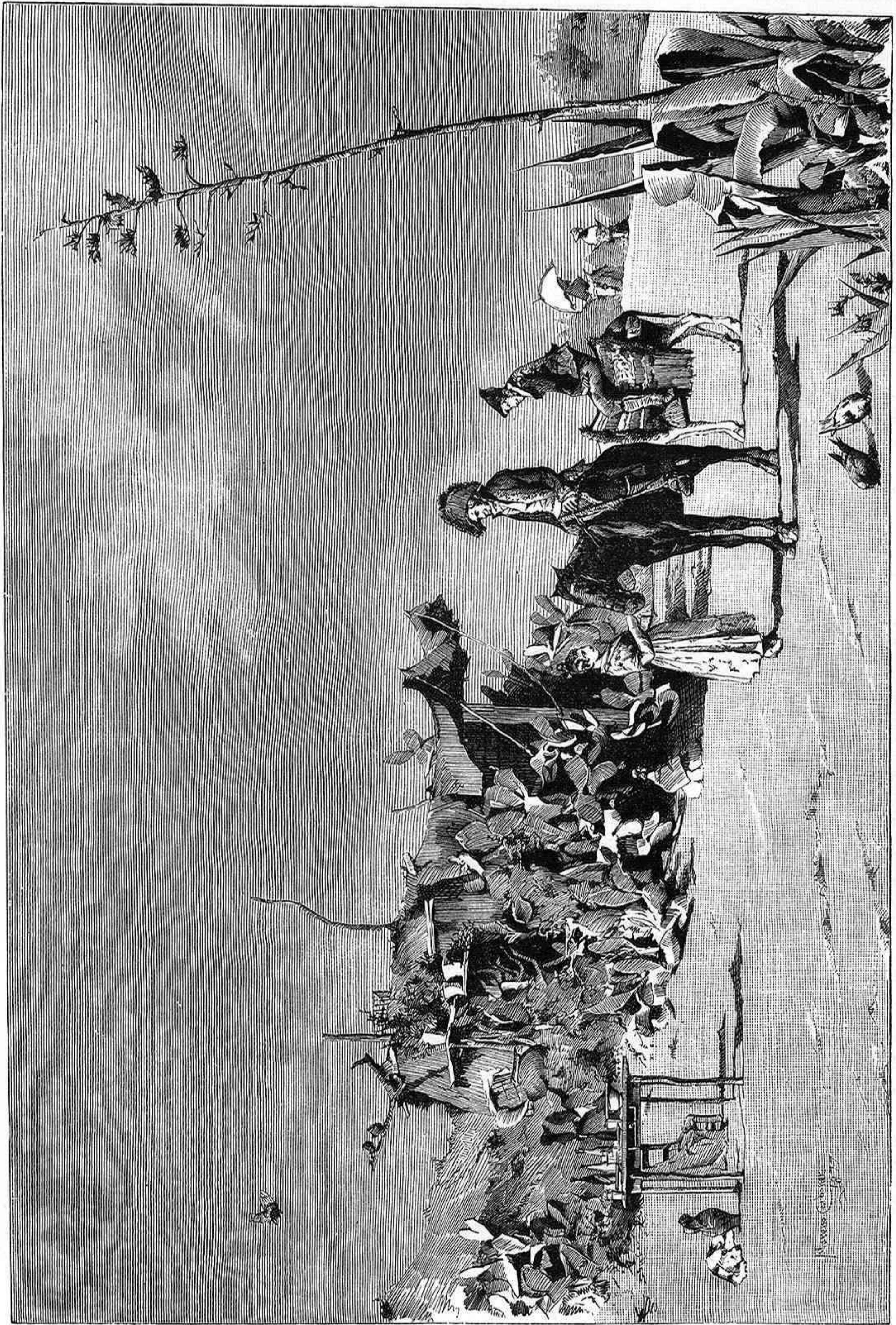
culado que durante el año sólo hay cuarenta y siete días, por término medio, en que la observación del cielo pueda efectuarse en condiciones favorables. Por lo dicho comprenderá el lector, con mayor copia de razones, lo que ya he iniciado más atrás, á saber: que para el pronóstico del tiempo importa, ante todo, atender al carácter local ó regional que afectan los fenómenos meteorológicos, y á la interpretación que en cada país hay que darles.

Sólo así es posible abordar con fruto el estudio de la Naturaleza con el fin á que este escrito se contrae. Y sin embargo, todavía se prescinde de lo razonable y se encuentra más fácil rendir culto á lo absurdo y á lo inverosímil; todavía encuentra representantes la idea de hacer intervenir en la cuestión las influencias cósmicas, desde el influjo misterioso y absolutamente desprovisto de fundamento, que en otro tiempo imperó con el nombre de *Astrología*, y ante cuyas aras quema aún incienso el vulgo alto y bajo que nos es contemporáneo, hasta la influencia un tanto razonada que sobre nuestro mundo pueden ejercer la mayor ó menor proximidad del astro de la noche, su luz ó su calor, la situación particular de ciertos planetas, y las mutaciones que experimenta la capa luminosa del astro del día, de cuyo calor dependen, en suma, las vicisitudes atmosféricas.

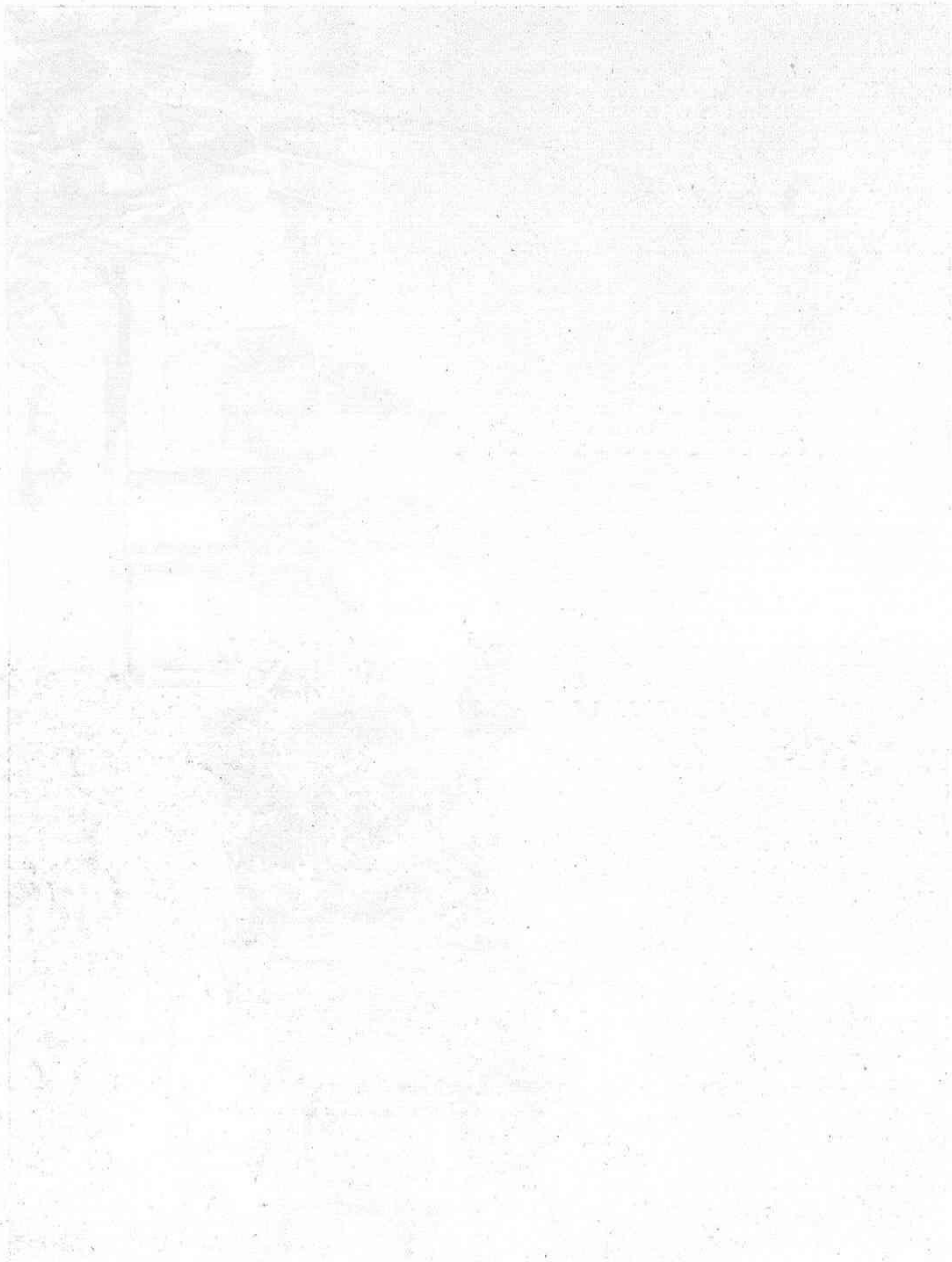
Para combatir la creencia vulgar del influjo de los astros, singularmente de la Luna, no tengo sino referirme á lo que en breves términos he dicho en mi estudio sobre nuestro satélite, que publiqué en LA ILUSTRACION. Esta cuestión, si tal nombre merece, ha sido resuelta en nuestro siglo de una manera definitiva por la ciencia, y victoriosamente combatida bajo todas las formas imaginables, contra todas las ignorancias y contra esos factores de almanaques, tan abundantes en nuestro país, que andan buscando coincidencias entre los cuartos de la Luna y la credulidad de los lectores. La supuesta influencia ya no llama hoy la atención de ningún espíritu medianamente cultivado. El problema de las influencias cósmicas, bajo el segundo punto de vista ántes apuntado, tiene, por el contrario, todo el aspecto de un problema serio, puesto que para resolverle se invocan causas conocidas que parecen eficaces. No obstante, fácil es demostrar, estudiando la acción física que cada astro produce ó puede producir, de un modo directo ó indirecto, sobre la atmósfera terrestre, que esa influencia es igualmente ilusoria.

Puesto que, por una parte, la Luna es capaz de elevar las aguas del Océano y causar el fenómeno de las mareas, y, por otra, es evidente que la luz y el calor que recibe del Sol son transmitidos hasta nosotros, ¿por qué, se preguntan algunas personas, no podrá ejercer una acción semejante sobre la envoltura gaseosa del globo, siendo así que la atracción sola interviene en ambos casos? Y ¿por qué ese calor, que varía con las fases del astro, no representará también su papel en los cambios atmosféricos? A lo primero puede responderse haciendo ver que la atracción de la Luna produce, realmente, una marea en el aire, pero tan insignificante, que apenas hace oscilar *seis centésimas* de milímetro á la columna barométrica. Respecto al calor lunar que á la Tierra llega, baste dejar consignado que no puede elevar la temperatura de su superficie ni aún de *cuatro diezmilésimas* de grado, cantidad visiblemente tan pequeña, que equivale á cero. Y no se diga que por ser *algo* esta cantidad ha de intervenir, al fin, en los efectos, pues no sólo su orden ínfimo la hace despreciable, sino que, no tratándose en estos efectos más que de una suma ó de una resta, su influencia en el resultado es á todas luces nula.

Hay quien cree haber notado, y el Sr. Poey lo asevera como resultado de observación propia, que durante el plenilunio, cuando algunas nubes pequeñas pasan por delante del disco de la Luna, se disipan, como si efectivamente fuesen vaporizadas por la acción del calor lunar. No puedo creer que sean numerosas las observaciones que han servido para fundar este aserto; pero es indudable que, aunque lo fueran, el fenómeno dependería de cualquiera otra causa



ALTO EN UNA ALQUERÍA. — (CUADRO DE MORENO CARBONERO.)



antes que de la mencionada, y la razon es, en mi sentir, muy obvia, pues tanto antes como en el momento y despues de pasar la nube por delante de la Luna, la *distancia* entre nube y astro es siempre la misma, y para el caso, infinita. El error es grave, pero simplemente astronómico, é hijo, sin duda, de una preocupacion que en nada aminora el mérito del libro del Sr. Poey.

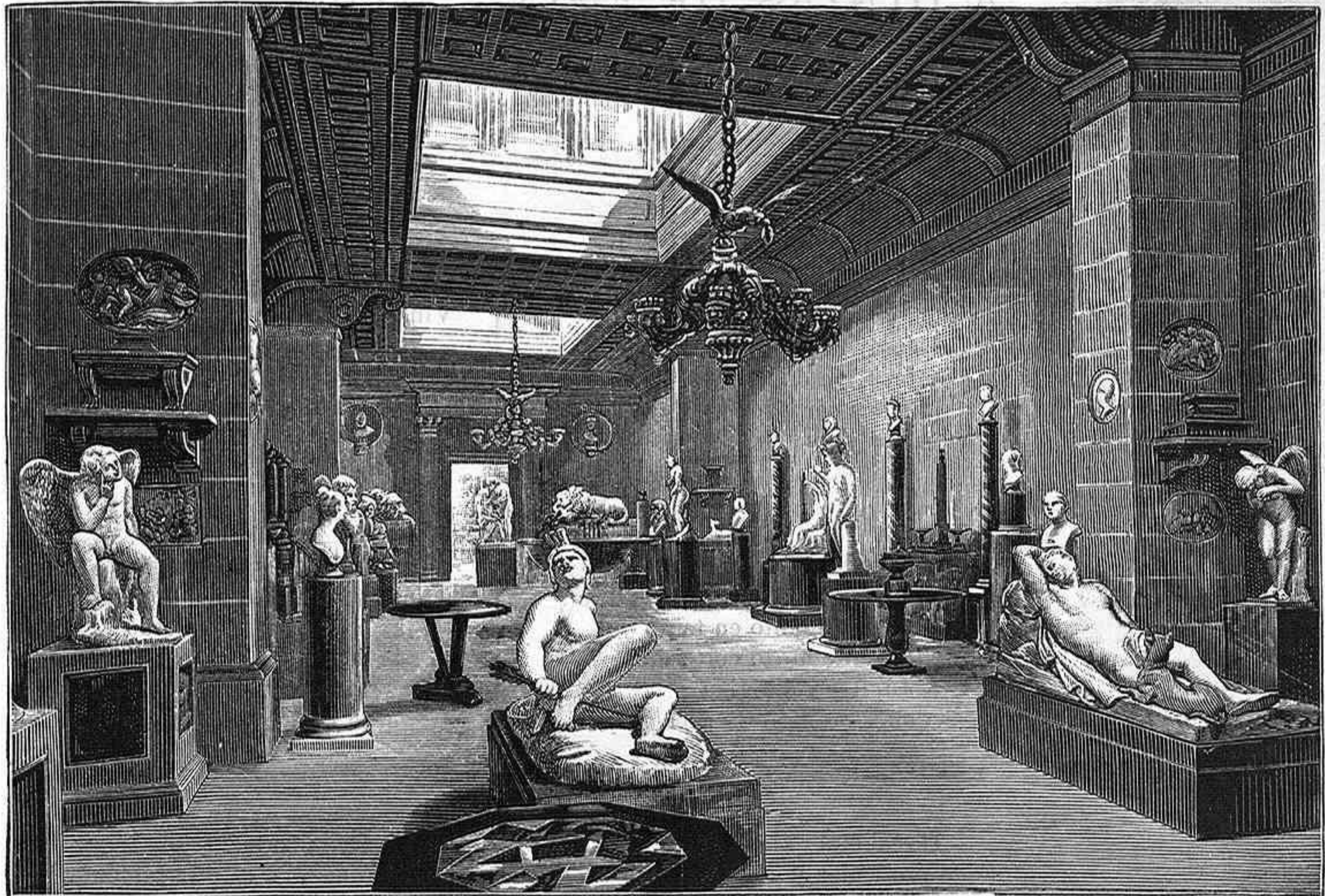
Eliminada la intervencion del calor y de la atraccion de la Luna, no ha de costar más trabajo hacer otro tanto con las demas influencias cósmicas. Ha sido general hasta hace poco la creencia de que entre las manchas del Sol y el magnetismo terrestre existia estrecho lazo, á juzgar por la concordancia, al parecer perfecta, entre el período de dichas manchas y el de las variaciones de direccion de la aguja imantada; pero estas ideas se van modificando desde que Mr. Faye ha demostrado, con toda la fuerza de los números, que estos dos fenómenos no tienen entre sí ninguna conexion. El mismo sabio demuestra tambien que la presencia de las manchas y de las fáculas ó porciones muy brillantes que las preceden ó acompañan, aun en los períodos del máximo, no aumenta ni en *cinco diezmilésimas* el valor medio de la radiacion calorífica del Sol, y por consecuencia, que el efecto producido sobre la temperatura de la superficie de la Tierra no llega á *media centésima* de grado. Si tal resultado arroja la discusion de las causas que pueden parecer más influyentes, por radicar en los centros más cercanos, ¿qué debe razonablemente pensarse de aquellas que proceden de centros inertes, como los planetas, ó

aunque activos, situados á distancias que exceden á toda ponderacion, como las estrellas, sino que la accion de unas y otras sobre nuestro globo es totalmente nula?

Si el lector me ha seguido paso á paso en este estudio, que he procurado presentar con todos los atractivos de la vulgarizacion de que he podido disponer, se habrá ciertamente convencido de la importancia que hoy reviste la observacion de los fenómenos de la atmósfera, y se hallará á la vez preparado para iniciarse en la investigacion de las causas que á estos fenómenos presiden. En este estudio, como en todos los que á las ciencias físicas y naturales atañen, el objetivo final se reduce sencillamente á educar el criterio de la induccion, para saber apreciar la índole de las causas, la magnitud posible de sus efectos, y la relacion que une á unas con otros. Todo en la Naturaleza se enlaza con una trabazon de simplicidad suma, por más que parezca complicada á nuestro modo tan limitado de concebir y de razonar; y lo mismo en el movimiento vibratorio de amplitud infinitésima de la molécula etérea, que en el del Sol esplendoroso sobre su órbita de incalculables dimensiones, se revela admirable unidad de fuerzas y de leyes, síntesis de la ciencia, y subordinada desde el principio de las cosas, á la UNIDAD necesaria, en cuya mano descansa la existencia de los mundos y en quien reside la razon suprema del Cósmos.

JOSÉ J. LANDERER.

Tortosa, 1880.



UNA SALA DE ESCULTURA EN EL REAL MUSEO BRITÁNICO.



ODA NEMEA VIII.

(MUESTRA DE UNA VERSION DE PÍNDARO.)

Á DINIAS DE EGINA, HIJO DE MÉGAS,
CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡Belleza, casta diosa,
De Vénus y sus cándidos amores
Mensajera dichosa!
Que siembras, ya de abrojos, ya de flores
(En sus párpados venda),
De mancebos y vírgenes la senda.

¡A los mortales cuánto,
Cuánto á los mismos númenes agrada
Su sien de tanto en tanto
Mostrar de verde mirto coronada!
A Júpiter y á Egina
Así sus dones prodigó Ciprina.

De tal amor el fruto
Fué de prudencia y de valor prodigio;
Universal tributo
De admiracion le atrajo su prestigio,
Y al monarca de Enona
Mil héroes ofrecieron su corona.

De los alrededores
Vinieron, ni llamados, ni vencidos,
Los que eran cual señores
De Aténas pedregosa obedecidos,
Y la alta dinastía
De Pélope, que á Esparta dirigia.

Cual ellos me prosterno,
Y las rodillas de Eaco hoy abrazo;
Y elevo ruego tierno
Por la amada ciudad, cuyo regazo
Nutre lo mismo que ántes
Heroicos y robustos habitantes.

Lidia corona tejo
Con himnos, en carrera prolongada
Por Mégas, noble viejo,
Y por Dinias dos veces alcanzada.
Espléndida preseña
Que ofrece á tronco y vástago Nemea.

Fortuna que no el dolo,
Sino Dios aumentó, y en Dios se funda,
Es durable tan sólo.
La bella Chipre, que la mar circunda,
Así en su rey Cinira
Riquezas dadas por el cielo admira.

¿Dó me lleva imprudente
Mi raudo pié con ímpetu insensato?
¡Musa mia, detente!
Inútil es, si viejo, mi relato;
Y si algo nuevo invento,
Riesgo y envidia tráerá mi cuento.

¡Envidia abominable!
Al grande pierde, al inferior olvida;
Ella su propio sable
Contra Ajax Telamon volvió homicida:
Si no nació elocuente,
Siempre humillado se verá el valiente.

Premiamos á menudo
La astuta falsedad. La gente griega
A Ulises el escudo
Con fraudulenta votacion entrega:
Sin armas ni esperanza
En brazos de la muerte Ajax se lanza.

¡Cuán diferente el porte
De entrambos, al vibrar asta y alfanje,
Cuando el feroz Mavorte
Agitaba de Troya la falange,
Luchando de Pelides
Por el cadáver, ó en las otras lides.

Cual hoy, se conocia
La blanda adulacion, la artera maña,
El chisme, la falsía
Y la calumnia vil, que el brillo empaña
Del mérito sublime,
Alza al cobarde, y el valor deprime.

Que nunca tal mancilla
¡Oh Jove salvador! cubra mi pecho.
Pueda yo la sencilla
Senda de la verdad seguir derecho:
Así á mi descendencia
Nombre sin mancha legaré en herencia.

Unos, de oro montones
Piden al cielo, y otros de terreno
Inmensas posesiones.
Hiriendo al malo y ensalzando al bueno
Viva yo, nunca odioso;
Baje llorado al eternal reposo.

Como el robusto pino
Crece gigante, gracias al süave
Rocío matutino,
Del poeta imparcial el canto grave
Así de la victoria
Eleva al cielo la brillante gloria.

¡Cuán variados favores
A los mortales la amistad prodiga!
Sin duda los mayores
Presta en la adversidad y en la fatiga;
Tambien la bienandanza
Del vate necesita la alabanza.

Al Orco arrebatarte
Es ¡oh Mégas insigne! empeño inútil.
Si allá no alcanza mi arte,
¿Para qué fomentar deseo fútil?
A tu familia intento
Con las Musas alzar un monumento.

De la doble carrera
En honra cederá. Dolencia y llanto
El cántico aligera,
Y yo á los dos, cual mereceis, os canto.
Ya sonaban las odas
Antes que Adrasto y las Tebanas bodas.

IPANDRO ACAICO.

Tula de Tamaulipas, 1880.



HISTORIA DEL ALMANAQUE.

I.



La ingratitud es una ley general de las almas. Adán fué ingrato con Dios; Eva con Adán; Caín con Eva, y así sucesivamente, hasta llegar á nosotros, que lo hemos sido con nuestros mayores, como nuestros herederos lo serán con nosotros... — ¡No parece sino que el hombre necesita desentenderse de los beneficios y atenciones que debe á sus antepasados, para considerarse más libre, más suelto, más dueño de sí, ó como si dijéramos, más autónomo!..... — Pero ¿qué digo el hombre? ¡Hasta los ángeles son desagradecidos! Y si no, recuérdese la famosa insurrección de Luzbel y de las numerosísimas falanges de rebeldes que lo siguieron, con artillería y todo, según que asegura Milton en su inmortal poema.....

Mas no se trata aquí de sublevaciones, ni de ninguna otra especie de ingratitudes *activas*. Trátase de una feroz ingratitud pasiva, tan irritante como todos los olvidos y descastamientos: trátase de la cruel indiferencia y pasmosa frescura con que los individuos de cada generación, no bien aparecen en este mundo, se ponen á disfrutar de cuanto encuentran inventado y establecido en él, sin detenerse á pedir licencia ni á dar las gracias á persona alguna, como si nada se debiera á los trabajos de nadie, como si todo hubiera existido siempre sobre la tierra, como si, v. gr., los barcos de vapor, los fósforos, los ferro-carriles, los telégrafos eléctricos, el gas, la fotografía, el Canal del Lozoya y el *restaurant* de Fornos fuesen cosas tan antiguas y naturales como el sol, como la lluvia; como la hierba ó como las perdices crudas..... ¡No saben esos señoritos recién nacidos, ó recién puestos de pantalones, ó recién afeitados (y, si lo saben, no lo recuerdan; y si lo recuerdan, proceden como si no lo recordáran), que ayer mismo, hace poquísimos lustros, cuando ya vivíamos nosotros (que somos tan hijos de Dios como ellos), no había sobre la tierra, ó por lo ménos en España, ninguna de esas maravillas! ¡No saben, ó aparentan ignorar, que en aquellos tiempos, los que hoy peinamos canas, ó no tenemos ya necesidad de peine, sólo podíamos ir á Filipinas en barco de vela y por el Cabo de Buena Esperanza, ¡lo cual era una desesperación! nos veíamos obligados á echar yescas cada vez que encendíamos un cigarro, y hubimos de recorrer la Península, desde Cádiz hasta el Bidasoa y desde Valencia hasta Santander, no en coche-salon y en un verbo, como ellos hacen ahora, sino prensados días y días en apesada diligencia y sujetos al capricho y la ordinariéz de aquellos autócratas que se llamaban *mayorales*! ¡No tienen en cuenta que nosotros hemos vivido largo tiempo sin telégrafo alguno, y luchado luégo con las *nieblas*, cuando se construyeron las torres ópticas, y pagado, en fin, doce reales por cinco palabrillas, al establecerse los alambres eléctricos; que, en la niñez, pasamos años y años sin ningún alumbrado público, ó con alumbrado de aceite de olivas, gracias esto último á ciertos farolillos llamados *prisioneros*, cuya periódica aparición y desaparición marcaba la paz ó la guerra entre *negros* y *serviles*; que, después de habernos gastado un dineral en retratos al óleo y miniaturas sin ningún parecido ni aire de familia, nos creímos trasportados

al séptimo cielo el día que, á fuerza de desojarnos, logramos percibir algo semejante á la fotografía en los vislumbres y tornasoles del daguerreotipo; y que, hasta 1858, en que presenciámos la entrada triunfal del Lozoya por la calle Ancha de San Bernardo, estuvimos muchas canículas puestos á *ración de agua*, teniendo que contar con la protección del aguador y con la indulgencia del ama de huéspedes para lavarnos algo más que la punta de los dedos y de las narices..... En fin, no tienen presente esos ingratos que nosotros, sus padres, sus maestros, sus bienhechores, hemos conocido unos tiempos en que los grandes banquetes políticos, militares ó literarios, presididos por un divino Argüelles, por un invicto Espartero ó por un laureado Quintana, se celebraban en el entónces *non-plus-ultra* de las fondas matritenses, en la fonda de Perona, donde cada cubierto, con pepinillos, rábanos y todo, valía dos pesetas, y donde, por una peseteja de plus, daban hasta *ponche á la romana* y *pavo en galantina*, y (lo que era más elegante que todo) ¡*enjuague!*..... cuya perfuma la agua tibia solían beberse algunos bienaventurados!.....

II.

Pues esto mismo ocurre en materia de *almanaques*. No bien comienza á barruntarse la llegada de un nuevo año, todos los jóvenes de ambos sexos piden á sus padres que les compren, ó compren por sí y ante sí, el *almanaque ilustrado* que mejor se acomoda á sus gustos y aficiones, pareciéndoles lo más natural del mundo el que en España se publiquen anualmente doscientos ó trescientos calendarios distintos, con sus grabados, sus versos, sus novelillas y sus noticias de todo orden, y el que lleven títulos tan variados y apetitosos como *Almanaque de las flores*, *Almanaque del elector*, *Almanaque del gastrónomo*, *Almanaque del empleado*, *Almanaque del albéitar*, *Almanaque de las señoritas*, *Almanaque de Venus*, *Almanaque de los niños*, *Almanaque democrático*, *Almanaque religioso*, *Almanaque del toreo*, *Almanaque de las musas*, *Almanaque de las madres*, *Almanaque de los bufos*, etc., etc. Llévase, pues, cada uno á su casa el calendario que prefiere, y al hallar en él, por tan poco dinero, tantas cosas buenas ó malas (pero todas agradables) que repasar durante un año entero, maldito si se les ocurre considerar que no siempre habrá habido *almanaques ilustrados*; que alguno sería el primero que se publicó en España; que á quien lo discurriría y escribiría, y que á este *á quien*, más que á los maravedises dados al librero, deben aquel placer que experimentan y de que no disfrutó Adán en el Paraíso.....

Sobre todo, si el *almanaque* tan fácilmente logrado es el que dedica el Excmo. Sr. D. Abelardo de Carlos á los habituales lectores de LA ILUSTRACION; si es este calendario-rey, acerca del cual ha dicho un autorizadísimo periódico de Berlin (*El Magazin, fuer die Literatur des Auslandes*): «Entre todos los *almanaques* que han sido remitidos á esta redacción en el presente año, no hay ninguno que aventaje al publicado por LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de Madrid, no sólo por su elegante forma, sino por lo selecto de su contenido.....»; si es, en suma, el mismo, mismísimo *almanaque* en que tengo la inmerecida honra de escribir

estos mal pergeñados renglones, entónces..... ¡oh! entónces raya en sacrilega y escandalosa la ingratitud de la generacion actual, al no rendir un homenaje de veneracion y reconocimiento á los varones ilustres (¡yo soy uno!) que publicaron en España el primer *almanaque ilustrado*.

Reivindicar tan pura gloria; distribuirla equitativamente entre los dignos patricios á quienes corresponda; referir cómo y cuándo y por qué se llevó á término aquella alta empresa, es la tarea que me propongo desempeñar en el día de hoy, contando para ello con la indulgente y fina atencion de mis antiguos amigos los lectores. Entro, pues, en materia sin más requilorios.

III.

Antiguamente (quiero decir, hace veinticinco años) no habia, ni podia haber en España, más que un *almanaque*; como no habia, ni hoy sigue habiendo, más que una *Gaceta oficial*. Redactábalo el Observatorio Astronómico de San Fernando; publicábalo el Gobierno, mediante subasta en forma; producía al Estado, por término medio, ciento ochenta mil reales, y habia obligacion de venderlo á dos cuartos (entónces no se contaba por *perros*) en toda la Península é islas adyacentes. Las posesiones de Ultramar no sé cómo se regian en este punto. Supongo que por leyes especiales.

Constaba el *almanaque* de 16 páginas en octavo, impresas á dos columnas, sobre un papel moreno y estoposo, que bien podia confundirse con el papel de estraza. No tenia cubierta. La primera hoja contenia: por un lado, la portada, y por el otro, todo lo referente al *cómputo*, á las *témporas*, á las *fiestas movibles*, á los *días en que se saca ánima*, etc. La segunda hoja ostentaba en su primera página el infalible *juicio del año*, que era chistosa leccion de Mitología y Astrología, en romance octosilabo, terminada con el indispensable, y aún hoy usual, DIOS SOBRE TODO; y en la página posterior leíanse curiosas noticias sobre los *signos del Zodiaco*: la *creacion del mundo*, el *diluvio universal*, la *venida de los moros*, la *promulgacion de la Constitucion* y demas cosas de importancia. Las seis hojas restantes estaban destinadas al santoral, á las ferias, á las *galas con uniforme*, y á las fases de la luna; estas últimas, con su pronóstico meteorológico oficial. Finalmente, los *días de misa* (que entónces eran muchos más que ahora) *traían mano*.

Hé aqui todo lo que encerraba el único *almanaque* existente y posible del lado acá de los Pirineos, aún en aquellos días (*diebus illis*) én que, terminada la *ominosa endécada*, y triunfante la revolucion de 1854, deslizábanse alegremente por la montaña rusa del tiempo los dos divertidísimos años que, por antonomasia, se llaman todavía *el bienio*.

Otros se quejen de él..... Pero los que entónces penetráramos por las puertas de la juventud cantando el *himno de Riego* y hasta la *Marsellesa*, sin perjuicio de frecuentar de noche tertulias muy *polacas*; los que entónces «no temíamos ni debíamos», como suele decirse, y sólo buscábamos en las cosas el lado artístico ó poético, ya fuese trágico, ya cómico, muy más ganosos de llorar ó de reir todos los días que de la paz y la prosperidad pública; nosotros recordáremos siempre con amor *aquellas circunstancias*, aunque no sea más que por la sencilla razon de que no se vive dos veces.....

Llegó, pues, muy en buen hora (tornando á nuestro asunto) el memorable 2 de Julio de 1855, y las Cortes Constituyentes oyeron leer con gran complacencia (entónces se complacia la gente con facilidad) una *proposicion de ley*, suscrita por dos celosos diputados, que hubo al cabo de convertirse, no sin dar ántes ocasion á prolijos debates, en la siguiente ley del Reino, promulgada el 28 de Noviembre del mismo año:

«Artículo 1.º La confeccion é impresion de los *Calenda-*

rios serán libres en toda España desde el año inmediato de 1856, con sujecion á las leyes de Imprenta.

»Artículo 2.º Sin embargo de lo dispuesto en el artículo anterior, todos los editores de Calendarios están obligados á consignar en ellos las observaciones astronómicas del Observatorio Nacional, el cual las publicará al efecto en el mes de Setiembre del año anterior al que aquéllas correspondan.»

Empeñada y solemne por todo extremo fué la discusion de tan grave asunto, que ocupó varios días á aquella Asamblea soberana; pero mucho más interesante que los discursos allí pronunciados resultó la lectura dada, á peticion de la *izquierda*, de una Exposicion dirigida á las Cortes por algunos buenos liberales, en la cual (¡aún me parece estarlo oyendo!) se decian cosas tan patéticas y conmovedoras como las siguientes....., que copio al pié de la letra del *Diario de Sesiones* de aquel inolvidable día:

«Los infrascritos han visto con el más profundo dolor que se anuncia nuevamente en España el privilegio exclusivo para la publicacion del Calendario.

»Este corto libro es el más terrible elemento con que ha contado siempre el genio del mal para mantener sumidos los pueblos en la ignorancia. Se imprimen anualmente y se venden en toda España más de dos millones de ejemplares. Es el único libro que todo el mundo compra. Y ¿para qué sirve? ¿Qué nociones difunde? ¿Qué descubrimientos, qué inventos son los que populariza? ¿Cuál es la instruccion que le debemos y los consejos que da á las familias?.....

»Principia el *calendario* mofándose de todas las obras de Dios. Los astros, en boca del poeta, no son más que un objeto de risa: la creacion no despierta en su pecho ningun sentimiento generoso. ¿Qué enseñamiento nos da para cada día del año? Una árida nomenclatura, incompleta é inexacta, y una serie de extrañas y soñadas profecias sobre el buen ó mal tiempo. ¿Faltan acaso recuerdos históricos en nuestra patria para cada día del año? ¿No tenemos glorias para llenar las páginas de un *calendario*?

»¡Cese ese exclusivismo injusto, opresor é innoble! ¡Pues qué! ¿Es acaso un secreto la confeccion de un *calendario*, y es justo dar privilegio exclusivo para decirnos que en el verano hace calor y en el invierno frio? ¿Hasta cuándo durará entre nosotros semejante contrasentido? ¿Hasta cuándo (¡Ciceron puro!) una nacion que proclama por principio la emision libre del pensamiento monopolizará y estancará en la práctica las únicas publicaciones verdaderamente populares?

»Los infrascritos, pues, piden encarecidamente á las Cortes un remedio para este grave mal, que paraliza el desarrollo de la instruccion en España, que se opone al principio proclamado de libertad de Imprenta, y que es una rémora para la civilizacion.....» (*Siguen las firmas.*)

Tan sentidos acentos, que causarian risa á los escépticos políticos de ahora, no pudieron ménos de conmover á aquellos insignes legisladores, y atrevome á asegurar que semejante emocion entró por mucho para que fuese tomado en consideracion el proyecto de ley, en apoyo del cual uno de sus autores proclamó, lleno de noble ira, que el odioso privilegio databa de tiempo de Godoy; que el Gobierno vendia tres millones de ejemplares de su Almanaque, y que éste «no contenia más que unas ridiculas profecias y un *juicio* mucho más ridiculo todavía del año, sin que luégo aparezca en él otra cosa más que si es tal día San Crispin, el otro San Pedro ó San Pascasio.....»

Tomado en consideracion el asunto, dióse cuenta de la muerte, por enfermedad, de Lord Raglan, delante de los muros de Sebastopol, y las Cortes acordaron declarar «*que la habian oido con el más profundo sentimiento.....*» Pero este otro acuerdo no tiene nada que ver con el presente artículo, bien que sirva como nuevo testimonio de la exquisita sensibilidad y suma diligencia de aquellos eruditísimos Padres de la Patria, dado que Lord Raglan habia sido en su ju-

ventud nada ménos que secretario de Lord Wellington durante aquella denominada guerra de la Independencia española, en que los ingleses no nos devolvieron á Gibraltar..... Tornemos, pues, á nuestros calendarios, dejando para otro día el hablar seriamente de este maldito Peñon, que debiera quitar ó disminuir el sueño á todos los partidos políticos en esta tierra de los Alfonsos y de los Gravinás!.....

IV.

Desamortizado, desvinculado, manumitido el *Almanaque*, no era cosa de que nosotros, los escritores y artistas que entónces, á fuer de mozos, nos fogueábamos en la vanguardia de la cultura y de la moda, dejásemos de publicar un *Almanaque ilustrado* para el año de 1856, por el estilo de aquellos que solian llegarnos de París y de otros pueblos finos. ¡Había, sí, que ejecutar prácticamente la civilizadora ley recién decretada por nuestras Córtes, á fin de que la Nación entrase desde luégo en el disfrute de los grandes adelantamientos morales é intelectuales que se habian anunciado como consecuencia de la libertad del Almanaque!.....

Pero ¿cómo? ¡Faltaba sólo un mes para el comienzo del año nuevo! No teniamos nada pensado, escrito ni dibujado; ni editor que cargase con el negocio, ni dinero para realizarlo por nosotros mismos!

Doce éramos los escritores y tres los dibujantes decididos á la empresa. De los doce escritores han muerto ya seis, á saber: Agustín Bonnat, Antonio Flores, Luis Eguilaz, Narciso Serra, José Joaquín Villanueva y Javier Ramírez. Los que aún vivimos (si puede llamarse vida la vejez, con sus canas, sus calvas, sus desengaños, sus hinchazones ó gorduras, y otros achaques y cuidados que no hay para qué enumerar) somos Vicente Barrantes, Enrique Cisneros, Manuel del Palacio, Ivon (José Fernández Jimenez), Rafael García Santisteban y mi humilde persona. Los artistas se llamaban Baude (cuya muerte, ocurrida muy luégo, fué inseparable desgracia para la Pintura); Cecilio Pizarro, digno también de mejores destinos, y Ricardo Ribera, á quien he podido citar á la vez entre los escritores, supuesto que entónces *hacia á pluma y á pelo*, como soliamos decirle, llenos de admiración por sus dibujos y por sus epigramas.

Continuemos. Estábamos ya á 12 de Diciembre, y aún no habiamos arbitrado medio alguno de ejecutar nuestro designio..... ¡La desesperación nos roía el alma, como debió de roérsela al ilustre genovés cuando no encontraba quien le proporcionase cuatro tablas y una vara de lona con que descubrir un nuevo mundo!.....

En tal situación, presentósenos aquella mañana, como llovido del cielo, en el café Suizo, que era nuestro Parnaso, un queridísimo camarada de letras, á quien soliamos ver de tarde en tarde, por estar ya casado, aunque tenía nuestra misma edad (y que hoy es más viejo que todos nosotros,

pues que llora la muerte de la dulce compañera de su vida.....); presentósenos, digo, Eduardo Gasset y Artime, que no era todavía millonario, ni mucho ménos, y nos dirigió la siguiente interpelación, arenga ó como quiera llamarse:

— Muchachos: estamos á 12..... ¿Os atreveis á que hagamos, para el 20, un *calendario* de doscientas páginas, en prosa y verso, con sus correspondientes caricaturas? ¡Tengo editor! ¡Suya será la responsabilidad! ¡Nuestra la gloria! En cuanto á ganancias materiales, estoy autorizado para ofreceros, y ofrecerme, un gran festin con *champagne* y todo.....

— ¡Viva Gasset! — fué nuestra contestación.

É inmediatamente buscamos á los compañeros que no estaban allí en aquel instante, y pusimos manos á la obra.

Diez días despues la obra estaba escrita, impresa y encuadernada.

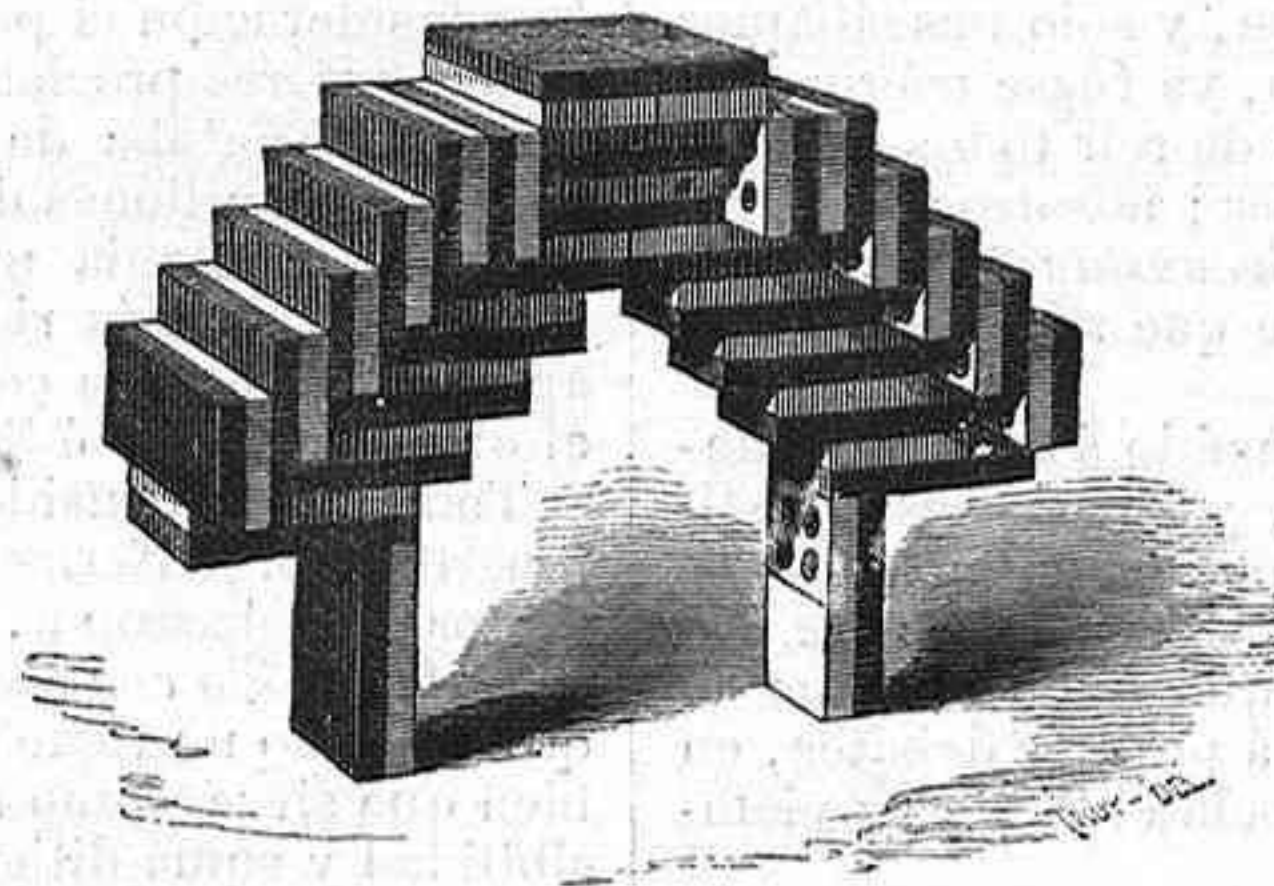
El editor perdió en el negocio; pues su objeto era regalar, como regaló, el *Almanaque* á los suscritores de no sé qué *Semanario*, y el *Semanario* murió al poco tiempo, no obstante tan espléndido regalo..... Pero nosotros habiamos hecho un libro delicioso (salvo mi parte), lleno de gracia, originalidad y *humorismo*, en que se iniciaron muchas travesuras literarias desconocidas hasta entónces en nuestro país, y que, si no correspondió á las esperanzas y pronósticos de las Córtes Constituyentes, nos divirtió muchísimo á los mismos que lo redactamos y á todas las personas de buen gusto.

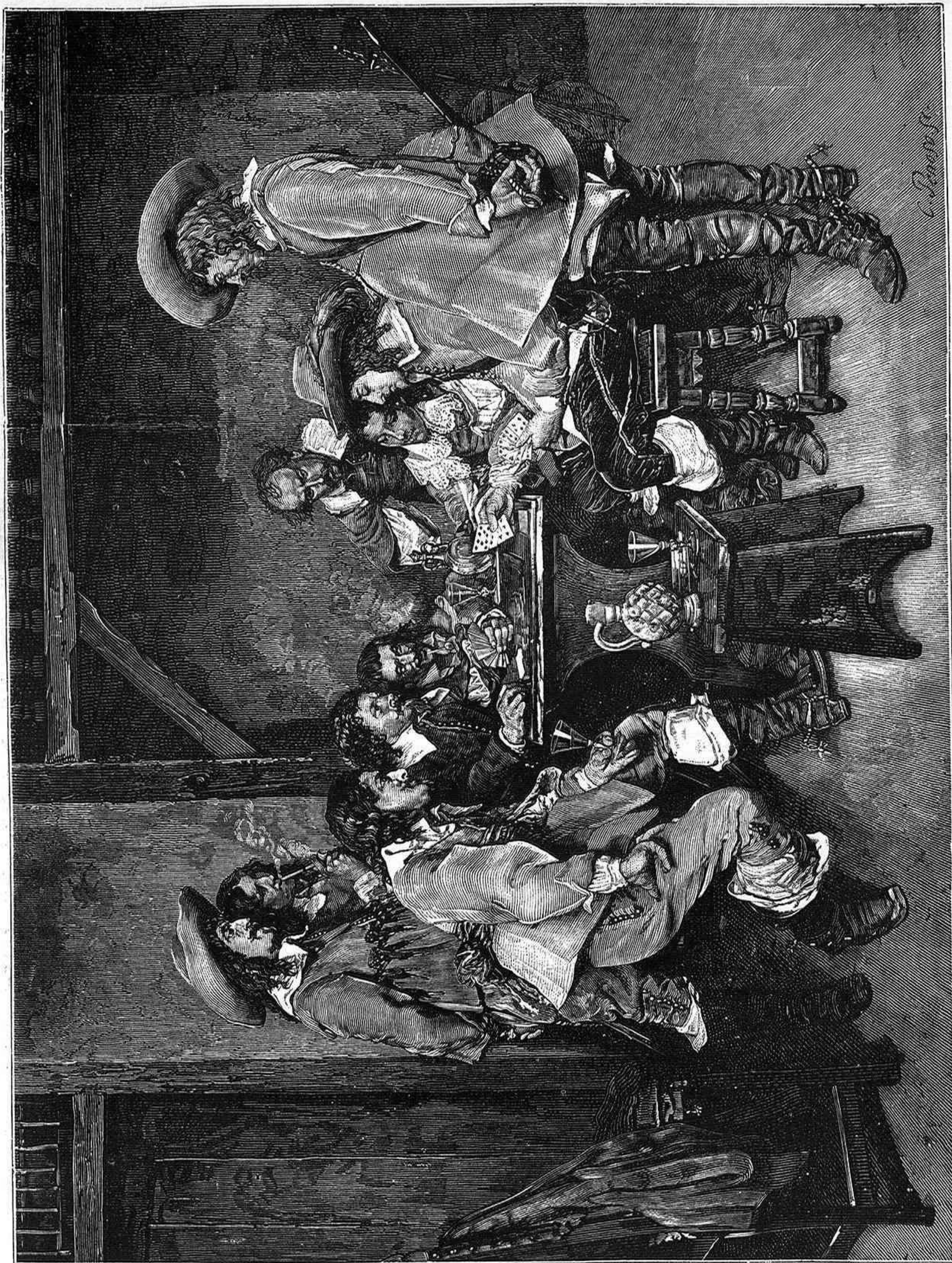
Pusimosle por nombre ALMANAQUE-ÓMNIBUS, y sus fábulas, sus recetas, sus novelillas, sus máximas supra-morales, sus bufonadas de todo género fueron copiadas por toda la imprenta periódica, pasaron al caudal de los chascarrillos populares, grabáronse indeleblemente en la memoria del público, y aún hoy, despues de tanto como ha progresado la *almanaque*, son imitadas en cuantos calendarios y periódicos festivos se imprimen en lengua española.....

¡Loor eterno, pues, á los autores de aquella obra inmortal! ¡*Inmortal*, sí, por sus resultados y derivaciones, aunque haya sido olvidada en sí misma! ¡Loor eterno á los fundadores de los *almanaques ilustrados* de la antigua Hesperia!..... Y cuando hojeéis este que apualmente publica LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA; cuando hayais admirado todos los prodigios literarios y artísticos, pagados á peso de oro, que sus páginas contienen y que le dan universal renombre; cuando os solaceis con tantos otros amenísimos calendarios científicos ó jocosos, estadísticos ó poéticos, administrativos ó morales, políticos ó amatorios como aparecen cada año en Madrid y en provincias, tributad un sufragio de amor y de respeto á la memoria del ALMANAQUE-ÓMNIBUS!

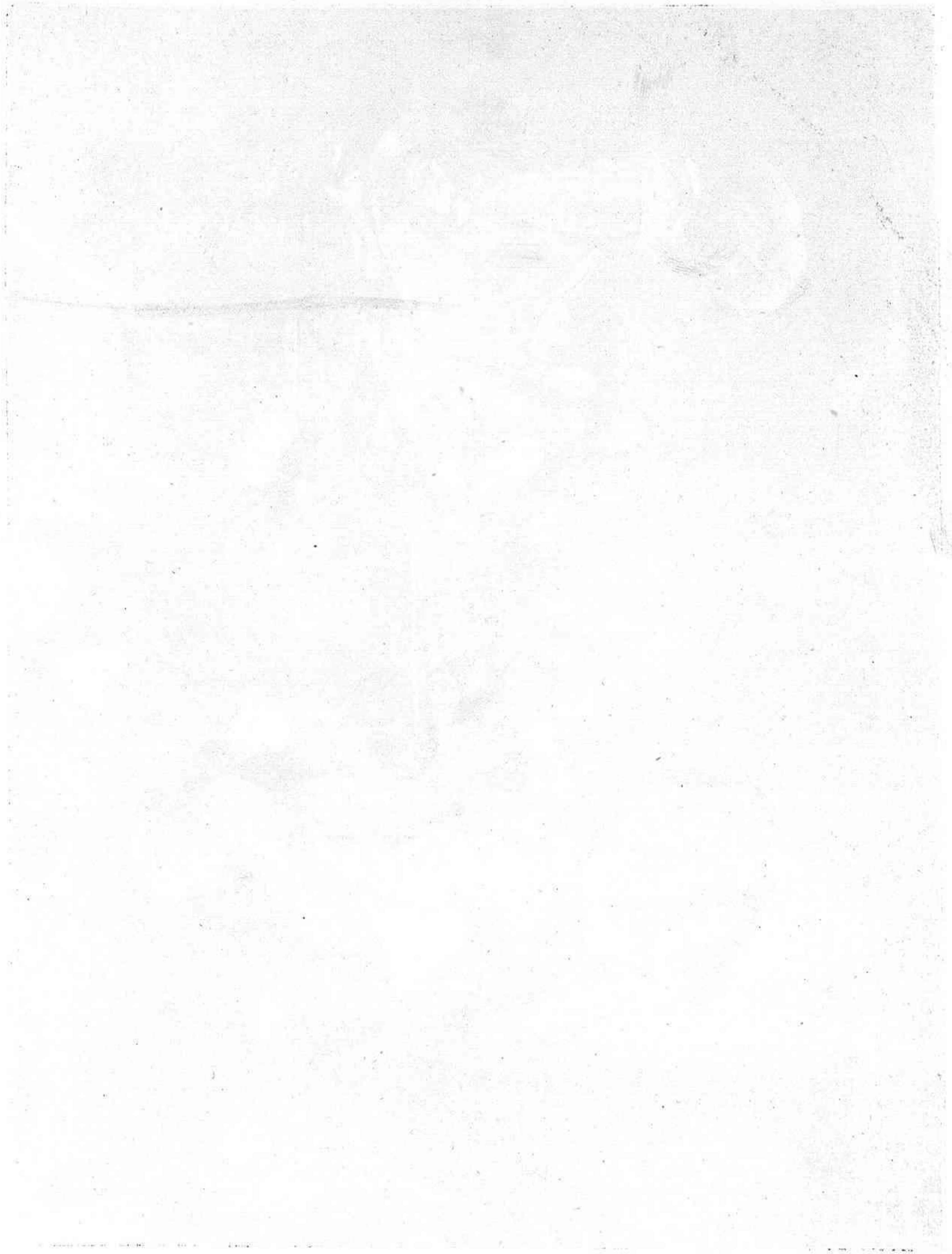
P. A. DE ALARCON.

1880.





EL CUERPO DE GUARDIA.— (CUADRO DE MEISSONNIER.)



RETRATOS HISTÓRICOS.

PENITENTE.—MONARCA.—PONTÍFICE.

N la última década del siglo décimotercio la unidad pontificia se quebranta, como se quebranta la unidad imperial. Estas dos unidades se parecen á dos líneas paralelas, en que extendiéndose la una junto á la otra, y marchando en la misma direccion, ¡ah! no se encuentran ni siquiera en lo infinito. El poder de los papas logra desorganizar al poder de los emperadores. Desde el dia en que la casa de Suabia sube al trono de Sicilia, cogida la autoridad temporal de los papas entre el Norte y el Mediodía, como entre el martillo y el yunque, no le queda respiro alguno y combate con crueldad y ensañamiento á sus rivales en gloria y en poder. El triunfo de los papas sobre los Suabias no puede ser más resuelto ni más definitivo. La gran dinastía se extingue; sus hermosos y gloriosísimos vástagos, que cada cual naciera con su corona respectiva en la frente, sucumben ó en la horca ó en el cadalso; y el imperio pasa por anárquicos interregnos, ó cae como vil mercancía en las almonedas y en las subastas, cedido por electores viles, no al príncipe más glorioso ó más legitimo, sino al que ofrece mayor cantidad de corruptor dinero. Así como un alma vicia sin remedio, si viciosa, al cuerpo que la lleva, y un cuerpo hace enfermar, si enfermo, al ánima que encierra, el Pontificado destruye al Imperio, y el Imperio al Pontificado en esta gravísima crisis de los dos fundamentales poderes. A fines del siglo décimotercio, si los Enriques de Inglaterra y los Alonsos de Castilla luchan allá en la capital de Alemania por la corona imperial, los Orsinos y los Colonnas luchan en la capital del mundo por la corona pontificia. Dos cardenales se habian puesto á la cabeza de estas dos facciones, como para enardecer sus ánimos y agravar en este enardecimiento sus mutuos é implacables rencores. Imposible, en tal estado de los ánimos, la tranquila eleccion de los Pontífices. Corria el año 1263, y el cardenal decano del Sacro Colegio reunia sus cofrades, ya en Santa María la Mayor, ya en la Minerva, ya en el Aventino, sin lograr de ellos que vinieran á un acuerdo ni que tomáran una resolucion. Echóse en esto el verano encima, insoportable en Roma, especialmente para los extranjeros, y los cardenales no romanos se guarecieron en Rieti, y los cardenales romanos se quedaron en la Ciudad Eterna; miéntras el más ambicioso y el ménos disciplinado de todos ellos, el célebre Benito Gaetani, se fué á su ciudad natal, teatro de tragedias que referirémos más tarde, y conocida en la Geografía y en la Historia con el inolvidable nombre de Anagni, por siempre ligado á una tremenda y pavorosa catástrofe.

Estado terrible el estado de Roma en aquella angustiosísima sazón. Las dos facciones pontificias, irreconciliables entre sí, como los güelfos y los gibelinos, contendian por la tiara; sus respectivos jefes llovian de sus almas enardecidas, como tonantes nubes, el ódio y la venganza; sonaban los aires con el ruido de los aceros desnudos; temblaban las calles bajo el peso de los ejércitos combatientes; ardian los palacios con todas sus obras de arte; sufrían las iglesias la profanacion y el saqueo; la arbitrariedad nepotista elegia los príncipes de la Iglesia, y la guerra feudal los príncipes de la ciudad; y miéntras tanto, por espacio de seis largos y tormentosos meses quedábanse los ciudadanos de Roma sin jefes civiles, y sin pastores los fieles de todo el mundo. Así

pasó el verano, y al otoño pudo rehacerse la paz civil, como quien rehace una tregua en medio de cruentísima guerra; pero no pudo rehacerse la paz religiosa. Los cardenales se congregaron en Perusa, y la congregacion aquella no dió resultado alguno. En vano el rey de Nápoles Carlos II y su hijo Carlos Martel, rey pretendiente de Hungría, rogaron á los príncipes de la Iglesia que no dejarán al mundo en esta orfandad, y que apercibieran prontamente un Pontífice; trascurrió el invierno sin resultado alguno, continuando vacía la Sede pontificia. El 5 de Julio la eleccion recayó en lo más pavoroso, porque era tambien lo más desconocido. Estas altas instituciones no pueden librarse al acaso sin perderse sin remedio. Si llegan á ellas hombres improvisados, podrán sostenerlas ó salvarlas por la virtud del genio; pero el genio tiene siempre carácter excepcional en la Historia. Y es más fácil hallar hombres expertos, instruidos, aleccionados en la vida, que hombres llenos de luces sobrenaturales y de inspiraciones súbitas, concedidas por la naturaleza escasamente á ciertos privilegiados mortales. Y lo peor de aquella resolucion estaba en que el lanzarse á lo desconocido provenia de lo mucho que entre sí mismos se conocieran los competidores y los rivales, empeñados en abierta guerra por la codiciadísima tiara. Perdida debia estar la autoridad de aquellos cardenales, cuando sentian unos respecto de otros tal enemistad ó tal desconfianza. Uno de ellos, el cardenal latino, dijo conocer allá en apartada tierra una especie de salvaje penitente, vestido de sayal, acostumbrado al cilicio, habitante de inaccesibles montañas, puesto sobre sus rodillas como un árbol sobre sus raíces; sin comunicacion ninguna con la sociedad, fautor de milagros, taumaturgo de leyendas, jefe de solitarios, que acaso pudiera, por revelaciones robadas al cielo y recogidas en su alma, rehacer la quebrantada y casi perdida autoridad pontificia.

Error de los errores aquéste. Un Papa no pertenecia solamente á la estirpe de los sacerdotes y de los santos, sino tambien á la estirpe de los políticos y de los estadistas. Un Papa no necesitaba tan sólo pensar en su ministerio religioso; necesitaba pensar al mismo tiempo en su ministerio civil. Un Papa no era sólo pastor espiritual que llevara las almas á pacer en los campos místicos el pasto de la doctrina teológica, sino un monarca temporal, que regia los hombres por medio de mundana autoridad y que los enfrenaba por medio de leyes coercitivas. En la situacion á que lo habian elevado los movimientos naturales de la sociedad, necesitaba tanto de la ciencia como de la práctica, de la virtud como de la fuerza, del conocimiento de la idea como del conocimiento de la vida, de la realidad como del ideal. Cuando aún estaba el poder pontificio en todo su auge, y el civil en toda su imprescindible sumision; cuando el Papa presidia el Consejo de los reyes europeos y daba en Derecho canónico bases al Derecho civil; cuando investia y despojaba por su voluntad soberana aún á los príncipes; cuando debia atender con reconcentrada atencion al Imperio de Oriente, que vacilaba entre el catolicismo y el bizantinismo, y se veia de muerte amenazado por la cimitarra de los turcos; cuando debia ocurrir á las inmensas dificultades suscitadas por el desorden y el interregno en el imperio germánico; cuando necesitaba mirar la consolidacion de las monarquías láicas, que empezaban ya manifiestamente á di-

bujarse como una amenaza terrible á la autoridad y á la jurisdiccion de la Iglesia; cuando las Universidades forjaban una semi-tiara en las sienas de los reyes con la idea del derecho divino, deducida del antiguo derecho romano; en esta situacion extraordinaria, entregar á un penitente, á un solitario, á un asceta, sin más trato que el de las alimañas selváticas y sin más estudio que la contemplacion mística de la Naturaleza, equivalia ciertamente á entregar inmensa nave cargada de innumerables riquezas; entregar la brújula, el libro de á bordo, los instrumentos náuticos, el timon, á ignorante campesino, que nunca en su vida hubiera visto el Océano ni sus procelosas turbaciones.

El 5 de Julio eligieron al anacoreta, y á las pocas horas tres obispos se encaminaron al monte Murrone para notificarle su eleccion. Hijo undécimo de ignorante campesino, sujeto á enfermedades continuas, asaltado por visiones, á veces extravagantes y á veces beatificas, entró en la Orden benedictina, y no pareciéndole asaz severa ni rígida para sus aspiraciones, exageróla, fundando en apartado monte, donde profesaban la pobreza y el retiro, no como cánones de su disciplina, sino como necesidades de su existencia. Alguna vez descendió de sus grutas y se entró por la corte pontificia, mas tan sólo para pedir á los Papas la confirmacion de la Regla que habia ideado y de la comunidad que habia establecido, consagradas una y otra al culto severísimo del Espíritu Santo. Y aún se dice que, en estas rápidas bajadas del monte y en estas breves idas al mundo, verificaba frecuentemente alguno que otro milagro, á guisa del antiguo Elías encerrado en la misteriosa montaña del Carmelo. Entregar á un hombre así la direccion del orbe católico era tanto como entregar á un muerto la direccion de la vida universal.

Y los mensajeros llegaron, y apénas pudieron acercarse al sitio donde habitaba el penitente. Su calcárea montaña, sin rutas ni senderos, apénas aparecia practicable sino á las águilas que bajáran del aire y á las cabras que subieran del valle. No habia medio de cabalgar por aquella tierra movidiza, ni por aquellas pendientes abruptas, pues hasta los peatones se caian á cada paso, viéndose obligados á tenderse en unos puntos y á marchar á gatas en otros, como si de especies meramente animales, y no de seres humanos, fuera aquel monte asilo y vivienda. Por fin llegaron, y descubrieron groserísima cabaña, construida como una madriguera, más bien que como un hogar, sin otra comunicacion para recibir la luz que tosca puerta hecha de ramaje seco, y triste ventana dura por plomiza pizarra. Extraño debia parecer á los solitarios aquel concurso de príncipes de la Iglesia lujosamente ataviados, seguidos de su vistosisima corte, acompañados de muchos señores del tránsito, á quienes aguijoneaba la natural curiosidad, en aquellos parajes que sólo habian presenciado hasta entónces la penitencia de los ascetas y sólo habian oido el susurro místico de las oraciones mezclado con el estridente grito de las águilas. Pero más extraño debia parecer aún á los mismos embajadores la entrega de Roma, la ciudad política por excelencia, y de la tiara; la corona cesárea por antonomasia, tanto como el gobierno del mundo y de las almas, al hombre que apareció en aquella ocasion solemne con la barba crecida é inculta, el cabello cayéndole sobre la espalda como á los antiguos reyes bárbaros, los ojos hundidos en sus huecos á guisa de fuegos fatuos ó de volcanes encendidos; los pómulos, á los que se pegaba rugosa y apergaminada piel, un tanto rojos por la fiebre; las manos trémulas, como si extraña electricidad las agitase; las vestiduras de esparto, las carnes macedadas, mudo y nervioso á un mismo tiempo, cual ciervo sorprendido por el cazador en su carrera; mirando á todas partes con extraña mirada, que lanzaba relámpagos y llovía lágrimas. En cuanto le vieron, deslumbrados naturalmente por su extraña figura, descubriéronse todos la cabeza, hincaron la rodilla en tierra, y dirigieron á una hácia él sus manos suplicantes, cual si hubieran visto bajar un santo de los cielos. Y en efecto; nada tan extraño en aquella selvática

soledad, entre las grietas del monte, á la puerta de las pobres cabañas, sobre el teatro de la naturaleza completamente inculta, como la púrpura y los pectorales de pedrería, y los brocados y los plumajes de colores, y las armaduras, que reflejaban los rayos del sol, y las dalmáticas, que ofrecian los timbres del orgullo aristocrático, en contraste abierto con aquella especie de cadáver ambulante, el cual habia realizado ya con sus compañeros de ayuno y de maceracion la terrible igualdad que guarda en sus senos la muerte. Ninguna de sus visiones beatificas, ninguno de sus presentimientos, ni siquiera esos animales extraños que anuncian á los santos del calendario sibilinos oráculos, le dijeron la suerte que le reservaba tan solemne hora, su conversion súbita de triste solitario en prelado de los prelados y en rey de los reyes. Así, en cuanto supo la nueva, que para otros hubiera sido tan plácida y para él tan nefasta, conmovióse, cual si le tentara alguna de aquellas visiones diabólicas que interrumpen el sueño y turban la meditacion de los ascetas. Erizósele el cabello, flaqueáronle las piernas, lanzó agudos gritos su pecho, y apartando de sí las ofertas que le presentaban y los títulos que le traian, dióse á correr, creído sin duda de que solamente podia estar su salvacion en la fuga. No corriera un ave sorprendida en su nido, un gamo sorprendido en su caverna, como corrió aquel hombre, resuelto á esquivarse al brillo deslumbrador de las glorias y de las grandezas de este mundo. Desapareciera ciertamente, ocultándose en las entrañas de la tierra, si no le detienen los propios hermanos de su Orden y le amonestan por la gravedad de aquella fuga y sus terribles consecuencias. Entónces el pobre penitente, fiado por completo á sus prácticas espirituales, poniendo en Dios y en lo invisible toda su confianza, creído de que le bastaba lo sobrenatural para sumergirse en la naturaleza, y los abismos del cielo para salvarse de las sirtes del mundo, cayó de hinojos en tierra, y dirigiendo una oracion á las alturas, aceptó el abrumador gobierno de los hombres. El solitario fué nombrado Papa y tomó la denominacion de Celestino V.

Corria por aquel tiempo, en las órdenes mendicantes, acreditada una idea muy en consonancia con el sentimiento progresivo de nuestro tiempo, y muy en desacuerdo con la doctrina ortodoxa de la Iglesia católica. Esta idea, fundándose en los números, que no sólo servian á la sazón para las Matemáticas y para la cábala, sino tambien para las operaciones del espíritu, fundaba todas las ideas y todas las cosas en el número tres, y decia que así como el tiempo tiene tres fases, pasado, presente y porvenir; el cuerpo tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad; el silogismo tres términos, premisa, nexó y consecuencia; Dios tres personas, la Iglesia tendria tres revelaciones: la del Hijo en el Calvario, que trae el amor, la caridad; el Verbo; y la del Espíritu Santo en otro monte designado por la Historia, y que traerá la revelacion sublime de la ciencia. Quizás alguna de estas ideas sobrecogia por completo á los que rodeaban al santo cenobita en aquella hora de su transfiguracion milagrosa, viendo cómo todos los poderes y todas las grandezas de la tierra se aglomeraban á una sobre las sienas heridas de un prior oscuro de la Orden recién fundada del Espíritu Santo. Consuelos necesitó traer ciertamente el paraquito para que aquel hombre se resolviese á cambiar su montaña por el trono, su cerquillo por la tiara, su vestidura, que la naturaleza le tejiera, como á las aves del cielo y como á los lirios del valle, por el brocado y la pedrería; su cabaña sencilla por los palacios resplandecientes, su trato con las alimañas de la naturaleza por el trato con los aduladores de la corte, sus éxtasis místicos y sus arrobos celestiales, que sólo demandaban la expansion del alma y la fuerza del sentimiento, por la difícil gobernacion de los hombres, que piden el disimulo, la reserva, el juicio frio, el cálculo premeditado, la sumision de los afectos á los desnudos y desarmados consejos de la severa inteligencia: cualidades todas incompatibles con la efusion de un alma enamorada de Dios y anhelosa por recibir la santa visita de la muerte.





¡Maravilloso espectáculo! El penitente desconocido é ignorado dirigíase como Papa á la ciudad más próxima, á la ciudad Aquina. Arrodillábanse las muchedumbres á su paso en los dos lados del camino. Precedíanle heraldos, sonando instrumentos varios y luciendo múltiples divisas; acompañábanle, como cortejo laico, los señores jurisdiccionales de todas las comarcas vecinas, vestidos con sus lujosos arreos y sus várias y nobilísimas preesas; cantábanle alabanzas en armoniosos himnos eclesiásticos multitud de clérigos que por doquier le circuian, ofreciéndole la mirra y el incienso como en los tiempos evangélicos; dos reyes, el de Hungría y el de Nápoles, servíanle de palafreneros, tanto más humillados y humildes, cuanto que el Papa no había querido ninguna blanca hacanea, ningun brioso palafren, ninguna cabalgadura noble, sino la que sirvió á Cristo el día de la Pascua judaica para entrar en la Ciudad Santa, entre los ramos de olivo y las vibrantes palmas, el modesto asno, sobre el cual iba en su triste y sencillo traje de esparto, como si aquel espectáculo de la suprema miseria honrada por la suprema riqueza indicase un cambio total en el mundo, la victoria de los pobres y de los humildes sobre todas las soberbias potestades de la tierra.

Trascurrido el primer instante de tamaña fantasmagoría, la realidad se impuso con su incontrastable imposición. El cardenal latino, de quien fuera la extraña idea de aquel nombramiento, murió, afortunadamente para él, pues así no llegó á tocar las fatales consecuencias de su obra. El rey Carlos se apoderó del Papa, como de un dócil instrumento, para sus planes políticos. El primero en comprender la inania de aquella elección fué también el primero en codiciar su herencia, el célebre cardenal Gaetani. Muchos príncipes de la Iglesia, animados por la recentísima primavera del Renacimiento, que comenzaba á dar ya su calor, tenían grandes inclinaciones á las artes plásticas, áun nacientes, y á las letras antiguas, áun enterradas; y se dolían, ellos tan elegantes, tan pulcros, tan instruidos en el latín, tan deseosos del progreso de los conocimientos humanos, se dolían de que la corona recayese en solitario é ignorado sacerdote, tardo en el pensar, incierto en el resolver, indócil á las conveniencias del mundo, instrumento, por inexperto, de las ambiciones régias; incapaz de negarse á ninguna pretension, ignorante de la tierra que hollaba, sin energía de voluntad ni energía de pensamiento, sombra, fantasma, símbolo, entelequia, todo ménos el hombre que pedía á voces el estado de Europa y que reclamaba para mantener su autoridad la alta institución de los romanos Pontífices, necesitada de tanta fuerza, de tanta soberanía, de tanta majestad y grandeza, por lo mismo que sobre su frente se oscurecían todos los horizontes y bajo sus plantas se encrespaban todas las pasiones.

Fuera de los muros de Aquina recibió el solitario la consagración el día 24 de Agosto de 1294. A fin de que cupiese más gente, celebróse la grandiosa ceremonia en una iglesia externa á la ciudad. Doscientas mil personas dice Lucense que asistieron al acto. *Fueruntque in sua coronatione plusquam C.C. millia hominum et ego interfui.* La entrada tuvo todas las solemnidades de costumbre; la rasgada estameña se cambió en la roja púrpura; los punzantes cilicios, en rica pedrería; el asno de la primera salida, en caballo enjaezado con deslumbradores arneses. Pero toda esta riqueza artificiosa no pudo destruir su nativo natural ni cambiar siquiera su profunda complexión. Hijo de las selvas, tenía todos los instintos selváticos. El arte no pudo modificar en él á la naturaleza. Así, se asustaba sin motivo, lo concedía todo sin necesidad, pasaba de un estado á otro sin causa, huía de las gentes sin rebozo, temblaba ante peligros imaginarios; en su desconocimiento de los peligros reales, tenía salidas de loco, ataques de epiléptico, alucinaciones de místico, fantasmagorías de hechicero, escrúpulos de penitente, todo ménos cualidades ni de monarca, ni de Papa. Nunca reinó ménos un obispo de Roma, ni reinó más el cortejo que le rodeaba. Cuantos cardenales pedía la ambición, otros

tantos otorgaba su insania. El sello pontificio se fijaba donde cualquiera de los allegados á él ponía su índice. Así, en vez de creerse rey de los reyes, se creía de los reyes criado. Así, en vez de irse á su propia capital, á Roma, se iba á Nápoles, á la capital del monarca que tenía más cerca. Así, entregaba los negocios eclesiásticos á tres cardenales, sin curarse absolutamente para nada del régimen y del gobierno de la Iglesia. Un solitario había visto en su coronación doscientas mil personas; un hijo de las montañas había escuchado en las aparatosas ceremonias los estridentes clarines y las ruidosas trompetas de los castillos y de las córtes; un penitente que creyera la burda estameña sobrado fina para sus carnes maceradas, había vestido la púrpura y los encajes; un místico que sólo conversara con los ángeles del cielo, había departido con los ambiciosos del mundo; un anacoreta que apagaba su sed en el agua de las fuentes recogida en el hueco de las manos, y que hartaba su hambre en las bellotas sacudidas por los añosos encinares, había comido en los festines eclesiásticos, condoliéndose por tal manera de su servidumbre, que forcejeaba en ella como el águila presa en su jaula; y cuando se veía solo y abandonado á sí mismo por las alcobas de los regios palacios, apenábase, porque creía oír voces extrañísimas, como eco de sus montañas, llamamientos de espíritus sobrenaturales, visiones piadosas que le conjuraban á huir prontamente del mundo y á entregarse de nuevo á la maceración y á la penitencia.

Comparad la vida sin accidentes del campo con la vida trágica de la corte; las grutas tranquilas con los palacios llenos de emboscadas y de sirtes; la luz que despiden las estrellas con el calor que despiden las pasiones; la ingenuidad de sus hermanos en Dios con la doblez de los príncipes y de los monarcas; la fácil plegaria con el difícil cálculo; la expansión de un alma que se evapora en nubes de incienso y se deshace en himnos de alabanzas divinas, con las maléficis tortuosidades del gobierno, y decidme si podía por mucho tiempo sostenerse la tiara, es decir, el peso de la tierra, sobre el débil cráneo de aquel exaltado fraile. Así, la idea de la abdicación le pasaba por las mientes á cada minuto; y como le pasaba por las mientes á cada minuto, decíanla con sencillo candor los labios, obedientes de antiguo á los imperiosos dictados de la idea. Y á mayor abundamiento, misteriosas conjuraciones le circuian; desasosegada ambición le acechaba; los varios cardenales que lo eligieran, sin saber á ciencia cierta lo que hacían, esperaban todos á una heredarle y sucederle. Pero ninguno lo esperaba tanto como aquel cardenal Gaetani, que ambicionara desde sus mocedades la tiara y no viera medio alguno de satisfacer su desapoderada ambición. Y conociendo todos los lados flacos del Papa, y fiando en su cándida inocencia, no le dejaba vivir, ni descansar, ni conciliar el sueño con la ficción continua de clamores, bramidos, voces discordantes demandando la abdicación del pobre Celestino V, que tanta clemencia encontrara en el seno de los elementos, y tanta y tan sañuda inclemencia en el corazón de los hombres.

Por fin cumplió Celestino V su propósito, anunciando previamente que iba resuelto á renunciar la tiara. Muchas gentes se alegraron de tal propósito; pero otras muchas vieron en él un contrasentido incompatible de todo punto con la naturaleza íntima del Pontificado y con su ministerio en la tierra. ¿Cómo podía un Papa desasirse de dignidad completamente vitalicia? ¿Cómo el que sintiera el Espíritu Santo en su cabeza, la autoridad del vicariato eclesiástico en su persona, podía descender de esas alturas, sino por un llamamiento de la muerte? Como Dios no abdica jamás la gobernación del universo, un Papa no puede abdicar jamás la gobernación de la Iglesia. El infalible no puede quedarse sujeto á error; el que ha ocupado las cimas del mundo moral no puede convertirse voluntariamente en súbdito de ningún otro mortal. Luégo dos Papas vivos encierran y contienen de grado ó por fuerza un cisma irremediable. Nadie, nadie puede arrancarle á un Papa la dignidad augusta



que le ha conferido una eleccion, porque en esa eleccion, á primera vista natural, Dios, por medios sobrenaturales, ha estado vivo y ha estado presente. Así, en cuanto supo Nápoles el propósito de Celestino V, se conmovió profundamente. Los ciudadanos acudieron en tropel á disuadirle; los mendicantes, á cuya religion pertenecia el Papa, le conjuraron á que no abandonase la Sede pontificia; los clamores eran tantos y tales, que se creia triunfante una revolucion. Pero Celestino V sólo escuchaba las voces interiores de su alma, y sólo veia las interiores visiones que le impulsaban al apartamiento y al retiro. Mientras fué solitario, los aires del campo oreaban las lágrimas de sus mejillas; las aves del cielo se unian á las cadencias de sus plegarias; los árboles de las selvas formaban como bóvedas para ofrecerle templo donde adorar á su Dios; las piedras de las montañas se erguan como aras sacras de altares gigantescos; el rocío de la mañana bajaba hasta su frente como lágrimas de ángeles invisibles; y en el mundo, el fragor de las pasiones le ensordecia, el puñal de la traicion se le clavaba en el pecho, obstruíanle mil obstáculos todos los caminos del cielo; y si abria los oidos al llamamiento de voces sobrenaturales, sólo escuchaba el eco de infernal vocinglería salido del insondable averno y disipado en los venenosos aires, empujándole con avasallador empuje á la abdicacion y al arrepentimiento. Tras cinco meses de proceloso reinado, el 13 de Diciembre de 1294, despues de leida una bula que declaraba válidas las abdicaciones y renunciaciones pontificias, desciñóse la púrpura y se vistió la estameña, dejó la córté y se lanzó en brazos de la naturaleza, arrancó á sus labios las vanas fórmulas del mundo para devolverles las ingenuas oraciones del éxtasis; y aquel ánimo imprudente en el sόlio, aquella inteligencia inexperta en la política, aquel ingenio por la fortuna oscurecido, recobraron su calma en cuanto descendieron de las luminosas cimas del mundo al anticipado sepulcro de sus austeras penitencias.

Pero ¡ah! que no debia encontrar el infeliz tranquilidad alguna sino en el seno de la muerte. Sucedióle, como era natural, quien más lo habia deseado y quien más medios habia tenido para ello; el ambicioso cardenal Gaetani, que formaba con él un exagerado contraste. Era el uno humilde y el otro soberbio; el uno inexperto, y el otro expertísimo en las cosas del mundo; el uno ignorante, y el otro sabio; el uno dado á los éxtasis, y el otro dado á las ambiciones; el uno de bajo origen, y el otro de alta extraccion; el uno todo misticismo, y el otro todo sentido práctico y vida puramente prosaica; el uno extraño á todos los lazos y relaciones del mundo, y el otro mundano y nepotista, al extremo de fundar con su familia una oligarquía feudal en torno del Pontificado. Notario apostólico en tiempo de Nicolas III, cardenal nombrado por Martin IV, nuncio en várias ocasiones, su conocimiento del mundo, su facilidad de palabras, su instruccion vastísima en los cánones, su habilidad sin igual en las competencias diplomáticas, su ingenio flexible y vário, sus aptitudes universales, la majestad augusta de su figura distinguidísima, la prestancia incomparable de su aristocrática persona, todas estas cualidades se hallaban contrastadas por un vicio irremediable, por un desprecio grandísimo á los hombres, que se acrecentó naturalmente al verlos desde las alturas del poder, desde esas eminencias que todo lo achican, puestos de rodillas y hundidos en el miserable polvo de la adulacion y de la servidumbre. Con sus altas cualidades, con su fijeza en el pensar, con su constancia en el querer, con su facundia en el decir, acaso hubiese pertenecido á la estirpe de Gregorio VII y de Inocencio III, á no faltarle cierta fe superior, sin la cual no se conciben las grandes vocaciones, y de no sobrarle dos afectos feísimos que todo lo manchan y corrompen, á saber: la ambicion y la envidia. Sobre todo, y ante todo, lo que le faltó para su grandeza fué el tiempo en que los otros habian trabajado, y las generaciones que los otros habian á su disposicion tenido. Las catedrales gólicas subian á las alturas con sus mar-

villosas ojivas, recogiendo la luz del cielo en los vidrios de colores; el órgano henchia de melodiosas cadencias los templos; la lira épica lanzaba aquellos sublimes tercetos en que hervian las inspiraciones teológicas; la pintura comenzaba á traer los bienaventurados del cielo á la tierra en místicos iris; las ciencias eclesiásticas daban con la suma teológica la más sublime síntesis á sus tradiciones y á sus pensamientos; caia el Imperio que compitiera tanto tiempo con el Pontificado; formábanse las monarquías amamantadas á los pechos de la Iglesia; y sin embargo, la nueva generacion no tenia en el poder pontificio la confianza, ni á sus rayos y á sus excomuniones el miedo de las generaciones precedentes, por ese cambio de ideas tan frecuente en la humana historia, y tan propio tambien y tan peculiar de nuestra naturaleza.

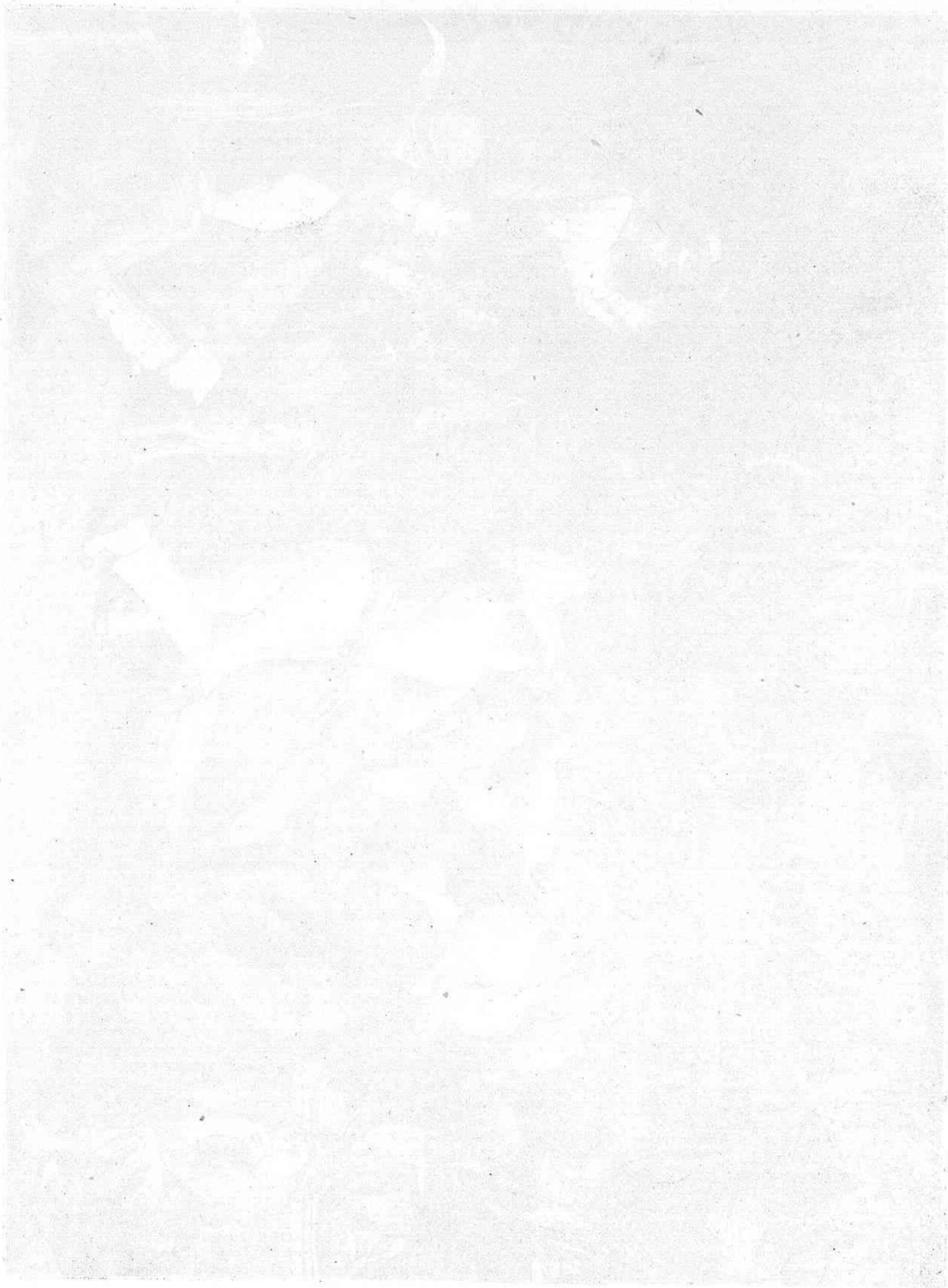
Dióle apariencia cesarista al Pontificado para contrastar la pobreza de su antecesor, para argüir á los que creian renacientes los tiempos evangélicos, para hacer tocar á todos y á cada uno la realidad de que dentro del poder pontificio se encerraba siempre algo del Imperio romano; y celebró con gran pompa su coronacion, precedido de los nobles romanos, que agotaron sus casas en la ostentacion de asiático lujo; rodeado de las potestades eclesiásticas, que se excedieron á sí mismas en esplendores y en riquezas; caballero en hacanea blanca enjaezada con gualdrapas de plumas, cubierto con la tiara, en la cual resplandecian las coronas régias, hechas del oro más puro y cuajadas de valiosísimos brillantes; vestido con los hábitos pontificios y armado con su báculo, que blandia como si fuera la espada de un emperador ó el rayo de un dios; acompañado de dos reyes envueltos en mantos de escarlata, que no solamente condujeron su cabalgadura por el freno como dos pajes, y le ayudaron á misa como dos acólitos, sino que tambien le sirvieron á la mesa como dos criados; que á tanta aparatosa majestad llegaba el Pontificado en los dias tristísimos del comienzo inevitable de su ruina y decadencia.

Bonifacio VIII no creyó segura la tiara en sus sienas como no tuviera seguro á Celestino V en su poder. Solamente la candidez del fraile era capaz de imaginar que le bastaba con deponer la tiara y revestir la cogulla para quedarse cual si nunca ejerciera la alta dignidad del Pontificado. Su precavido sucesor no lo creia, no, en su experiencia, y trataba por todos los medios imaginables de arrancar aquel dócil instrumento ó aquel fundado pretexto á las poderosas manos de sus mortales enemigos. Pocos dias despues de su eleccion, y hallándose Bonifacio en los alrededores de Nápoles, supo con extrañeza que corrió súbita noticia de su muerte, por lo cual se alegraron todas las gentes populares, que amaban al Papa plebeyo, y todas las órdenes mendicantes, que amaban á su vez al Papa mendigo. Tal alegría tomola por una revelacion, y tal revelacion obligóle á resoluciones supremas. Encargó al rey de Nápoles que le apresara al penitente, y una vez preso, condújolo consigo á triste encierro de Roma. Mas Celestino V, que sólo tenia una pasion, la pasion de su libertad individual, y que sólo deseaba el retiro y el apartamiento, encontró hábiles trazas de romper su prision y de escaparse á su montaña. No se cansaba, como el que recobra su libertad, de respirar el aire libre, de recorrer la soledad inmensa, de departir con los objetos animados é inanimados que en otros dias mejores acompañaran sus maceraciones y sus plegarias; pero el Papa-rey no podia perdonarle en manera alguna la antigua autoridad ni desconocerle como temible rival á la tiara. Mandóle una turba de cazadores, que le siguieron, le asediaron y concluyeron por cazarle. Ya habia bajado del monte, corrido á la playa, puéstose en cobro, alcanzado una barca que le condujera á Dalmacia, cuando le echaron mano y le recluyeron en estrecho calabozo, donde murió victima de su propia humildad y de su irremediable impotencia.

EMILIO CASTELAR.



COSTUMBRES DE CHILE. — EL BAILE POPULAR «LA CUECA».



EL CEMENTERIO DEL DIABLO.

I.

KL antiguo convento de frailes benedictinos que, situado cerca de ***, fué á mediados del siglo xv uno de los más notables monumentos de Italia, es hoy una ruina que apenas da idea de la soberbia morada de aquellos siervos del Señor: informes murallones, torres vacilantes sobre cimientos poco firmes, arcos rotos, columnas mal seguras, techos hundidos, puertas y ventanas desquiciadas y abiertas á todos los vientos es cuanto queda del edificio en otro tiempo destinado á lugar de meditacion, holganza y rezo. Las piedras ennegrecidas por el tiempo, los mármoles dorados por el sol, las estatuas mutiladas por el rayo y enterradas entre robustas ortigas ó tenaces gramas, casi no pueden servir de datos al viajero para restaurar en su imaginacion el convento arruinado, la iglesia derruida y el patio abandonado. Tal vez por un capricho de la suerte ésta es la única parte del monumento que se conserva más entera y que con más fuerza ha resistido á las tempestades de la Naturaleza y á la barbarie de los hombres.

Cuatro grandes claustros de igual longitud limitaban su recinto; de ellos sólo tres quedan en pié: los sillares del que miraba al Norte están hundidos en la tierra y, como eruido protestando contra su caída, sólo se conserva uno que sirve de gigantesco marco de granito á la pintoresca perspectiva que á su traves se admira. Asidas á las labores de la piedra, rodeando los fustes de las columnas, han trepado las hiedras y las enredaderas, han brotado flores amarillentas entre las hojas del acanto que ornaba los altos capiteles, y doquiera se dirige la vista encuentra viva la fuerza de la Naturaleza reposando triunfante sobre las ruinas del esfuerzo del hombre. El tiempo, lento y seguro revolucionario, ha ido, año tras año y lluvia tras lluvia, trocando en artísticos escombros una de las más hermosas fábricas de Europa, y hoy los ganados que se apacientan en los prados vecinos vienen á protegerse de un sol de fuego entre aquellas piedras augustas, mientras el pastor duerme á la sombra de las paredes silenciosas que en otro tiempo á la hora del *Angelus* enviaban al cielo en cadencioso cántico un fervoroso himno de adoracion á lo infinito.

Luégo que las guerras obligaron á los frailes á abandonar su cómodo asilo, algunos grandes y poderosos de la ciudad vecina convirtieron el patio en cementerio. Todavía se conservan en pié la mayor parte de los magníficos sepulcros que labraron de consuno para encerrar á los muertos la vanidad y el arte de los vivos. Y es que en ninguna parte lucha tanto el hombre contra el sagrado dogma de la igualdad humana como en los campos de la muerte. Allí se graban en duras piedras los títulos y honores de los que fueron; la ciencia, impotente para estudiar el alma, impide por algunos años la putrefaccion del cuerpo, y el arte, que no sabe devolver á la forma muerta la belleza, esculpe el mármol y cincela el bronce para protestar con los prodigiosos engendros del genio de la invasion espantosa que todo lo destruye y aniquila.

De todos los lugares de descanso eterno, de todas las tierras en cuyas entrañas se pudren los cuerpos de los muertos, ninguna más hermo­seada que aquel recinto del antiguo

patio del convento: en las paredes de los claustros que aún se mantienen firmes y como sostenidas por los vigorosos brazos de las figuras de los frescos, medio borrados y confusos, se agrupan hermosos sarcófagos de blanco mármol; rígidas é inmóviles las estatuas yacentes, oprimen con su peso las losas sepulcrales, pareciendo los frios rostros como orgullosos de los interminables epitafios, y seguros de la inmortalidad: en el piso están enterrados de intento los humildes que quisieron ver sus nombres borrados por las plantas de los vivos, y por-bajo de los arcos, ávidos de luz y de aire, ceñido el casco y la mano en la espada, yacen los que en otro tiempo pusieron miedo en el corazón de los más esforzados y valientes. Luégo, en el patio, construidos al azar, de distinto aspecto, de forma diferente, de épocas diversas, de opuestos gustos, vense tumbas, túmulos, sepulcros y sarcófagos que, coronados por los rayos del sol ú ocultos en la sombra, ceñidos de verdura ó hundidos en la tierra, enteros y juntas las labradas piedras, ó desquiciada la base al empuje de las raíces de los árboles vecinos, parecen con sus inscripciones y sus símbolos, con sus letreros y sus fechas, protestar en nombre de sus habitantes silenciosos de aquel eterno y forzoso quietismo. Allí, como en el campo santo de Pisa, la arquitectura ha agotado la belleza de la línea y prodigado la escultura los encantos de la forma: todos los estilos, todas las tendencias están representadas; la sublime sencillez griega, la fastuosa decadencia romana, el pesado estilo románico, la lujosa ornamentacion del bizantino, la ojiva gótica del católico, la mundanal arquitectura del árabe soñador é indolente, y luégo, como la hermosa síntesis de la historia del arte, las maravillas de aquel Renacimiento que casi llegó á la perfeccion por el estudio de la antigüedad y la Naturaleza.

Protegidos por robustos troncos y á la sombra de tupidas ramas, velados por las anchas hojas del nogal, y filtrándose la luz por entre las blancas flores de la acacia y los largos tallos del sauce, aquellos sepulcros, olvidados del mundo y combatidos por el tiempo, fueron en cierta ocasion teatro de un extraño suceso, que tiene, aunque fantástico, ribetes y puntas de verídico.

Hacia ya muchos años que el patio convertido en cementerio estaba completamente abandonado. La soledad reinaba sobre la hermosa ruina, que, olvidada del hombre, se iba haciendo de más solemne aspecto á medida que las aguas y los vientos oscurecían la piedra, como si en ella se infiltrasen las nieblas que los inviernos engendraban, cuando los aldeanos de la comarca, los pastores y algun que otro viajero á quien la repentina tormenta obligó á guarecerse bajo aquellos muros, observaron que estaban éstos habitados por un solo hombre, que, como huyendo de los vivos, habia buscado la paz entre los muertos. Pronto corrió la noticia por los lugares vecinos, y no faltó quien se desviase de la senda que debía seguir para pasar junto á la ruina misteriosa, escudriñando con curiosa mirada, ávido de saber qué sér extraño era aquel que de tan medroso sitio habia venido á hacerse habitacion.

Fué lo cierto que poco despues de haber por los contornos corrido la noticia de aquella aparicion, en la ardiente fantasía de los jóvenes, en la amortiguada imaginacion de las viejas, en el ánimo de los crédulos y el pensamiento de los supersticiosos, fué el desconocido personaje aparecien-

do como sér fantástico ó quimérico engendro, cuyo misterioso incógnito aumentaba de día en día con los embustes y las suposiciones que de él se contaban, y en los que se creía como en realidades y certezas. Decíase que era un hombre alto y delgado, seco de carnes y abultado de huesos, largo de piernas y de brazos, de rostro enjuto, pelo rojizo y tieso, cejas arqueadas, orejas grandes y desmesurada boca: añadían los más enterados que al contacto de su mano se marchitaban las flores, y bajo su pié las hierbas: hubo vieja que dió por cosa cierta haberse secado en la pila el agua bendita de la iglesia cuando aquel hombre pasó una vez ante su puerta, y chico que afirmó haberle visto escupir una saliva que parecía hervir y oía á azufre; no faltó quien asegurase que en la oscuridad de la noche brillaban sus ojos con resplandores cárdenos, que eran sus uñas largas y encorvadas como garras de ave de rapiña; hasta se dijo que tenía en forma de rabo, horriblemente prolongada la columna dorsal. Créyóse, en fin, ver en aquel hombre, si no una encarnación del diablo mismo, al ménos un íntimo amigo suyo ó un pariente cercano.

II.

Era una noche en que la luna iluminaba de lleno el patio y los claustros que le rodeaban, refractando su templada luz sobre el blanco mármol de las estatuas, que aparecían como sombras envueltas en sudarios esmaltando el fondo oscuro del frondoso ramaje: noche apacible en que apénas el viento agitaba las hojas de los árboles, y en que se escuchaban claros y distintos todos esos ruidos que únicamente en el seno de la soledad se escuchan, miéntras la vista, fija en el cielo, intenta descifrar en vano las misteriosas frases que en el espacio escriben con fugitivos caracteres esas estrellas errantes que caen como piedras desprendidas de la rota corona de los dioses: noche augusta y poética en que lo incierto de los resplandores y lo intenso de las sombras pueblan la fantasía de medrosas visiones, el corazón de vagos é innombrados temores, y en que la muda contemplación del infinito inspira al hombre las eternas y sublimes dudas que son toda la vida, toda la gloria y todo el trabajo de la humanidad. Ocultas entre las hierbecillas, y brillando en lo más espeso de las tinieblas, como las ideas en el fondo del alma, esparcían las pequeñas luciérnigas su resplandor fosfórico; describían en el aire negros círculos los atezados murciélagos; entonaban en las lagunas sus estridentes coros las desveladas ranas, y meciéndose en la copa de los árboles, ensayaban los tiernos y sencillos ruiseñores el dulce é intrincado gorjeo con que al clarear el día habían de saludar al sol y despertar á las dormidas hembras.

A tal hora y por tan medroso sitio vagaba el habitante misterioso de la desierta ruina, y al cruzar por entre las anchas calles de sepulcros, más parecía pavoroso fantasma que sér humano y vivo; era su paso incierto; de sus labios, sombríamente cárdenos, como amortiguadas al principio, más claras y distintas luégo, iban brotando extrañas é ininteligibles palabras de sonido metálico, como formadas por el eco subterráneo de maldiciones roncadas y satánicas; iban sus ojos animándose por grados, y su faz primero, despues todo su cuerpo, tomando un aspecto entre infernal y repugnante, que hubiera puesto indefinible espanto en el corazón del más osado. A medida que su excitación se hacía mayor, iban en progresivo aumento sus gestos y sus voces, y los que al principio fueron sonidos inarticulados y confusos gritos llegaron á convertirse en palabras claras de allí á poco.

« Muertos, decía, cuerpos enterrados entre los escombros de la destrucción y del olvido, volved á la vida, alzaos del sepulcro y corred al mundo; sacudid el polvo que cubre los descarnados huesos, haced memoria de lo que ántes fuisteis, id á continuar el drama ó el sainete de vuestra existencia; y si la gloria, el amor ó los placeres pueden con sus

coronas, sus triunfos y sus fiebres daros la felicidad ó la dicha, vivid eterna y perdurablemente; pero si os convenéis de que el amor, la juventud y la fe son, cuando huyen del corazón, aves que jamás vuelven al nido, si sacáis de los placeres embotada la sensibilidad y envejecido el cuerpo; si el ánsia de vuestras almas no se sacia; si el vaso de vuestros deseos no se colma, entónces tornad á la tierra en que reposáis ahora, y aguardad en ella resignados la solución del gran problema.»

Jamás humanos ojos vieron cuadro como el que siguió á estas frases, dichas con un acento entre satírico y solemne: por las aristas de los bronce y los perfiles de los mármoles corrieron llamaradas fosfóricas pálidamente azules ó débilmente violadas, que, brotando de entre las junturas de las piedras y las grietas del suelo, iluminaron tristemente los sepulcros, dejando asomar manos huesosas y crispadas, que con el ánsia de la vida se agarraban al borde de las tumbas: como movida por subterráneo empuje hinchábase la tierra, y por entre sus negras hendiduras, asidos á las raíces de los árboles, iban trepando los blancos y pelados esqueletos, ahuyentando unos de las vacías órbitas los tenaces gusanos, colocando en ellas los ojos recogidos del suelo, miéntras otros buscaban por los oscuros rincones de las tumbas los esparcidos miembros. De los nichos del muro bajaban sujetándose á las labores de las piedras, oculto el calvo cráneo por la parda cogulla, los frailes, antiguos habitantes del recinto; de entre los haces de columnas que sostenían las bóvedas del claustro se levantaban, dejando oír el chocar de las armas con los huesos, los guerreros que, siempre á pelear dispuestos, fueron enterrados vestida la lorica y empuñado el mandoble; las losas desgastadas por los piés de los vivos se alzaban silenciosas para dar paso á los muertos, que, como volviendo de un desmayo, estiraban los entumecidos miembros, miéntras alguno que otro dejaba ver en el prolongado bostezo las desiertas mandíbulas: por el ambiente, embalsamado con el aroma de la campestre mejorana, esparciéronse los fétidos alientos de las bocas sucias por la mentira, y el hedor y los miasmas que las conciencias despedían infestaron el aire. Quién revolviendo los escombros de su propio sepulcro se ceñía los rasgados jirones de un manto que fué rojo; quién trataba de ajustarse en las desvencijadas coyunturas los deformados huesos; éste procuraba hurtar algunos dientes, y aquél andaba á caza de una espina dorsal ménos viciada que la suya, miéntras en medio de tanta confusión de ruido se escuchaba la voz robusta del diabólico personaje, que repetía: « Id, respirad de nuevo, ocúltense vuestros huesos entre músculos y cúbralos la piel; surquen las venas vuestros cuerpos, vibren los nervios mensajeros de las sensaciones, pensad, sentid, amad, aborreced de nuevo, corred al mundo y encontradle todos como cada uno le dejó cuando llegó la hora de su muerte.» Dijo; y entónces, á aquel bullir, á aquella latente y sorda agitación de tantas fuerzas, fué sucediendo, creciente y como en invasión tremenda de voces, ayes, rezos, suspiros, maldiciones y gritos que asaltan el espacio, la infernal balumba y el ronco hervir de un mundo muerto que despertaba á nueva vida.

Ya vacías las tumbas, solos y abandonados los sepulcros, oyóse primero el ruido que producían en la arena las huesosas plantas y el desgajarse de las ramas, dando paso á los que yacían entre la maleza y las ortigas; despues, libres de tropiezos y vallas, á carrera tendida, como los griegos de las antiguas fiestas, como perros de caza tras ahuyentado corzo, en legión desbaratada y fugitiva, en tanto que alguno saltando por entre las zarzas y apoyándose en trozos del despedazado muro huía á campo traviesa de aquel lugar maldito, corrieron los más á la pequeña puerta de salida, practicada en un ángulo del claustro, y que resguardaba una fuerte verja de la que sólo una mitad estaba abierta.

Como torrente humano, aquella masa compacta de fantasmas vivos ó animados muertos se abalanzó confusa y atropelladamente á la salida, con tal fuerza y tal ímpetu, con

tan desequilibrado empuje, que, cayendo unos, caían otros sobre ellos como oleadas de huesos impelidos por tempestad galvánica, sin que el crujir de los cráneos aplastados, el rechinar de los tronchados brazos, los ayes, las voces, las imprecaciones y lamentos detuvieran un momento la violencia de los que iban llegando sin querer darse punto de reposo en el asalto de aquella puerta, que desde el campo de la muerte parecía la brecha de la vida. Los fuertes subían sobre montones de caídos; los corpulentos derribados eran punto de apoyo para los ágiles y astutos; sobre los restos de los viejos encaramábanse los jóvenes; la dama servía de escabel al caballero; sobre la frente del soberbio apoyaba el humilde la planta ensangrentada; los jirones del manto del magnate quedaban prendidos entre las uñas del envidioso; juntas la prostituta y la señora, pugnaban por alzarse una en perjuicio de otra, y, cuidadosos todos de sí propios tan sólo, ni había quien á otro facilitara ayuda, ni quien pensara recibirla; ni amigo que ayudara al amigo, ni ministro de Dios que sostuviese al débil, ni padre que en sus hombros encaramase al pequeñuelo; en la salvaje fiebre de la vida nadie pensaba sino en la bárbara conquista del reducido espacio que iba quedando desahogado y libre en la puerta, casi cegada ya por la latente masa de vivos sepultados bajo muertos, y de quejidos acallados por maldiciones y blasfemias.

Una vez fuera del terrible recinto los que habían logrado trasponerle, caminaban en derechura y sin volver atrás los ojos, hacia la ciudad inmediata, cuyas altas torres, como gigantes silenciosos, parecían velar por los dormidos habitantes. Conforme andaban, á cada paso que iban dando, recobraban la forma que tuvieron en la vida, y juntamente con los accidentes físicos renacían en ellos los defectos y las cualidades morales. Continuaban la acelerada marcha como las fuerzas recién recobradas permitían, y cual nadie había querido ser el último en salir del cementerio, cada uno quería llegar primero á la ciudad fantástica.

Los altos muros, el oscuro ramaje que como espesa cinta de verdura rodeaba las casas bañadas por la luz de la luna; el gemir de las fuentes entre las apiñadas flores de los jardines inmediatos; los casi imperceptibles ruidos, que como respiración difícil se alzaban de la ciudad dormida, todo aumentaba lo extraño de la escena. Pero si al dejar en tropel el cementerio las turbas de esqueletos presentaban con sus blancas osamentas y sus despedazadas y carcomidas vestiduras un aspecto asqueroso, á medida que se iban acercando á las moradas de los vivos las ropas recobraban sus formas y colores, las armas su brillo, resplandecían los brocados, crujían las sedas, sonaban las espuelas, los velos de las mujeres y las plumas de los chambergos de los hombres se dilataban en el viento y en carnavalesca caravana, envueltos en el turbion de polvo que en su carrera alzaban, juntos corrían damas, pajes, magnates, soldados, meretrices, frailes, villanos y bufones, tronchando á su paso las erguidas mieses, sin cuidarse de los desgarrones y arañazos que se hacían en los abrojos del camino de la vida.

Por la misma influencia que era causa de aquella resurrección se abrieron las puertas de la ciudad, y primero en grandes pelotones, después en numerosos grupos, luego en otros menores, fueron diseminándose todos, yendo unos á suspirar ante una reja ó vengar una injuria, á buscar aventuras ó llorar desgracias, á esperar fortunas ó placeres, á refugiarse en su hogar quien le tenía, y alguno acurrucándose en el umbral de una puerta á pedir con la limosna la incierta y vergonzosa renta del mendigo.

El enamorado adolescente que, henchida el alma de ilusiones y con la sonrisa en los labios, murió en un desafío, y al espirar por la que amaba la envió en el último movimiento de su brazo el último beso de su boca, corrió de nuevo ante los hierros que pretendió ablandar en otro tiempo á fuerza de juramentos y ternezas, y apoyado en los mismos barrotes en que él se reclinaba cuando esperaba impaciente la anhelada cita, topó con otro galanteador afortunado, á

quien la misma voz, cuyos ecos él conservaba en los oídos, decía aún más enamorada y más sumisa: «A nadie amé sino á tí, engaño fué de la imaginación acalorada, capricho que yo misma no me explico, la inclinación que hacía otro he sentido.»

El avaro que á costa de hambres y desvelos juntó un tesoro y en el hueco del muro ó al extremo del huerto le ocultó gozoso, temiendo que le mermasen las miradas del pariente famélico, corrió hacia su miserable albergue y en el mismo solar halló elevada la lujosa morada del que locamente pródigo disfrutaba sus bienes, y á través de los costosos vidrios, por entre las rendijas de las puertas, por los agujeros de las llaves, miró furioso la opípara mesa del festín en cuyo derredor los convidados reían el burlesco brin-dis que á la memoria del difunto consagraba el heredero afortunado.

El esposo que había muerto sintiendo en el helado rostro caer las ardientes gotas del llanto de la viuda llegó presuroso y alegre al lecho mismo que había trocado en ara de himeneo, y halló ocupada su parte de tálamo por uno que en segundas nupcias recibía casi lo mismo que él en las primeras, cuando creía que el amor es un fuego que nadie puede encender dos veces en la vida.

El orgulloso de su estirpe encontró su blason cubierto por la muestra de un tendero; el ambicioso vió el alto puesto, blanco de sus tiros, ocupado por quien valía ménos; el que había en el estudio consumido sus días y cegado sus ojos, halló sus obras criticadas por necios que habían aprendido en ellas lo poco que sabían; el rey vió á la ensoberbecida muchedumbre asaltar triunfante su palacio, y derribadas sus estatuas por la plebe rastrera que ántes le victoreaba y temía; el prelado que murió de ahito predicando el ayuno y hablando de Dios, vió á Dios negado é invadidas las naves de su templo por el amotinado populacho; el que tuvo una duda la encontró desmentida, si era grata, y si era triste, confirmada; el que abrigó una ilusión, de tan perdida no la pudo hallar en parte alguna; el que sintió un deseo, le vió colmado en su enemigo; el que adoró á una mujer, la halló traidora, y quien tuvo un amigo, le vió falso. Si las tristezas que sintieron tantas gentes, si las ideas que se agolparon á tantos cerebros, la ira que se derramó por tantos pechos, tantas penas y tantos desengaños se encarnaran en solo un hombre, hubieran producido un sér indefinible é inmenso, que fuese á un tiempo mismo Hamlet, Segismundo y Fausto.

III.

Aun no luchaban con las primeras claridades del día las últimas sombras de la noche, permanecían mudas las gargantas de los pájaros y las campanas de los templos, la ciudad estaba tranquila, cuando los muertos, unos furiosos y á gran paso, lentamente y cabizbajos los más, habían vuelto al cementerio todos.

Era de ver cómo las lápidas de los sepulcros acusaban el sentimiento que animó á los que ya escarmentados prefirieron el tranquilo reposo de la muerte á la agitación constante de la vida. Una losa había sido levantada con fuerza y dejada caer con violencia, indicando á las claras la ira del rabioso; otra, perfectamente encajada sobre el hueco de la tumba, mostraba el lugar donde yacía el resignado, y eran muchas las que nadie se había cuidado de remover ni colocar sobre sus dueños, que amargada el alma por la decepción y el abatimiento, se habían reclinado en la sucia y húmeda tierra, dejando que la luz indecisa del crepúsculo iluminara pálidamente los cuerpos vueltos á su anterior estado y nuevamente comidos de gusanos.

Entonces el fantástico engendro, mezcla de hombre y diablo, abarcando con la vista aquel campo de dolores aún vivos y de esperanzas ya muertas, extendió los brazos sobre las tumbas removidas y dijo sonriendo: «Dormid en paz.» Y ya se alejaba de aquel lugar maldito, cuando á un extremo del claustro, bañado en la dorada claridad de la mañana,

vió con asombro una tumba vacía, y exclamó admirado: «¡Uno falta!»

Avido de satisfacer su curiosidad, corrió á un registro del cementerio, recorrió rápidamente los fólidos buscando el número correspondiente al del sepulcro vacío, y un momento despues lo encontró unido al nombre del difunto y seguido al márgen de una nota que decia: *Fué loco.*

Al otro dia, los que madrugaron en la villa, teatro de tan raro y verídico suceso, hallaron con espanto tendido sobre las piedras de una calle el cadáver de un hombre asesinado: el del pobre loco, único que prefirió á la tranquila podre-

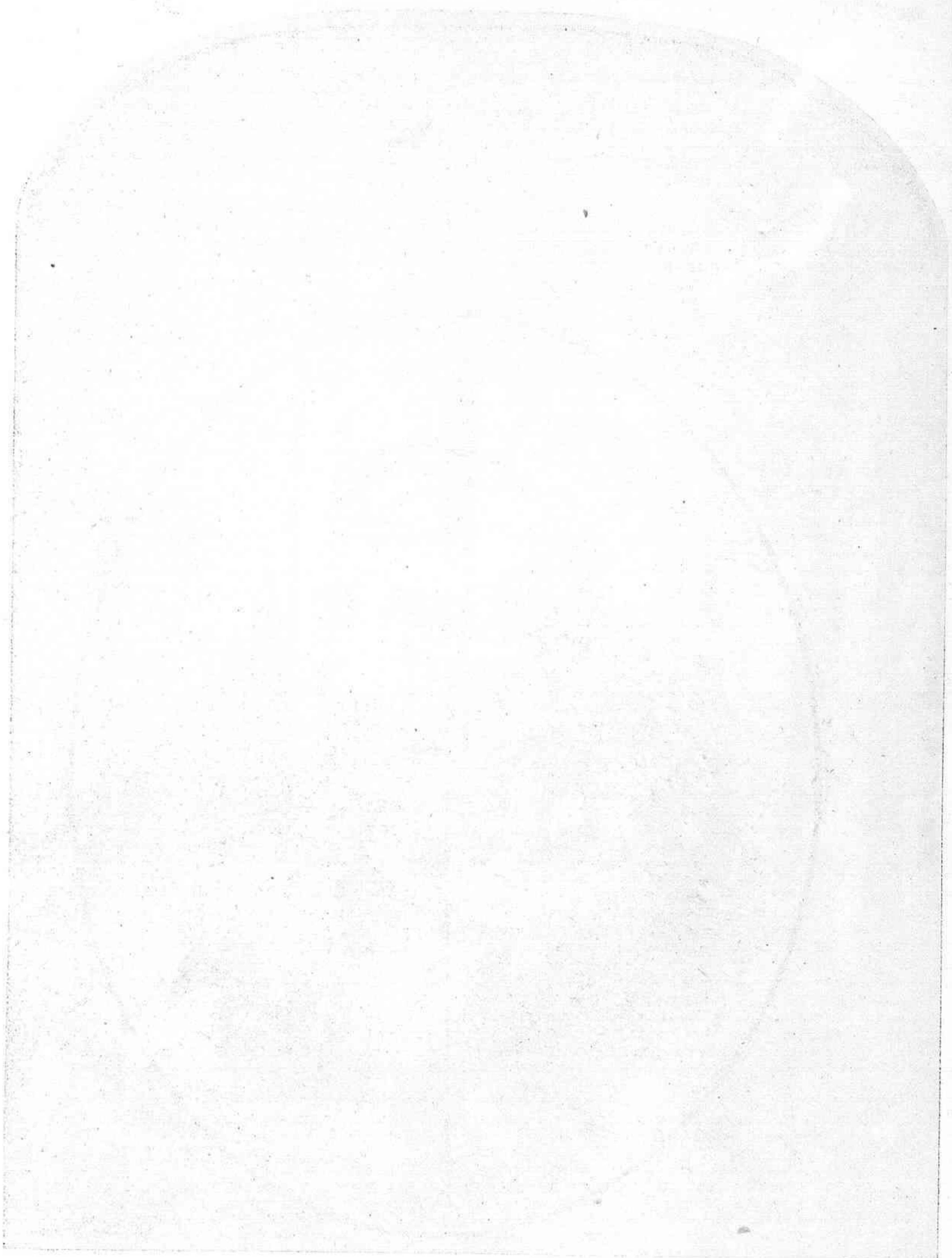
dumbre de la muerte el esplendor y los placeres de la vida.

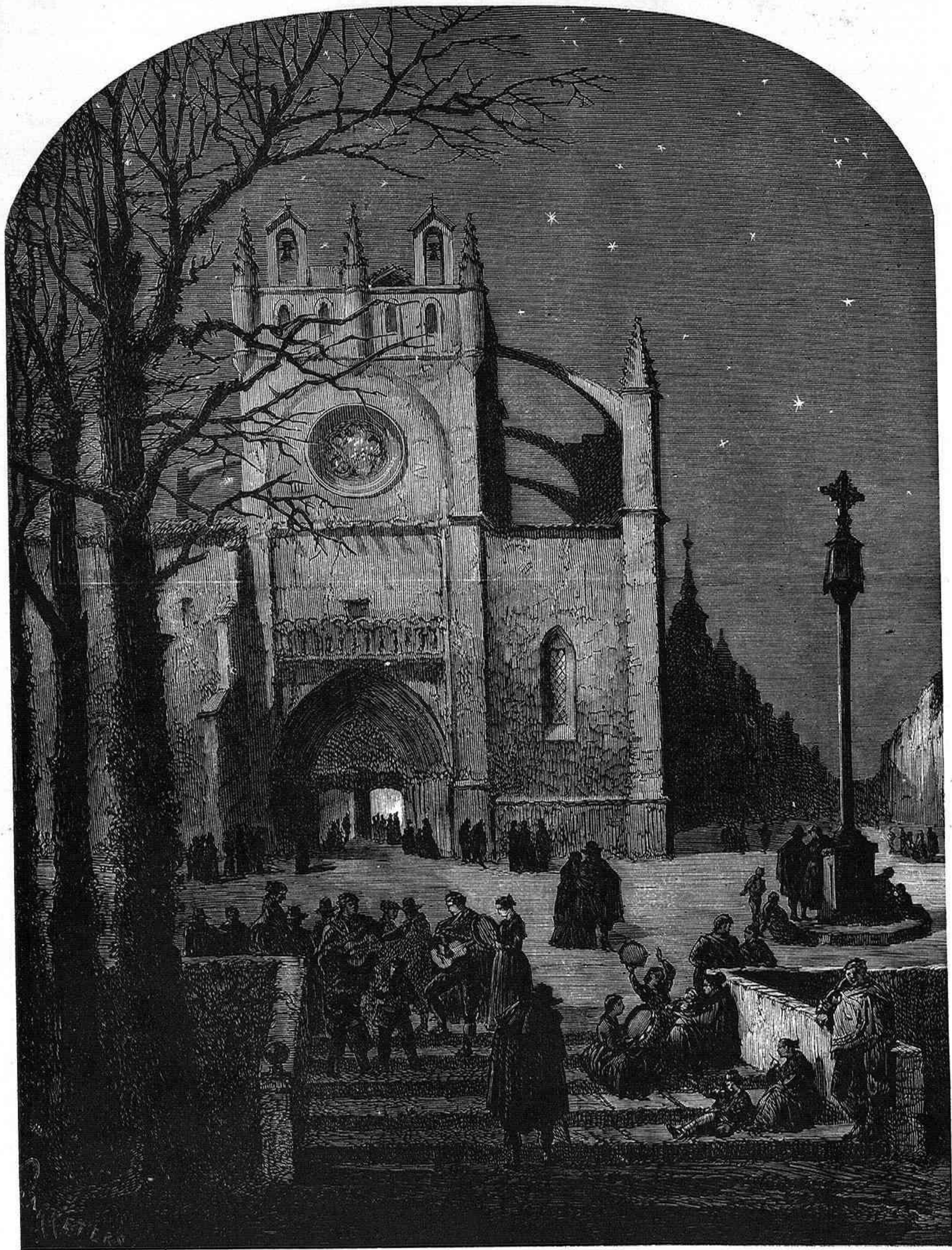
Por largo tiempo fué creida en aquellos contornos, y aún corre convertida en cuento para asustar á chicos, la absurda especie de que los muertos vuelven. Hoy las nieblas y las lluvias cubren de verde y afelpado musgo las solitarias tumbas; el viento del otoño arremolina y amontona sobre ellas las hojas secas que en lluvia de oro caen de los copudos árboles; sobre la losa sepulcral del orgulloso se gozan con el sol las lagartijas, y en la tierra que cubre los últimos restos del humilde crecen lozanas y se arraigan firmes la siempreviva y el rosal silvestre.

JACINTO OCTAVIO PICON.



EXCMO. SR. D. ÁNGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS,
antiguo publicista y colaborador de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA. Nació en Madrid el 27 de Julio
de 1821; † en París el 18 de Junio de 1880. — (Dibujo de su amigo D. Samuel Urrabieta.)





LA NOCHE BUENA. — (COMPOSICION Y DIBUJO DE RIUDAVETS.)

LA VENGANZA.

POEMA.

Á MI QUERIDO AMIGO EL EMINENTE ACTOR
DON RAFAEL CALVO.

I.

Hay frente al moro una aldea,
A la mar tan inmediata,
Que en las olas se retrata
Cuando crece la marea.
Encantada se recrea
La vista en aquel lugar,
Donde Dios quiso juntar
A los encantos del suelo
Las maravillas del cielo
Y las grandezas del mar.

II.

Tan vivo allí se arrebola
El cielo, al salir el sol,
Que da envidia su arrebol
Al carmin de la amapola;
Y es de ver la misma ola,
Que en la arena de la playa
Rumorosa se desmaya,
Cómo, no léjos, rugiente,
Va á estrellarse en la rompiente,
A los piés de la atalaya.

III.

Entre tierra y mar se nota
Allí sorprendente union;
En las quiebras de un peñon
Anidan cuervo y gaviota;
Da el pescador á su flota,
A la ribera atracando,
En la yerba, lecho blando,
Y á veces el campesino
Toma por musgo marino
El césped que va brotando.

IV.

Llega hasta el agua el follaje,
Y, si el viento la mar pica,
Al viejo pino salpica
La espuma del oleaje.
A un tiempo en aquel paraje
Huele á resina y marisco,
Viéndose junto á un aprisco

La red tendida á secar,
O el alga que arroja el mar
Enredada en un lentisco.

V.

Algo léjos del poblado,
Y sobre arena infecunda,
Hay un huerto, al que circunda
De pitas viejo vallado.
Denota por lo menguado
Que en balde en él se trabaja;
Y en la parte que al mar baja
Presta asiento á cuatro muros,
Que sostienen, inseguros,
Un cobertizo de paja.

VI.

Reduce el mundo al espacio
De esta comarca silvestre
Una familia campestre,
De quien la choza es palacio.
El tronco, en arder rehacio,
Ahumó el empinado techo,
Siendo del recinto estrecho
El menaje tan sencillo,
Que hay sólo un plato, el dornillo,
Y yerba seca por lecho.

VII.

Cual á otros de su calaña,
Hizo del hambre el rigor
Campesino y pescador
Al dueño de esta cabaña.
Ir por leña á la montaña
Es su recurso supremo;
De aquí el hallarse á un extremo
De su albergue, en la pared,
El hacha junto á la red
Y la azada junto al remo.

VIII.

¡Cuánta paz, cuánta alegría
Lleva el verano á la choza!

El labriego se remoza
Al cesar la carestía;
Mucho trabaja en el día;
Mas halla premio á su afán;
Pues ofreciéndole están
Los árboles dulces frutos,
En calma el mar sus tributos,
Y la vega tierno pan.

IX.

Hasta en su albergue hay primores:
La enredadera salvaje,
Sobre un verde cortinaje,
Le tiende un manto de flores.
En mar, en valles y alcores
Es recibido con fiesta;
Y si acude á la floresta
En las horas de bochorno,
Las tórtolas del contorno
Van á arrullarle la siesta.

X.

¡ Si para el pobre el estío
Pudiera, oh Dios, ser eterno!
Mas ¡ ay! que llega el invierno
Con el hambre y con el frío.
Ruge el viento, llueve, el río
Se desborda en la comarca,
Y ya no puede la barca
Surcar el piélago airado,
Ni la reja del arado
La vega, trocada en charca.

XI.

Ayuno, junto á la lumbre,
Pasa el triste la velada,
Mientras la lluvia pesada
Va calando la techumbre;
Y aunque tiene la costumbre
De estar con el mar en guerra,
Hay noches en que le aterra
Tanto su ronco bramido,
Que sueña que enfurecido
Corre á tragarse la tierra.

XII.

Una noche en que el sosiego
Turba la nube que truena,
Y en que hace falta la cena
En la choza del labriego,
Hállanse en torno del fuego
Dos niños y una mujer,
A quienes no deja ver
La humareda de la llama
Del tomillo y la retama,
Que se quejan al arder.

XIII.

Del sol y el aire curtida
La tez, un tiempo de nieve,
Y la mano, que fué breve,
Rugosa y encallecida,

Crespo el pelo, que hoy descuida
Y que tanto amó doncella,
La pobre mujer aquella,
A quien la desgracia apura,
En la edad de la hermosura
Ha dejado de ser bella.

XIV.

En cambio, poder bastante
No ha tenido la desgracia
A robar frescura y gracia
De sus hijos al semblante;
Ni hay miedo que les quebrante
La escasez con sus rigores,
Porque son mantenedores
De aquellos ángeles rubios
Los saludables efluvios
De la mar y de las flores.

XV.

A uno y otro rapazuelo,
Que lloran, dice la madre:
—« Callad; si pan no trae padre,
Lo traerá un ángel del cielo » —;
Mas no calmado su anhelo
Con este apóstrofe santo,
Ahogada la triste en llanto,
Cuentos de brujas les cuenta,
Por ver si de ellos ahuyenta
El hambre con el espanto.

XVI.

Tanto absorben los sentidos
En la magia de los cuentos,
Que á fuerza de estar atentos,
Se van quedando dormidos;
Perc al cesar sus gemidos,
Sus risas y su algarada,
La choza, por lo callada
Y lo triste, se asemeja
Al nido que el ave deja
Solitario en la enramada.

XVII.

Y es que no falta alegría,
Ni es tan acerbo el dolor,
Donde hay un ave, una flor
O un niño que nos sonría.
Va la paz con la poesía,
Cual con el alba el rocío;
Sin ella, presa del frío,
Desfallece el alma, y duda,
Y encuentra la tierra muda,
Y halla en el cielo el vacío.

XVIII.

Siente, al verse solitaria,
La mujer tanta zozobra,
Que de ella no se recobra
Ni acudiendo á la plegaria;
La hace el miedo visionaria,
En ver fantasmas se obstina,

Y que escucha, se imagina,
El grito de mal presagio
Con que el terrible naufragio
Anuncia el ave marina.

XIX.

Tanto, al fin, se sobresalta,
Que corre á atrancar la abierta
Y desvencijada puerta,
De llave y cerrojo falta;
Mas cuando el umbral asalta,
Como estatua de granito
Se queda, sin dar un grito,
Ante un hombre de faz torva,
Que el paso, al entrar, le estorba
Y la mira de hito en hito.

XX.

Alto, moreno, nervudo,
Y de mirada tan hosca
Como es su figura tosca
Y su entrecejo ceñudo,
Y envuelto el rostro barbudo
De una manta en el capuz,
Tiene, del fuego á la luz,
Tan siniestra catadura,
Que la mujer le conjura
Con la señal de la cruz.

XXI.

Al conocer el intruso
La mala impresion que ejerce,
El gesto fruncido tuerce
Entre irritado y confuso,
Y murmura: — «Si es que abuso
Pidiendo hospitalidad,
Me marcharé, perdonad.» —
Y cual su aspecto, su voz
Contrasta, por lo feroz,
Con sus frases de humildad.

XXII.

— «Buen hombre, Dios no permita,
— La mujer temblando exclama, —
Que quien á mi puerta llama
Y mi amparo solicita
No halle remedio á su cuita
Si el remediarla está en mí.
¡Como de repente os vi
Y hace una noche espantosa...!
¡Una es siempre tan medrosa,
Y estaba tan sola aquí!» —

XXIII.

Sin notar que el hombre adusto
La mira y no le responde,
Ella, que el temor esconde
Ó se ha repuesto del susto,
Prosigue: — «No fuera justo
Dejaros al descubierto
En tal noche. ¡Estaréis yerto!
Venid y hallaréis solaz

Junto á esta lumbre, capaz
De hacer revivir á un muerto.» —

XXIV.

Sin freno que la cohiba,
Cual si callar fuera mengua,
No da descanso á la lengua
En tanto que el fuego aviva.
De charla tan expansiva
Da su inocencia la clave;
Pues, como su canto el ave,
Ella, con gozo profundo,
Le repite á todo el mundo
Lo poco que siente y sabe.

XXV.

Y así prosigue halagüeña:
— «Pronto traerá mi marido
Qué cenar, si es que ha vendido
En el pueblo alguna leña.
¡Ahora siempre está en la breña
Cortando broza á destajo;
Pues, como falta trabajo,
Tiene que ganarse el pan
Recorriendo con afan
El monte de arriba abajo!

XXVI.

«De la fortuna la rueda
Anda tan mal, que predigo
Que un día, como al mendigo,
Nos arroje á la vereda.
Sólo este huerto nos queda,
Y hemos de regarlo á mano
De ese pozo, al mar cercano,
Cuyo manantial salobre,
A más de malo, es tan pobre,
Que se agota en el verano.»

XXVII.

Oyendo el relato triste,
Ni se inmuta ni apesara
Aquel hombre, en cuya cara
El ceño adusto persiste;
Y ella, que en hablar insiste,
Añade: — «Mas tan prolijos
Cuidados, en regocijos
Me los trueca Dios piadoso
Con el amor de mi esposo
Y la salud de mis hijos.» —

XXVIII.

— «¿Teneis hijos?» — ruge fiero
El hombre, que se adelanta
Y queda, al soltar la manta,
En traje de marinero.
— «Dos tan hermosos, que infiero
No los habréis visto iguales,
— Dice la mujer; — son tales,
Que con ellos al salir
Sólo oigo al paso decir:
¡Que Dios los libre de males!

XXIX.

»Y se me han muerto otros dos,
Por quienes aún lloro y peno;
Uno salió de mi seno
Para volar al de Dios,
Y al otro que vino en pos,
Lleno de vida y salud,
También con tal prontitud
Me lo quitó la fortuna,
Que las tablas de la cuna
Le sirvieron de ataud.»—

XXX.

Y su discurso expansivo
La pobre mujer completa,
Esta pregunta indiscreta
Dirigiendo al hombre esquivo:
—«¿Puedo saber el motivo
Que viaje tal ocasiona?»
—«Una promesa lo abona»—
Dice el hombre, con voz ruda,—
Y ella replica:—«¿Sin duda
A nuestra santa patrona?»

XXXI.

»¡Qué Virgen! ¡Si es un portento!
Cuando un voto le consagro,
Segura estoy que el milagro
No ha de tardar un momento.»—
«No es promesa, es juramento
—Él prorumpo—dije mal.»—
Y ella repone:—«Es igual;
Que un juramento no pesa
Más que una simple promesa
Sobre el alma del leal.»—

XXXII.

Al fin la pasión que agita
Al hombre, con tal impulso
Llega á estallar, que, convulso,
Fuera de sí, se alza y grita:
—«Sed tengo, sed infinita
De cumplir á la que amé
Lo que há tiempo le juré
Sobre la cruz de esta daga;
Sed que con sangre se apaga
Y que pronto apagaré.»—

XXXIII.

Y al recordar sus enojos
Y referir sus agravios,
La espuma brota en sus labios
Y el rayo vibra en sus ojos.
Ella se postra de hinojos,
Pidiéndole á Dios ayuda;
Él, la cuchilla desnuda,
La mujer quédase inerte,
Y está el ángel de la muerte
Flotando en la escena muda.

XXXIV.

La pobre mujer aquella
Ha reconocido en él
Al hombre fiero y crüel

De su vida mala estrella.
La persiguió de doncella
Con amoroso arrebato;
Partió jurando insensato
Matar á quien ella amára,
Y es hombre que no se para
Ante el vil asesinato.

XXXV.

Largo trecho permanece
Inmóvil y sin resuello,
Cual la víctima que el cuello
Al hacha tajante ofrece.
Al cabo se restablece;
Mira al hombre de soslayo,
Y, viendo que va en desmayo
Y se apaga su furor,
Cual de la nube el rigor
Cuando rompe en lluvia y rayo,

XXXVI.

Fuera del hogar se lanza,
Sin que ya nada le asombre,
Para evitar que aquel hombre
Pueda cumplir su venganza;
Y al cercano pueblo avanza,
Corriendo en la oscuridad,
Azotada sin piedad
Por las zarzas del camino
Y el furioso torbellino
De la ronca tempestad.

XXXVII.

En tanto, absorto en sí mismo,
Mira el hombre en su conciencia,
Donde quizás con vehemencia
Batallan cielo y abismo.
¡Ay! vencerá el egoismo;
Que aquel hombre le dió plaza
En su pecho, y se solaza
En ser ¡oh ciego! el custodio
De la víbora del ódio,
Que el corazón le ataraza!

XXXVIII.

—«¿Con mi voluntad de hierro,
—Se dice,—vencí mil daños,
Tan largos y tristes años
Del servicio en el destierro,
Para hoy perdonar el yerro
De esa mujer, que sabía
Lo que yo jurado había,
Y el incomprensible alarde
De audacia de ese cobarde
Que la toma siendo mía?»

XXXIX.

«¡Abrigaban la esperanza
Quizás de que yo muriera!
¡Ya entró en el redil la fiera,
Y no saldrá sin matanza!»—
Furioso ruge, y avanza

Hacia donde están dormidos
Los niños, que, sorprendidos,
En él la mirada fijan,
Y asustados se cobijan,
Rompiendo en tristes gemidos.

XL.

Ante los ángeles bellos
El hombre el paso suspende,
Y, vuelto en sí, le sorprende
Hallarse solo con ellos.
Erizados los cabellos,
E instigado por Satan,
De herirlos hace ademán,
Cuando un niño se levanta,
Y, con voz que llora y canta,
Le dice:—«¡Yo quiero pan!»—

XLI.

Al ver que se le aproxima
Llorando el niño y riendo,
Cree que el mundo con estruendo
Va á desplomársele encima.
Cual si se abriera una sima
Ante sus piés, retrocede;
Apénas si llegar puede
A su asiento, y lo ve todo
Girando, como el beodo
Que á insano vértigo cede.

XLII.

Acércase poco á poco
Al hombre sañudo el niño,
Y, á la par que con cariño,
Con inocente descoco,
—«¿Tú no tienes pan tampoco?»—
Con aguda voz le chilla,
Poniéndole en la rodilla
Una mano, que quizás
Al hombre le daña más
Que el filo de una cuchilla.

XLIII.

—«¿Y madre?»—gimiendo añade;
Pero tórnase jovial
Viendo del hombre el morral,
Que á un registro le persuade.
Con temor y ánsia lo invade,
Y cuando, al fin, el pan toca,
Frente á frente se coloca
Del marinero, de un brinco,
Mirándole con ahinco
Con un pedazo en la boca.

XLIV.

El otro, que ha visto bien
A su hermano desde el lecho,
Exclama, en llanto deshecho:
—«¡Dame! ¡Yo quiero también!»—
Y el mayor le grita:—«¡Vén!»—
Pero hallando la mirada
Del rapazuelo asustada,

Añade:—«Acércate pronto.
¡Mirame á mí! ¡No seas tonto!
¡Si el hombre no te hace nada!»—

XLV.

Cayendo el chico en la red,
Se aproxima con recelo,
Fija la vista en el suelo
Y rozando la pared.
¿A quién del hambre ó la sed
El discurso no convence?
Contento el niño se vence
Y en el festin toma parte,
Sin miedo que le coarte
Ni nada que le avergüence.

XLVI.

Entre tanto, el marinero,
Cual potro que el freno tasca,
Entre los dedos añasca
Las cintas de su sombrero.
Mil frases sin atadero
Confusamente murmura;
Pero, al alzar su faz dura,
Algo en ella se divisa,
Que igual puede ser sonrisa
Que contraccion de amargura.

XLVII.

Como del nido, impaciente,
Apénas raya la aurora,
Se lanza el ave canora
A cruzar el puro ambiente,
Los niños, que sonriente
Ven su faz, ántes sombría,
Se le acercan á porfía,
Gritos de júbilo exhalan
Y en sus rodillas se instalan
Con ruidosa algarabía.

XLVIII.

Y uno le pregunta:—«Di,
¿Es verdad que el ángel eres
Que trae pan?»—y otro:—«¿Me quieres
Como yo te quiero á ti?»—
Le besan con frenesí,
Tan amantes cual traviosos,
Y al calor de aquellos besos
La sangre se le coagula
Y el calofrío circula
Por sus venas y sus huesos.

XLIX.

Como si esposas y grillos
Le retuvieran inmoble,
Se entrega el titan de roble
Al juego de los chiquillos.
Sonda el uno en sus bolsillos,
El otro le desbarata
El nudo de la corbata,
Y acaba el pobre coloso
Por ayudarles gozoso
En su labor insensata.

L.

De tanto jugar rendidos,
Dándole estrechos abrazos
Al marinero, en sus brazos
Se quedan al fin dormidos.
Él, turbados los sentidos,
Atentamente los mira,
Acongojado respira,
Los besa.... y están sus ojos
Humedecidos y rojos
Cuando de ellos los retira.

LI.

De repente se levanta,
Y murmurando — « Esto es hecho, » —
Lleva á los niños al lecho,
Cobijados con su manta,
Y anudado en la garganta
Un sollozo de ternura,
Con el miedo y la premura
Del que un crimen en pos deja,
De la cabaña se aleja
Y huye ciego á la ventura.

LII.

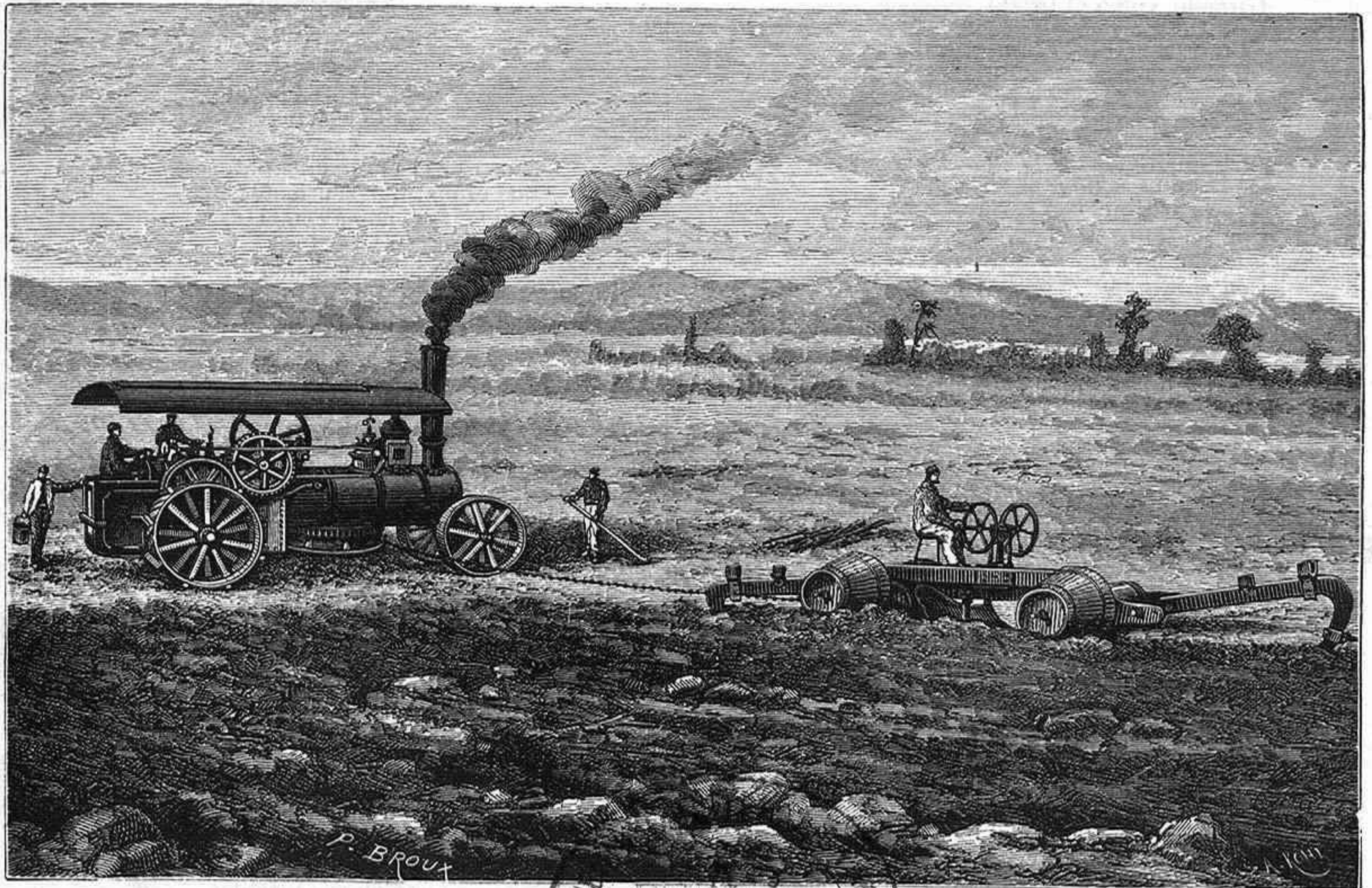
Entran los padres, en tanto,
Ansiosos en la cabaña;
Él, cegado por la saña,
Ella, ahogada por el llanto;
Y cuando llenos de espanto
Buscan al hombre fatal,
Ven, en grupo celestial,
Dormir á sus hijos bellos
Y descansando sobre ellos
Una bolsa y un puñal.

LIII.

Al surgir el nuevo día,
Roto, enlodado y sin tino,
Llega corriendo un marino
A la cercana bahía,
Y alcanza con alegría
Su bajel, pronto á zarpar,
Que, las olas al cortar,
Tendida al viento la vela,
Parece un ave que vuela
Rozando el agua del mar.

JOSÉ VELARDE.

Madrid, Mayo 1880



APARATO «SUTHERLAND» PARA DESCAJAR LAS TIERRAS, MOVIDO POR EL VAPOR.

